

COLECCIÓN DOCTORADO EN ARTE Y ARQUITECTURA

# ESPACIO URBANO EN LA HISTORIA DE QUITO: TERRITORIO, TRAZA Y ESPACIOS CIUDADANOS

INÉS DEL PINO MARTÍNEZ

Doctorado en Arte y Arquitectura  
Facultad de Artes  
Sede Bogotá



Pontificia Universidad  
Católica del Ecuador



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE COLOMBIA



COLECCIÓN DOCTORADO EN ARTE Y ARQUITECTURA

**ESPACIO URBANO  
EN LA HISTORIA  
DE QUITO:  
TERRITORIO,  
TRAZA Y ESPACIOS  
CIUDADANOS**

INÉS DEL PINO MARTÍNEZ

## **Colección Doctorado en Arte y Arquitectura**

Espacio urbano en la historia de Quito: territorio, traza y espacios ciudadanos

Primera edición, 2026

© Pontificia Universidad Católica del Ecuador

© Universidad Nacional de Colombia

© Facultad de Artes, Sede Bogotá

© Inés del Pino Martínez

---

### **UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA**

#### **Rector (e)**

Andrés Felipe Mora

#### **Vicerrectora de Sede**

Andrea Carolina Jiménez Martín

#### **Vicerrectora de Investigación**

Nubia Janeth Ruiz

#### **Decano de la Facultad de Artes**

Miguel Antonio Huertas Sánchez

#### **Vicedecana de Investigación y Extensión**

Jenny Astrid Vargas Sánchez

#### **Vicedecana Académica**

Mary Isbel Rodríguez Reyes

#### **Coordinadora (e) Doctorado en Arte y Arquitectura**

Luz Teresa Gómez de Mantilla

#### **Asistente Doctorado en Arte y Arquitectura**

Natalia Forero Dueñas y Camila Velasco

#### **Director Centro de Divulgación y Medios (CDM)**

Federico Demmer Colmenares

#### **Coordinación editorial**

Claudia Burgos Ángel

#### **Apoyo editorial CDM**

Sofía Libertad Sánchez y

Daniela Guerrero Acosta

#### **Diagramación**

María Victoria Guerra Rivero

---

### **PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR**

#### **Rector**

Carlos Ignacio Man-Ging Villanueva, SJ

#### **Vicerrectora de Docentes y Estudiantes**

#### **Vicerrectora de Investigación,**

#### **Vinculación e Innovación (e)**

María de los Ángeles Barrionuevo Mora

#### **Centro de Publicaciones (ediPUCE)**

Jossué Baquero Gallardo

---

**ISBN:** (impreso) 978-628-503-091-8

**ISBN:** (digital pdf) 978-628-503-092-5

**ISBN:** (digital epub) 978-628-503-093-2

**ISBN:** (IBD) 978-628-503-094-9

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Pino Martínez, Inés del, 1955-

    Espacio urbano en la historia de Quito : territorio, traza y espacios ciudadanos / Inés del Pino Martínez. -- Primera edición. -- Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Artes. Doctorado en Arte y Arquitectura : Centro de Divulgación y Medios (CDM) ; [Quito] : Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 2026.

    1 recurso en línea (272 páginas) : ilustraciones (principalmente a color), fotografías, mapas, planos. -- (Colección Doctorado en Arte y Arquitectura)

Incluye referencias bibliográficas

    ISBN 978-628-503-092-5 (pdf). -- ISBN 978-628-503-093-2 (epub)

    1. Arquitectura ecuatoriana -- Historia -- Siglos XIX-XX 2. Espacios públicos -- Historia -- Investigación -- Quito (Ecuador) -- Siglos XIX-XX 3. Espacio público -- Aspectos sociales -- Historia -- Quito (Ecuador) 4. Uso del espacio público -- Aspectos sociales -- Quito (Ecuador) 5. Arquitectura ecuatoriana -- Aspectos ambientales 6. Urbanización -- Historia 7. Urbanización -- Aspectos ambientales 8. Espacio en arquitectura -- Investigaciones -- Quito (Ecuador) 9. Arquitectura prehispánica 10. Memoria colectiva 11. Evolución social I. Título II. Serie

CDD-23 720.9866 / 2026

COLECCIÓN DOCTORADO EN ARTE Y ARQUITECTURA

# ESPACIO URBANO EN LA HISTORIA DE QUITO: TERRITORIO, TRAZA Y ESPACIOS CIUDADANOS

INÉS DEL PINO MARTÍNEZ



UNIVERSIDAD  
NACIONAL  
DE COLOMBIA



**PUCE**

# TABLA DE CONTENIDO

<b>Presentación .....</b>	<b>9</b>
<b>Introducción .....</b>	<b>12</b>
Para orientar la lectura.....	15
Contexto y lugar.....	15
Circunstancias y condiciones.....	16
Transformación .....	16
El espacio del nosotros o «Llajta Quito» .....	17
El espacio público .....	20
El espacio ciudadano .....	21
Lo andino .....	21
Cortes temporales .....	26
Área y población .....	31
<b>Urban Space in the History of Quito: Territory, Layout, and Citizen Spaces.....</b>	<b>34</b>

## **CAPÍTULO I**

<b>Quito y su territorio.....</b>	<b>36</b>
Territorio y el lugar de Quito .....	36
Los significados de «Quito» .....	40
Límites del territorio llamado Quito .....	48
Tres mundos en la lectura del territorio.....	50
El Hanaq pacha, el mundo de arriba .....	50
El Kay pacha o el mundo de la mitad.....	67
El Ukhu pacha o el mundo de abajo .....	79

## **CAPÍTULO II**

<b>Tripartición del territorio de Quito.....</b>	<b>82</b>
El sitio de la fundación y la traza urbana.....	84
La independencia y la celebración de los centenarios.....	118
Los ejidos en la cartografía.....	125
El señalamiento de los ejidos en 1535.....	127
El uso de los ejidos.....	128
El ejido de Añaquito .....	146
El ejido de Turubamba.....	135
Los ejidos en el siglo XIX .....	140
Remate de los ejidos de Quito .....	142
Ejido de Añaquito.....	146
Ejido de Turubamba.....	151

### **CAPÍTULO III**

<b>Del espacio del nosotros al espacio ciudadano.....</b>	<b>160</b>
La transformación del espacio .....	162
Las plazas fundacionales de Quito .....	163
Un cuadrilátero defensivo en el núcleo fundacional.....	167
Las primeras plazas parroquiales de Quito y su evolución.....	169
Los parques. De espacio público a espacio de exclusión.....	177
El parque de La Alameda.....	178
El parque de El Ejido.....	183
Tres «Quitos» diferentes .....	186
Quito telúrico .....	186
Quito equinoccial .....	214
Quito insurgente.....	222

### **CAPÍTULO IV**

<b>A modo de cierre.....</b>	<b>248</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>260</b>
<b>Lista de figuras .....</b>	<b>268</b>

## PRESENTACIÓN

### NARRACIONES HISTÓRICAS PLURALES

Quito, como muchas otras de las ciudades andinas, tiene un pasado remoto. En ella, en sus edificaciones y en sus espacios urbanos, se han acumulado memorias ancestrales milenarias. Hoy, leer las huellas decantadas del pasado es un filón que se revela ante la mirada de los investigadores inquietos, que, con curiosidad, método y compromiso, superan el canon tradicional historiográfico para ofrecer lecturas actuales de la intrincada red de terrenos montañosos, cuencas hídricas, caminos y senderos que han entretejido, sobre el territorio y bajo el cielo ecuatorial, las sucesivas generaciones de comunidades nativas o agregadas que lo han ocupado para habitarla.

Habitar recintos urbanos construidos en valles de altura, localizados en las estribaciones de volcanes, nevados, montañas, enclavados bajo el sol ardiente ecuatorial del mediodía, contemplar la veladura cambiante de los mantos de niebla y asistir al espectáculo nocturno de constelaciones de estrellas localizadas en el borde, en la cintura, de ambos hemisferios del mundo, invita a reflexionar sobre las condiciones temporales, ambientales y espaciales en el conjunto de valles altos donde se localiza Quito.

Inés del Pino habita, recorre, escucha, conversa y escribe en Quito sobre Quito. Quienes han habitado bajo el cielo ecuatorial, el *Hanaq pacha*, el mundo de arriba, han percibido paisajes estelares emotivos, conmovedores; es allí donde se reconocen los lugares trascendentes, significativos en sus vivencias. Durante el transcurso del año, la equivalencia en duración entre día solar y noche estrellada ha marcado invariables ritmos vitales. Los climas, con temperaturas regulares, definidos en su intensidad por las altitudes, determinan las proporciones geométricas pertinentes de los habitáculos, la selección práctica de los materiales y las maneras apropiadas de edificar. En ese lugar es necesario conocer el encausamiento pertinente de las aguas acumuladas por las lluvias tropicales, los vientos y las corrientes que acumulan las tormentas de montaña. Ante el rigor de los rayos solares, que atraviesan la delgada y transparente atmósfera, las construcciones se cobijan bajo amplias cubiertas y amables aleros que envuelven con sombra fresca la periferia de los recintos habitados. Hay lugares diferenciados para recibir los fuertes rayos solares y para disfrutar la luz difusa que, por el juego mágico de los reflejos, atraviesa el interior de las arquitecturas o la sombra que proyectan "sobre los muros", los aleros.

En el *Kay pacha* o el mundo de la mitad, la cotidianidad, ascender y descender en la verticalidad montañosa andina marca diferencias sustantivas: pisos térmicos

contrastados, intensidad de flujo de las cuencas hídricas, vegetación con características disímiles en su tamaño, densidad, textura, verdor, aroma, color que determina la fertilidad o la aridez de los suelos. Habitar en laderas y cornisas montañosas condiciona la experiencia corporal de subir y bajar los territorios. Esas condiciones operan en intervalos marcados, en los diferentes niveles altitudinales, en secuencias adyacentes de concavidades y convexidades: el plegado geológico de terrenos marcados por las siluetas altas de las cumbres que sobresalen, a lado y lado, de las franjas, grietas y hondonadas, enmarcadas con bosques de galería, por donde fluye la corriente en los caudales de arroyos, quebradas y ríos, en procura de descender de las alturas hasta el mínimo nivel. El mundo de la mitad se localiza entre los niveles de los valles de altura hasta la frontera sagrada de las nieves que arropan las cimas montañosas. Las comunidades que se asentaron en las laderas y en los valles altos en los territorios montañosos, en la franja tropical, crearon paisajes cotidianos y afectivos. Allí, en compañía de la presencia del mosaico sagrado de las divinidades cósmicas, conviven y celebran en su cotidianidad los lugareños. Las festividades, los rituales, las invocaciones, convocadas luego de catástrofes naturales, erupciones, terremotos, tormentas, delinearon umbrales y senderos sobre los paisajes. Lugares con nombre propio; nominados para conmemorar capítulos, inflexiones, en los sucesos narrados en las historias de las comunidades. El mundo de la mitad, el *Kay pacha*, reúne en su condición característica el encuentro entre el *Hanaq pacha*, y el *Ukhu pacha*.

En el *Ukhu pacha*, o el mundo de abajo, la profundidad geológica de los pasados se denomina con diversidad de sonidos; hay fonéticas nominativas complejas, maneras antiguas de nombrar los lugares, cuyas sonoridades replican el rumor del viento que campea en parajes montañosos. Las lenguas del hablar y los lenguajes para comunicar a las comunidades dejan huellas indelebles en las toponimias. Ellas nombran los lugares del territorio. La autora, Inés del Pino, lee en las cartografías antiguas la nominación de los lugares; ella interroga los sonidos para tasar la lejanía de sus pasados. Inés del Pino se reúne y habla con las comunidades e interroga, junto con colegas especialistas, lo arcaico de las palabras. Muchos sonidos de nombres de lugares solo guardan la musicalidad del pasado; en muchas ocasiones el tiempo ha disuelto el sentido inicial de relación con la localización. La cotidianidad de las vivencias urbanas adopta fósiles de palabras ignorando, en muchos de los casos, los vínculos originales que determinaron las toponimias. La palabra que nombra, en su mayoría, incluye la denominación del señor del lugar o las cualidades naturales del terreno ocupado. Aparece así «*Llajta Quito*» que Inés del Pino, luego de hacer precisiones lingüísticas, lo transcribe como "El espacio del nosotros". En la alquimia de las palabras, que revelan lenguas y poblaciones, la autora transmuta el «*Llajta Quito*» al término «Espacios ciudadanos». Es una estrategia intelectual que le permite formular, con respaldo deducido, las diferentes

capas históricas que posee la Ciudad de Quito. Cada una de las capas temporales contiene elementos singulares, hechos e inflexiones, que reúne y destaca la autora.

Para Inés del Pino hay tantos Quitos como narraciones verosímiles posibles de comunidades y tiempos urbanos. Cada uno de los Quitos es uno y muchos a la vez. Cada uno de ellos se enraíza en el lugar y se diferencia en la expresión de sus vivencias. En ese sentido en este libro se pluraliza la historicidad del hecho urbano. Se separan las narraciones generales y se establece como eje de sentido común la permanencia significativa de los lugares comunitarios.

Es así como Inés del Pino nos propone, en este libro, narraciones entrecruzadas de tres «Quitos» similares en su ubicación, pero diferentes en sus contenidos: Quito telúrico, el largamente moldeado por las fuerzas geológicas; Quito equinoccial, el del inquietante sol sin sombra del medio día; Quito insurgente, el de los ciclos en secuencia de transformaciones de orden social y política.

Al cierre de esta presentación queda una deuda con la autora; la profesora de la Pontificia Universidad Católica de Ecuador compartió su trabajo de investigación en los seminarios y clases del programa doctoral de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá. La comparación permanente de dos casos próximos, Bogotá y Quito, dejó reflexiones enriquecedoras, que, aunque no han quedado explícitas en el texto de este libro, aún inducen reflexiones sobre nuestra historia urbana. Gracias Inés del Pino. Los centros de pensamiento tienen valor cuando los participantes se atreven a mirar la historia propia para hacerla extensiva a otros meridianos intelectuales.

Jorge V. Ramírez Nieto  
Noviembre 2025

# INTRODUCCIÓN

El territorio del actual Ecuador tiene una estructura geológica, geográfica y un sinnúmero de fenómenos naturales que coexisten en una serie de dualidades particulares: dos corrientes marinas, una cálida que viene desde el norte y otra fría que llega desde el sur del continente, ambas se acercan a la línea equinoccial y se desvían hacia las Islas Galápagos; dos placas tectónicas (Nazca y Continental) que se chocan por su desplazamiento en sentido contrario, hacia el este y el oeste respectivamente, y dan lugar a una actividad sísmica permanente en la superficie; dos estaciones marcadas en el año, invierno y verano; doce horas de sol durante todo el año; la posibilidad de mirar en el cielo las constelaciones de los dos hemisferios del planeta de manera simultánea durante los equinoccios, con Orión en la mitad. Estas dualidades encontradas en el suelo y en el cielo coinciden en la línea equinoccial que es en donde se encuentra la ciudad de Quito y hacen de este un espacio singular, circunstancia que incide en la manera de ser del ecuatoriano y en la manera en que se expresa en el espacio público urbano en la historia.

Con este antecedente, este libro desarrolla un tema sobre lo local, sobre el espacio urbano en la historia de Quito; sin embargo, con situaciones compartidas con otras ciudades de la región, lo que contribuye a desarrollar estudios comparados. Este estudio sugiere entretener la geografía vertical compleja con la dualidad de los fenómenos naturales y en las preexistencias culturales; relaciona los hitos naturales o construidos con los recorridos que determinan una manera particular de disponer los espacios de uso colectivo; el significado de la montaña y la carga emocional que por varias generaciones mantienen algunos lugares comunes que con el tiempo se convierten en simbólicos; conecta las referencias de las preexistencias culturales prehispánicas con las del espacio urbano de la ciudad del siglo XX y, explica desde la óptica espacial, el modo de usar el espacio público como representación de la identidad colectiva de Quito; los atributos de ese espacio público mantenidos en el tiempo los convierte en espacios ciudadanos en donde emerge de manera espontánea el «espacio del nosotros», que es un aporte a la historia urbana de esta ciudad.

En este contexto el objetivo general del estudio es analizar el espacio de ocupación de Quito entre el periodo prehispánico y 1942, mediante dos cortes temporales, para examinar de qué manera las preexistencias culturales presentes en la geografía inciden en la localización y uso del espacio público, lo que da lugar a «Quitos» diferentes en términos espaciales y temporales, y en donde el reconocimiento colectivo de algunos espacios públicos los convierte en la larga duración en espacios ciudadanos.

El reto en este trabajo es examinar de qué manera las preexistencias culturales se expresan en el espacio público y emergen en el espacio ciudadano del siglo XXI como permanencias y, por otra parte, es responder a la pregunta ¿es capaz

el espacio público de expresar la historia de la ciudad a través de plazas, parques y calles? Para ello, se analizan las circunstancias y condiciones que producen las transformaciones físicas y de significación en el espacio público de Quito en conjunción con las dualidades geográficas que están presentes en el espacio público, se identifican las huellas legibles en el tiempo, se interpretan y, en el proceso, se encuentra de qué manera el espacio público se convierte en espacio ciudadano en la historia de la ciudad. De este modo, al finalizar el estudio, se expondrá que existe una superposición de distintas lógicas en la disposición del espacio urbano cuyas huellas permanecen en el tiempo, lo que posibilita esbozar «Quitos» diferentes, cada uno se interpreta a través de sus componentes físicos, modos de hacer y usar los espacios de significación colectiva en la larga duración.

Las partes del espacio de la meseta de Quito tienen nombres que se identificarán a lo largo del estudio. El núcleo central, denominado «núcleo fundacional colonial», «mercado prehispánico» o el «espacio del nosotros»; los dos ejidos adyacentes, dispuestos de manera simétrica, uno al norte y otro al sur, se denominan «ejido del norte» —diferente al parque de El Ejido— y «ejido del sur». El conjunto forma un paisaje de líneas y puntos a lo largo de la meseta con un área aproximada de 50 km que fue posible cuantificar en la cartografía moderna desde 1930.

Este estudio no pretende ser panorámico con el relato de siete mil años de historia de la ciudad, sino que se centra en dos cortes temporales marcados por los cambios políticos, económicos o culturales que suelen ser radicales en el momento en que suceden, sin posibilidad de retorno; lo que interesa en este libro es comprobar que el cambio se expresa en la ciudad y en la arquitectura y, al mismo tiempo, probar cómo la preexistencia de tradiciones logra mantenerse o adaptarse a la nueva situación hasta la modernidad. Un corte temporal es un «punto de ruptura», Marina Waisman lo define como un momento de crisis que señala el final de un periodo y el inicio de otro. En este sentido, la ruptura puede variar en su duración, afloran intereses de diferentes sectores involucrados, que, al ponerlos en la línea del tiempo, permiten reconocer los elementos de fondo que se tejen para provocar una transformación y encontrar el sentido del nuevo orden urbano. En la historia de Quito los puntos de ruptura o cambios de dirección en la manera de concebir el mundo tienen estrecha relación con la historia política.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Marina Waisman, *La arquitectura descentrada* (Bogotá: Escala, 1995), 11.

## Para orientar la lectura

### Contexto y lugar

En este estudio, el contexto hace referencia a la geografía y a un territorio de límites cambiantes en el tiempo que se consolidan con la fundación de la ciudad de Quito en donde las preexistencias culturales se entretajan en el tiempo para caracterizar el «lugar» de Quito de manera particular.

Se toma el concepto de «lugar» propuesto por Christian Norberg-Schulz para designar las «totalidades» mayores y menores pertenecientes al paisaje o al interior de un edificio.<sup>2</sup> El lugar está compuesto por un suelo y un cielo que configuran una atmósfera que cambia en el tiempo y en donde se asienta lo que denomina «el mundo de la vida», un mundo concreto en donde se desarrolla la vida cotidiana, el mundo de las cosas en donde suceden eventos; el mundo de la vida no es estático, ni homogéneo, ni armónico; estar en él significa más que una orientación espacial o una identificación simple, todo «lugar» está dotado de una organización espacial, una forma característica e imágenes que lo identifican.<sup>3</sup>

En el lugar de Quito, la presencia del medio natural complejo, que está allí, inamovible, su disposición y preexistencia ha sido determinante al momento de «acomodar» los objetos de una sociedad que llega y encuentra en este un espacio de vida; el acomodo se relaciona con el modo de entender el mundo vertical de lo alto y lo bajo de la geografía y del desplazamiento horizontal como parte del modo cotidiano de vida de esta ciudad. La identificación de la población con los objetos del medio natural no es consciente porque siempre están allí: el paisaje de montañas, las quebradas y la energía geológica; la posición de la ciudad sobre la línea equinoccial en donde el sol cae vertical, la duración del día es igual a la de la noche y las estaciones no son marcadas.

El contexto varía en el tiempo según los intereses colectivos. La manera de ver y entender el mundo en una sociedad se evidencia en el espacio público de manera diferenciada según cada temporalidad. Detrás de esta mirada hay otras miradas, hay un discurso cuyos análisis e interpretación forman parte de la comprensión del espacio público y los espacios ciudadanos que se analizan. En síntesis:

El contexto se refiere a las memorias, atmósferas intelectuales, difusas o contrastadas, dentro de las que se desarrolla y gravita un discurso historiográfico, éste corresponde a

<sup>2</sup> Christian Norberg-Schulz, *L'Art du lieu* (París: Le Moniteur, 1997), 194.

<sup>3</sup> Norberg-Schulz, 53.

un entretreído de estas tendencias, pensamiento que va generando ese hábito que nos envuelve, que podemos llamar atmósferas intelectuales.<sup>4</sup>

### **Circunstancias y condiciones**

En los acontecimientos de la historia, el contexto puede cambiar cuando se ve alterado por «circunstancias» que son situaciones concretas, coyunturas de índole social, política o económica, o eventos naturales que irrumpen en un momento no esperado y trastornan la estabilidad del contexto y de las atmósferas intelectuales aparentemente estables, algunas perturbaciones son de carácter colectivo y otras no; sin embargo, pueden ser indicadores del cambio, pueden aparecer como hechos aislados y luego como una situación concreta que se experimenta como realidad. En el estudio interesan las turbulencias que producen reacciones colectivas cuyo efecto es reconocible en el espacio público.

Las circunstancias están caracterizadas por un conjunto de señales o signos, aislados o relacionados, que aparecen en un tiempo específico y que influyen en el ambiente colectivo que motiva el cambio de época. Ante una circunstancia aparecen varios actores de manera directa o indirecta, y entre los actores sociales involucrados se plantean condiciones, requisitos o disposiciones para resolver, negociar o temperar la turbulencia provocada por las circunstancias que inducen a una transformación, a una época diferente y a una experiencia colectiva distinta.

Las condiciones dan a entender las tensiones e intereses que se tejen al interior de un problema, se sitúan alrededor de algún hecho para imponer una salida, beneficiosa o no para la mayoría, pero sin duda incidirá en una transformación futura.

### **Transformación**

El concepto «transformación» que se utiliza en este texto se traduce como «tomar nueva forma»; tiene interés para comparar los cambios en un mismo espacio público en dos cortes temporales de la historia de Quito. La transformación implica nueva forma, pero sin perder la esencia de los elementos que la caracterizan.

La investigación identifica en cada corte temporal las circunstancias que rodean la época, las condiciones o disposiciones que se establecen entre los involucrados y las transformaciones que producen cambios significativos en la materialidad del espacio público y en el significado que se construye en el tiempo como reconocimiento colectivo, la acumulación de historia es necesaria para identificar a un espacio público como espacio ciudadano.

---

<sup>4</sup> Jorge Ramírez, «Estado de la investigación en historia de la arquitectura en América Latina» en *Seminario Proyecto y Memoria* (Bogotá: UNAL, 2015).

La transformación del espacio físico de la ciudad se produce de dos maneras: cambios puntuales con obras de corta duración y transformaciones paulatinas de larga duración, pero evidentes en momentos de transición; ambas se producen de manera aleatoria, los cambios puntuales representan a veces la visión de futuro y la anticipación al cambio, en tanto que en las transformaciones lentas y de larga duración subyace una tradición que se renueva para mantener su vigencia en el tiempo. El tiempo comprendido entre el momento inicial y la transformación es un ciclo que se denomina transición.

Interesa profundizar sobre las transformaciones mayores como efecto de unas circunstancias particulares que cuestionan lo establecido, son visibles y no siempre coinciden con las transiciones políticas. A menudo los desastres naturales dan lugar a transformaciones violentas que aceleran la renovación de la arquitectura y la ciudad, mientras que la suma de transformaciones en el paisaje se observa en el largo plazo, cuando este cambia repentinamente y por la comparación con lo que fue.

En síntesis, las transformaciones son acciones que suceden en presencia de unas circunstancias que modifican el contexto o el relato lineal de la historia bajo unas condiciones que se establecen entre las partes involucradas, se producen en un tiempo y un espacio, y son reconocibles en la ciudad; sin embargo, cada generación tiene una manera diferente de relacionarse con un mismo espacio público mediante aspectos cualitativos: de la plaza de uso heterogéneo a la plaza especializada; de la plaza cotidiana al parque y al espacio patrimonial.

Una vez producida la transformación, el recuento de los hechos es más claro, permite identificar lo nuevo, lo que trasciende, lo que se abandona y lo que pasa a un segundo plano; esto permite una doble mirada, una de futuro y otra del pasado, y es un momento para evaluar cómo cambia la forma del espacio público, su significación, las intenciones del poder y las aspiraciones de la población. En este nuevo contexto se evidencian los aspectos del espacio público que la población defiende para mantener su vigencia en el tiempo por varias generaciones.

## **El espacio del nosotros o «Llajta Quito»**

Según Frank Salomon, en las comunidades quichuas de la Sierra ecuatoriana el territorio ocupado se traduce como la «llacta» o «llajta» (*llajtakuna* en plural), término quichua<sup>5</sup> con el que se traduce literalmente la «pertenencia a la tierra» pero

---

<sup>5</sup> Vale aclarar que para este libro el término «quichua» se usará para designar la lengua en general, en tanto que el «quechua» se usará para designar al territorio con el que se identifica una comunidad y corresponde al piso ecológico de clima templado.

tiene otros significados de orden cultural: tierra, territorio, lugar en donde se encuentran enterrados nuestros muertos, lugar de origen.

Los señoríos prehispánicos formaron *llajtacunas*,<sup>6</sup> independientes entre sí, cada una estuvo al mando de un cacique, junto a los espacios lagunares de Quito, una «llajta-Quito», compartieron la tierra para el cultivo y la explotación de recursos naturales según acuerdos y una forma de gobernabilidad basada en el mando rotativo entre caciques; de este modo, al cabo de un ciclo, todos habían ejercido el control sobre el uso del suelo comunitario, quizás esta modalidad fue un atenuante a las disputas por la tierra y sus recursos. No obstante, todos se unieron ante un enemigo común.

Entre otras razones, la traducción aproximada de «espacio comunitario» en su origen prehispánico no podría ser homologado con la noción de «espacio público», ya que este último nace de una concepción occidental, urbana e individual. En la concepción occidental el individuo es sujeto de derechos y obligaciones ante la ley, antes que a una colectividad. Para Fernando Carrión, el espacio público es urbano, tiene relación funcional e histórica con la ciudad, cambia y se transforma con el tiempo.<sup>7</sup>

El «espacio del nosotros» tiene una matriz antigua, profunda, en él, el compromiso colectivo y oral es uno, como totalidad. Vale mencionar que las comunidades indígenas de la Sierra, la estribación costera y la Amazonía todavía tienen tierras comunitarias y acuerdos colectivos sobre el territorio, un tema controvertido. A manera de ejemplo, la comuna de Lumbisí de Quito tiene tierras comunitarias cuya tenencia se contrapone a la legislación sobre el suelo emitida por el Estado y el gobierno local, desarrollada a partir del individuo y no de la colectividad como un cuerpo, es decir, «del nosotros», este aspecto debilita la conservación de un modo de vida basado en los bienes de todos, lo colectivo basado en la reciprocidad y la solidaridad, para dar paso a la individualidad<sup>8</sup> en términos modernos.

Esta manera de ser y de actuar ha sido su fortaleza durante siglos, sobre esta noción Aníbal Quijano plantea que «la vieja comunidad andina fue privada, y funciona

<sup>6</sup> Al desconocer el término preinca para denominar al lugar y territorio, se utiliza el término quechua escrito como llajta o llajtacuna.

<sup>7</sup> Fernando Carrión, «Espacio público: punto de partida para la alteridad» en *Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía*, ed. Olga Segovia (Santiago de Chile: Ediciones Sur, 2007), 5, <https://www.flacsoandes.edu.ec/agora/espacio-publico-punto-de-partida-para-la-alteridad>

<sup>8</sup> Entre los indígenas, las decisiones son tomadas por la comunidad en reuniones ampliadas con sus miembros, participan hombres, mujeres, jóvenes y adultos mayores. Los niños, aunque no participan, están presentes, cuando es necesario se hace traducción para que todos conozcan lo tratado, los acuerdos no son inmediatos ni duraderos, cambian y se adaptan a nuevas circunstancias, las negociaciones pueden durar tiempos prolongados y al final se decantan en compromisos básicos por lo general verbales. En este caso la garantía de que el acuerdo se cumpla está en la colectividad que vigila.

hasta hoy porque se respalda en la reciprocidad y la solidaridad, que son la base de la racionalidad andina distinta de la occidental».<sup>9</sup>

La fundación española de la ciudad significó una negociación difícil y forzada sobre el territorio de mayor jerarquía para los señoríos, la transformación del «espacio del nosotros» en espacio urbano. Esto significó ceder una parte del «espacio del nosotros» para los «otros» en un juego de espejos<sup>10</sup> que da lugar a diferentes interpretaciones sobre un cambio de roles: quiénes son los «nosotros» y quiénes son los «otros»; en este sentido, el espacio del nosotros pasa de ser un espacio de pertenencia colectiva en el sentido original a un espacio de los «otros», con identidad diferente.

El «espacio del nosotros» pasa a un segundo plano tanto en el antiguo mercado, o catu, hoy centro histórico, como en el espacio de los ejidos; sin embargo, emerge como expresión social colectiva en momentos de crisis social en el espacio público de mayor relevancia que es la plaza Mayor, con signos visibles en la protesta pública o el terremoto. En esta faceta, Estermann<sup>11</sup> identificó a la solidaridad y la reciprocidad como atributos de una racionalidad andina. Quijano denomina a este tipo de relación «privado-social» para diferenciarlo del «privado egoísta» que predomina en la sociedad capitalista.

Para que el «espacio del nosotros» sea una categoría que designa a una totalidad reconocible como «lugar», debe ser, como toda categoría, jerárquico, de significación colectiva y de contenido histórico.

Los espacios del nosotros ratifican su condición jerárquica cuando se produce un cambio repentino o el peligro de su desaparición al generar una acción colectiva que rompe una estructura social diferenciada para hacer frente a un enemigo común. Este espacio es también el refugio en caso de no tener uno propio, es el acomodo en la estructura existente, la colectividad determina el lugar para el recién llegado, la pérdida del espacio propio por desplazamiento humano o desastre natural reestructura el escenario social, siempre jerárquico.

En este punto, y retomando a Quijano, se puede afirmar que en la circunstancia de malestar social o crisis emergen los principios de la racionalidad ancestral de solidaridad y reciprocidad no solo para superar la crisis sino para marcar un terreno que pertenece a lo público-social, para reconfigurar la jerarquía establecida.

<sup>9</sup> Aníbal Quijano, *Modernidad, identidad y utopía en América Latina* (Lima: Sociedad y Política Ediciones, 1988), 26.

<sup>10</sup> Jorge Luis Borges, «La dilución de los espejos», en *Borges y el espejo*, Kyung-Won Chung (ponencia, Actas XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Monterrey, México, 19 al 24 de julio de 2004).

<sup>11</sup> Aníbal Quijano publicó *Modernidad, identidad y utopía en América Latina* en 1988 mientras que Josef Estermann publicó el libro *Filosofía Andina* en 1998.

Puede cambiar el uso del espacio del nosotros, la forma física puede modificar su significado, pero no pierde su condición de referente colectivo e histórico en el espacio físico porque las coordenadas del espacio no cambian.

El espacio del nosotros es histórico porque es ancestral y es colectivo porque la unidad jurídica de derechos y obligaciones se asienta en la colectividad.

### **El espacio público**

La noción de espacio público de Quito surge en oposición al espacio privado. El espacio público es por lo general abierto, se inserta en un trazado en damero o cuadrícula en donde la plaza Mayor y las calles constituyen la estructura básica de la geometría urbana. La plaza quiteña colonial es una manzana sin construir de forma más o menos cuadrada o rectangular cuyos límites son las calles y fachadas que la rodean. La plaza se transforma en parque, sus fachadas contienen edificios que se identifican con todos los periodos de la historia nacional. Tanto la Catedral como el Palacio de Gobierno integran negocios hacia la calle, denominados «covachas», un referente en el que subyace el antiguo mercado, anterior a la fundación de la ciudad, y al mismo tiempo, de vida cotidiana moderna.

Los espacios públicos de Quito están representados sobre todo en plazas, parques y calles que cambian en el tiempo, en su uso, unos cobran relevancia y otros pasan a un segundo plano dando lugar a lógicas urbanas distintas; en ese sentido, el estudio de las transformaciones en un mismo espacio público tiene dos aspectos, el físico y el simbólico. En el físico está la forma del espacio público, el uso, la propiedad, los bordes, y el simbólico trata sobre la memoria del espacio público, las referencias de la historia, la proyección del pasado en el presente, espacios en los que se repiten hechos similares en temporalidades distintas, con diferentes actores sociales y significados similares.

Hoy en día se entiende lo público como lo opuesto a lo privado, la particularidad del espacio público es la accesibilidad sin restricciones, es el espacio en donde se ejerce lo colectivo y está relacionado por lo general con la acción estatal. Los espacios físicos modernos tienen el acceso de grupos diferenciados, heterogéneos, en donde sus miembros permanecen juntos dentro de normas tácitas de comportamiento social y comunicación, y a criterios implícitos de pertenencia a un grupo social. En esta red, los espacios públicos tienen una jerarquía, una caracterización específica y arquitectura que aporta a la geometría y composición del espacio. Con el tiempo unos mantienen su jerarquía y uso, otros pasan a un segundo plano, aunque como conjunto urbano y geometría se mantenga un interés escenográfico, histórico o de uso.

## El espacio ciudadano

Los espacios ciudadanos toman la referencia física del espacio público y el reconocimiento colectivo de estos espacios poseedores de una vocación particular. Lo que hace la diferencia entre el espacio público y el espacio ciudadano es la permanencia del uso; su vitalidad y reconocimiento colectivo en el tiempo; el formar parte de la memoria de varias generaciones hasta convertirse en historia de la ciudad, en los que el actor principal es el habitante de Quito; un lugar de encuentro cotidiano; un espacio de poder reconocido por la colectividad. Quienes llevan a la práctica la «toma de la plaza» tienen el poder, aunque no logren ser recibidos por el presidente o el alcalde de turno; el hecho de haber llegado a la plaza es haber logrado el objetivo simbólico de «toma del poder» por un momento y ver sus aspiraciones cumplidas de manera coyuntural y circunstancial.

En el espacio ciudadano, aunque las personas cambien y el espacio se transforme con el tiempo, este mantiene su esencia. La referencia de este espacio atrae al turista cuya experiencia se mantiene como parte de la imagen de la ciudad y se suma a la memoria colectiva y a la historia.

La diferencia entre espacio urbano, espacio público y espacio ciudadano radica en que el espacio urbano es la dimensión física de la ciudad, el espacio público es el espacio abierto de la ciudad, de acceso libre para todos los visitantes y residentes de la misma, mientras que el espacio ciudadano es el espacio público cuya particularidad es el reconocimiento por parte de la mayoría de la población o por un sector importante de la misma en periodos de larga duración; aquellos son los espacios con los que se identifica no solo la población de Quito sino el país por su condición de centro al que llegan y se integran las tradiciones e identidades del país. El «espacio del nosotros» es el que emerge en el espacio ciudadano en circunstancias de crisis social con características de una identidad ancestral ritual en el que, siguiendo a Norberg-Schulz, se puede reconocer el «arte del lugar».

## Lo andino

Este contexto geográfico ha creado varias nociones de lo andino, de ellas interesan tres. La primera es la geológica cuya vitalidad energética involucra a una región o país. Por una parte, la cordillera de los Andes atraviesa de norte a sur, en paralelo con el océano Pacífico para formar parte del «cinturón del Pacífico» que es un anillo volcánico que descomprime la energía contenida en el interior del planeta por medio de las chimeneas de los volcanes que han incidido en el caudal y calidad del agua de los ríos, han expandido las cenizas y lahares, y han cortado la comunicación entre regiones.



**Figura 1.** Mapa del Ecuador con su relieve y la ubicación de las principales ciudades desde la República. El original tiene escala 1:1 000 000, 2001.

**Fuente:** lámina de difusión publicada por proyecto IRD, Petroecuador, Municipio de Quito, Instituto Geográfico Militar. Quito, 2001.

La configuración de los Andes en Ecuador tiene un punto de inflexión en sentido norte-sur a partir del Nudo del Azuay. En el norte se encuentra la mayor parte de volcanes y la configuración de las «hoyas» es más o menos regular. A partir del Nudo del Azuay la configuración de las hoyas es diferente, las montañas son más

bajas, la ausencia de volcanes en las cordilleras Occidental y Real es evidente, y la presencia de minas superficiales hace posible la extracción de materiales para la construcción de fachadas, lo que ha otorgado una identidad singular a ciudades como Cuenca.

La noción de lo andino atraviesa en sentido este-oeste, con la confluencia de dos placas tectónicas a lo largo de la Costa, que en el caso ecuatoriano es el desplazamiento de la placa Nazca que se encuentra en el océano Pacífico y la Continental que está debajo de las regiones Costa, Sierra y Amazonía. El movimiento encontrado de las dos placas tectónicas ha producido innumerables terremotos en la historia que han afectado en mayor o menor grado a las ciudades sobre todo del norte y centro del país, y derivado de ello, la migración de la población o la refundación de algunas ciudades en otro lugar. Derivadas de la presencia de las placas geológicas existen largas fallas tectónicas que recorren las estribaciones de la cordillera, su activación ha involucrado a más de una región de manera simultánea; según estas condiciones se puede decir que todo el territorio es andino.

La segunda es la geográfica, se relaciona con la diversidad natural y de la gente sobre el territorio, que al igual que la geología, involucra a todo el país. Por una parte, la división de tres regiones y las dificultades de acceso entre ellas ha creado un conocimiento limitado de lo que pasa fuera de cada región; no obstante, desde tiempos ancestrales las comunidades indígenas circularon entre la Costa y la Amazonía, y viceversa, por pasos naturales. Las condiciones de la geografía dieron lugar a nichos ecológicos diferenciados en todo el país ubicados a corta distancia, espacios de fertilidad del suelo, zonas áridas, climas diferentes en donde se han asentado comunidades con formas de vida específicas. Las alturas de las cordilleras fluctúan entre 4000 y 6300 msnm, con alrededor de 30 volcanes localizados en la parte central y norte del país.



En los Andes del norte se observa una geología reciente con volcanes activos mientras que en el sur no existen volcanes sino formaciones montañosas antiguas; la topografía es irregular; el número de ciudades capitales es menor y el acceso es complejo, la manera de ser de la gente también cambia, la historia verifica la dificultad en el acceso, inserción a los sistemas económicos y culturales de los centros urbanos. En este sentido, se puede decir que la naturaleza de los Andes explica la distribución geográfica de las ciudades y la gente; casi la mitad de las capitales de provincia se asientan en valles o mesetas, sobre todo en el norte, por lo general una en cada hoya,<sup>12</sup> entre ellas, Tulcán, Ibarra, Quito, Riobamba, Azogues. El Nudo del Azuay es el punto de inflexión en el sistema geológico y geográfico en sentido norte-sur. Ciudades importantes como Cuenca y Loja se encuentran en este entorno; la primera tiene una forma irregular, con una jurisdicción sobre la hoya del río Jubones; mientras que la segunda se extiende hacia la Amazonía entre montañas que tienen un ordenamiento distinto al del norte del país.

De este modo, la continuidad o la discontinuidad del espacio geográfico ecuatoriano presenta por un lado barreras naturales como la del Nudo del Azuay que son inamovibles, y, por otro, límites político-administrativos que han cambiado en el tiempo; la población no estuvo siempre en un mismo lugar, sino que tuvo y tiene una movilidad interesante con origen en el comercio, el trabajo, el turismo, la cercanía altitudinal y de climas por los que se puede circular en un mismo día.

La movilidad permanente es una tradición antigua, está relacionada con el intercambio de bienes a larga distancia y es visible en la diversidad lingüística presente en los espacios de intercambio, denominados hoy «mercados». Los señoríos aborígenes de Quito trocaron bienes con la Costa y la Amazonía mediante ferias cuya presencia se evidencia en las huellas de nueve mercados temporales e itinerantes en la hoya del río Guayllabamba: Cansacoto y Canchillacta en las estribaciones hacia la costa, Cotocollao, Quito, Panzaleo, Pingolquí, Uyumbicho, Amaguaña, El Inga, todos están ubicados en los ingresos a la meseta de Quito. En el borde de la hoya se encuentra el mercado de Cayambe. Los mercados de los señoríos de la zona de Quito se denominaron «Khatu» o «catu» en lengua quechua y aymara.<sup>13</sup> Los conquistadores españoles trajeron de México la denominación de «tiánguez» que es originario de la lengua nahuatl, y el de mercado que persiste hasta hoy.<sup>14</sup>

Finalmente, la cordillera Occidental se une con la Real mediante «nudos» formando en su interior valles denominados «hoyas» cuyas altitudes varían entre

<sup>12</sup> Las ciudades de Latacunga y Ambato comparten la hoya del río Patate, Provincias de Cotopaxi y Tungurahua. Las ciudades de Azogues y Cuenca comparten la hoya del río Paute, ambos ríos dirigen sus cauces a la Amazonía.

<sup>13</sup> En el presente estudio se utilizará la escritura «catu».

<sup>14</sup> Frank Salomon, *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas* (Quito: FONSA, 2011), 185.

2200 y 2900 msnm.<sup>15</sup> El conjunto de hoyas tiene la forma de una escalera que en la parte norte es más o menos regular, y a partir del Nudo del Azuay pierde este orden dando lugar a hoyas irregulares, es decir, la formación geológica de los Andes del norte es diferente a la de los Andes del sur. Cada hoya tiene un río principal que desaloja sus aguas hacia la Costa o la Amazonía por brechas naturales que han sido utilizadas también para conectar ciudades mediante caminos.

La tercera es de orden histórico y político. Quito ha acumulado prestigio como emplazamiento y lugar en el que pasan cosas importantes. Primero, su condición de mercado interregional y cruce de caminos desde tiempo prehispánico, luego, segunda capital del imperio inca; en tercer lugar, capital de la Audiencia de Quito durante el periodo colonial, y, por último, capital de la República de Ecuador, por lo que se convierte en un nodo político y administrativo que ha acumulado capitalidad.

La evidencia de ser centro de recepción cultural se observa en el siglo XXI en una característica particular que es la diversidad cultural y humana que se concentra en Quito. En la configuración bipolar del país, Quito ha mantenido la hegemonía política, y Guayaquil, la comercial. Otra huella de la presencia del Ecuador en Quito radica en que la mayoría de las tradiciones gastronómicas de todo el país encuentran un lugar en Quito. En este balance las fronteras de lo andino aparecen y desaparecen según al ámbito en que ocurran: la política, relaciones familiares o el comercio, lo cierto es que de manera evidente o camuflada lo andino es un modo de ser que involucra a todas las regiones del país.

### **Cortes temporales**

Este estudio da a entender las transformaciones del espacio urbano de Quito en la larga duración mediante el acercamiento a dos momentos de transformación profunda, identificados por la historia, visibles en la ciudad y el territorio. Cada corte tiene dos lados u orillas como se define en el texto, uno anterior al cambio, hasta cuando se produce el momento del corte, y otro, cuando inicia la transformación con cambios visibles en la ciudad. Sin embargo, hay elementos que permanecen desde temporalidades anteriores en el nuevo orden y se incorporan como preexistencias. De este modo, sin ser un estudio panorámico, registra los cambios que ha sufrido el territorio en los momentos de quiebre social y político, y que dan a entender los hechos en la larga duración.

---

<sup>15</sup> Una «hoya» es un territorio montañoso de aproximadamente 3000 km<sup>2</sup> que comprende un cuadrilátero formado por dos cordilleras, la Occidental y la Real, que se extienden de norte a sur, y dos cadenas transversales de montañas menores, denominados «nudos» que unen las cordilleras en sentido este-oeste.

La historia del país registra dos momentos importantes de ruptura: el primer corte tiene fecha, es 1534, el año que pone fin a una crisis de poder que vivía el periodo prehispánico que queda en la primera orilla y da inicio al periodo denominado colonial con la fundación de ciudades, en su segunda orilla. El segundo corte se produce en 1830 con el establecimiento de la República del Ecuador, este tiene una transformación por etapas con cambios paulatinos desde 1750 hasta 1830 en que se establece la República del Ecuador, separada de la Gran Colombia, que es la primera orilla del segundo momento de ruptura. Los primeros cambios urbanos son visibles en la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX, segunda orilla del segundo corte temporal. Entre 1909 y 1922 la celebración de los centenarios de la independencia da cuenta de la imagen republicana que se extiende hasta 1942 con una serie de cambios tecnológicos de saneamiento, ornato que refleja un proceso de modernización que se acelera con la elaboración del primer Plan Regulador de Quito. Esta década inicia la conexión de Quito con el mundo mediante el aeropuerto, la creación de una zona financiera, recreativa y comercial en el norte, mientras que en el sur se planifican los sectores de vivienda popular, fabriles y de migración, conformando una ciudad bicéfala con el monte Panecillo como hito natural que divide no solo la geografía, sino los grupos sociales.

El primer corte tiene alguna complejidad por lo que es necesario poner en contexto las transformaciones culturales que se producen entre 1490 y 1560 aproximadamente, un periodo corto y complejo en el que se superponen tres culturas por la toma del poder en un mismo territorio, el centro de la disputa coincide con el espacio que hoy se conoce como centro histórico de Quito. Los protagonistas de la transformación del territorio son: primero los señoríos étnicos, luego los incas, y posteriormente los españoles.

Para ampliar la comprensión del primer corte temporal, los señoríos étnicos fueron los habitantes ancestrales de la meseta de Quito hasta aproximadamente 1490, no fue un solo grupo sino varios grupos que llegaron a la meseta y a más de explotar los recursos naturales y compartir un sistema rotativo del poder, dieron significado al paisaje y al protagonismo del fuego, el agua y las quebradas que conformaron este lugar singular; también configuraron el lugar de intercambio interregional (mercado), ubicado hoy en el núcleo de primer orden del centro histórico de Quito como espacio de reconocimiento intercultural, trueque y celebración de la vida.

Los incas llegaron desde el actual Perú para anexar estos territorios al Tahuantinsuyo. Luego de varias guerras sometieron a los señoríos con el propósito de fundar «otro Cuzco en Quito», es decir, una segunda capital del imperio en el sitio de intercambio interregional de los señoríos que fue el mercado o «catu». Este proyecto no progresó por la llegada de los conquistadores españoles que iniciaron

un nuevo periodo de guerras, esta vez contra los incas. La ocupación española se dio luego de una negociación con los generales de Atahualpa para ocupar el mismo territorio de sus antecesores y fundar la ciudad de San Francisco de Quito en 1534.

Cada grupo mencionado tuvo una manera diferente de organizar el territorio y explotar sus recursos: el primero, los señoríos étnicos, agrupaciones ancestrales asentadas alrededor de la laguna de Añaquito al norte, y del pantano de Turubamba al sur, mantuvieron un sistema rotativo en la administración, uso y manejo de este espacio, mientras que en la mitad, en un espacio rodeado por tres colinas: Panecillo, Itchimbía y San Juan, y atravesado por dos quebradas profundas, se encontraba el mercado itinerante en donde se practicó el trueque y relaciones de intercambio interregional con la Costa y la Amazonía, liderado por un señorío a la vez y de manera rotativa, la estrategia del ejercicio del poder de manera rotativa mantuvo el orden y las buenas relaciones entre señoríos de la meseta. La actividad que une a todos los señoríos es el cuidado de la laguna y el pantano, cada señorío que se encontraba asentado en sus orillas ejercía el liderazgo sobre los demás durante un ciclo de tiempo, así como el cuidado de los recursos naturales y las relaciones con señoríos de otras unidades geográficas.

Los incas, un grupo altamente organizado, llegaron al actual Ecuador luego de cien años de expansión territorial y configuración de un amplio territorio denominado Tahuantinsuyo,<sup>16</sup> para anexar territorios a lo largo del actual Perú, Bolivia, Chile y Ecuador. La capital fue Cuzco y a partir de esta ciudad salieron caminos hacia los cuatro puntos cardinales. El Tahuantinsuyo es un territorio con identidad y carácter cultural propio, que se observa en la sistematización de formas arquitectónicas y asentamientos que son visibles en los territorios antes mencionados. El eje articulador fue un sistema de caminos denominado «Camino del Inca» o *Capac Ñan*,<sup>17</sup> cuya extensión estimada es de 30 000 km<sup>2</sup>.<sup>18</sup>

El camino terminado fue observado por el cronista Felipe Guamán Poma, quien lo identificó en la población de Huaca en la provincia del Carchi-Ecuador, en el norte. Otras fronteras se encontraban en Tucumán, Charcas y el río Maule por el sur del continente. La presencia inca en el actual Ecuador llevó alrededor de cincuenta

<sup>16</sup> A inicios del siglo XVI los incas habían configurado un amplio territorio de 30 000 km<sup>2</sup> denominado Tahuantinsuyo, con una capital o centro de poder que fue Cuzco, desde donde partían las cuatro regiones del imperio, denominadas «suyos» orientadas en dirección de los cuatro puntos cardinales: Antisuyo, Collasuyo, Chinchaysuyo y Contisuyo.

<sup>17</sup> La extensión total del camino del inca varía según las fuentes, estas llegan a estimar hasta 60 000 kilómetros con todos los ramales, sin embargo, hay que aclarar que los incas construyeron el camino anexando caminos existentes o parte de estos, ampliando y mejorando su infraestructura. Ver en John Hyslop, *Qhapaq Ñan. El sistema vial inkaico* (Lima: Petroleos del Perú, 2015) y Antonio Fresco, *Ingañan. La red vial del imperio inca en los Andes ecuatoriales* (Quito: Ediciones Banco Central, 2004).

<sup>18</sup> Hyslop, 189.

años, y en Quito alrededor de treinta, con 17 años de guerra en el extremo norte con el fin de incorporar a la Provincia de Imbabura al imperio. Luego de su triunfo sobre los señoríos introdujeron a pobladores del sur del Tahuantinsuyo, en calidad de mitimaes, es decir, «enviados por su etnia para cuidar intereses fuera»;<sup>19</sup> sin embargo, la llegada de los europeos truncó este proyecto cultural y territorial de gran magnitud.

La segunda orilla del primer corte se ocupa de la fundación española de Quito con un modelo de organización político-territorial diferente, mediante la creación de virreinos y audiencias en toda América Latina que estuvieron subordinados al rey de España. La Audiencia de Quito estuvo adscrita al Virreinato del Perú y la capital fue la Villa de San Francisco de Quito, fundada el 6 de diciembre de 1534. Su importancia fue creciendo, primero fue un punto de estancia en el viaje entre Cartagena y Potosí, pasando por Santa Fe de Bogotá, y con España a través del puerto de Guayaquil. En 1541 se le otorgó la categoría de «ciudad» y en 1545 se erigió en Quito el obispado. Finalmente, en 1563 se consolidó su estatus al ser nominada capital de la Real Audiencia de Quito.<sup>20</sup>

De esta manera, Quito tiene hoy connotación internacional, acumula capitalidad y su espacio físico una singularidad que es motivo de este estudio. El mercado o «catu» prehispánico se fragmentó para formar parte de la cuadrícula urbana, su memoria se encuentra en tres plazas urbanas: plaza Mayor, plaza de San Francisco y plaza de Santo Domingo, siendo la plaza Mayor la de categoría más alta: centro de todos los hechos políticos y religiosos y, al mismo tiempo, cotidianos. En suma, en la cosmovisión preinca el hombre formaba parte de la naturaleza, hecho que se observa en su cotidianidad. Mientras que para los incas y españoles la visión del mundo era que el hombre transforma la naturaleza.

Las huellas de este tiempo muestran una superposición cultural que se puede explicar de algún modo en la diversidad lingüística que encontró Jijón y Caamaño en sus investigaciones sobre Quito, presentes también en los topónimos de la cartografía del siglo XX y que aporta a la idea de un paisaje multicultural de larga data asentado en este territorio.

El segundo corte temporal también tiene sus dos orillas o momentos de transformación que no son tan claros como en el primero, en este corte podríamos decir que el mayor punto de inflexión se situó en 1830 con el establecimiento de la República del Ecuador; sin embargo, se han identificado puntos de inflexión previos como la llegada de los científicos franceses a la Audiencia de Quito para realizar

<sup>19</sup> Felipe Guamán Poma de Ayala, *El primer nueva corónica y buen gobierno* (México: Siglo XXI, 1992), 1090.

<sup>20</sup> Alfonso Ortiz, «Arquitectura monumental del centro histórico de Quito» en *Centro Histórico de Quito: problemática y perspectivas*, ed. Fernando Carrión (Quito: Municipio de Quito, Consejería de Obras Públicas y Junta de Andalucía, 1990), 153.

mediciones del cuadrante terrestre, otro hecho importante ocurrió en 1765 con la denominada «guerra de los estancos», o la «guerra de los barrios de Quito»,<sup>21</sup> que algunos autores coinciden en que fue el inicio del proceso de independencia.

En el segundo corte se presenta el primer episodio importante que fue la Batalla de Pichincha en 1822, hecho que marcó la salida de España de Quito; sin embargo, como territorio con límites similares, la Audiencia de Quito pasó a formar parte de la Gran Colombia, con el nombre de Departamento del Sur hasta el 13 de mayo de 1830, año en que se separó de la Gran Colombia para formar un territorio autónomo con el nombre de República de Ecuador y la ciudad de Quito como su capital. En este año se conformó el Congreso Constituyente y se dictó la primera Constitución del país.<sup>22</sup> En tiempo de guerra poco se puede hablar de obras de arquitectura o de cambios urbanos, lo interesante de este periodo es entender cómo funcionaba la ciudad en los momentos de crisis política, a la que se sumó otra, la de tres terremotos devastadores en casi un siglo: 1797, 1850 y 1868.

Hechos premonitorios del cambio son visibles en la ciudad en la primera orilla del segundo corte temporal, al finalizar la Colonia, en 1800, con la presencia del Luis Francisco Héctor, quinto barón de Carondelet (1748-1807) y presidente de la Audiencia de Quito, y años más tarde, en 1850, con el presidente de la República del Ecuador, Gabriel García Moreno. Ambos emprendieron las primeras obras públicas de saneamiento y ornato de Quito que como capital debía mostrar una imagen republicana. El primero convirtió la plaza Mayor en parque, esto significó eliminar las fiestas de toros que era un entretenimiento popular y en 1850 el presidente Gabriel García Moreno reiteró la transformación para evitar que continuara el mercado, es decir, las plazas fundacionales fueron al mismo tiempo espacios públicos y ciudadanos en donde se efectuaban los actos cívicos y religiosos más importantes y, al mismo tiempo, el espacio por donde circulaba el rumor.

Con la independencia de España, la Sierra se mantuvo ligada a la hacienda y al abastecimiento de productos agrícolas hacia la Costa, en tanto que Guayaquil se abrió al mercado internacional con la exportación de materias primas, como cacao y café, lo que significó el crecimiento de la población por migración interna desde la Sierra, también hubo migración extranjera que ingresó por Guayaquil para establecer puestos de comercio e importantes iniciativas en la construcción. Desde ese entonces se hizo evidente un país dual con dos ciudades que han llevado la hegemonía del país: Quito y Guayaquil.

El resultado de la República se hizo visible en la celebración de dos centenarios: el centenario del «Primer grito de independencia» en 1909 y, el segundo, la

<sup>21</sup> Segundo Moreno, *Subelevaciones indígenas en la Audiencia de Quito* (Quito: PUCE, 1985).

<sup>22</sup> Enrique Ayala Mora, *Nueva historia del Ecuador* (Quito: Grijalbo-Corporación Editora Nacional, 1990), 165.

«Batalla de Pichincha» en 1922. La celebración del centenario de 1909 tuvo como protagonista al presidente Eloy Alfaro quien retomó varias ideas y obras iniciadas por García Moreno que contribuyeron a formar la imagen de un país soberano y libre, y Quito como su capital.

La celebración del centenario de la Batalla del Pichincha en 1922 tuvo lugar en el espacio rellenado de la quebrada de Jerusalén en donde se construyó la Avenida 24 de Mayo con un espacio de uso cívico en la mitad que contuvo esculturas y dos hileras de árboles; se produjo un plano de Quito que mostró su crecimiento y los cambios que la posiciona como ciudad moderna.

En la segunda orilla del segundo corte temporal, el periodo histórico comprendido entre 1830 hasta 1950 se lo ha denominado Republicano. Este límite no es exacto, sin embargo, la historia de la arquitectura lo considera previo al periodo moderno ya que incorporó cambios tecnológicos en la arquitectura y un nuevo modo de vida. Luego de las fiestas del centenario, Quito cobró un aire cosmopolita a partir de las décadas de los años veinte y treinta con la aparición de una red de cines entre 1914 y 1930, un hipódromo en 1915, la cervecería La Victoria en 1916, la inauguración del Hospital Militar y el Museo Militar en 1919; se estrenó el primer carro a gasolina en 1921; servicio de lavanderías públicas en varios barrios de Quito que reemplazaron a los puestos de lavado en el río Machángara; servicio de baños de agua caliente en el centro de la ciudad. En 1942, la realización del Plan Regulador de Quito marcó la transformación de la ciudad hacia la planificación urbana y se preparó para incorporar a la arquitectura moderna con características propias.

## Área y población

Es pertinente hacer un breve recuento de la dimensión de la ciudad en la actualidad, el crecimiento y la movilidad de la población hacia la Costa y la Sierra es más o menos equitativa, mientras que la Amazonía y Galápagos tienen cifras inferiores al millón de habitantes (tabla 1). La región Sierra tuvo la mayor ocupación durante la Colonia, sus paisajes de altura contienen al mismo tiempo «memoria de la naturaleza y memoria del tiempo de los hombres»,<sup>23</sup> frase que se podría aplicar a la situación cultural de los años cincuenta del siglo XX en que el país mantenía la agricultura como uno de los rubros económicos más importantes.

<sup>23</sup> Olivier Dollfus, *Territorios andinos. Reto y memoria* (Lima: IFEA, 1991), 24.

Región	Habitantes
Costa	7 638 990
Sierra	8 343 162
Amazonía	928 251
Galápagos	28 583
Total	16 938 986

**Tabla 1.** Número de habitantes por región geográfica en 2023.

**Fuente:** INEC. Censo de Población y Vivienda 2023.

La ciudad de Quito está asentada en la región Sierra, en la «hoya del río Guayllabamba», ocupa una meseta formada al pie del volcán Pichincha,<sup>24</sup> en la cordillera Occidental de los Andes, a 2800 metros de altitud. El Pichincha se destaca como montaña tutelar en donde se originan alrededor de 60 quebradas que atraviesan, de occidente a oriente, la mayor parte de ellas para descargar las aguas en el río Machángara. La imagen de Quito al pie del volcán se menciona en el himno de la ciudad, la fotografía es recurrente en difundir esta imagen y Quito sin el Pichincha sería otra ciudad.

La relación entre el área y la población de Quito mostró un crecimiento ascendente, sostenido y con cierto equilibrio entre 1760 y 1956. El crecimiento de la población se expresó en edificaciones de baja altura, lo que se tradujo en una mancha urbana extendida en el territorio; una de las razones para este crecimiento fue la demanda de trabajo que fue llenada por una migración interna en diferentes oficios, fábricas y empleo en el sector público y privado, sobre todo entre 1921 y 1956 que fue un corto periodo de bonanza económica, compra de tierras en los antiguos ejidos para aprovechamiento futuro (tabla 2).<sup>25</sup> Las estadísticas de población elaboradas con anterioridad a 1950 son estimadas por cuanto el primer censo de población fue en 1950.

<sup>24</sup> Producto de transformaciones geológicas sucedidas en la cordillera Occidental en donde se encuentra el volcán Pichincha con sus dos picos de 4794 y 4698 metros de altura; el deshielo y el material volcánico acarreado durante siglos se asentó en su base formando esta meseta con zonas lacustres junto a las que se han registrado asentamientos humanos desde hace 5000 años.

<sup>25</sup> Instituto Geográfico Militar (IGM), Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador (IPGH) e Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération (ORSTOM), *Atlas infográfico de Quito* (Quito: IGM, IPGH, ORSTOM, 1992). <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/126507-opac>

	1760	1888	1921	1946	1956
Área urbana (hectáreas)	252	315	815	1815	3337
Población	25 000	39 600	80 700	209 932	355 200

**Tabla 2.** Relación de población y área de Quito.

**Fuente:** *Atlas infográfico de Quito*, 1992.

El orden de exposición del estudio sobre el espacio urbano en la historia de Quito se desarrolla por capítulos, el primero trata sobre Quito en su contexto geográfico e histórico, los cortes temporales adoptados en el relato del espacio público y el espacio ciudadano, y definiciones que son de interés para una mejor comprensión de los temas desarrollados.

El segundo capítulo analiza la manera en que las preexistencias inciden en la configuración de los espacios delineados desde la fundación española hasta el siglo XX de acuerdo con tres cortes altitudinales y tres cortes a ras de suelo en la meseta de Quito con el fin de explicar la complejidad del territorio en el tiempo, estos marcan momentos clave en la transformación de los mismos espacios en el tiempo, que configuran un sistema de espacios públicos conformado por las plazas principales de herencia prehispánica y las plazas de las parroquias en donde se asienta el poder de los barrios.

El tercer capítulo remarca que los hechos urbanos y las diferentes visiones de los mismos espacios en temporalidades diferentes permiten entender que la ciudad es un crisol que tiene varias caras y que se puede entender el espacio urbano como ciudades distintas en el tiempo, tres «Quitos» distintos en los que la protagonista es la plaza y sus significados que se superponen en la historia. Finalmente, se reflexiona sobre los espacios públicos y los espacios ciudadanos, cómo identificarlos a partir de los análisis realizados en el estudio.

## Urban Space in the History of Quito: Territory, Layout, and Citizen Spaces

This book is the result of a doctoral study now co-published by the Universidad Nacional de Colombia and the Pontificia Universidad Católica del Ecuador. *Urban Space in the History of Quito: Territory, Layout and Citizen Spaces* addresses the transformations of public space in the city from pre-Hispanic times to 1940, when the first Regulatory Plan of Quito was issued. The study of the pre-Hispanic and Colonial city and the interpretation of layouts suggest transformations that range from the notion of territory to urban space and cultural landscape, from urban to citizen space, and from an “space of us” (*espacio del nosotros*) to citizen spaces.

On a conceptual level, the text highlights that urban space refers to the physical and geographical realms, while territory encompasses boundaries, social belonging, and systems of constructed and natural objects. According to Christian Norberg-Schulz, space connects the sky and the ground, while landscape is a collective construction of meanings that changes over time and transforms space. Place, on the other hand, is a dynamic totality that gives meaning to space by integrating the physical and the symbolic.

Pre-Hispanic, Inca and colonial cultures shaped the urban space as a unique place in the Andes. Josef Estermann, in his thesis on the Andean worldview, recognises space and time as a network of relationships. This vision prioritises sensorial perception and encourages reciprocity, complementarity and intercultural dialogue. He explores concepts such as—*Hanan Pacha* (upper world), *Kay Pacha* (middle world) and *Ukhu Pacha* (lower world)—.

The author of this book explores the meanings of the place name ‘Quito’, its pre-Hispanic and symbolic roots, and concepts such as ‘centre’ and ‘middle of the world’, to connect with references and theories and find on place that in ancient times, Quito was a strategic territory for trade and a sacred space; Pichincha, Cayambe and Antisana volcanoes, as well as mountains such as Ilaló and Panecillo, and were essential elements for astronomical observation and rituality. Historically, the first settlements were developed from a symbolic place, the territory inhabited by pre-Inca ethnic domains (*señoríos étnicos*) until it became a colonial town and, later on, the capital of Ecuador. Its characteristics shaped the political, cultural and spiritual development. During the Colony, some ritual territorial division continued, however the landscape was reinterpreted from different scientific and religious perspectives. Nowadays, toponymics and elements such as ravine and mountains preserve ancestral memory and integrate pre-Hispanic, colonial and republican pasts within a space of collective signification.

Geographical analysis—particularly *Kay Pacha* (middle world)—focuses in territorial structure and historical changes of urban space. It highlights the division between the historical centre and two *ejidos* (commons): Añaquito in the north and Turubamba in the south. These *ejidos*, established since the city’s foundation in 1534, played a key role as public areas for recreation, farming, and hunting, besides being symbolic spaces of integration between the pre-Hispanic, colonial and modern development.

The second chapter addresses the foundational core space. The grid plan (*damero*) design included plazas and streets that linked this space with the *ejidos* and surrounding parishes. The Plaza Mayor, along with the San Francisco and Santo Domingo squares, formed a central urban space that had symbolic meaning, each related to a natural and cultural milestone. Ravines that ran through the city, such as El Tejar and Jerusalén, and neighbouring mountains played a crucial role in the urban structure, configuring a deep bond between nature and the city. Similarly, the fact that the colonial settlers built the city over a pre-Hispanic market (*catu* or *tiánguez*) determined urban functioning from the start.

The ejidos were spaces for communal use, but also as areas of symbolic and functional division within the city. Añaquito, to the north, was home to a lagoon that was drained and converted into farmland, while Turubamba, to the south, was an irregular and humid plain with marshes and ravines. Both ejidos were essential for interaction between indigenous peoples and settlers. Their use was marked by conflicts over land tenure, resource exploitation and urban expansion, especially since the 19<sup>th</sup> century, when they were leased to finance city works. This led to a new hierarchy of urban space: Turubamba became more valuable because of its productivity, while Añaquito retained its symbolic character. However, in the 20th century, with the modern expansion of Quito, the north (formerly Añaquito) acquired greater urban and social value, while the south lagged behind in terms of development. This duality would remain until the end of the 20th century. In conclusion, the ejidos of Quito reflect the complexity of the territory, where tensions between tradition, symbolism and modernisation have marked their evolution as intercultural and dynamic spaces.

The third chapter examines the transformation of public spaces into citizen spaces from pre-Hispanic and colonial times to the Republican era (1942). It highlights how the city has managed to preserve ancestral elements and maintains a connection between its topography and cosmic duality, despite the influences of colonial rule. In pre-Hispanic times, the city was established in an area referred to as the *espacio del nosotros* (space of us). The colonial grid was structured around three main squares—San Francisco, Santo Domingo, and the Plaza Mayor—readjusting the topography to align with the sacred Andean geography. These squares served as centres for community life and daily activities, becoming spaces of collective recognition. This is why they are regarded as citizen spaces.

In this chapter, cartography and travellers' descriptions are essential tools for analysing changes. However, maps are not neutral; for instance, the 1734 map reflects political and social interests that reveal how the city was imagined and constructed. Over time, parish squares and convents adapted, serving as spaces for social mediation and, at times, as fortifications. In the early 20th century, colonial squares changed into enclosed parks, such as Independence Park, which emphasised hygiene, decoration, and the exclusion of the working class. This transition symbolises an effort to create new national symbols. Later, the San Francisco and Santo Domingo squares were also converted into parks.

The transformation resulted in the creation of new parks. La Alameda Park became a symbol of the republican order, designed as a space for the elite, serving both scientific and recreational purposes. However, the exclusion of the majority of the population led to the park being 'reclaimed'. When the city removed the fences, the park returned to being a space of us. El Ejido Park was established as a botanical garden, but by the time it opened, it had become a venue for popular games and sporting events, embraced by the community.

In summary, the text analyses how Quito's public spaces serve as a palimpsest of overlapping cultural, political, and social traditions, creating different versions of Quito. The city embodies both ruptures and continuities, with its Andean, colonial, and republican heritage manifesting in the layout of its squares and parks. This reveals an ongoing struggle between inclusion and exclusion, as well as between tradition and modernity.

The text describes the complex transformation of public space in Quito, a place defined by the interaction between geography and culture. It examines how the city evolved from pre-Hispanic collective spaces, known as the space of us, to colonial squares. It also highlights the impact of modernity in the 20th century, which led to the disappearance of these squares and their replacement by parks and roundabouts, reflecting a shift in paradigm towards progress and the exclusion of specific sectors of society. These processes confirm that topography and natural phenomena have influenced the identity of Quito and the landscape that makes this city a unique space.

# **CAPÍTULO I**

## **QUITO Y SU TERRITORIO**



El estudio sugiere definir en unos casos y precisar en otros los aspectos del espacio y el territorio, el paisaje y el lugar. El espacio urbano está referido a su connotación física que cubre la superficie del territorio que es entendido como geografía, y sobre esta se forma un espacio que constituye una atmósfera. El territorio tiene como elementos básicos la superficie y sus límites físicos y la pertenencia a un grupo social; contiene también a los objetos construidos y naturales dispuestos en el territorio en un sistema de espacios, estos objetos tienen una geometría: para Christian Norberg-Schulz (1926-2000), el término geometría implica «una medida celeste en la superficie de la tierra», es decir, una correspondencia entre suelo y cielo, y la vida que se desarrolla entre los dos. Las formas construidas y la organización del espacio forman llenos y vacíos que son específicos de cada lugar, el espacio tiene una o varias funciones o usos, y significados que componen «una imagen del ambiente que recibe el hombre, es decir, un sistema estable de relaciones tridimensionales entre objetos significativos».<sup>26</sup>

El paisaje se describe usualmente como una construcción colectiva de significados que se configura en el territorio y sus hitos, espacios con contenidos que cambian o se transforman en el tiempo; elementos artificiales y naturales de la geografía; al respecto, Milton Santos (1926-2001) define el paisaje en estos términos: «El paisaje es el conjunto de formas que, en un momento dado, expresa las herencias que representan las sucesivas relaciones localizadas entre hombre y naturaleza. El espacio es la reunión de esas formas más la vida que las anima»<sup>27</sup>.

Todo lleva a pensar que paisaje y espacio no son sinónimos. En este estudio, el espacio es un concepto amplio, incluye a los objetos naturales y construidos del territorio y sus coordenadas no cambian. El paisaje es un espacio que está dotado de significados que otorgan contenido al espacio, estos pueden cambiar con el tiempo, cobran vigencia y se renuevan en la larga duración, y contribuyen a la noción de «ambiente». Christian Norberg-Schulz señala que el *lugar* es una totalidad mayor o menor, sea del paisaje o del interior de un edificio. Denomina *arte del lugar* a la generación de una imagen del mundo, esta se genera en el espacio, indaga la situación existente entre el hombre-medio y es dinámica. «Lugar y espacio como un sistema de lugares es una condición necesaria para hallar un sitio firme donde hacer pie existencialmente».<sup>28</sup> De este modo, en el arte del lugar confluye la composición del espacio físico, el paisaje y los significados que le dan sentido.

En este encuadre de ideas que pueden parecer abstractas, el análisis del espacio urbano de Quito es una oportunidad para demostrar cómo han incidido las

<sup>26</sup> Norberg-Schulz, 144.

<sup>27</sup> Milton Santos, *La naturaleza del espacio* (Barcelona: Ariel Geografía, 2000), 86.

<sup>28</sup> Norberg-Schulz, 194-195.

preexistencias culturales en la construcción de una totalidad mayor, la de un lugar singular en los Andes, y al «ambiente» del espacio urbano de la ciudad construida, que ha sido cambiante en la historia. El interés de este estudio es reconocer las «imágenes del mundo» que se tejen en la historia de esta ciudad para dar cuenta de diferentes «Quitos».

En la percepción del ambiente andino está la manera en que su gente encuentra un sitio firme para vivir. En ese sentido Josef Estermann (1956) sostiene que la cosmovisión andina tiene los elementos de una filosofía con características propias que se insertan en una visión particular del mundo, un pensamiento «vivido y vivo en la actualidad con raíces muy hondas». La interrelación con otras culturas en la larga duración ha hecho posible que el habitante andino maneje fluidamente el diálogo entre culturas, su enfoque de la vida es intercultural antes que económico. Esta visión permite fluir entre una y otra cultura, comparar la mirada local con otras miradas más amplias, universales. Esta concepción lleva a la idea de mirar a través de un espejo, o a través de un prisma como sugiere Jorge Luis Borges, condiciones necesarias para entender el lugar de Quito.

En la concepción del mundo, Estermann identifica aspectos espaciales que forman parte de una lógica andina. El primero, el individuo forma parte de una red de relaciones que involucran tiempo y espacio, que son entidades de reflexión constante. El segundo es la percepción del mundo a través de cualidades no visuales como el tacto, el oído y el olfato, a más de la vista, en igualdad de condiciones con los otros sentidos;<sup>29</sup> el ser andino «escucha» a cada uno de los objetos naturales y «siente» la realidad.<sup>30</sup> El tercero es que la realidad está conformada por un conjunto de relaciones que incluye: presentimientos, afectaciones psicosomáticas, comunicación telepática.<sup>31</sup>

La racionalidad andina «es un “modo de concebir la realidad”, una “manera característica de interpretar la experiencia vivencial”, un “modo englobante de entender los fenómenos” [...]».<sup>32</sup> Por otra parte, todo está relacionado con todo, es decir, la interacción de lo racional y lo no racional, el todo y las partes, en doble

<sup>29</sup> La cultura occidental prioriza la visión sobre los demás sentidos.

<sup>30</sup> El verbo *rikuy* (ver) contiene el sufijo reflexivo (-ku) para indicar que no se trata de una acción unidireccional (sujeto-objeto); el verbo *uyariy* (escuchar) está compuesto por la raíz *uya* que significa «cara», y el enclítico responsivo -ri que actúa como tópico en las preguntas que han ocurrido previamente. El verbo *tupayuy* (tocar, palpar) es el reforzamiento de *tupay* (encontrarse, verse) con el sufijo aumentativo -yu; el verbo *mallicuy* (saborear) es el reflexivo del *mally* (probar). La sensibilidad y sensibilidad andinas no dan preferencia al «ver», y, por lo tanto, la racionalidad cognoscitiva no es en primer lugar «teórica» (*theorein*), sino más bien emocional-afectiva. Ver Estermann, 101.

<sup>31</sup> Josef Estermann, *Filosofía andina* (Quito: Abya-Yala, 1998), 102.

<sup>32</sup> Estermann, 88.

sentido y de manera permanente, esta concepción explica de algún modo la apertura al diálogo intercultural. Derivado de este principio, identifica la reciprocidad, la complementariedad y la correspondencia en todos los aspectos de la vida material y espiritual que se tejen y están contenidos en la vida de sociedades indígenas actuales.

El término territorio tiene un significado amplio referido a un espacio geográfico delimitado por una sociedad que se identifica con el mismo. Quizás la definición del siglo XVIII del padre jesuita Juan de Velasco en su libro *Historia del Reino de Quito* expone la denominación de territorio como «una piel» según él mismo, en donde la topografía se impone con una serie de hitos naturales u objetos que delimitan la vista, regulan las alineaciones y perspectivas desde dentro de la ciudad dividida en dos partes: una, la llanura al norte destinada a ejido, la segunda, que corresponde al ejido en el sur, con una estructura física estable, floreciente, y, al hablar del centro, insinúa la presencia de la ciudad consolidada en la mitad de los dos ejidos. En esta temporalidad, la presencia del paisaje se impone sobre la ciudad.

En su memoria pone en vigencia hechos relevantes del pasado que se mantenían vivos en ese entonces, un palimpsesto. De manera breve pero consistente caracterizó a Quito con sus componentes de cielo y suelo, y eventos de la historia. La descripción del padre Juan de Velasco es una visión espacial del territorio, encuentra unos límites o bordes que encierran un paisaje en el que se identifican hitos u objetos de tipo natural y construidos, dispuestos de una manera particular que únicamente los tiene Quito y no otra ciudad.

## Los significados de «Quito»

El topónimo «Quito» se percibe como un territorio de dimensión variable, mientras más nos alejamos en el tiempo es difuso, daría la idea que su concepción inicial fue de un territorio amplio, difícil de dimensionar, que luego se reduce, pero no pierde vigencia, sino que mantiene la característica de centro, que traducido en términos urbanos puede ser el de «capital».

En Quito, un eje transversal que recorre de este a oeste marca la línea ecuatorial, en la posición de latitud 0°. En este lugar la energía geológica y la localización en el ecuador, con Orión como referente estelar, tienen una condición particular de relación entre el cielo y el suelo, observada por los agricultores ancestrales, los religiosos coloniales o los científicos franceses y españoles. En sentido norte-sur, Quito se inserta entre dos ejes perpendiculares, que conforman la cordillera de los Andes.

Los topónimos denominan un territorio, un lugar y un paisaje, en ese sentido, Quito es en tiempo prehispánico el nombre de un territorio mayor al de la ciudad actual y el país; acerca de su origen se han vertido varias interpretaciones contrapuestas que al igual que en otras ciudades antiguas se insertan en el mito, en el «diseño de los dioses» o en «la voluntad divina». El interés por reflexionar sobre el origen del nombre es encontrar huellas del nombre en el presente del actual territorio, así como la singularidad del espacio físico, la vigencia de los topónimos en el tiempo, y explorar un territorio que varía en sus límites, pero que no pierde el significado de «mitad»; «lo que divide»; «centro» y «sol», «cuatro mundos», «lugar quebrado», «mundo de la mitad», «mitad del tiempo», denominaciones que son las más frecuentes y en torno de las cuales gira el topónimo Quito.

En la historia el topónimo Quito se mantiene y es reconocido de manera sistemática por quienes lo habitaron como nombre originario de los señoríos prehispánicos hasta la actualidad, con la particularidad de que nadie ha cuestionado el topónimo, sino, por el contrario, se ratifica cada vez para denominar a un territorio específico. Evidencias del «espacio que divide» o «mitad del tiempo» aluden al sol como una deidad mayor que se representa en textiles, cerámica arqueológica, no solo de Quito sino del actual Ecuador y sur de Colombia.

El estudio de Frank Salomon encuentra que en la meseta de Quito hubo varias comunidades preincaicas que las denominó «señoríos étnicos», estos grupos tuvieron una estructura social y organización política autónoma de sus vecinos, pero abierta a relaciones externas para mejorar la subsistencia; sin embargo, los señoríos se unieron en caso de un peligro común, por ejemplo, la llegada de los incas y los conquistadores españoles. El investigador no encontró un señorío con el nombre de Quito; no obstante, a treinta años de la fundación española, en 1564 hizo referencia a un cacique llamado Quito.<sup>33</sup> Si bien este dato único no es suficiente, el apellido Quito está presente en la actualidad. Otros «Quitos» son términos compuestos: Añaquito, Ananquito o Iñaquito que la cartografía representa en el espacio que correspondió a la laguna ubicada en el norte de la meseta con el mismo nombre.<sup>34</sup>

Otro argumento del mismo autor señala que «es probable que la importancia de Quito nacía de su localización estratégica que de su estatus demográfico o político», esto es, un cruce de caminos importante en el territorio de la hoya del río Guayllabamba, un eje en dirección norte-sur por la Sierra que se mejoró y consolidó al integrarse al camino del inca o *Capac Ñan*, y en el otro sentido, de este a oeste, con regiones de la Amazonía y la Costa de donde se extrajeron importantes

<sup>33</sup> Salomon, 266.

<sup>34</sup> Servicio Geográfico Militar, *Planchetas de Quito (varias)* (Quito: SGM, 1932).

recursos para el intercambio en los mercados cuyo funcionamiento fue más que un espacio con límites físicos destinado al trueque, fueron espacios de reconocimiento social intercultural y un espacio de vida.

Quito, como término compuesto Añaquito, recuerda a la división ritual de Hanan y Urin, que aparece por primera vez en el acta de fundación de la Villa de San Francisco de Quito del 28 de agosto de 1534.<sup>35</sup> Este documento reiteró el topónimo «Quito» como una provincia, es decir, un territorio conquistado: «A conquistado e pacificado estas prouyncias de Quyto e a placido A nuestro señor que los más señores e prencipales e yndyos dellas están como están pacíficos [...]».<sup>36</sup>

El 20 de abril de 1537 en el «expedientillo de tierras» en donde se registraron las tierras repartidas a españoles el término «añagito» se refería a la estancia de Martín Gallego que estaba en el desaguadero de la laguna, entre el ejido por arriba y la laguna de «añagito» por la banda de abajo. Ese mismo día se le proveyó de otra estancia para puercos que estaba entre el desaguadero de la laguna de «añaquyto» y por otra parte hacia «zánbiza».<sup>37</sup> La escritura cambió, pero se refería al mismo sector de la laguna y el camino de Zánbiza, entre las laderas del cerro Guanguiltagua y el cerro Amagasi o Monteserrín, topónimos que corresponden a sectores del Quito del siglo XXI.

Hacia 1547 el cronista Pedro Cieza de León mencionó el término «Quito» en su paso por este lugar a los trece años de la fundación española y lo asoció al prestigio de un territorio cuando escribió: «[...] a estos aposentos tan reales y principales llamaban los naturales Quito, por donde la ciudad tomó denominación y nombre que tenían los antiguos». En esta descripción Cieza no precisó si se trataba de señoríos étnicos o incas, pero de acuerdo con el contexto de su descripción «los antiguos» se refería a la población anterior a los incas. En su paso por Quito nuevamente mencionó «Pasado este campo de Añaquito, se llega luego a la ciudad de Quito [...]».<sup>38</sup> lo que daba a entender que el territorio de Añaquito, poblado por agricultores, fue un espacio diferente al de la ciudad española.

La relación escrita de Pedro Cieza de León y las actas del Cabildo cuyas referencias mencionan a Añaquito como sector de laguna y espacio agrícola se verificó en los hallazgos geológicos y arqueológicos cuya prueba fueron los camellones prehispánicos encontrados en este espacio.<sup>39</sup> De este modo, se puede asociar el

<sup>35</sup> El acta de fundación de la ciudad de Santiago de Quito es similar al de la Villa de San Francisco de Quito en cuanto a contenido. Se refiere al mismo espacio de Quito.

<sup>36</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, tomo I, descifr. José Rumazo González (1934), 25.

<sup>37</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 144.

<sup>38</sup> Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú* (Madrid: Historia 16, 2000), 180.

<sup>39</sup> Marcelo Villalba y Alexandra Alvarado han realizado artículos relacionados con los camellones

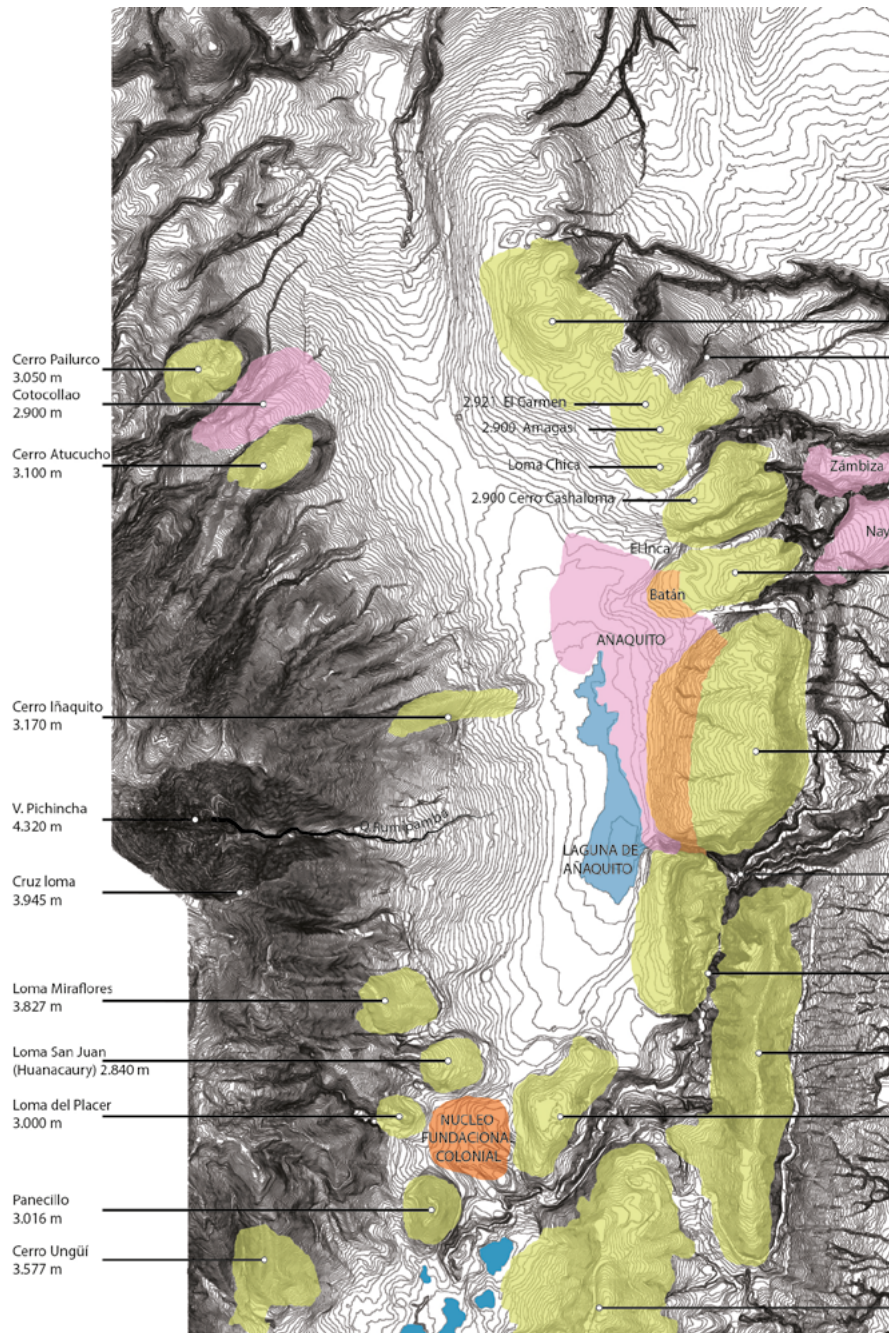
antiguo Añaquito con los montes de Guanguiltagua y Amagasí, en donde hoy se encuentran los sectores de Iñaquito, El Inca y El Batán.<sup>40</sup> Su representación espacial corresponde a un espacio físico antes que un punto específico. La loma de Guanguiltagua tuvo dos ingresos desde el valle de Tumbaco, dos cruces de caminos, los «Quitos» estuvieron ubicados en la loma «Guanguiltagua de Guápulo» que corresponde hoy a la loma de Bellavista, localización que coincide con los sectores antes señalados, en el lado oriental de la laguna de Añaquito, en las laderas del monte Guanguiltagua, entre la quebrada Grande y la quebrada de Zámiza. Según estas fuentes y los topónimos de la cartografía de 1989, se puede inferir una localización espacial aproximada del señorío de los Quitos en la meseta de Quito.

Por lo expuesto, se deduce que Añaquito y la ciudad de Quito fueron emplazamientos diferentes, el primero fue prehispánico, de tipo disperso, preinca, espacio agrícola durante la Colonia, y el segundo, de origen hispánico de tipo urbano y concentrado. Este análisis permite contribuir a la hipótesis de que la fundación de la Villa de San Francisco de Quito fue *ex novo*.

---

en Quito. Ver Marcelo Villalba y Alexandra Alvarado, «La arqueología del valle de Quito en clave volcánica» en *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, ed. Patricia Mothes (Quito: Abya-Yala, 1999).

<sup>40</sup> Los sectores mencionados han sido tomados del plano de Quito de 1972, producido por el Instituto Geográfico Militar y el plano topográfico del Municipio de Quito, 2000.



**Figura 3.** Topografía y topónimos de los hitos naturales de la meseta de Quito. Núcleo fundacional y ejidos. El norte se encuentra hacia la parte superior del plano.

**Fuente:** carta topográfica 1989. Instituto Geográfico Militar (IGM), Ecuador.

Una recopilación realizada por Miguel Ángel Puga en 1991 encuentra varios significados del topónimo «Quito» o «Quitú» que se añaden a los significados anotados y tienen relación con un territorio habitado, entre ellos: «“Quito”, como artículo, definido en el sentido de país y “quitos” para referirse a la población». Cita a Francisco de Xerez (1534) para describir una batalla mantenida entre incas y los quitos en ese año, producto de la cual los quitos fueron vencedores; en esta circunstancia los prisioneros fueron llevados «al Quito» lo que demuestra la asociación del topónimo con un territorio habitado.

El padre Juan de Velasco en *Historia del Reino de Quito*<sup>41</sup> fue quien difundió el término «Reino de Quito» al referirse a un territorio cuya extensión fue mayor al del actual Ecuador. Garcilaso de la Vega, cronista peruano, también habló de un «reino de Quitú cuyo cacique principal tuvo el mismo nombre», es decir, parece que los caciques tenían el nombre del territorio de propiedad colectiva en que habitaban,<sup>42</sup> aspecto que reseña Salomon: «La categoría de “reino” permite percibir territorios de importancia y de extensión significativa, pero en este caso no se puede cuantificar la extensión».

Según el doctor Manuel Moreno Mora: «Todo topónimo se basa generalmente en un carácter relevante de la naturaleza, de índole geográfica, botánica, zoológica», aseveración que confirma la asociación entre el topónimo «Quito» con un territorio, tierra o país. En esta línea Luciano Andrade Marín dice: «Quito significa etimológicamente “población de las quebradas”» y añade que el cacique llevaba ese nombre; sin embargo, no señala la fuente. En 1578 el Cabildo le pidió al cacique de Zámbez, don Pedro de Zámbez, que se encargara del arreglo de caminos reales entre Guayllabamba hasta Quito y para ello convocara a los caciques de «Añaquito y Cotocollao; a los del valle de Calacalí y Pomasqui; Zámbez, Nayón, Tanta (hoy Tanta) y los Quitos».<sup>43</sup> Esta cita documental propone la pregunta de si los topónimos «Añaquito» y «Quito» pertenecieron a señoríos diferentes; sin embargo, la localización de los sectores citados en el documento coincide con las laderas del monte Guanguiltagua, lo que descarta una posible diferencia.

Otra referencia de Cieza y del cronista peruano Felipe Guamán Poma de Ayala, ambos en el siglo XVI, afirmaron que el inca Tupa Inka Yupanki decidió en un momento determinado establecer en Quito «otro Cuzco» y encargó a su hijo Huayna Cápac esta misión, es decir, el topónimo «Quito» traspasó la frontera de la meseta para ser identificado con una categoría similar a la del Cuzco, la antigua capital del Estado Inca. De este modo, el topónimo «Quito» tuvo reconocimiento regional y,

<sup>41</sup> Juan de Velasco S.J., *Historia del Reino de Quito* (Quito: Imprenta del Gobierno, 1841).

<sup>42</sup> Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales* (Lima: Colección Ayacucho Digital, 2004).

<sup>43</sup> Miguel Ángel Puga, *Crónicas de Quito* (Quito: Artigraf, 1991), 7-12.

en términos contemporáneos, internacional; además de su connotación espacial y territorial.

Con la creación de la Real Audiencia de Quito en 1563, el nombre designó a un territorio que forma un triángulo con uno de sus lados en la costa del Pacífico y los otros dos hacen vértice en la desembocadura del río Amazonas en el océano Atlántico. Con la independencia de España, los países de América del Sur se reconfiguraron entre 1809 y 1830, en este último año nació la República de Ecuador, un territorio que se identificó con la línea ecuatorial y la ciencia, y el término Quito para denotar la importancia histórica de su capital, un centro administrativo, político y cultural que concentró a todas las identidades del país; es decir, una cruz con un centro, nociones que permanecieron y se fortalecieron con el tiempo.

Entre 1830 y 1949 se editaron varios mapas del país con la redefinición de sus límites que reconfiguraron un país cada vez más pequeño luego de las sucesivas campañas bélicas con sus vecinos. Los textos escolares y los atlas geográficos incluyeron la compleja historia de límites del país. En 1942, luego de la firma del Protocolo de Río de Janeiro, el Ministerio de Relaciones Exteriores editó un atlas con un cuidadoso estudio de lugares, presentados de manera cronológica y de acuerdo con momentos políticos relevantes; en este documento, el mapa de la Audiencia de 1689 señaló la «Misión Iquitos», al pie del río Marañón en la Amazonía, en la confluencia cercana con el río Napo, en donde operaba la Compañía de Jesús cuya sede estuvo en Quito, lo que sugiere un desplazamiento del topónimo y su transformación en los espacios de las misiones religiosas católicas<sup>44</sup>.

Quito como capital y Ecuador como país identifican otra dualidad: un significado ancestral en el nombre de su capital y la dimensión científica en el nombre del país. Al parecer, en el significado de Quito estaba contenida una conciencia colectiva de vivir en el «centro» o en la «mitad del mundo», un lugar en donde el sol genera diariamente doce horas de vida desde tiempo ancestral. El significado de Ecuador se ratificó en el siglo XVIII desde la matemática y la física, evoca hoy la medición del cuadrante terrestre, una conciencia de pertenecer a un centro cuyo sinónimo es la verdad de la ciencia.

La etnohistoria y la arqueología aportan información sobre el prestigio de Quito como un lugar de intercambio interregional y la presencia de alrededor de diez señoríos étnicos situados en las laderas del volcán Pichincha.<sup>45</sup> Señoríos, incas y españoles valoraron su posición estratégica manteniendo el nombre de «Quito» para formar una

<sup>44</sup> Juan Eloy Morales, *Ecuador. Atlas histórico-geográfico* (Quito: Ministerio de Relaciones Exteriores, impreso en Italia por Instituto Geográfico de Agostini de Novara, 1942).

<sup>45</sup> Frank Salomon, *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas* (Quito: FONSA, 2011) e Inés del Pino y Luis Martín Terán, *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito* (Sevilla: Junta de Andalucía-MDMQ, 2004).

ciudad sui géneris en la que el paisaje natural y la gente han creado un ambiente particular en el tiempo, un paisaje. En ese tiempo ancestral, la meseta de Quito reunió todas las condiciones de una geografía sagrada y espacio de liturgia y ritualidad: agua y fuego, laguna y volcán, en una tierra de alta fertilidad y en un lugar de luz.

La existencia de un espacio poblado, la abundancia de recursos naturales y el valor simbólico del lugar influyeron sin duda en incas y españoles para fundar un «otro Cuzco en Quito» que fue un proyecto truncado por la fundación de la «Villa de San Francisco de Quito» en 1534. Una villa equivalía a un asentamiento de tercer orden en la organización jurídico-administrativa de los virreinos en América; no obstante, el 14 de marzo de 1541 Quito pasó a ser ciudad y en este rango acumuló otras distinciones que contribuyeron a su prestigio y jerarquía de capital: el 8 de enero de 1545 se erigió en obispado y el 29 de agosto de 1563 se la declaró capital de la Real Audiencia de Quito. Posteriormente, en 1830 se convirtió en la capital de la República del Ecuador. En 1978 Quito fue declarada «Patrimonio Cultural de la Humanidad» por Unesco.

Vale añadir a su prestigio y rango de ciudad el haber sido el punto de partida de expediciones de conquista que tuvieron como objetivo la fundación de ciudades como Portoviejo, Cali y Popayán en el siglo XVI.<sup>46</sup> Desde Quito también partieron expediciones hacia la Amazonía para la evangelización y el descubrimiento de nuevos territorios. En la transición hacia la independencia, Quito fue una de las primeras ciudades en Latinoamérica en donde surgió un movimiento político en favor de la liberación de España en el siglo XVIII.

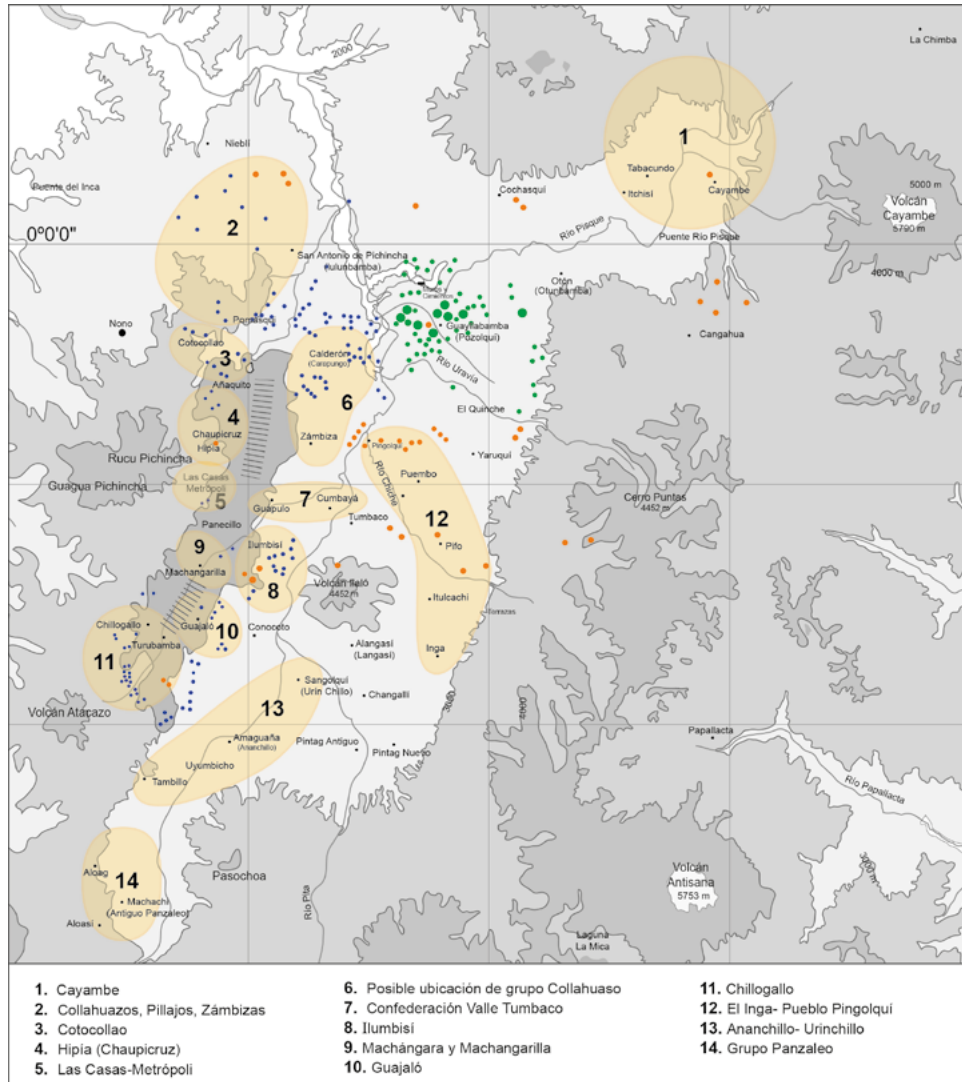
Durante la Colonia se dio importancia a Quito por su localización estratégica para la conquista, presencia de población aborígen, clima sano, agua abundante, el Pichincha como montaña tutelar, poderes y saberes vigentes para la población local. En el siglo XVIII, la misión científica liderada por Charles Marie de La Condamine dio una interpretación diferente a la geografía sagrada prehispánica que inmediatamente pasó a segundo plano, escondida tras el ropaje religioso colonial. De esta manera, el trueno, el eco, el espíritu de la montaña cobraron una interpretación razonada que influyó en las élites ilustradas de la Audiencia de Quito y posteriormente influyó en el nombre del país republicano, Ecuador.

Cuatrocientos años más tarde, en el plano de 1930, el término se deformó y pasó de «Añaquito», a «Iñaquito», probablemente la deformación de Hanan Quito, pero mantuvo su localización aproximada descrita por cronistas y documentos jurídicos, hoy se adopta el topónimo para un sector urbano y desde 1970 también para el nombre del primer centro comercial de arquitectura moderna de la ciudad ubicado en el sector de Iñaquito.

<sup>46</sup> Jaime Salcedo Salcedo, *Urbanismo Hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII* (Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 1996).

## Límites del territorio llamado Quito

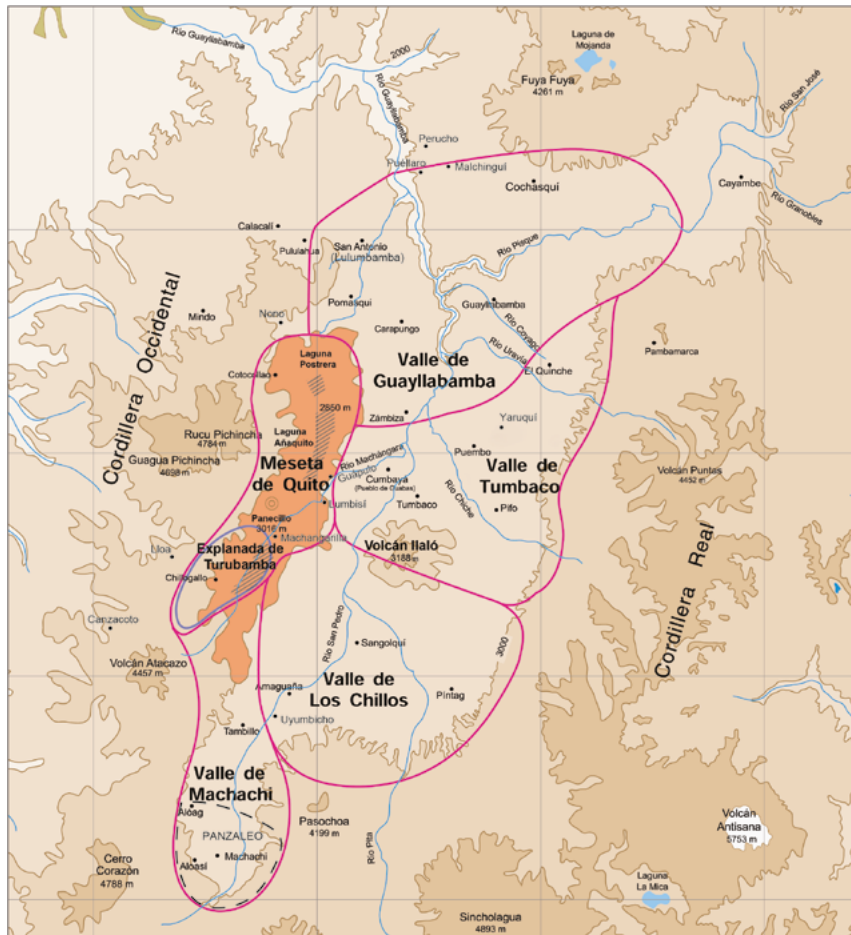
Por circunstancias históricas y políticas, la dimensión del territorio de Quito cambió con el tiempo: la primera correspondió a la dimensión del Quito prehispánico que según Salomon ocupó la actual hoya del río Guayllabamba en donde se asentaron alrededor de 14 señoríos, en una relación estrecha entre la geografía y los asentamientos humanos.



**Figura 4.** Señoríos étnicos en la hoya de Guayllabamba.

**Fuente:** elaboración propia.

La segunda dimensión es el «Quito de las cinco leguas», denominación usada a menudo por cronistas coloniales para referirse a una delimitación jurídica que para 1664 contenía a las poblaciones de Alangasí, Amaguaña, Conocoto, Cotocollao, Chillo, Chillogallo, Guápulo, Guayllabamba, Iñaquito, Lumbisí, Machangarilla, Píntag, Puembo, Tumbaco, Turubamba, Yaruquí, Zámbez. <sup>47</sup> Por proximidad a Quito y por distancia, las ciudades mencionadas en la delimitación de las actas de 1664 están situadas en la misma unidad geográfica que corresponde a la hoy de Guayllabamba, pero no eran todas, pues para ese año existían otros pueblos como Pomasqui, Lulubamba, Perucho y Puéllaro, que aparecían en la asignación de tierras a españoles mencionados en el expedientillo de señalamiento de tierras del Cabildo (1534-1536).



**Figura 5.** Quito de las cinco leguas, interpretación de las Actas del Cabildo de Quito. Área de influencia de Quito durante la Colonia, esta corresponde aproximadamente al cantón Quito.

**Fuente:** elaboración propia basada en Actas del Cabildo de Quito entre 1664 y 1669.

<sup>47</sup> Municipio de Quito, *Actas del cabildo colonial de San Francisco de Quito 1664-1669* (Quito: Editessa, 1995), IV.

El padre Cicala definió las cinco leguas en el siglo XVIII como una jurisdicción compuesta por todos los pueblos que estaban sujetos y gobernados por el magistrado de la ciudad, en este caso el gobernador de Quito.<sup>48</sup> La descripción del padre Cicala mostraba que la división jurídica de las cinco leguas se mantuvo durante el periodo colonial y el Cabildo fue la institución que administró las obras públicas con un presupuesto escaso que salió de los «fondos de propios». Cuando se requería realizar obras de alguna envergadura, el presidente de la Audiencia o el gobernador solicitaba apoyo económico a las familias pudientes y las obras se realizaban con la colaboración de la población, práctica que continuó hasta el siglo XX.

La tercera dimensión corresponde a la República cuyos cambios radicales en la legislación del territorio establecieron una división por provincias, cantones, parroquias urbanas y rurales; el concepto de las cinco leguas se desconfiguró pero quedaron los pueblos que se convirtieron en capitales parroquiales y Quito como capital de un cantón de la provincia de Pichincha, capital de provincia y capital de la República de Ecuador. Hay que aclarar que el antiguo «Cabildo» se convirtió en «Municipio», entidad que se hoy financia con impuestos para la realización de obras públicas.

## Tres mundos en la lectura del territorio

Una relación que interesa por su carácter espacial es la concepción entre el macrocosmos y el microcosmos, en correspondencia con todas las categorías y niveles. Según Estermann las esferas celestes correspondían al *Hanaq pacha*, la realidad de lo terrenal al *Kay pacha* y la esfera del inframundo al *Ukhu pacha*,<sup>49</sup> en una correspondencia de todas las partes para configurar una totalidad.<sup>50</sup>

### El *Hanaq pacha*, el mundo de arriba

Una primera capa, la celeste, tiene características particulares en la zona ecuatorial por estar en la mitad de los dos hemisferios y mirar las constelaciones del norte y el sur de manera simultánea en el equinoccio, o predecir la lluvia y la sequía, el calor y el frío, y sus efectos en las cosechas; así, para los habitantes originarios de Quito el paisaje era un atractivo visual que componía una bóveda o «techo» que los cobijaba, o un macrocosmos que les daba seguridad; el cielo fue también considerado el lugar de los dioses para los conquistadores europeos. El *Hanaq pacha* o

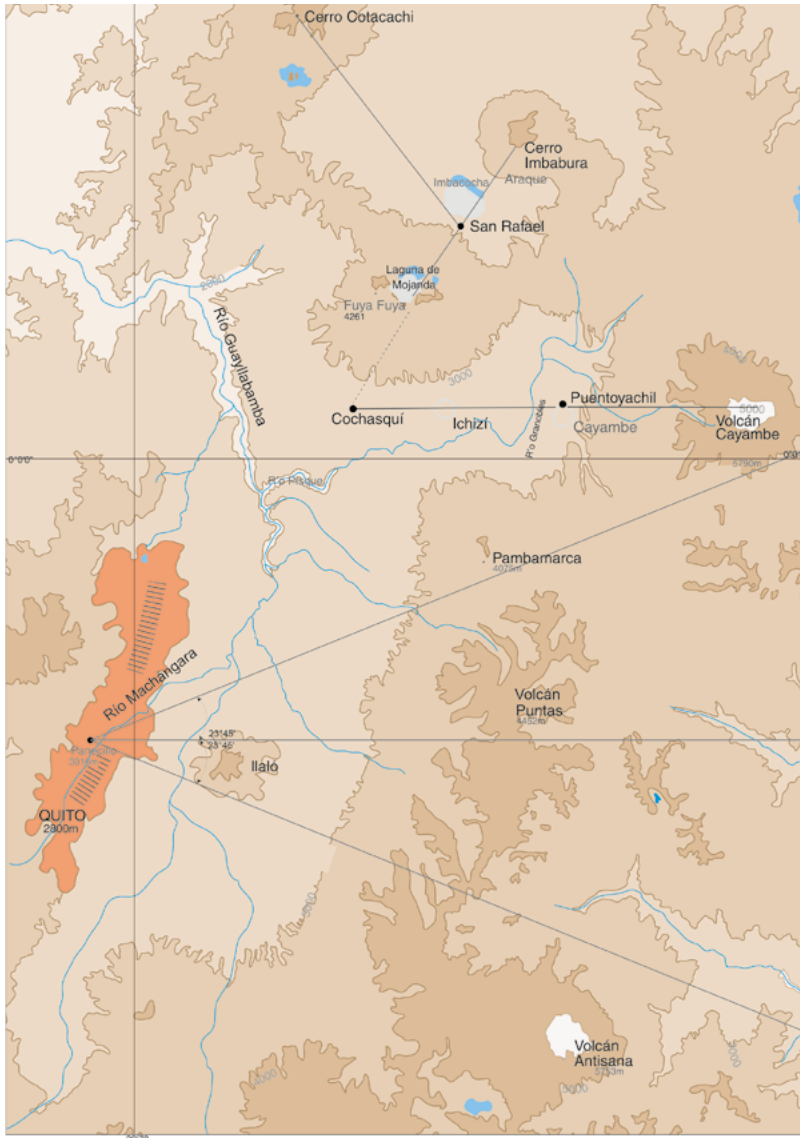
<sup>48</sup> Mario Cicala S.J., *Descripción histórico-topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús* (Quito: Instituto Geográfico Militar, 1994), 152.

<sup>49</sup> La escritura en el autor es con minúscula, sin embargo, en este texto se escribirá con mayúscula por ser nombres propios. Se mantendrá la escritura con «q».

<sup>50</sup> Estermann, 125.



Quito se inserta en la unidad geográfica conocida como hoya de Guayllabamba, en este espacio, tres volcanes están situados en la cordillera Real: Cayambe (5790 m), Puntas (4075 m) y Antisana (5753 m), este último más cercano a la cordillera Oriental; están ubicados de norte a sur de manera equidistante. En la cordillera Occidental está el volcán Pichincha con sus dos puntas, el «Rucu» (4784 m) y el «Guagua» (4698 m). Se ha demostrado que en los equinoccios del 20 marzo y el 21 de septiembre la cima del Panecillo y el volcán Puntas se encuentran alineados visualmente, momento en el cual se ve salir el sol detrás de este último. El 21 de junio, día del solsticio de verano, desde el Panecillo el sol se ve salir por detrás del volcán Cayambe; y en el solsticio de invierno, el 21 de diciembre, el sol se ve salir detrás del volcán Antisana. Durante el año la tierra gira  $23^{\circ}45'$  hacia el norte entre marzo y septiembre, y  $23^{\circ}45'$  hacia el sur entre septiembre y marzo. De este modo se comprende que el cerro Panecillo fue un relacionador del mundo de arriba y el mundo de los humanos.



**Figura 7.** Solsticios y equinoccios en la hoya del río Guayllabamba desde el Panecillo.

**Fuente:** elaboración propia basada en carta topográfica de Quito, 1989. Instituto Geográfico Militar (IGM), Ecuador.

Los cuatro volcanes están descubiertos en pocas ocasiones, pero todos sentimos que están tras las nubes y esto forma parte del misterio que los envuelve, se los mira a la distancia, con excepción del Pichincha, y son parte de la jerarquía superior de montañas. Quito ocupa el espacio de una meseta al pie del volcán Pichincha que mira hacia donde nace el sol. Desde el tiempo prehispánico las montañas

fueron objeto de observación y formaron un sistema de relaciones que tuvieron como centro los ciclos de la vida: las siembras, las cosechas, eventos singulares, las lluvias y las sequías. En el Ecuador los días y las noches son iguales en todo el año, por esta razón la aparición del sol por lugares distintos y su aparente recorrido debió generar el sentido del tiempo; la luz y las sombras marcadas, el espacio; la presencia de la montaña nevada que al mismo tiempo es volcán caracteriza el lugar.

A más de las montañas mayores, en su mayoría volcanes, existe una serie de montañas menores cuya presencia altera la monotonía del valle, su presencia cambia el clima y las lluvias; la fertilidad del suelo y los recorridos del agua, orienta la ubicación de las viviendas hacia el sol de la mañana o de la tarde. La gente también es diferente, así como la arquitectura, lo que da lugar a ambientes variados que se perciben al recorrer el territorio. Estas montañas menores son el Panecillo en la meseta de Quito y el volcán Ilaló en el valle del río Guayllabamba que en cierto modo son los elementos que relacionan lo alto y lo bajo, es decir, son mediadores entre el mundo de arriba y el de abajo.

#### *Ejes relacionados: el volcán Ilaló*

En la escala de la unidad geográfica de la hoya del río Guayllabamba, la búsqueda de indicios de una toponimia que permita establecer relaciones entre el suelo y el cielo, y recuperar algunos indicios de una geografía sagrada en el área de Quito, el volcán Ilaló es un referente; con 3188 metros, al este de la meseta de Quito, este pequeño volcán tiene el cráter visible hacia el occidente por una erupción antigua; luego de esta, se supone que se apagó. El nombre Ilaló tiene varios significados según las fuentes: huaca viva, monte cultivable, lugar que los vio crecer. Su localización en el valle adyacente al este de la meseta de Quito divide el valle en dos partes al igual que el Panecillo: el valle de Guayllabamba y el de los Chillos. Tiene varias fuentes de agua termal, cada una con un poblado y una iglesia católica que sugiere un tipo de sincretismo. En la ladera este del volcán hubo talleres de obsidiana construidos hacia el 7000 a.C. Según comunicación verbal,<sup>51</sup> el Ilaló tiene género masculino y, según otras comunicaciones, está asociado con el rayo. En la actualidad, el desarrollo urbano de la parte norte del Ilaló es diferente al del sur. En el norte se encuentra la zona internacional, el aeropuerto y el desarrollo inmobiliario, mientras que en el sur se encuentran sectores de tipo popular y permanecen zonas agrícolas.

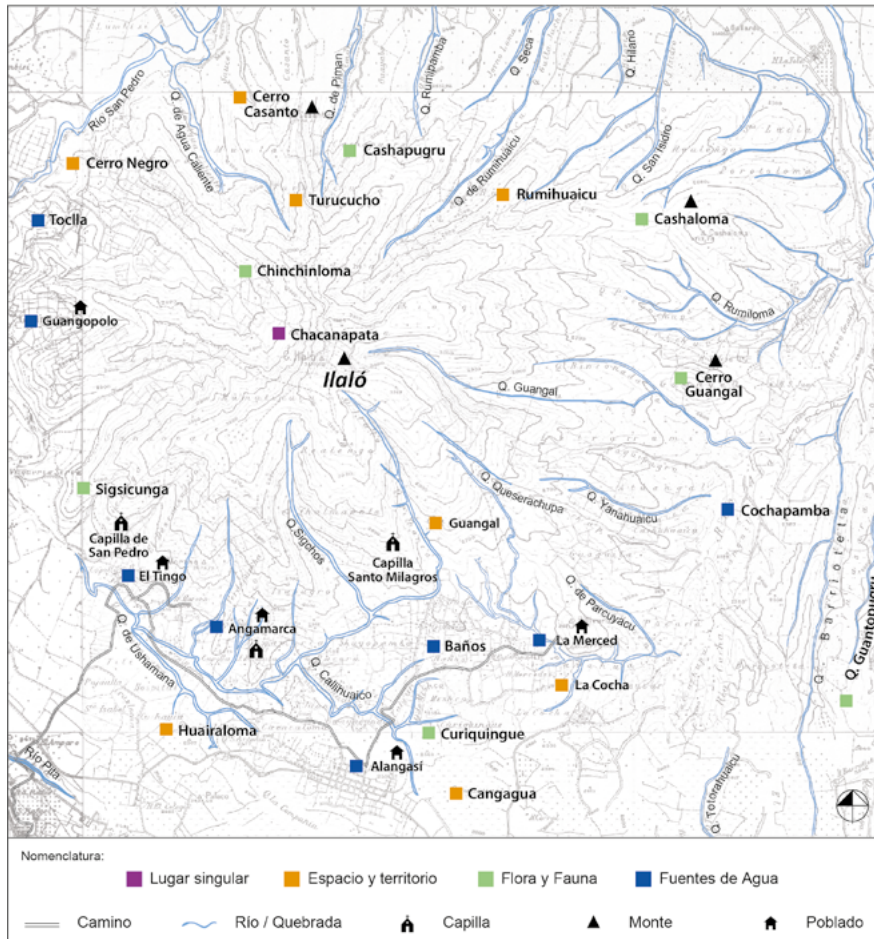
La cartografía de 1930 registró varios topónimos quechuas alrededor del Ilaló: En la cima se encuentra el topónimo «chacanapata», chacana significa «eje de transición o escalera» y «pata» se refiere al final, a una superficie en donde termina

---

<sup>51</sup> Informante: Rosa Chisaguano, habitante de Lumbisi.

algo, puede ser una planicie o un mirador; entonces era el símbolo de la realidad con el todo, representaba el puente entre el microcosmos y el macrocosmos, la chacana se representaba con la forma de una cruz de brazos iguales que expresaba un sistema de dualidades como orden de la cosmovisión prehispánica.<sup>52</sup>

En esta concepción, el volcán Ilaló se define como una «Chacana», es decir, un lugar que ordena el territorio. En el plano de 1990 se deformó el término por «Atuhachana», en donde «atu» podía ser interpretado como «hatun» que significa grande. En ambos planos se dibuja una quebrada «Chacanahuaycu», afluente del río San Pedro, que marca una línea divisoria entre el Hanan y el Urin, una división dual prehispánica compartida con los incas.



**Figura 8.** Plano del volcán Ilaló con topónimos.

**Fuente:** Servicio Geográfico Militar. Planchetas topográficas de Quito, 1932.

<sup>52</sup> Estermann, 156.

La lectura de los topónimos presentes en el mapa devela huellas ancestrales en este volcán en una relación conexas con el medio natural, lo que proporciona una comprensión diferente del territorio. En las laderas se encuentran términos que aluden a la historia geológica: quebrada de agua caliente; cerro negro; «rumihuai-cu», quebrada de piedras; turucucho, rincón de lodo; cangaguas (tipo de tierra). Vocablos asociados con el espacio y el territorio son: Huayraloma, una loma o ladera por donde corre viento. Topónimos alusivos a la flora local como «chinchinloma»; cashaloma o loma con plantas espinosas; o a la fauna, «curiquingue», un tipo de colibrí. La loma tiene varios montículos, cimas o sitios de referencia destacados: al norte el cerro Casanto (sin traducción), al sur Angamarca (de Angas, una etnia del Perú), al este «Cashaloma» (loma de espinos) y al oeste Guangopolo (guango significa trenza o atado y polo, no tiene traducción). Junto a la abertura del cráter está Toglla que significa «trampa para cazar animales» (tuklla).

En la base del volcán, en los lados sur y este, el mapa de 1930 identifica varios sitios de aguas termales que llegan a pequeños poblados con iglesia y piscinas: «Guangopolo» en el que no se registra capilla; el pueblo de El Tingo con su capilla de San Pedro; el pueblo de Angamarca (territorio de los Angas) con su capilla dedicada a San Juan Bautista; Alangasí con su capilla; la localidad de Baños y La Cocha, sin capilla, y el pueblo de La Merced con capilla y agua termal.<sup>53</sup>

### *El Panecillo*

El monte Panecillo es una montaña menor que divide la meseta en dos partes, aparece en el plano de 1734 con una cruz en la cima, que se puede interpretar como la imposición del símbolo cristiano sobre uno anterior, a esto se suma la referencia de columnas de observación de solsticios y equinoccios descrita por el padre Juan de Velasco. Sobre esta información, en 1996, Gustavo Guayasamín colocó en el mismo lugar, la cima del Panecillo, un equipo de medición en los días de solsticios y equinoccios durante dos años. El resultado de este ensayo verificó la salida del sol detrás de los volcanes de la cordillera Real con un ángulo de 23°45' hacia el sur en el solsticio de invierno, y de manera simétrica, el mismo ángulo hacia el norte

<sup>53</sup> Con el topónimo encontrado y el concepto de chacana como «ordenador del territorio», traducción hecha por Ernesto Farinango, quechua hablante de Imbabura, y la elaboración de Estermann sobre la cosmovisión andina, se podría decir que el Panecillo y el Ilaló son «chacanas», la presencia de cruces en la cima (plano de 1734) para el caso del Panecillo y de varios topónimos quechuas alrededor del Ilaló (la cruz es del siglo XX) apoyan la tesis de que fueron huacas antiguas. Un aspecto que vale puntualizar es que las cimas no están alineadas en la misma coordenada geográfica de los mapas actuales, pues hay cuatrocientos metros de diferencia según el plano. Otro elemento divisorio sería la cadena de lomas que se alinea en el lado este de la meseta y por diferencia topográfica divide la meseta de los valles en sentido norte-sur, en cuyo caso se estaría evidenciando una cuatripartición natural en el territorio, aunque no se dispone de estudios que confirmen esta percepción.

en el solsticio de verano,<sup>54</sup> lo que sugiere una relación entre cielo y tierra desde un hito natural «relacionador»,<sup>55</sup> que se inserta como una pieza clave en la estructuración del territorio prehispánico, entre la tierra y el sol, un sistema conexo de relaciones entre el hombre y el medio.



**Figura 9.** Monte Panecillo, detalle del plano de Quito de 1734.

**Fuente:** plano de Quito, 1734. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

El Panecillo (3016 msnm) ha tenido más de un nombre en la historia: Yavirac (sin traducción), Ñahui o Ñahuirá (ojo), Shungoloma (del quechua, loma corazón) y Panecillo asignado por los españoles. A más de haber sido observatorio en la antigüedad, hoy es la loma más importante del núcleo fundacional; como objeto natural sirve de referencia para establecer proporciones aproximadas con el resto

<sup>54</sup> Gustavo Guayasamín, *El cerco del sol* (investigación histórica, arqueológica y astronómica para la elaboración del proyecto cinematográfico, monografía inédita, 1996).

<sup>55</sup> El término «relacionalidad» es un aspecto de la cosmovisión andina, lo usa Josef Estermann como «fenómeno de transición» entre los ejes cardinales y el sistema cósmico para lograr interrelaciones ordenadas y fijas. En el presente estudio se usa a menudo la expresión «lo relacional» con el mismo significado.

de la ciudad, aspecto que no es de conocimiento común, su longitud en sentido norte-sur es de un kilómetro, unidad que relaciona las partes del espacio urbano, influye en el clima, el viento y la visibilidad del norte y el sur.

En el espacio fundacional hispánico, el Panecillo formaba un sistema con el monte San Juan Evangelista (Huanacari), y el Itchimbía (Anahuarqui), estos se paraban al núcleo fundacional de los ejidos y cerraban este espacio que se veía protegido por las tres lomas y por los accesos que eran apenas tres: dos por el sur y uno por el norte. Como se verá más adelante, el régimen colonial mantuvo la división ritual de Quito y la localización inca que estuvo asentada en las laderas de los montes que controlaban los accesos a la ciudad, sitios estratégicos que se evidenciaron en el levantamiento de los barrios en 1765.

En el siglo XX, segunda orilla del segundo corte temporal, fotógrafos y pintores han retratado a Quito desde las colinas adyacentes. Las imágenes difundidas mediante postales, álbumes, acuarelas u otro material permiten recrear varias interpretaciones desde el paisaje hasta motivos abstractos que evocan su forma. Las canciones populares del siglo XX han evocado también el cielo y el topónimo Quito.

La cartografía y los documentos coloniales tempranos identificaron dos montañas menores: el Panecillo en la meseta y el volcán Ilaló en el valle de la hoya, dos chacanas que dividían el territorio en norte y sur, su presencia ordenaba los recursos naturales y condiciones atmosféricas de modo distinto, así como la distribución social y espacial en el territorio, la orientación predominante es la norte-sur. Por otra parte, estas montañas en tiempos prehispánicos establecían relaciones visuales entre lo alto y lo bajo, entre montañas mayores y menores. El Panecillo, en particular, fue para estos pobladores un punto de referencia para observar la salida del sol en los equinoccios y solsticios detrás de montañas mayores, y el Pichincha, el lugar por el que se oculta el sol. El Panecillo y el Ilaló fueron observatorios del territorio y de la bóveda celeste, para predecir los periodos de lluvia y sequía. Fenómenos naturales como el rayo, la luz y la neblina fueron importantes para las sociedades agrícolas. En una topografía compleja el análisis del territorio se aclara al separar tres mundos en capas o estratos altitudinales para fines didácticos y explicar la noción de lo alto, lo medio y lo bajo en la construcción del mundo prehispánico cuyas huellas han llegado hasta nuestros días. Así mismo, la división norte-sur en la latitud cero viene a ser una división transversal de los Andes que permite entender las diferencias en la orientación y algunas dualidades.

### *El Hanaq pacha en la meseta de Quito*

El volcán Pichincha tiene dos cimas, está ubicado en la cordillera Occidental, ocupa un lugar de predominio en la meseta de Quito, con 4784 metros en el pico más alto; el «Rucu Pichincha», con su cráter apagado, y 4698 metros en el cráter del «Guagua Pichincha», con una amplia base sobre la que se asienta la ciudad.

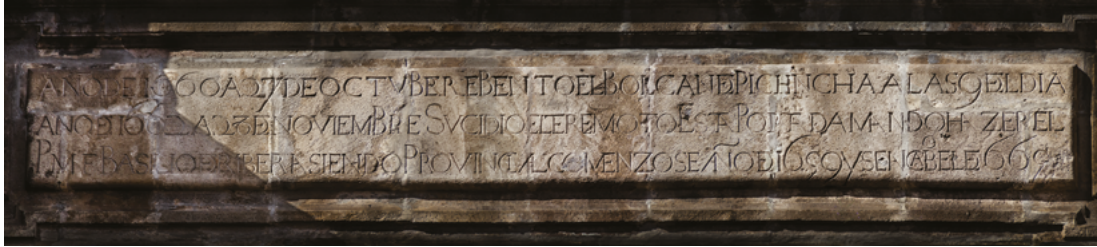
Las cimas son dos cráteres, uno antiguo y cerrado, y otro abierto y activo, el «Rucu» y el «Guagua» (viejo y niño) son topónimos que sugieren una relación filial masculina entre padre e hijo o entre abuelo y nieto. En otras regiones del Ecuador también existen montañas que fueron caracterizadas por género, parentesco y espíritus que habitaban en sus laderas, estos se relacionaron con lagunas, ríos y montañas menores para componer una geografía animada que influía en el espíritu de los humanos.<sup>56</sup> Al tener poderes, las montañas merecían respeto y miedo al mismo tiempo, protección y consejo para los humanos, esta puede ser una razón para llevar ofrendas a las huacas (adoratorios), y pedir «permiso al cerro» cuando ascendían a sus laderas. Si no lo hacían, podía llover, cubrirse con neblina espesa o sufrir algún percance.

El Pichincha tiene una recurrencia de erupción volcánica de 500 años, las huellas se encuentran en los estratos de las quebradas y cortes de las laderas: en el 600 d.C., 1100 d.C., 1660 d.C. y 1999 d.C.<sup>57</sup> Sobre la de 1660, testigos del evento aseguraron que el día se hizo noche, el testimonio de la erupción quedó grabado en la fachada de la iglesia de San Agustín que en ese momento estaba en construcción:

---

<sup>56</sup> En la provincia de Imbabura es notable la familia conformada por «taita Imbabura» y «mama Cotacachi», en el centro del país la presencia del «taita Chimborazo» y la «mama Tungurahua» una pareja adulta a la que se interpone «la Cotopaxi» como mujer joven, estos imaginarios están presentes en la población, los montes protegen a la población, son invocados en una oración, junto con santos católicos, en las curaciones y tratamientos de salud.

<sup>57</sup> Minard Hall, «La actividad volcánica del Holoceno en el Ecuador y Colombia austral» en *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, coord. Patricia Mothes (Quito: Abya-Yala, 1998).



**Figura 10.** Texto grabado en el frontis de la iglesia de San Agustín de Quito: «Año de 1660 a 27 de octubre reventó el volcán de Pichincha a las 9 del día. Año de 1662 a 23 de noviembre sucedió el terremoto. Esta portada mandó hazer el P. M. Basilio de Ribera siendo Provincial. Comenzóse el año de 659 y se acabó el de 669». El 26 de junio de 1627 un nuevo temblor cuarteó el edificio lo que motivó la intervención de peritos y «personas que entienden de edificios y labores de casas [...]».<sup>58</sup>

**Fuente:** foto H. Hirtz.

La erupción y el terremoto, que son dos fenómenos geológicos independientes, tienen significación cambiante: en tiempo prehispánico eran considerados ciclos de la naturaleza que los humanos interpretaron como un fenómeno dual; por una parte, movían el suelo con gran estruendo y destrucción, y, por otra, cuando volvía la calma, se restablecía la laguna y la vida. En la segunda orilla del primer corte temporal, en la Colonia, los fenómenos naturales fueron interpretados como un castigo de Dios, eran un llamado a la conversión de los infieles y el arrepentimiento de los pecados según sugirió el padre jesuita Bernardo Recio (1713-1791) al referirse al terremoto de 1751:

Pareció aquellos días como otra Nínive, en que con la universal compunción y penitencia general parecía ir a competencia los indios y demás gente de bajo color con los españoles. De hecho, Dios se aplacó, serenóse el cielo y la tierra volvió a su quietud.<sup>59</sup>

La asociación del terremoto y la erupción con el castigo divino reafirmó el sincretismo entre el castigo de Dios y el mensaje de la naturaleza; entre la comunicación del mundo de arriba (*Kay pacha*) y el mundo de abajo (*Uku pacha*). Norberg-Schulz dice que «la relación cielo-tierra es fundamental, crea la identidad y la tensión, consolida lenguajes por el adjetivo, es la unidad y pluralidad del medio».<sup>60</sup>

<sup>58</sup> Ángel Justo, *Miguel de Santiago en San Agustín de Quito* (Quito: Editorial Noción, 2008), 16.

<sup>59</sup> Bernardo Recio S.J., *Compendiosa relación de la cristiandad de Quito* (Madrid: Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, 1947), 383.

<sup>60</sup> Norberg-Schulz, 144.

Igualmente, Estermann menciona el principio de relacionalidad, esa condición de que «todo se relaciona con todo», de manera dinámica.

Según los primeros habitantes de esta región, en la jerarquía mayor de montañas, el Antisana significaba «montaña joven», «agua, fuente de vida» y también «montaña oscura», y Pichincha «viejo y joven al mismo tiempo», y componían dualidades evidentes: viejo-niño, joven-adulto, masculino-femenino, oscuro-claro, que correspondían sobre todo a etapas de la vida humana. No se conocen las relaciones de parentesco entre todas las montañas del espacio de la hoya del río Guayllabamba, pero se puede entender que entre ellas se configuró en el pasado un sistema de significados profundos para la sociedad agrícola andina.

Entre las huellas del panteón andino en Quito, Cristóbal Landázuri, antropólogo ecuatoriano, quien realizó en 1990 un estudio sobre la evangelización en América Latina, encontró piezas de la geografía sagrada en el espacio ecuatoriano. El autor señala que en la Audiencia de Quito existieron varios sistemas religiosos locales ligados a los señoríos preincaicos. En el panteón norandino encontró una jerarquía de dioses: dioses mayores, menores y personales, en lugar de un solo dios creador. Los adoratorios, denominados «huacas», podían ser fijos o móviles. Los fijos se referían a objetos del territorio como cerros, nevados, ríos, lagunas. Las huacas móviles eran ídolos que representaron a hombres, animales o plantas. A más de las huacas, había «pacarinas» o «pacariscas» que fueron divinidades que representaban el «origen o lugar de origen». Cita la definición de Cristóbal de Albornoz, canónigo español del siglo XVI:

[...] tenían que llaman pacariscas que quieren decir criadoras de sus naturalezas son diferentes formas y nombres conforme a las provincias unos tenían piedras otros fuentes y ríos otras cuevas otros animales y aves otros géneros de árboles y de yerbas [...].<sup>61</sup>

Albornoz pudo también identificar las huacas principales de la región de Quito: «Las dos huacas principales eran el Piccinça (Pichincha) [...] y el nevado Yllinca (Iliniza)». <sup>62</sup> La recurrencia de los topónimos quechuas sugiere que los incas cambiaron los nombres aborígenes de algunas montañas, al igual que los españoles, como estrategia para dejar sentado su poder, sin embargo, algunos volvieron a la denominación preinca, y en otros casos parece que nunca se cambiaron.

En la primera orilla del segundo corte, ya en el siglo XVIII, el padre Juan de Velasco mencionó que le llegaron noticias de la existencia de un culto prehispánico

<sup>61</sup> Cristóbal Landázuri, «Los sistemas religiosos norandinos y las fuentes documentales. Siglo XVI», *Memoria*, n.º 3 (1993): 284.

<sup>62</sup> Landázuri, 297.

al sol y a la luna cuya jerarquía era de «deidades principales», conoció por informantes dos lugares en los que se realizaban observaciones y ritos en los solsticios y equinoccios, el cerro Panecillo y la loma de San Juan:

Su religión idólatra era la adoración pura y sencilla del Sol y de la Luna, que observaban continuamente. En la ciudad capital de Quito le fabricaron un templo al Sol, en la altura hoy llamada del Panecillo, con la puerta al Oriente, guarnecida de dos altas columnas que eran los observatorios de los solsticios, para la regulación del año solar que seguían. Pusieron 12 pilastras en contorno del templo, que eran otros tantos Gnomones,<sup>63</sup> para señalar por su orden el primer día de cada mes. Fabricaron otro templo a la Luna en la opuesta correspondiente altura, que hoy se conoce con el nombre de San Juan Evangelista.<sup>64</sup>

La arqueología no ha verificado las bases de los templos mencionados, pero encontró indicios de terrazas de cultivo y una ofrenda en el Panecillo, canales de piedra en San Roque y otra ofrenda en el cerro Itchimbía,<sup>65</sup> estas pruebas se suman a la cruz graficada sobre la cima del Panecillo en el plano de Quito de 1734 y al testimonio del padre Velasco quien señaló que los gnómones fueron columnas construidas para la medición de los ciclos agrícolas. De este modo, el Panecillo fue en tiempos prehispánicos un vértice de observación, o un mediador entre montañas mayores y menores para registrar los fenómenos naturales de mayor jerarquía que ocurrían en las montañas mayores: la aparición del sol detrás de los volcanes Cayambe y Antisana en los solsticios, y detrás del volcán Puntas en los equinoccios.

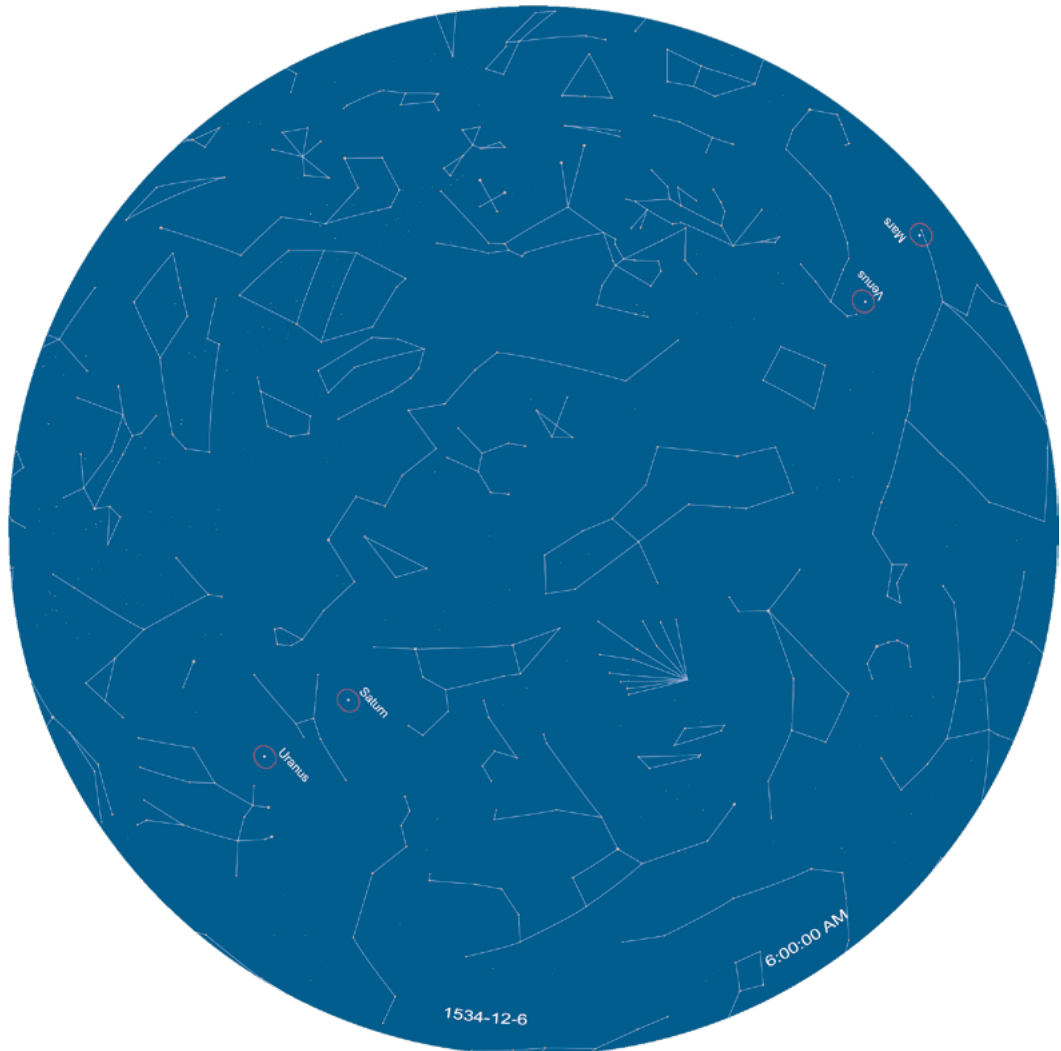
En la segunda orilla del primer corte, el espacio prehispánico enfrentó un cambio radical con la llegada de la Colonia en cuanto a la estructuración del territorio; sin embargo, ambas culturas tuvieron conocimientos de geometría, observación de los astros y las estrellas, y su interpretación. Lo cierto es que el día de la fundación material de la Villa de San Francisco de Quito, el 6 de diciembre de 1534 a las seis de la mañana, el cielo de Quito exhibió dos parejas de estrellas muy brillantes, cuyos significados conformaban dualidades, en la mitad estaba la constelación de Orión, que rige la zona ecuatorial. La primera pareja fue Venus y Marte, que astrológicamente confrontan a la belleza y la guerra. La segunda, Urano y Saturno, que representan lo nuevo y lo viejo. Otro dato importante es que a las 00:00 del 6 de diciembre de 1534, la posición de Orión fue también dual: la mitad se ubicó en hemisferio norte y la otra mitad en el hemisferio sur.

---

<sup>63</sup> Barra cuya sombra proyectada indica las horas en un reloj de sol.

<sup>64</sup> De Velasco S.J., 10, Libro I.

<sup>65</sup> Victoria Domínguez, *Informe de la prospección arqueológica en la cima del Panecillo* (Quito: FONSAL, 1996).



**Figura 11.** Simulación del cielo ecuatorial de Quito en tiempo real.

**Fuente:** Instituto Geográfico Militar, simulación del firmamento el 6 de diciembre de 1534, 6:00. Ingeniero Andrés Paredes, planetarista del IGM.

Para Jaime Salcedo, las fundaciones españolas en América Latina tomaron en consideración la astronomía y la astrología para fijar el día y la localización de una villa o ciudad. En este sentido, la fundación de ciudades se producía cuando había un estado estable en el mundo celeste, este era una señal positiva, un buen augurio que garantizaba la permanencia y prosperidad en las ciudades fundadas. En el caso de Quito es de suponer que la posición de Orión debió influir en el destino de estos territorios.

Como caso relacionado, el autor analizó las circunstancias de la fundación de la ciudad de Buga, Colombia, para determinar que la ceremonia fundacional tenía por objeto no solo dar origen jurídico y físico a la ciudad, sino que:

[...] mediante la consagración del lugar, insertarla armónicamente —en su realidad profana— dentro del orden cósmico preexistente. Consecuentemente, es lícito suponer que al *Thema mundi* correspondiera un tema *urbis*, es decir, que los símbolos astrológicos hayan de aparecer en el urbanismo indiano y en la arquitectura que le da forma.<sup>66</sup>

El autor añade que no todas las ciudades tuvieron un cronista o un astrónomo que documentara las condiciones astrales al momento de establecer una ciudad en América, pero algunos indicios sugieren esta práctica.

En un salto al siglo XVIII, primera orilla del segundo corte temporal, esta comienza con la expedición científica franco-española al mando de Charles Marie de La Condamine (1701-1774) quien ascendió al Pichincha, al cerro Corazón y a dos montañas de menor altura: Pambamarca y Shangalli para realizar triangulaciones como parte del proyecto de comprobación de la forma de la tierra. Su descripción de la meseta de Quito no difirió de las de sus antecesores en cuanto a sorpresa y contemplación del paisaje:

A medida que ascendía, el bosque se despejaba; muy pronto no veía más que arena y, arriba rocas desnudas y calcinadas que bordeaban el lado septentrional del volcán Pitchincha. Llegado a lo alto de la pendiente, fui presa de un asombro mezclado de admiración, ante el aspecto de un largo valle de cinco a seis leguas de ancho, entrecortado de torrentes que se reunirían para formar un río; a pérdida de vista, contemplaba extenderse campos cultivados con diversidad de llanuras y praderas, pendientes de verdura, pueblos, aldeas rodeadas de cercas vivas y de huertos; en la lejanía, la ciudad de Quito cerraba esta sonriente perspectiva.<sup>67</sup>

La mirada del científico en este caso no pudo ser indiferente a ese hálito que encierra la sorpresa, luego parecería que se arrepintió; el volcán no estaba en frente sino bajo su pie; no comentó sobre las huacas ni el espíritu del volcán sino sobre las medidas y alturas necesarias para la triangulación del primer grado de latitud.

---

<sup>66</sup> Jaime Salcedo Salcedo, «Arquitectura, urbanismo y astrología en Guadalajara de Buga», *Ensayos*, n.º 5 (1998): 192.

<sup>67</sup> Charles Marie de La Condamine, *Diario del viaje al Ecuador* (Quito: Coloquio Quito, 1986), 12-13.

Por otra parte, la presencia de la misión causaba entre los habitantes de la ciudad curiosidad y desconfianza al mismo tiempo, no se explicaban para qué subían a las montañas con equipos que desconocían su uso, hasta que corrió el rumor de que buscaban tesoros escondidos en la montaña. La curiosidad se aplacó cuando una comisión subió al volcán a verificar sus acciones:

Mientras acampábamos en ese lugar [Pichincha], dos personas de Quito, conocidos de Don Antonio de Ulloa que participaba de nuestro trabajo, tuvieron la curiosidad, acaso en nombre de toda la ciudad, de saber lo que hacíamos por tanto tiempo en esta casi aérea región [...] Nos encontraron más provistos de nieve que de agua y se hizo un gran fuego para darles a beber el hielo; pasaron con nosotros parte del día y en la tarde volvieron a Quito, donde hemos observado desde entonces la fama de ser una clase de hombres extraordinarios.<sup>68</sup>

La comprensión de la geografía basada en la ciencia y la cosmovisión aborígen fueron mundos asimétricos que dialogaron en claves diferentes, de una parte, para la ciencia, el ser humano es el único que puede transformar la naturaleza y, de otra, para la cosmovisión indígena, el ser humano es extensión de la naturaleza. Para el científico, las montañas son hitos para localizar la cadena de puntos desde donde se obtienen los resultados matemáticos eficientes para un fin específico, no importan los medios para llegar a los sitios: esfuerzo físico, disciplina y entrenamiento, probablemente destruir o caminar por sobre un espacio de significación cultural local y, de otra, para el indígena la montaña, es un símbolo, un dios con poderes y saberes, un lugar para los elegidos, la montaña habla, el acceder a ella sin pedirle permiso podía significar una afrenta con el consecuente castigo del viejo Pichincha. El hacer caso omiso a los protocolos culturales establecidos creó resentimiento y oposición al trabajo del extranjero que se manifestaron con el retiro permanente de los hitos dejados por los científicos y el frecuente abandono del lugar de trabajo por parte de los indígenas, situaciones que causaron molestia y preocupación más de una vez:

1737. Partimos de Quito el 14 de ese mes para trabajar seriamente en la medición de los triángulos de la meridiana; subimos primero al Pitchincha el señor Bouger y yo, y fuimos a instalarnos junto a la señal que yo había colocado un año antes, a 970 toesas sobre Quito [...] Don Antonio de Ulloa se desmayó y tuvo que ser llevado a una cueva cercana donde pasó la noche.<sup>69</sup>

<sup>68</sup> De La Condamine, 29-30.

<sup>69</sup> De La Condamine, 28.

A las dificultades técnicas y de apoyo logístico se sumaron los problemas personales entre los miembros de la Misión. La muerte de Seniergues en Cuenca, las diferencias personales entre La Condamine y los geógrafos españoles enviados por la Corona española en calidad de acompañantes y veedores de lo que el francés hacía. Las circunstancias que rodearon al científico y las condiciones con las que tuvo que lidiar en suelo americano para lograr su objetivo tuvieron un largo relato en su *Diario del viaje al Ecuador*.<sup>70</sup>

Por qué registró La Condamine en su diario el desmayo de don Antonio de Ulloa. Lo escrito dio lugar a varias lecturas no exentas de ironía: un accidente inusitado, el navegante no cumplía su función fiscalizadora en la Misión, su participación fue un estorbo antes que una colaboración, incompetencia para ejercer la misión, en fin, el desmayo de Antonio de Ulloa puede ser interpretado como una afectación fisiológica con síntomas de mareo, malestar general y hasta pérdida de la conciencia denominada «soroche», producida por el ascenso brusco y la falta de oxígeno, algo usualmente experimentado por quienes no frecuentan la montaña, lo que responde de alguna manera la pregunta.

En el segundo corte de la segunda temporalidad, en la República el paisaje expresó un mensaje de libertad y nuevo orden; en el siglo XIX este se convirtió en un instrumento político para crear la idea de lo propio y del sentido de pertenencia del país llamado Ecuador. Incluso aparece en el escudo y se menciona en la letra del himno nacional.<sup>71</sup> La diversidad del paisaje de las diferentes regiones del país se encuentra dibujada, pintada y descrita por los viajeros y artistas como verdaderas; de esta manera, las condiciones particulares de la localización del actual Ecuador, las características geológicas, geográficas y humanas fueron, en esa época, redescubiertas con un enfoque humanístico.

Las montañas mayores y los montes menores se mantienen relacionados en la larga duración y conforman una geografía sagrada, originada en la creencias ancestrales de los nativos, en la que cada hito está dentro de un sistema de significación, de allí que tanto en la hoya del río Guayllabamba como en la meseta de Quito exista una relación estrecha entre la manera en que se encuentra estructurado el territorio, los fenómenos naturales visibles en la zona ecuatorial y la manera en que las sociedades se asentaron en este espacio, así se han creado paisajes de significación colectiva. En este sentido, el monte Panecillo en la meseta de Quito y el volcán Ilaló en el valle de la hoya del río Guayllabamba vincularon las montañas mayores, como el Cayambe, en la esfera del *Hanan pacha*, con el suelo en el que se asentaron las ciudades, denominado *Kay pacha*. El terremoto relacionó el *Uku pacha*

<sup>70</sup> De La Condamine.

<sup>71</sup> Alexandra Kennedy, *Escenarios para una patria. Paisajismo ecuatoriano 1850-1930* (Quito: Noción, 2008).

y el *Kay pacha*, y la erupción volcánica relacionó el *Hanan pacha* y el *Uku pacha*, una relación compleja en la que «todo se relaciona con todo», es decir, la «relacionalidad andina» propuesta por Josef Estermann.

### **El *Kay pacha* o el mundo de la mitad**

La segunda capa, contenida en un piso ecológico entre los 3000 y 2800 metros, es de transición entre lo alto y lo bajo; corresponde al *Kay pacha*, un espacio intermedio que relaciona «lo alto», es decir, el panorama y el cielo, con el mundo de abajo, el *Ukhu pacha*. El *Kay pacha* es la superficie del territorio en donde se produce la vida de los humanos. Las capas están siempre relacionadas, en espiral y por ciclos. Se llega a un punto por círculos de aproximación, antes que por coordenadas.

Los topónimos denominan a los objetos naturales del territorio como elementos vivos; designan a términos compartidos por una colectividad en la larga duración y constituyen huellas de identidades en el territorio. En Quito, los topónimos antiguos sugieren un «lugar» de memoria ancestral; unas palabras permanecen hoy en el uso cotidiano, pero sin significado, y en otras con significado proveniente de lenguas indígenas, unas y otras han permanecido vigentes hasta el siglo XXI. El interés por realizar una lectura de los topónimos es encontrar el sentido de los paisajes creados por otras sociedades que habitaron en este lugar, son sellos de identidad o huellas dejadas en la geografía. «El lenguaje expresa el contenido del “mundo de la vida”, y el hecho de que las palabras se estructuran en una gramática indica que las cosas se dan en un sistema de relaciones recíprocas».<sup>72</sup>

En el *Kay pacha* están las lomas que constituyen barreras topográficas y visuales inmediatas, permiten la mirada parcial de la ciudad y desde la cima los panoramas fuera de esta, diferentes de los que se divisan desde las montañas de mayor altura; en este corte aparecen planos verticales que muestran paisajes contrastados de ciudad y montaña, y ciudad-ciudad.

Por otra parte, las huellas prehispánicas de estructuración del territorio y la manera en que lo hicieron los conquistadores españoles se entrecruzaron, lo que ratifica la significación prehispánica superpuesta con símbolos cristianos. A manera de ejemplo, los conquistadores colocaron cruces en las huacas indígenas en toda América para cristianizar los adoratorios antiguos; una evidencia se encuentra en el plano de Quito de 1734 cuando se representa una cruz sobre el monte Panecillo, si esto fue así permite asumir que este monte formó parte del panteón de huacas sagradas con un rol importante en la observación de solsticios y equinoccios, aunque esa cruz ha desaparecido. Otra cruz importante en la toponimia de Quito es el sitio de «Chaupicruz» que significa «cruz solitaria en el campo»; en la Colonia fue

<sup>72</sup> Norberg-Schulz, 28.

un cruce de caminos, la entrada a la ciudad y en donde se esperaba a los viajeros que venían del norte de la Audiencia: Pasto, Bogotá o Cartagena; hoy se denomina la «Y», es decir, mantiene el sentido de bifurcación de caminos. Una tercera cruz se situó al sur, en la parte alta de Guamaní y sirvió de referencia para asignar estancias a los primeros conquistadores. De este modo, el espacio de Quito estuvo rodeado por cruces localizadas de manera estratégica como recurso para definir su delimitación, como protección divina e identidad católica.

Al partir desde el presente hacia el pasado, la cartografía de 1932 a 1989 presenta en los topónimos la huella de diferentes lenguas, algunos no tienen traducción y en la medida que se edita nueva cartografía desaparecen con el crecimiento de la ciudad, otros permanecen en el nombre de las calles o de los sectores que se urbanizan; también se encuentran combinaciones de términos quechuas con otras lenguas o con el idioma español.<sup>73</sup> La diversidad lingüística sugiere la presencia de voces de sociedades que se asentaron en temporalidades diferentes, con delimitaciones distintas que aparecen como territorios superpuestos, lo cual dificulta la identificación de límites, tiempos de permanencia y desplazamientos masivos, un pasado borroso en la medida que se aleja el tiempo. En todo caso, la diversidad de lenguas expresa que este lugar ha estado siempre poblado por sociedades diferentes, una particularidad que se mantiene hasta el presente.

La cartografía histórica entre 1573 y 1903 representó el espacio de la ciudad colonial construida, las quebradas que atravesaron el centro y los caminos de entrada con la referencia de los destinos lejanos: Cusco, Cartagena, Lima, Pasto, y en otros planos unos destinos cercanos como Guayllabamba, Atacames, Esmeraldas; es decir, el plano histórico representó lo que se entendía como ciudad propiamente dicha para el entendimiento del rey. Sin embargo, los ejidos y la toponimia del espacio no construido, por estar adyacentes a la ciudad, no se dibujaron en los planos de ese periodo, aunque sí fueron descritos en documentos. Por esta razón, para comprender los ejidos y los nombres antiguos de quebradas, haciendas, sectores de los ejidos y las laderas adyacentes, hay que acudir al plano de Quito editado en 1932 para reconocer los datos de las descripciones y que fueron graficados en una escala legible.

### *Topónimos en la meseta de Quito*

El plano de Quito de 1932, elaborado por el Servicio Geográfico Militar, en escala 1:25 000 es una fuente rica en topónimos quechuas y nativos de Quito, sobre todo de los antiguos ejidos y el sector del volcán Ilaló. El levantamiento se realizó en

<sup>73</sup> Servicio Geográfico Militar, *Planchetas de Quito (varias)* (Quito: SGM, 1932) e Instituto Geográfico Militar, *Plano de Quito* (Quito: IGM, 1989).

el momento en que los ejidos se pusieron a disposición del mercado inmobiliario. Por otra parte, el plano de Quito de 1989, elaborado por el Instituto Geográfico del Ecuador en escala 1:50 000, permite armar la cartografía de la ciudad y los valles en un momento en que la ciudad había copado la meseta de Quito con una expansión importante hacia el norte mientras que el sur estaba en proceso de ocupación. Al mismo tiempo la edición del *Atlas infográfico de Quito* publicado en 1992 con información geográfica, social y económica ha sido de ayuda para identificar detalles del territorio.

Los planos de 1932 y 1989 permiten comparar la vigencia de los topónimos provenientes de diferentes tiempos y lenguas indígenas y europeas: quechua, español-quechua, quechua-lengua sin traducción, y lenguas desaparecidas. Los topónimos permiten percibir la superposición de varios «pasados» que al estar juntos en el plano construyen un «presente», al tiempo que un «nudo de problemas» para interpretar el lugar de Quito a través de varios lentes: las lenguas antiguas y modernas, unas y otras permiten lecturas de los mismos lugares en tiempos distintos.

Se podría decir que la diversidad lingüística ofrece una lectura espacial del territorio diferente, de tipo ecológico, histórico y cultural, pues alude a la fauna y la flora local, las fuentes de agua, caminos y obras públicas, los asentamientos coloniales o prehispánicos. A manera de ejemplo, al relacionar los topónimos quechuas de las laderas del volcán Pichincha —lado oeste de la ciudad— se encuentra la evocación al material lanzado por la erupción (rumi o roca), y la caída en un suelo específico de la meseta, de característica plana (pamba o planicie), el movimiento del material volcánico que sale del cráter y se convierte en roca al caer en la planicie tiene el término compuesto de «rumipamba». Las evidencias de las rocas en la planicie se pudieron constatar hasta hace 70 años, el sector corresponde hoy en día a una parroquia urbana de Quito que lleva este nombre, «Rumipamba»; es entonces una huella antigua de la relación del lugar de Quito con el volcán, con lo alto. Por otra parte, la presencia de agua, una laguna y uno de sus límites (Cochapata).

En la ladera norte del Pichincha se encontraron términos quechuas como «Chimichamba» (lugar del cual sale la hierba), «atucucho» (cueva o escondite del lobo), «rumichaca» (puente de piedra), «rumipamba» (llanura de piedras), Iñaquito (desconocido), cóndor rumi (roca donde está el cóndor), «cóndor huachana» (nido del cóndor), «pambachupa» (borde o límite hasta donde la llanura hace un borde), «ingapirca» (construcción de piedra), «chaupicruz» (cruz solitaria, única en el territorio o en el cruce de caminos). «Iñaquito» (puede ser una deformación de *Hanan Quito*, alude a lo alto).

El sector del sur de Quito mantiene un número significativo de topónimos sin traducción: «Ungüí», «Puengasí», «Conocoto», «Luluncoto» (rincón de huevos),

«Machángara», «Chiriacu», «Epiclachima», «Guajaló», «Caupicho». Son términos quechuas «Urinsayas» (alude a la división del territorio Urin), «Pucará» (construcción militar) y «Guamaní» (centro administrativo inca). Unos y otros son usados por la población sin cuestionar su origen o significado. Constituyen huellas del habla de Quito que de algún modo permiten la interpretación cultural en la memoria del territorio.

En este contexto, es pertinente señalar que en quechua los términos «ser» y «estar» tienen un mismo vocablo: «kana» que determina el lugar existencial; sin embargo, la diferencia entre el ser y el estar lo asigna el contexto de la oración. ¿En dónde estás? «mai pita kanki». La respuesta, en Quito: «Quito pi kani». ¿De dónde es usted? «Mai manta kani». La respuesta: «Quito manta», «manta» se refiere al espacio físico de Quito.<sup>74</sup> Al ser una lengua de comunicación oral, el quechua tiene variantes en la escritura y en la pronunciación dependiendo de la región. La noción de ser originario de un lugar se traduce como *Llajtayoc micani*, «soy de este pueblo» o «soy amo de este pueblo» según citas referidas a cronistas de Santa Cruz de la Sierra de Bolivia.<sup>75</sup> Para Frank Salomon, la *llajta* (singular) y *llajtakuna* (plural)<sup>76</sup> se traduce como pueblo o aldea.

El quechua es una lengua en la que el espacio y el sentido de la orientación tienen inflexiones precisas, lo que permite asociar la lengua con una manera específica de desplazamiento. El movimiento no es suficiente, debe haber una dirección: arriba, abajo; afuera, adentro. Estos elementos permiten identificar dos modos direccionales para tomar en cuenta en el estudio del espacio. En el habla popular es frecuente escuchar «voy subiendo para arriba» o «salgo para afuera», «vengo volviendo» que son expresiones tomadas del quichua, traducidas al español. Al respecto, Gustavo Solís Fonseca señala:

Los sufijos que en lenguas como el quechua realizan funciones como las enumeradas se denominan derivativos y son diferentes de los flexivos por la propiedad de poder alterar la clase de palabra a la que se adosan, cosa que no sucede con los flexivos, pues estos no cambiarán a la palabra su asignación de clase. Si bien los sufijos flexivos pueden agruparse en un número determinado de clases, los derivativos

<sup>74</sup> Marleen Haboud en comunicación verbal con la autora sobre la diferencia entre ser y estar en quechua, 20 de junio de 2015 y Ernesto Farinango en comunicación verbal con la autora sobre sinónimo de espacio público en quechua, 30 de junio de 2015.

<sup>75</sup> Universidad Mayor Gabriel René Moreno, *Cronistas cruceños del alto Perú Virreinal* (Santa Cruz de la Sierra: Universidad Gabriel René Moreno, 1961), 81.

<sup>76</sup> Frank Salomon escribe el plural de *llajta* como «*llajtakuna*» a diferencia del presente texto que utiliza «*llajtacuna*». El significado no cambia.

no son fáciles de clasificar, aunque hay casos de pequeños universos cerrados como aquel, por ejemplo, conformado por los 4 sufijos direccionales del quechua:

Ej. ya- raíz verbal + rku -> yarku - movimiento hacia arriba: (subir)

yku -> yayku - movimiento hacia adentro (entrar)

rpu -> yarpu - movimiento hacia abajo (bajar)

rqu -> yarqu - movimiento hacia afuera (salir)

(La raíz ya- significa movimiento)

El uso de un sufijo derivativo siempre implica la adición al conjunto de un significado determinado.<sup>77</sup>

En el Perú se han identificado ocho pisos altitudinales mientras que en Ecuador se conocen tres de origen quechua. En esta lengua, para el habitante andino, el espacio público significa «espacio del nosotros» lo que alude al principio de comunidad y reciprocidad con sentido de identidad profunda.

Las transformaciones culturales se expresan en el territorio. Se podría decir que los términos más antiguos son los que no tienen traducción; en los primeros documentos coloniales ya se nombran lugares con términos quechuas y algunos de estos se encuentran en la cartografía. Por ejemplo Guamaní. En la cartografía de 1932 los topónimos quechuas están anteceditos de nominaciones cristianas o están deformados.

En un balance temporal, se podría decir que los topónimos presentes en el espacio del núcleo fundacional fueron los que más se transformaron; sin embargo, de algún modo se conservó en documentos escritos el nombre anterior, lo que permite encontrar más de un significado. Aunque el uso cotidiano del quichua va en retroceso en el presente, y las lenguas aborígenes más antiguas han desaparecido, unas y otras mantienen presencia en la nominación del territorio y forman las piezas de una narración del territorio. El número de topónimos encontrados permiten reconocer y estructurar un cuadro que visualiza una totalidad: tienen jerarquía, son de uso colectivo y una permanencia de larga duración, es decir, forman parte de una historia.

<sup>77</sup> Gustavo Solís Fonseca, «Ser y estar quechua» en *Escritura y pensamiento* (1998), 77-91.

Jerarquía del espacio	Topónimo prehispánico	Topónimo colonial	Topónimo usado en la República hasta 1930
		1534-1830	
División territorial	Hanan	Anansaya	Anansaya
	Urin	Urinsaya	Urinsaya
	Añaquito	Añaquito	Iñaquito
	Turubamba	Turubamba	Turubamba
Montañas mayores y menores	Yavirac/Ñahuirá	Panecillo	Panecillo
	Huanacaury	San Juan	San Juan
	Itchimbía	Itchimbía	Itchimbía
Quebradas	Pichincha	Pichincha	Pichincha
	Ullaguangayacu	La Chorrera/La Cantera / Jerusalén/ De los Gallinazos	Jerusalén/De los Gallinazos
	Zanguña	Tejar/La Cava/ Manosalvas Huayco (tramo de la Compañía de Jesús)	Tejar
Caminos	Ullaguangachaca	La Chilena/Huanacaury	San Juan/La Marín
	Capac Ñan	Camino Real Camino de man izquierda Camino de man derecha	
Sector de asentamientos humanos	Sector del Auqui	Parroquia San Roque	Parroquia San Roque
	Machángara/ Machangarilla	Parroquia San Sebastián  Parroquia San Blas	Parroquia San Sebastián Parroquia San Blas
	Itchimbía		
Espacio de intercambio o comercialización	Catu	Tiánguez Plaza de San Francisco	Plaza de San Francisco
<b>Total</b>	<b>16 topónimos</b>	<b>8 topónimos</b>	<b>6 topónimos</b>

**Tabla 3.** Frecuencia de uso de topónimos en el espacio fundacional de Quito.

**Fuente:** elaboración propia a partir de la cartografía de Quito, 1930.

En términos cuantitativos, la tabla refleja que la pérdida de topónimos fue paulatina, lo que contradice la recomendación de asignar nombres cristianos a todos los espacios geográficos luego de una fundación; por lo visto, en Quito esta práctica no tuvo aplicación radical. Al mismo tiempo, la República realizó varios cambios en la nomenclatura urbana reemplazó los nombres coloniales con los de militares y hombres ilustres, Quito no fue a excepción; sin embargo, se mantuvieron los topónimos asociados con el paisaje que pasaron a la historia al destacar el lugar de la batalla de independencia de España en las laderas del Pichincha en

1822. El himno de la ciudad pone en evidencia el topónimo del volcán como lugar en el que se dio el hecho histórico.

Jacinto Jijón y Caamaño, investigador quiteño, encontró en 1945 que en la hoya del río Guayllabamba existieron varias lenguas, sus reflexiones se sustentaron en el estudio de los primeros cronistas coloniales, las relaciones geográficas de la Audiencia de Quito y también mediante la conversación con intelectuales de su tiempo, luego de lo cual concluyó que en Quito no se habló una sola lengua en un territorio continuo hasta la llegada de los europeos y que el quichua se habló desde finales del siglo XV. Sobre este último señala que «su difusión es debida, más a la dominación cuzqueña, a la castellana y, especialmente a la acción del clero».<sup>78</sup> El autor indagó en el topónimo «Quito», pero no llegó a determinar el significado, un tema que continúa pendiente.

Frank Salomon da a entender que el topónimo Quito no corresponde a un señorío en particular, pero fue un apellido conocido pues encontró la mención a «Don Hernando Quito Guana», cacique «fuerte» denominación que supone atributos de influencia política, importancia social y alguien que tuvo tierras en Quito. Sin embargo, parecer que el topónimo Quito abarcó un territorio mayor al de la ciudad y desapareció con la llegada de los incas.

Al comparar los topónimos de los planos de 1932 y 1989 no coinciden, más bien han tendido a desaparecer en la medida que la ciudad ha crecido; no obstante, el plano de 1989 mantuvo la esencia del paisaje: algunos nombres de las quebradas y montes no cambiaron, pero pueden aparecer deformados, las haciendas desaparecieron, pero el nombre permaneció para el sector: Rumipamba, Chaupicruz, Cochapamba, Chilibulo; un proceso parecido sucede con las quebradas que se rellenan. El plano de 1932 revela que fuera de la meseta de Quito la ubicación de topónimos de varias haciendas se mantuvieron en los valles de Cumbayá y Tumbaco y topónimos nativos en el volcán Ilaló.<sup>79</sup>

Entre 1932 y 1989 se observa que la mayor parte de haciendas tienen nombres de santos católicos que anteceden al nombre indígena de antiguas comunas, lo que permite suponer que las haciendas conservaron a las comunidades asentadas con anterioridad y mantuvieron sus nombres: Santa Rosa de Singuña, hacienda Huarca y junto al barrio Huarca y a San Francisco de Huarca. Del mismo modo, al igual que Quito tiene como patrono a San Francisco, los sectores urbanos antepusieron el nombre de un santo para acompañar o “bautizar” el nombre antiguo: San José de Guamaní, San Juan de Conocoto, San Miguel de Collacoto. No se conoce en qué momento adoptaron el nombre del patrono.

<sup>78</sup> Jacinto Jijón y Caamaño, *Antropología prehispánica del Ecuador* (Quito: Prensa Católica, 1952), 67.

<sup>79</sup> Aunque ambos valles están fuera del área de estudio es necesario mencionarlo para otros proyectos.

El significado cristiano se ratifica en topónimos como Cruz loma que es un punto de descanso con una cruz en el camino hacia el Pichincha, Padre Encantado es otro punto de descanso en donde comienza la roca, camino al Pichincha. Chaupicruz (cruz solitaria en el camino que Mario Cicala tradujo como «en medio de la cruz») es un punto en el cual se produce una bifurcación de caminos antiguos al final del ejido norte. Fue el sitio en el que se recibía a las comitivas que venían desde Santa Fe; el jesuita Mario Cicala (1718-1787) tuvo noticia en Popayán de la pompa con que se recibían a los visitantes en el sitio de Chaupicruz, pero su sorpresa fue grande al no encontrar a nadie que lo recibiera en su entrada a Quito.<sup>80</sup>

En la cartografía de 1932 se cambió el topónimo de la quebrada por el del apellido del propietario de la hacienda, sobre todo en el sur. En el plano de 1989 quedaron pocos topónimos de quebradas con el nombre nativo. Estas han sido barreras naturales de división entre los barrios o sectores de la ciudad, al punto que cuando se las rellenó se habilitó la circulación, pero no la identidad entre la población de los sectores conectados. Durante la Colonia la historia de la ciudad incorporaba al puente y el agua al fondo de la quebrada, en la República las quebradas se rellenaron de manera sistemática bajo el discurso higienista.

Un sector que hoy se conoce como San Isidro del Inca aparece en los planos de este periodo de manera independiente: el Inca como un sector urbano y San Isidro más alejado, en la parte alta de la loma. En el Inca se han identificado grupos indígenas que dijeron pertenecer al pueblo de Zámbez con apellidos que aún permanecen; algunos provienen del Perú, por ejemplo, Cóndor. Los detalles de su presencia se encuentran en el remate de los ejidos del siglo XIX.

No podía faltar el nombre de la santa Mariana de Jesús para denominar a una avenida del sector Rumipamba (sector norte) en donde se observan las huellas de un lahar que descendió del volcán Pichincha, y, tampoco al hermano Miguel, un religioso ejemplar que murió al iniciar el siglo XX, para un sector del sur de la ciudad, ambos han sido santos católicos de la devoción popular. Los topónimos de santos tienden a no repetirse en la cartografía de 1989, con excepción de San José, Santa Rosa y San Juan con tres menciones cada uno. San Blas y San Sebastián son topónimos de parroquias que tiene interés identificarlos por corresponder desde la fundación a sectores coloniales ubicados en los dos ingresos más importantes de la ciudad.<sup>81</sup>

---

<sup>80</sup> Cicala S.J., 135.

<sup>81</sup> Las iglesias de San Blas y San Sebastián siguen una lógica similar en la ciudad de Cuenca, pues están ubicadas en los ingresos más importantes de esta ciudad.

### *Huellas ancestrales en la división del territorio: lo alto y lo bajo (Hanan y Urin)*

La división *Hanan* y *Urin*, o «arriba» y «abajo» respectivamente, no es exclusiva de la hoya del río Guayllabamba ni de Quito, sino de varias ciudades andinas. Este caso particular es importante por la distribución social y espacial expresada en el territorio, esta fue una práctica generalizada vigente mucho antes de la llegada de los europeos. Esto permite comprender las permanencias y la transformación cultural desde los señoríos hasta los incas, y entre la Colonia y la ciudad actual.

La descripción de Quito del padre Juan de Velasco en el siglo XVIII identificaba en la meseta de Quito dos llanuras y una ciudad en el centro, es decir, un espacio tripartito. En ese espacio, Frank Salomon, Martin Minchom, Rosemarie Terán y Galo Ramón, entre otros investigadores, han señalado la presencia de caciques que se identificaron por el sector del que provenían según la división *Hanan* o *Urin*. La división dual del territorio no solo quedó en la toponimia de la cartografía sino también en las actas del Cabildo<sup>82</sup> en donde se mencionaron los nombramientos de autoridades para Anansayas y Urinsayas con el rango de alcaldes de indios; cada uno se preocupaba de la administración de cada parte de este territorio.<sup>83</sup> Estas referencias permiten afirmar que en la hoya del río Guayllabamba el territorio estuvo ocupado de acuerdo con una división dual. Con la fundación española de Quito, la dualidad *Hanan* y *Urin* no se perdió, y la ciudad colonial apareció en la mitad de la división aborígen como una tercera unidad territorial. Esta organización añadió pruebas a la afirmación de que el régimen colonial no hizo tabla rasa de la estructura anterior, sino que la mantuvo en la medida de su conveniencia, al igual que hicieron los incas a su llegada desde el sur:

Nombraron como Alcaldes Mayores para esta República por el Partido de Anansayas a Don Manuel Quillizumba Casique del pueblo de Machache y para el de Urinsayas a Don Vicente Cachiguango Casique del pueblo de Tumbaco a quienes el presente escribano les obligará presencia y puntualmente el que servirán dichas horas sin que este cambio se les admita excusa alguna ni por otro cualquier empeño.<sup>84</sup>

<sup>82</sup> La escritura de algunos textos está deformada, depende de la pronunciación, cómo se escucha y quién escucha dado que el quechua es una lengua oral.

<sup>83</sup> Frank Salomon, *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas* (Quito: FONSAL, 2011), Rosemarie Terán, «Factores dinámicos en el desarrollo urbano del Quito colonial», en *Enfoques y estudios. Quito a través de la historia*, 1992, 67-86 y Galo Ramón, «Quito aborígen: un balance de sus interpretaciones», *Enfoques y estudios. Quito a través de la historia*, 1992, 29-64.

<sup>84</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 25.

La dualidad andina ha sido concebida como el principio del equilibrio, de la armonía. A más de las huellas de la bipartición anotadas, existe otra dentro de cada sector de la ciudad como preexistencias visibles en la cartografía. A manera de ejemplo, el sector denominado La Ferroviaria tiene dos subsectores denominados «La Ferroviaria Alta» y «La Ferroviaria Baja». San José de Guamaní se divide en «Guamaní Alto» y «Guamaní Bajo». Otra forma de división dual está referida al tamaño, como ejemplo: «Batán Grande» y «Batán Chico» que pertenecen al mismo sector de «El Batán». También se encuentran divisiones duales en un mismo sector que separan a la comuna de la hacienda: «Comuna Miranda Grande» dentro de la «Hacienda Miranda Grande».

Minchom encontró evidencias documentales de las divisiones «Hanan» y «Urin» en la conformación de las parroquias urbanas del siglo XVI; estas mitades complementarias de división del territorio se encuentran en el sector del actual centro histórico.<sup>85</sup> Al respecto señala:

La división ritual del Quito prehispánico en las mitades andinas de Hanan y Urin (superior/inferior, arriba/abajo), está documentada como una imposición incaica de la geografía sagrada de Cuzco, la capital Inca. En una inversión de la organización social de Cuzco, Hanan, o el Quito de arriba, corresponde a la mitad sur de la ciudad, así como al campo que se extendía hacia el sur, y la aristocracia incaica de Quito se encontraba concentrada en esa parte de la ciudad.<sup>86</sup>

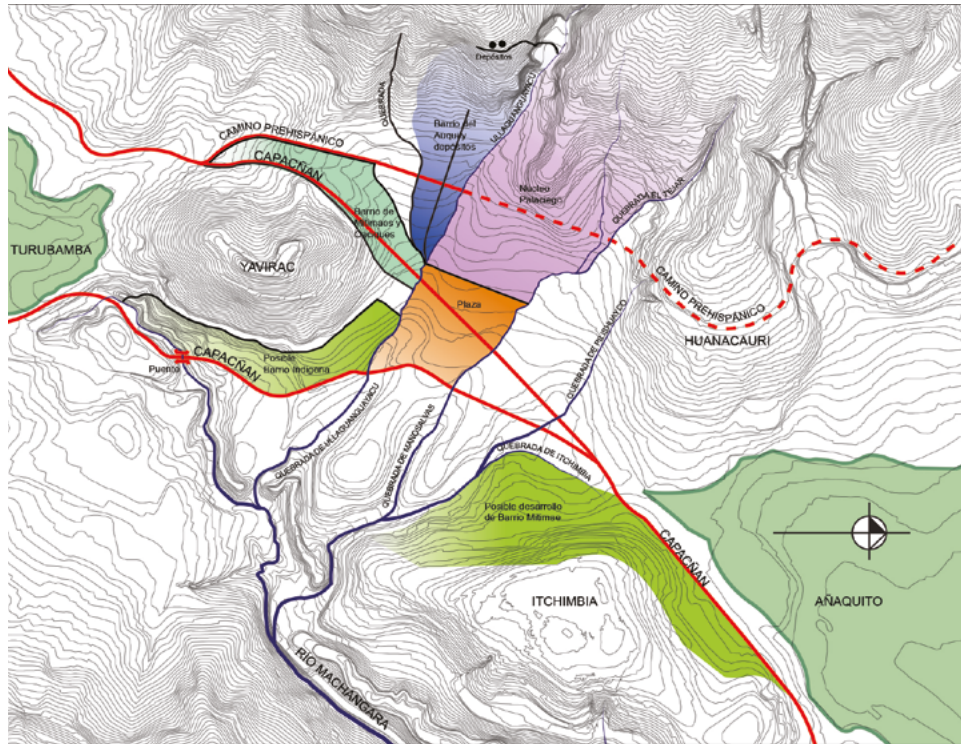
Las huellas de la ocupación prehispánica se aclaran en el plano topográfico de Quito (figura 13) cuando se superpone la ocupación prehispánica alrededor de los humedales, la inca en Guamaní y Carapungo, y la localización de las primeras parroquias religiosas del siglo XVI: San Roque y San Sebastián, con la parroquia de El Sagrario en la parte central del núcleo fundacional, y los caminos preexistentes. Según esta división las tierras de la élite inca estuvieron en el Hanan, siguiendo a la división propuesta por los historiadores, cerca de San Roque.<sup>87</sup>

---

<sup>85</sup> Martin Minchom, *El pueblo de Quito* (Quito: Trama, 2007).

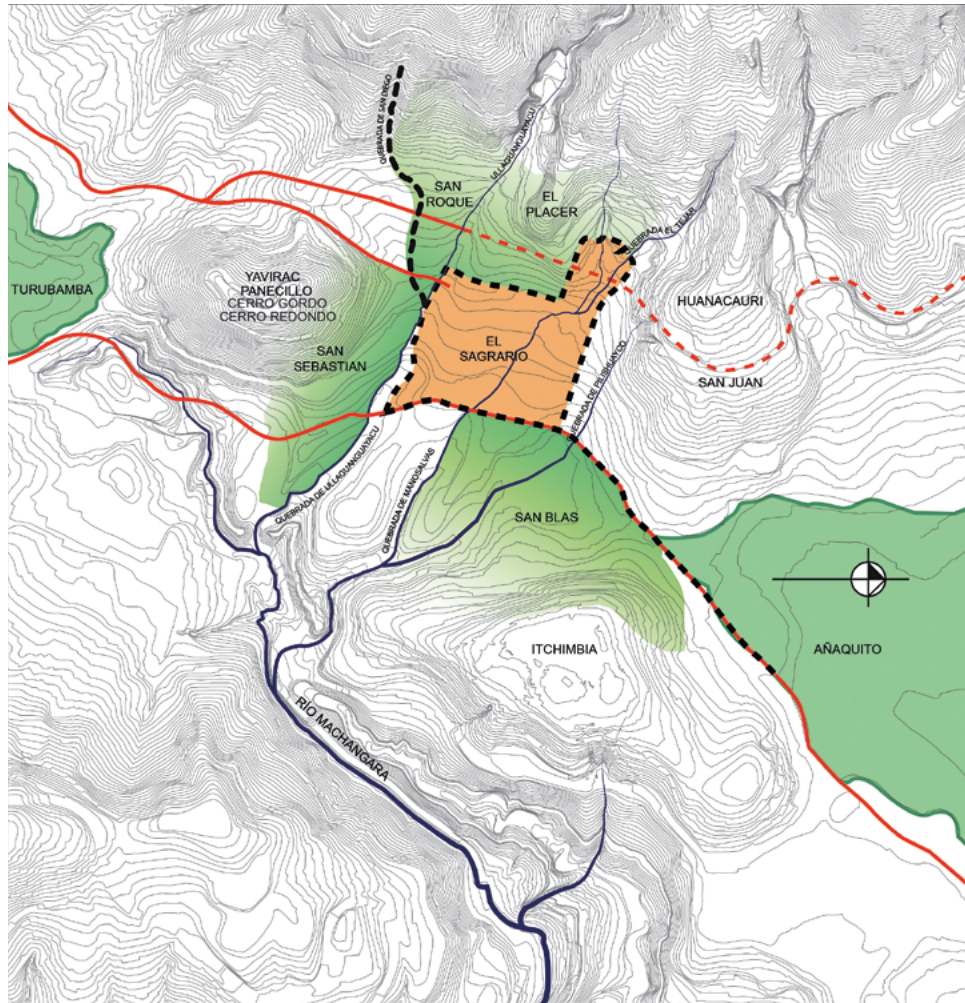
<sup>86</sup> Minchom, 35-36.

<sup>87</sup> Del Pino y Terán, 314 y Minchom, 36.



**Figura 12.** Hipótesis sobre el Quito prehispánico y la presencia inca.  
**Fuente:** elaboración propia sobre base cartográfica de Quito, 1989.

En esta distribución cultural y espacial cabe la pregunta si la quebrada de Ullaquayacu, también conocida como Jerusalén fue la línea divisoria entre Hanan y Urin como sucedió con las quebradas que separaron los barrios. Al respecto, Minchom no especifica una línea divisoria entre el Hanan y el Urin; sin embargo, menciona que la parroquia católica de El Sagrario se sitúa en medio de la división, al igual que el tiánguez o mercado. Según su esquema en el Urin estuvo la parroquia de San Blas, y en el Hanan estuvieron las parroquias coloniales de San Sebastián y San Roque. Según el autor esta división se mantuvo hasta el siglo XVIII, tuvo carácter político y judicial, cada mitad tenía un alcalde que ejercía una importante misión judicial en la mediación y administración del sistema rotativo de la mita. Este rol declina en el siglo XVIII cuando los caciques ya no aceptaron este cargo.



**Figura 13.** Distribución de parroquias en el siglo XVI en Quito. Con línea de puntos la división parroquial (en negro). Huellas de caminos prehispánicos (en rojo).

**Fuente:** elaboración de la autora con base en la interpretación del dibujo publicado en *El pueblo de Quito*, Martín Minchom, 2007.

El testamento de 1582 de don Francisco Topatauchi, hijo de Atahualpa ubicó algunas de las propiedades de los herederos en el sector de San Diego, esto confirma y aclara la hipótesis de un barrio de la élite inca en Quito en el sector de San Diego.<sup>88</sup> Otro argumento se encuentra en las primeras actas del Cabildo de Quito donde se señaló la construcción de los conventos de San Francisco y La Merced en

<sup>88</sup> Tamara Estupiñán, «Testamento de Don Francisco Atagualpa», *Miscelánea histórica ecuatoriana*, diciembre, 1988, 8-67.

terrenos de propiedad de la nobleza incaica. Es decir, la ocupación incaica estuvo en la parte alta de la ladera, mientras que la fundación colonial se efectuó en la parte baja, nuevamente el sentido de lo alto y lo bajo es una dualidad constante en el espacio ocupado.

### **El *Ukhu pacha* o el mundo de abajo**

El tercer estrato corresponde al *Ukhu pacha* o mundo de abajo, ubicado en altitudes menores a los 2800 metros tiene que ver con el origen mismo de Quito: las quebradas de agua y biodiversidad cuyas corrientes llegan a la laguna de Ñaquito o al pantano de Turubamba, que luego se desplazan por el río Machángara. El número de quebradas que descienden del volcán Pichincha llega a 60, con cauces que pueden llegar a tener 11 metros de profundidad, y alrededor de 20 quebradas que se originan en las lomas del lado este de la meseta. Allí los topónimos mantuvieron por lo general el nombre prehispánico dependiendo de la fuente de información: Rumihurco, Atucucho, Yacupugru, Runachaga, Chimichamba, Rumipamba, Ashintahuayco, Luluncoto, Chaguarquingo, Caupicho, Shanshayacu.

El mundo de abajo está asociado con las quebradas y el agua en los Andes. En la ciudad colonial se incorporó el puente para facilitar el cruce, prolongar las calles y permitir el crecimiento de la ciudad. El sonido del río y la biodiversidad de su cauce formó parte de la ciudad, así mismo, la quebrada y el río fueron espacios de trabajo de las lavanderas, de juego de niños, del encuentro de enamorados, la observación y el paseo. En la ciudad moderna, bajo un discurso higienista, la quebrada pasó a ser un espacio peligroso, oscuro, de muerte y foco infeccioso y de enfermedad, por esta razón fue necesario rellenarlas, con lo cual, la imagen de la ciudad tuvo un cambio radical, sin retorno. El mundo de abajo también se asoció con los caminos interregionales que circulaban por los lechos de las quebradas, conocidos también como «caminos de los Yumbos», es decir, rutas de los porteadores que transportaban productos provenientes desde la Costa o la Amazonía a quienes la vegetación de diferentes nichos de biodiversidad los protegía del sol y la lluvia durante sus jornadas de camino.

La arqueología ha rescatado elementos que corresponden al mundo de abajo, y en particular restos materiales que evidencian hoy actividades humanas permanentes: campos de cultivo, asentamientos humanos o rutas de intercambio. Los cortes estratigráficos realizados en las laderas evidencian la existencia de erupciones, inundaciones y suelos cultivados bajo capas de ceniza. A manera de ejemplo, el mundo de abajo evidencia la explotación, traslado y elaboración de objetos de obsidiana, un material volcánico proveniente del volcán Puntas desde el periodo

Paleoindio<sup>89</sup> para la elaboración de armas y objetos de corte. Este mineral fue utilizado de manera extensiva hasta que apareció el hierro en el periodo de Integración. Una ruta de la obsidiana arqueológica del paleolítico delinea un recorrido entre el volcán Puntas en donde está la cantera, avanza a la parte oriental del volcán Ilaló en donde se encontraban los talleres de tallado, y la meseta de Quito que fue, al parecer, un lugar de paso. Otra ruta, desde los talleres, la piedra cortada en pedazos pequeños fue transportada por los ríos de la hoya del río Guayllabamba y a través del río Mira hacia el norte del país, hasta llegar al océano Pacífico, delineando rutas de circulación terrestre y fluvial marcadas por el material encontrado en el suelo y en la orilla de los ríos.

Otros componentes fueron el terremoto y la erupción que emergía a la superficie de manera dinámica, como eventos que afectaron sobre todo a la arquitectura; a manera de ejemplo, el volcán Pululahua sepultó el asentamiento de Cotocollao en el 400 a.C. De este periodo dató también el asentamiento Chillogallo y el denominado Las Casas o Metrópoli al pie del Pichincha con afectaciones menores. El volcán se convirtió en relacionador del mundo de abajo y el mundo de arriba por su acción violenta.

Desde 1534 hasta 1990 Quito sufrió 25 sismos de importancia; de estos, diez fueron terremotos, es decir, movimientos sísmicos mayores o iguales a VII grados en la escala de MSK (Medvédev-Sponheuer-Kárník). Ante los eventos naturales en la Colonia la población acudió a las plazas o al espacio público para encontrar protección, compartir la rigurosidad del evento, hacer tributo a la Virgen y sus advocaciones mediante procesiones y actividades coordinadas entre la Iglesia y el Cabildo.<sup>90</sup> La creencia difundida entre la gente común de que el terremoto y la erupción eran «castigo divino» estuvo arraigada desde la Colonia hasta el siglo XX infundiéndole temor.

El mundo de abajo ha permitido leer la presencia de asentamientos aborígenes encontrados en el espacio de la meseta en el periodo Formativo (2.500 a.C.-500 a.C.), esta fue dispersa y distribuida en nichos ecológicos diferenciados para acceder a recursos para la subsistencia. Las cotas de mayor ocupación se ubicaron entre los 2800 a 3000 metros de altura.

La distribución de los asentamientos en temporalidades diferentes en la hoya y en la meseta de Quito ha permitido deducir que durante el periodo de Desarrollo

<sup>89</sup> El periodo Paleoindio se estima entre el 7000 a.C.-2500 a.C. en la ladera oriental del volcán Ilaló, se trabajó la obsidiana extraída del volcán Puntas y transportada hasta el sitio denominado El Inga. En 1966 Betty Meggers y Clifford Evans plantearon tres periodos en la arqueología ecuatoriana: periodo Formativo (2500 a.C.-500 a.C.), periodo de Desarrollo Regional (500 a.C.-500 d.C.), periodo de Integración (500 d.C.-1534 d.C.).

<sup>90</sup> Inés del Pino y Hugo Yepes, «Apuntes para una historia sísmica de Quito» en *Centro Histórico de Quito: problemática y perspectivas*, ed. Fernando Carrión (Quito: Municipio de Quito, 1990), 67-100.

Regional (500 a.C.-500 d.C.) hubo un vaciamiento de la hoya probablemente por factores climáticos, enfermedades o erupciones volcánicas; también parece que con anterioridad a la erupción masiva de volcanes hubo una relación entre señoríos de la Costa y la Sierra como lo atestiguan las tumbas del sitio La Florida en donde se enterraron caciques ricamente ataviados con ponchos elaborados con cuentas de concha *Spondylus*, un producto marino importado desde las aguas ecuatoriales del Pacífico.

En el periodo de Integración (500 d.C.-1534 d.C.) se observa un uso intensivo de la meseta de Quito. Frank Salomon identificó una serie de señoríos étnicos en este espacio, así como en la hoya del río Guayllabamba. Los señoríos étnicos de Quito fueron grupos humanos al mando de un cacique que permanecieron vigentes desde el periodo de Desarrollo Regional hasta la llegada de los incas, alrededor de 1490.

La secuencia de sitios arqueológicos en el mundo de abajo permite reconocer que la meseta tuvo mayor presencia humana en el sur que en el norte, hubo dos vacíos de ocupación humana: uno en el norte y otro al sur, el primero correspondió a la laguna de Añaquito y el segundo al pantano de Turubamba en donde no se han encontrado edificaciones. La observación de los cortes estratigráficos de las excavaciones para los cimientos de edificios en el sector de La Carolina reveló la presencia de camellones de cultivo a partir de lo cual se dedujo que la laguna tuvo variaciones de caudal y fue poco profunda, y que en tiempo de sequía se redujo el volumen dejando las orillas con limo fértil para el cultivo.<sup>91</sup> Por otra parte, la permanencia cultural en la larga duración permitió identificar a los sitios de Cotocollao y Chillogallo, uno al norte y otro al sur de la meseta, estos fueron lugares de llegada o salida en el cruce de caminos hacia la Costa. Por otra parte, ambos sitios estuvieron conectados por un «caminillo» que recorría las faldas del volcán Pichincha.

---

<sup>91</sup> Villalba y Alvarado.

# **CAPÍTULO II**

## **TRIPARTICIÓN DEL TERRITORIO DE QUITO**



Tras elaborar una división altitudinal de la geografía de Quito, vale realizar cortes longitudinales en el estrato del *Kay Pacha* para comprender el territorio y reconocer la complejidad del lugar, que, por sus características, es singular. En este sentido, y por la configuración geográfica de la meseta de Quito, se distinguen tres espacios diferenciados, distribuidos en secuencia lineal y simétrica conformada por un centro y dos ejidos, uno al norte y otro al sur. El centro corresponde en la primera orilla del primer corte temporal, es decir, al mercado prehispánico o «catu»; en la segunda orilla del primer corte temporal se ubica la ciudad colonial de Quito. En el segundo corte, primera orilla, corresponde a la ciudad consolidada de Quito, y en el segundo corte, segunda orilla, la ciudad sale de sus límites encerrada entre montañas, con una clara intención de ocupar el ejido del norte.

Con anterioridad a 1930 los ejidos fueron imaginados a través de descripciones de sus cronistas, no formaron parte de la ciudad, es decir, la cartografía histórica de Quito reconoce lo urbano, lo que sale de este espacio es desconocido. A partir de 1930 los ejidos se grafican en la cartografía mediante aerofotogrametría para dar a conocer e impulsar la inversión en tierras en el borde de la ciudad consolidada, la dotación de servicios públicos y ejecución de obras civiles: calles, cierre de quebradas, trazado de la línea del tranvía, localización y medición de quintas y haciendas.

## **El sitio de la fundación y la traza urbana**

El espacio de la fundación es en donde se encuentra la mayor densidad de transformaciones y permanencias que se superponen en el tiempo, lo que permite hilvanar varias lecturas para narrar diferentes «Quitos» que se expresan en las calles y plazas del presente. Cada espacio público es un nodo que se articula con otros nodos formando sistemas de comunicación e interrelación entre parroquias. En tiempos de crisis se activan y permiten entender el funcionamiento de los barrios de Quito. Grupos afines y aliados en la protesta ciudadana, y otros, opuestos a las demandas de los primeros.

Los cortes temporales de este estudio coinciden más o menos con las transiciones de la historia política, la primera en el siglo XVI y la segunda en el siglo XIX, con hechos que suceden en el espacio físico del núcleo fundacional. Este espacio nació con una preexistencia de larga duración, primero con los señoríos y el mercado prehispánico, luego con los incas, y finalmente con la fundación española de la Villa de San Francisco de Quito efectuada el 6 de diciembre de 1534 que tiene como expresión de su orden político y social el trazado en damero, la plaza como espacio de socialización y los edificios religiosos como hitos urbanos, que se superponen al antiguo mercado, dejando tres plazas como testimonio del pasado.

Al finalizar la Colonia la ciudad tuvo alrededor de 110 manzanas, las calles tienen sus extremos abiertos para una prolongación hacia las laderas de las colinas que la rodea, las tres plazas se configuran como una manzana sin construir de forma más o menos regular cuyos límites son las calles y fachadas que la rodean. La vida cotidiana convive con las quebradas que en su mayor parte no fueron rellenadas, manteniendo la circulación de agua y la biodiversidad como parte de la ciudad. Los puentes fueron costeados con trabajo colectivo y donaciones de gente adinerada a cambio de favores y reconocimiento del Cabildo.

La ciudad estuvo atravesada por dos quebradas profundas que discurren de oeste a este: al norte la quebrada de El Tejar que tiene varios nombres en su recorrido:<sup>92</sup> quebrada Grande, quebrada de Zanguña, quebrada de la Alcantarilla y quebrada de las Tenerías (1573). Al sur de esta se encuentra la quebrada de Jerusalén (Ullaguangayacu), también se la denomina quebrada del Auqui, frente al Hospital San Juan de Dios. Hacia el Pichincha el plano de 1888 la denomina quebrada de la Cantera, nombre con el que se la identifica hasta 1930. Hacia el este, al llegar al río Machángara la quebrada toma el nombre de «los Gallinazos».<sup>93</sup>

En la parte del Pichincha nace la quebrada de la Chorrera que se forma con la presencia de una cascada que había que mantener o limpiar periódicamente, y una caja en la que se recogía el agua para la ciudad hacia 1650. Esta quebrada tiene un afluente que viene por la quebrada de San Diego. Vale decir que las pilas de las plazas de San Roque y Santo Domingo se abastecieron de estas vertientes.<sup>94</sup>

Una tercera quebrada de menor profundidad, pero de importancia por cuanto está referida en las descripciones del camino a Otavalo es la que baja de la loma de San Juan con varias denominaciones en su recorrido: Pishihuaycu (chorro de agua), Huanacauri, arroyo de Ullaguangachaca en 1610,<sup>95</sup> quebrada de La Marín,<sup>96</sup> rellenada en su curso inferior durante la Colonia, se une con la quebrada del Itchimbía según se observa en el plano de 1888, para desalojar las aguas al río Machángara. Este río recibe las aguas de las tres quebradas del núcleo fundacional y el ejido de Turubamba; pasa por el lado este del Panecillo antes de tomar el rumbo hacia el valle de Guayllabamba.

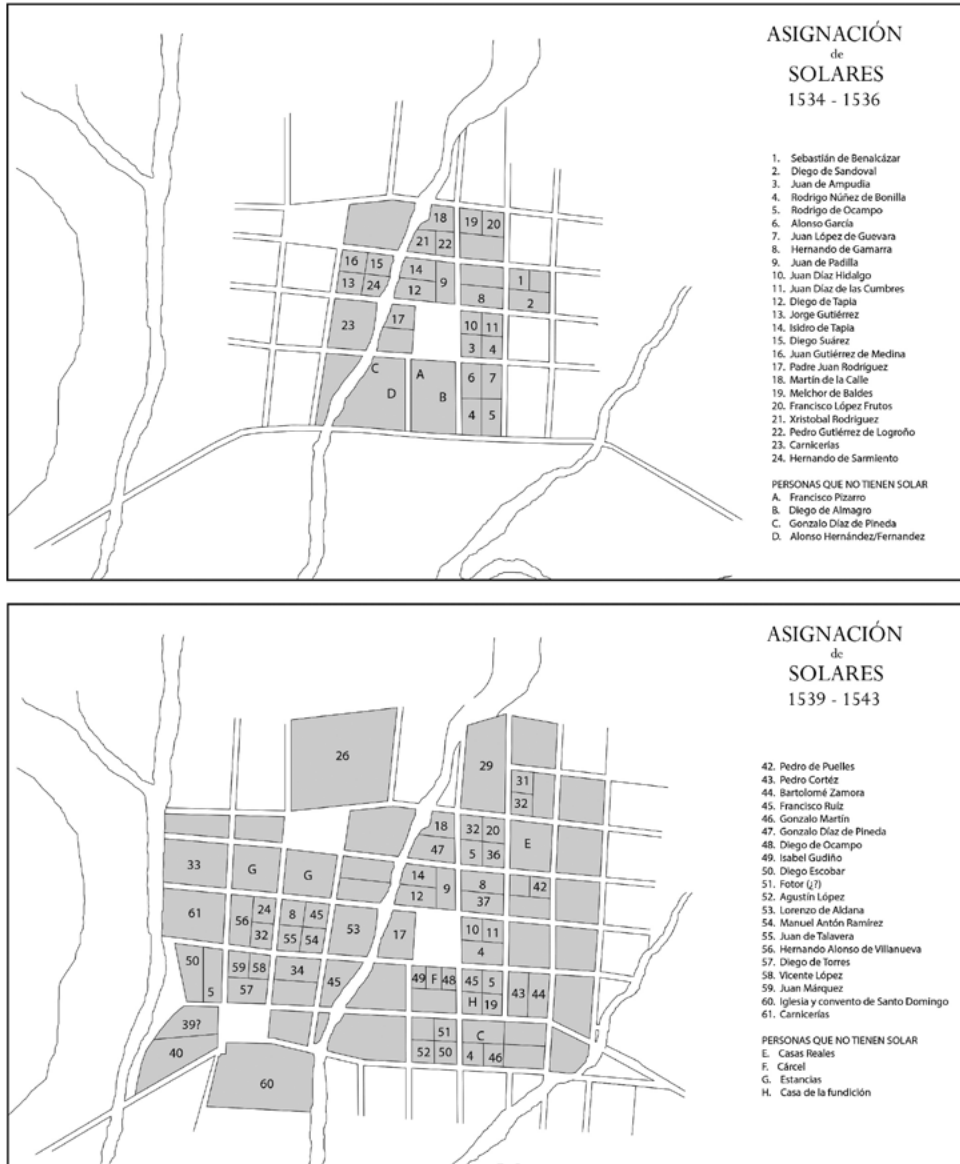
<sup>92</sup> Los nombres de los tramos de quebrada varían en el tiempo y según las fuentes.

<sup>93</sup> La traducción de Ullaguangayacu es «quebrada de los gallinazos», esto significa que todo el recorrido de esta quebrada tuvo un mismo nombre, sea en quechua o en su nombre traducido.

<sup>94</sup> Pablo Ospina, «Quito en la colonia: abastecimiento urbano y relaciones de poder local» en *Enfoques y estudios. Quito a través de la historia* (Quito: I. Municipio de Quito y Junta de Andalucía, 1992), 125.

<sup>95</sup> Federico Trabuco, *Síntesis histórica de la República del Ecuador* (Quito: Editorial Santo Domingo, 1968), 480.

<sup>96</sup> Pierre Peltre, *Riesgos naturales en Quito* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1989), 47.



**Figura 14.** Repartición de solares entre 1534 y 1543. Ubicación aproximada de los predios.

**Fuente:** elaboración propia con referencia a las Actas del Cabildo de Quito (1534-1543).

Dibujo: Gabriel Aguirre.

La presencia de quebradas obligó a construir puentes para extender la traza urbana, permitir la circulación de personas dentro del espacio de las lomas ya mencionadas, es decir, durante la Colonia el vínculo entre ciudad y territorio fue

de acomodo y con modificaciones necesarias: la traza se acomodó a la topografía que fue modificada en la medida de las necesidades para habitar y circular.

El estar rodeada por montañas y una topografía irregular da origen a cualidades escénicas particulares: perspectivas que concluyen en un paisaje de montaña, vistas panorámicas de la ciudad construida; calles estrechas entre los pliegues de la topografía y espacios abiertos como plazas; hitos construidos verticales como las torres de las iglesias que sobrepasaron los techos de las casas, en ese sentido se podría decir que Quito es una ciudad con varios miradores para ver y ser visto desde bordes de las lomas que la rodean. Los miradores naturales han sido espacios públicos poco estudiados; uno de los mencionados en la cartografía de 1810<sup>97</sup> fue denominado el «mirador de los pobres» que corresponde a la calle Quiroga, en la ladera de la loma del placer. Es interesante notar que los fotógrafos del siglo XIX y el XX implantaron las cámaras en los mismos lugares, develando los lugares de la preferencia de los quiteños; hoy en día, algunos miradores se han convertido en atractivos turísticos y espacios de recreación, otros se han privatizado con la construcción de edificios.

El emplazamiento del núcleo fundacional de Quito en un lugar hundido entre colinas fue observado en el siglo XVI como adverso a las recomendaciones de los visitantes de la Corona española. Al respecto, el visitador Salazar de Villasante en 1570 señaló:

Esta ciudad tiene muy mal asiento; está entre un río que pasa junto y dos quebradas grandes una a la entrada, que entramos, y otra al otro lado de ella, frontero de la sierra, y así tiene malas calles y están hecho puentes para pasar las quebradas.

Informéme de algunos españoles que fundaron aquella ciudad, que fue la causa de fundar aquella ciudad en tal asiento y tan malo, dijeronme dos razones: la una, que porque estaba más fuerte para defender de los indios, que entonces no estaban asentados como ahora y de paz; lo otro, porque allí hace grandes aires y está guardada de ellos, por estar debajo de la sierra y los aires pasan por lo alto y no sufren tanto.<sup>98</sup>

El testimonio fue compartido por el cronista Pedro Cieza de León quien hacia 1570 escribió:

<sup>97</sup> Plano de Quito atribuido al marqués de Selva Alegre, aprox. 1810, dibujado a partir de la base cartográfica del plano de Quito de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, 1748.

<sup>98</sup> Pilar Ponce Leiva, *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito. Siglo XVI-XIX* (Quito: Abya-Yala, 1992), 83.

Es sitio sano más frío que caliente. Tiene la ciudad poca vista de campos o casi ninguna, porque está asentada en una pequeña llanada a manera de hoya, que unas sierras altas donde ella está arrimada hacen, que están de la misma ciudad entre el Norte y el Poniente. Es tan pequeño sitio y llanada que se tiene por el tiempo adelante han de edificar con trabajo, si la ciudad se quisiere alargar, la cual podrían hacer muy fuerte, si fuese necesario.<sup>99</sup>

Dos testimonios ratificaron las condiciones del emplazamiento: lugar encerrado entre sierras altas y quebradas profundas, hundido en una pequeña hoya, poca o ninguna vista de campos y en donde la topografía encierra rincones para el escondite.

Un tercer testimonio, proveniente del siglo XVIII, volvió a mencionar el emplazamiento poco favorable, pero en clave poética, con ironía y humor, se trata de una estrofa de las décimas del jesuita y poeta colonial, contemporáneo del historiador Juan de Velasco, su nombre fue Juan Bautista Aguirre (1725-1786), nació en Daule, ciudad cercana a Guayaquil, y vivió en Quito en su juventud como estudiante del Seminario de San Luis. Sus escritos fueron conocidos apenas en el primer tercio del siglo XX. El poema «Breve diseño de las ciudades de Quito y Guayaquil» recoge la vivencia de su autor en Quito, en una carta a su cuñado D. Jerónimo Mendiola, escrita en el siglo XVIII:

Es su situación tan mala (*la de Quito*),  
que por una y otra cuesta  
la una mitad se recuesta,  
la otra mitad se resbala;  
ella se sube y se cala  
por cerros, por quebradones,  
por guaicos y por rincones,  
y en andar así escondida  
bien nos muestra que es guarida.  
de un enjambre de ladrones.<sup>100</sup>

El estar protegido del paso de los aires y de la vista del posible enemigo es lo que los fundadores españoles e incas apreciaron como ventaja estratégica de este espacio, detalle que delató el texto de Bautista Aguirre. Ya en el siglo XVIII la ciudad se extendió hacia las laderas, de este modo, la movilidad cotidiana por las cuevas y bajadas, con caídas y resbalones, entre lo alto y lo bajo, formó y

<sup>99</sup> Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*, 113.

<sup>100</sup> Juan Bautista Aguirre, *Poesía y obras oratorias* (Quito: Clásicos Ariel, 1980), 81.

forma hasta hoy parte del vivir en esta ciudad.<sup>101</sup> Cieza pronosticó, y con razón, las dificultades en el crecimiento futuro. Sin embargo, las prioridades de los fundadores fue la elección de un sitio seguro, defendido de los enemigos y resguardo de los aires.

Al estar escondido parece que este espacio fue estratégico para la guerra, esto llevó a decidir a incas y españoles su preferencia por este espacio. Para Salazar Villasante los indios eran los enemigos; en 1571 estaban sometidos y redistribuidos en el territorio, es decir, dominados y transformados en gente «de paz»; un segundo argumento que aportó a la decisión de emplazar una fundación en un lugar difícil fue la presencia de una población nativa numerosa alrededor del núcleo fundacional, esta era necesaria para servicios, el mantenimiento del asentamiento fundado. Tanto incas como españoles visualizaron en esta «llanada a manera de hoya» un espacio estratégico, con topografía de difícil acceso para el enemigo, un campamento militar desde donde se comandaba la conquista hacia el norte. No obstante, el argumento todavía parece quebrarse ante una posible rebelión de los nativos quienes conocían mejor que los hispanos el territorio, las maneras de entrar y salir de este espacio y las formas de atacar al contrincante en quebradas.

Al parecer, el equilibrio de fuerzas no habría sido posible sin un acuerdo previo; las condiciones del emplazamiento precedente a la fundación no era el de espacio vacío sino uno lleno de valor simbólico. Sería oportuno analizar cuáles fueron las condiciones para la fundación española en una disputa en la que las partes se vieron obligadas a ceder. No hay una crónica escrita pero las evidencias en el territorio atestiguan el mantenimiento de algunas tradiciones culturales en el territorio. La primera, el mantener algunos espacios simbólicos prehispánicos como el sector destinado a la nobleza inca, herederos de Atahualpa, en la parte occidental de las faldas del Pichincha;<sup>102</sup> la segunda, la presencia de un mercado prehispánico de relevancia interregional que formó parte de una red de intercambio de larga distancia<sup>103</sup> expresada en tres espacios no construidos en la trama colonial; la tercera mantener algunos topónimos aborígenes que se evidencian hasta hoy: algunos con doble nomenclatura (Huanacaury-San Juan) o más de tres nombres (Ñahui, Yavirac, Panecillo); finalmente, mantener la línea divisoria entre el Hanan y el Urin, una bipartición simbólica prehispánica que demarcaba territorios diferenciados.<sup>104</sup>

<sup>101</sup> Cabe preguntar cuántas veces Bautista Aguirre habrá resbalado en alguna de las calles de Quito, la mayoría no eran empedradas.

<sup>102</sup> Estupiñán, 88.

<sup>103</sup> Salomon, 158.

<sup>104</sup> Minchom, 35.

Todo esto supone la superposición cultural en un espacio singular, con limitaciones para el conquistador asentado en una «llanada a manera de hoya» como lo señaló Villasante, en la que han de «edificar con trabajo si la ciudad se quisiere alargar» como vaticinó Cieza, delimitada «por cerros, por quebradones, por guaicos y por rincones», según la experiencia de Juan Bautista Aguirre, es decir, una ciudad escondida, defendida por tres quebradas de grandes proporciones, dos con profundidades entre 11 y 15 metros, contribuye a pensar en la vulnerabilidad del asentamiento fundado.

Por su parte, los fundadores tenían instrucciones precisas para la selección y emplazamiento de una fundación, entre ellas las que Fernando el Católico dio a Pedro Arias Dávila hacia 1513, que fueron ratificadas en las Ordenanzas de 1573. La primera, «poner nombre general a toda la tierra, a las ciudades y villas y lugares», «sitios sanos y no anegadizos», «buenas aguas», «buenos aires y cerca de montes y de buena tierra de labranza». Otras recomendaciones fueron «poblar de asiento y no de paso», es decir, fundar ciudades duraderas en el tiempo antes que emplazamientos circunstanciales o campamentos militares provisionales. Sin embargo, en la práctica, Bernardo De Vargas Machuca (1555-1622) escribió, desde su experiencia militar, las estrategias para mantener a la población local en términos de paz y fundar en condiciones aparentemente adversas: «[...] y elegirá en él un sitio el más llano posible, con que no esté en hoya, porque esté airoso, enjuto y descubierto al norte, si hallarse pudiese con las demás comodidades de agua y leña».<sup>105</sup>

Según este principio el sitio fundado no podía estar asentado en la parte baja como sucede en el emplazamiento de Quito, un valle estrecho en el que los indios eran muchos y los fundadores pocos, todo esto sugiere que los aspectos negativos del emplazamiento de Quito quedaron en segundo plano por una posible negociación con los caciques locales. La distribución social y espacial de Quito en el territorio sugiere que los indios protegieron el espacio de la fundación española y al mismo tiempo su lugar ancestral, una dualidad.

Cómo explicar las razones del emplazamiento de Quito a través de las instrucciones que tenían los conquistadores para instalar una fundación. Cómo llegaron los conquistadores a implantar la villa manteniendo el valor simbólico ancestral de este espacio, en un lugar estratégico y al mismo tiempo vulnerable; todo sugiere que fue una negociación en la que hacer las paces significó la protección de un espacio sagrado y ritual, bondadoso para unos; «de buena y felice constelación» y de cielo claro para otros; de valor universal y en la mitad del mundo para todos.

---

<sup>105</sup> Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias* (Madrid: Librería de Victorino Suárez, 1892), 17.

De Vargas añadió otra recomendación para mantener la paz: la promesa de protección a los indios. Este argumento tuvo sentido después de dos guerras en menos de 50 años que debió afectar la vida de los aborígenes:

El caudillo les prometerá, en nombre de su majestad, de guardarles toda paz y amistad que los amparará y defenderá de sus enemigos. Y en señal de dicha paz, abrazará a todos los caciques y señores y a tal tiempo hará su salva en señal de alegría [...] advirtiéndoles que ante todas cosas han de dejar las armas; ni tratar de ellas más, pues los españoles toman a su cargo su defensa y amparo.<sup>106</sup>

En la conquista de Quito el relato de Cieza de León dio a entender que las promesas de protección y paz no fueron duraderas, por el contrario avivaron la indignación y el odio a los extranjeros, y añadió un dato que es revelador para comprender por qué y cómo los indios de Quito se convirtieron en «indios de paz»: no fue por las promesas ni los acuerdos sino por la erupción del volcán Cotopaxi en 1532 que dio cumplimiento a la predicción del oráculo sobre el cambio de época con la entrada de los extranjeros al territorio de Quito.<sup>107</sup>

En esta circunstancia y mediante mensajeros, Rumiñahui y Benalcázar concertaron un encuentro en Panzaleo. Según Cieza de León, Benalcázar expuso sus condiciones: suspender la guerra, conversión de los indios al cristianismo para ser todos hermanos, rendir obediencia al rey y la entrega del tesoro de Quito para ser repartido como el de Cajamarca. Estas condiciones no fueron aceptadas por Rumiñahui y sus aliados quienes expresaron su indignación y desconfianza en los peninsulares:

No plega a Dios nos femos destos que ni an dicho verdad ni la dirán, antes permítanos morir a sus manos y de sus caballos que no que con nuestra voluntad nos tengan opresos y forcados a seguir sus desatinos e cumplir sus pretensiones.<sup>108</sup>

Un segundo encuentro estuvo a cargo de Juan de Ampudia, que luego constó entre los fundadores, quien mediante mensajeros mandó a localizar a Çopeçopagua, colaborador de Rumiñahui, según Cieza:

[...] fueron de noches tres y cuatro caballos que bastaron a lo traer (a Çopeçopagua). Dizen que por fuerza, otros cuentan que de su voluntad se vino a ellos. Quingaimbo y

<sup>106</sup> De Vargas Machuca, 13.

<sup>107</sup> Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú* (Buenos Aires: Jamkana, 1984), 271.

<sup>108</sup> Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú*, 271.

otros capitanes de los ingas le salieron de paz, con que volvió a Quito trayendo mucho ganado para el proveimiento.<sup>109</sup>

Este episodio de la historia de Quito tiene varias interpretaciones, como señaló acertadamente Salcedo, Benalcázar «no tuvo un cronista que cantara su epopeya con tanto primor como Quesada» fundador de Santa Fe de Bogotá; sin embargo tuvo a Cieza de León, un cronista que dio algunas claves para la interpretación y explicación de una posible negociación entre españoles e indígenas, y propuso la pregunta: quién fue el líder indígena que hizo las paces y negoció las condiciones para la fundación de la ciudad española de Quito: Copecopagua o Quingaimbo, o ambos.

Al parecer fueron ambos líderes y sus aliados quienes tuvieron la capacidad de poner las condiciones para la paz y defender el valor simbólico del territorio en disputa en ausencia de Rumiñahui.<sup>110</sup> Los argumentos no se mencionaron en algún documento; sin embargo, el hecho de que haya sido una discusión colectiva por la defensa del lugar de Quito dio sentido a la concepción del «espacio del nosotros» que nació como espacio ciudadano en el nuevo orden. Este acuerdo fue la condición necesaria para que Benalcázar entrara a Quito, fundara la Villa de San Francisco y asegurara a sus superiores que había pacificado el territorio, la respuesta de los aborígenes fue el silencio, una forma de comunicación que tiene varias lecturas, entre ellas la ratificación de la desconfianza manifestada por Rumiñahui en nombre de la colectividad, la negación o no aceptación de la pérdida, un silencio que puede ser interpretado como indicador débil de paz.

Al parecer los encuentros, diplomáticos o forzados no fueron suficientes para la paz y la amistad, que no duraron mucho ya que la desconfianza y un aire de incertidumbre quedaron latentes luego de los acuerdos, estos no se cumplieron y como es de imaginar dejaron consecuencias en el futuro. En este punto los términos de «paz, amistad y enemigo» tienen diferente significado dependiendo del lugar de enunciación.

La declaración de De Vargas de «dejar las armas» contribuyó a ratificar el sentimiento de desconfianza y al doble discurso. En el Tomo Cuarto cuyo título «trata cómo se han de asentar paces y de cómo se ha de poblar una ciudad, y cómo se ha de repartir la tierra, y el tratamiento que se debe dar al indio, con el premio de conquistadores y pobladores», De Vargas mostró la otra cara de la moneda, recomendó al caudillo: «la paz sin armas es muy flaca [...] y no se fie tanto de la

---

<sup>109</sup> Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú*, 354.

<sup>110</sup> Rumiñahui fue perseguido y muerto fuera de Quito. Copecopagua y Quingaimbo fueron militares, colaboradores cercanos de Rumiñahui y conocedores del proyecto de construcción de otro Cuzco en el lugar de Quito.

paz que deje del todo las armas, porque es muy flaca la paz desarmada», detrás de esta recomendación estuvo su experiencia, hay que añadir que fundar una villa o ciudad implicaba para el caudillo sostenerla, ya que de no hacerlo, podía perder sus privilegios de fundador; por esto, «nuestro caudillo tendrá que conservar lo que pacificare y poblar»,<sup>111</sup> condiciones que sugieren que había que mantener la inversión económica y esfuerzo humano para hacer de la conquista una empresa política y económica efectiva y eficiente. Para España, fundar ciudades era «una manera de fundar España cada vez: la España cristiana».<sup>112</sup>

La desconfianza no se evidencia únicamente en las tensiones sociales que se generalizaron durante el siglo XVII sino en la manera en que se dispusieron en la ciudad los edificios del poder, esto es, mediante la presencia de cuatro conjuntos arquitectónicos religiosos, de proporciones monumentales, correspondientes a las cuatro primeras órdenes religiosas que llegaron a Quito: Franciscanos, Mercedarios, Agustinos y Dominicos formaron un cuadrilátero visible al final del siglo XVI en la traza urbana, en cuyo interior contenían a la catedral, el conjunto jesuita y el monasterio de La Concepción, los dos últimos se iniciaron al finalizar el siglo XVI. Por otra parte, el conjunto era una unidad conexas de protagonismo urbano, y dio cuenta de una cantidad significativa de mano de obra asentada en el espacio de Quito, que puso en evidencia la integración al nuevo orden de las generaciones que siguieron a la primera etapa de la conquista.

El convento, en la Colonia y en la República, fue un edificio-fortaleza que tuvo una función ambivalente: evangelización, enseñanza, apoyo social y misionera, y al mismo tiempo, dio apoyo, de manera no oficial, a la rebelión de los barrios; fue escondite de perseguidos, tumba de personajes controvertidos de la historia, guardó celosamente los bienes materiales y las confidencias de la sociedad quiteña.

En contra de las recomendaciones de las ordenanzas y estrategia militar el espacio fundacional se estableció como síntesis de acuerdos entre las partes involucradas y visibles en el territorio en un momento que dio término a la crisis y a la ruptura histórica. Posteriormente, los hechos alrededor de la arquitectura del poder y la participación de los barrios en las protestas públicas ratificaron la desconfianza en el extranjero, resurgió el valor simbólico ancestral y los valores mágico religiosos del cristianismo, la pugna por la posesión de un mismo espacio físico para establecer la ciudad como un espacio de poder y al mismo tiempo como un espacio de vida en donde se concentró una sociedad diferente a la precedente, en donde subyacieron rasgos de la cultura aborigen y la occidental cuya permanencia

<sup>111</sup> De Vargas Machuca, 14.

<sup>112</sup> Salcedo Salcedo, *Urbanismo Hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*, 47.

en procesos sociales de larga duración fue ratificada por la historia social, como señaló Martin Minchom:

Para ejercer el control sobre una población indígena numerosa, la sociedad colonial española —como en otras sociedades coloniales— manipuló las estructuras sociales existentes, antes que intentar hacer *tabula rasa*. Los elementos prehispánicos eran insertados dentro del nuevo orden social, particularmente los líderes indígenas o caciques, que eran usados como intermediarios con la población indígena. A veces la sociedad colonial española no solo perpetuaba, sino incluso mejoraba las instituciones prehispánicas, por ejemplo a través de la propagación del quichua.<sup>113</sup>

Una de las preexistencias aborígenes en el territorio de Quito conservada hasta el siglo XX fue la división del territorio en Hanan y Urin, visible en la cartografía hasta 1989 con los topónimos de Anansaya y Urinsaya. Desde las ciencias sociales y la historia, Galo Ramón y Rosemarie Terán encontraron la mención de familias con la pertenencia a uno u otro sector, o en el nombramiento de autoridades diferentes para cada uno en los siglos XVI y XVII. Rosemarie Terán habló de un «balance de fuerzas entre los poderes coloniales y las élites indígenas» lo que sugiere una negociación permanente y en varios ámbitos entre indígenas y españoles.<sup>114</sup>

En el núcleo fundacional, el eje de división debió tener la dirección este-oeste y habría pasado por el sitio de la fundación, junto al Panecillo, probablemente por la quebrada de Ullaguanguayacu denominada también quebrada del Auqui en 1601.<sup>115</sup> Otra versión es la de Frank Salomon quien expuso a partir de un análisis de apellidos de caciques y la localización de sus residencias lo siguiente:

Evidentemente las mitades estaban separadas por una línea que corría a través del centro de la ciudad de Quito, probablemente al Norte de la plaza de San Francisco y a través de la cumbre el cerro Ilaló, por lo tanto dividiendo el valle de los Chillos de la planicie de Cumbayá. Como podría esperarse, la casa del inca reinante caía en el Hanan.<sup>116</sup>

A más de la división de Hanan y Urin, la organización de la ciudad mantuvo los asentamientos indígenas en los ingresos de antiguos caminos, estos pasaron a ser las primeras parroquias urbanas del siglo XVI: San Roque y San Sebastián en el sur y San Blas por el norte.

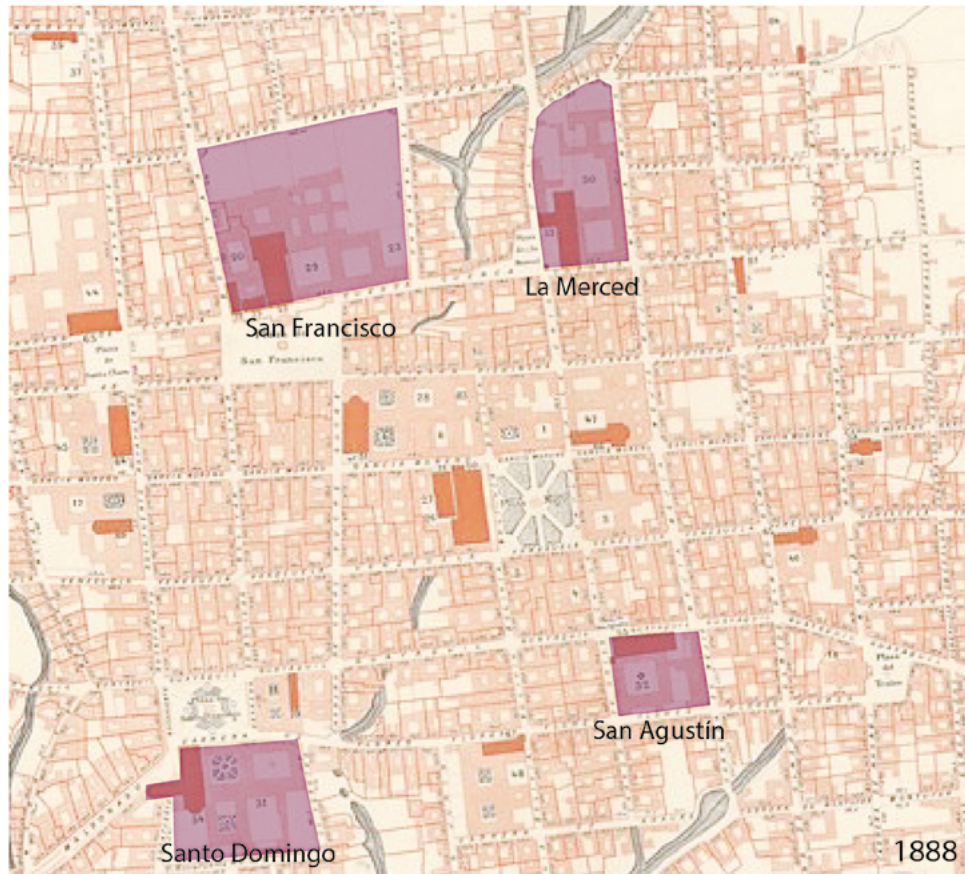
---

<sup>113</sup> Minchom, 36.

<sup>114</sup> Terán, 68.

<sup>115</sup> Estupiñán, 40.

<sup>116</sup> Salomon, 313.



**Figura 15.** Cuadrilátero defensivo de Quito conformado por los conventos de las cuatro órdenes religiosas de Quito.

**Fuente:** elaboración propia sobre plano de Quito 1888. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

Para los españoles la conquista de América significó ampliar las fronteras de España, extender su cultura, ver su esfuerzo retribuido con riquezas, poder y ascenso social. La práctica de fundar ciudades «formaba parte de su pensamiento, entre mágico y religioso, que lo impelía a consagrar el territorio que conquistaba y poblaba, única forma de que deviniera real».<sup>117</sup> El ritual público de la toma de posesión del territorio, en nombre de Dios y el rey, el nombramiento de un patrono protector de la fundación, el implantar la señal de la justicia, el rollo (la horca), designar el solar de la iglesia, dar nuevo nombre al lugar fundado y a los hitos más importantes como quebradas, montañas, ríos, hace del lugar de la fundación un espacio sagrado o lugar singular, en el caso de Quito por partida doble, antes y después de la fundación colonial.<sup>118</sup>

Una vez fundada la ciudad de Quito se trazaron las calles y se determinaron los espacios de las plazas principales. El croquis de 1573 adjunto a la Relación Anónima de Quito no tiene escala ni nomenclatura de calles, tiene datos de interés para entender el sentido del espacio fundado: orientación de la trama urbana hacia el norte, se esbozan las montañas y las vertientes de agua más importantes, calles trazadas a 90° siguiendo la dirección de los puntos cardinales, según una nota todas las calles miden 33 pies,<sup>119</sup> aproximadamente 9,75 metros, aunque el texto que acompaña el dibujo señala 40 pies. En la cartografía actual de Quito las huellas coloniales quedan en esquinas y arcos que no han sido removidos por la solidez e importancia de algunas edificaciones, y es en donde se puede esclarecer que el ancho de las calles coloniales debió tener en promedio 9 metros.

El texto destaca que Quito está cerca de la línea equinoccial «y dicen que el día de Bernabé al mediodía no hace el hombre sombra», los indios cuentan los meses por lunas, cada ciclo lunar se denomina un mes. «Los términos (límites) estaban repartidos por cerros, o por ríos o quebradas, de manera que entre ellos es señal conocida y clara», descripción que aporta a la hipótesis de un espacio simbólico en el que confluyeron los intereses materiales y de cosmovisión americana y europea.<sup>120</sup>

Con referencia a las plazas, la Relación Anónima de Quito de 1573 describe: «tres plazas, que en la dicha ciudad hay son cuadradas, la una delante de la iglesia mayor donde está el comercio y trato del pueblo, y la otra delante del monasterio de San Francisco y la otra delante del monasterio de Santo Domingo». La longitud de cada manzana fue de 300 pies. Hubo tres parroquias, la de la Catedral, San Sebastián y San Blas.<sup>121</sup>

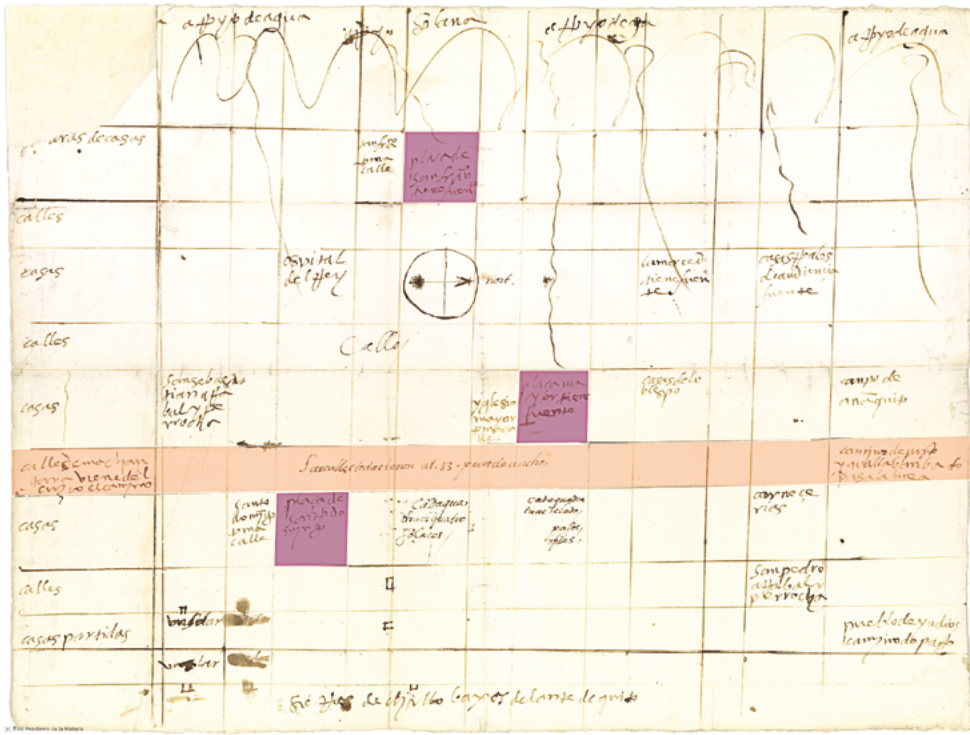
<sup>117</sup> Salcedo Salcedo, *Urbanismo Hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*, 49.

<sup>118</sup> Salcedo Salcedo, *Urbanismo Hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*, 57.

<sup>119</sup> El pie castellano medía 29,57 cm. Hasta mediados del siglo XVI no se dictaron normas que unificaran medidas y pesos, cada región de España tenía las suyas. Felipe II en 1565 emitió ordenanzas de unificación de medidas; por lo tanto, las dimensiones que pueden resultar de la conversión son aproximadas.

<sup>120</sup> Ponce Leiva, 201.

<sup>121</sup> Ponce Leiva, 187-221.



Nomenclatura:



Calle Principal



Plazas

**Figura 16.** Croquis de Quito, anexo a la Relación Anónima de 1573. En el centro se encuentra el norte.

**Fuente:** elaboración propia basada en *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito*. Siglo XVI-XIX, Pilar Ponce Leiva, 1992.

Las calles del croquis esbozan una ciudad de 25 manzanas, sin murallas, termina en las faldas del Pichincha en el lado oeste. Hacia el norte y el sur no dibuja los cerros que la delimitan. La calle principal pasaba de sur a norte por la plaza Mayor y se llamó de Machángara, al término de la ciudad la calle continúa por dos caminos hacia el sur y uno al norte que se dirigen a destinos lejanos. Hacia el norte: al lugar por donde pasa la línea, Guayllabamba, camino de Pasto y pueblos de indios. Hacia el sur: el Cuzco. El croquis añade un grupo de predios alineados hacia el este de la plaza Mayor con una leyenda «casas partidas». Las plazas identificadas en el plano forman un triángulo.

Al poner en diálogo la Relación Anónima con el análisis de Jaime Salcedo sobre las trazas urbanas de América colonial, en particular con la «traza quiteña» Salcedo argumenta que esta fue un modelo aplicado en Cali, Buga, Pasto, Popayán. Algunas de estas ciudades tienen en común a su fundador, Sebastián de Benalcázar quien, a más de Cali y Popayán en Colombia, fundó Quito y Portoviejo en el actual Ecuador.<sup>122</sup> Salcedo resalta en Quito la relación del número doce y la memoria de un ordenamiento cósmico presente en la iconografía de la iglesia de la Compañía de Jesús de Quito; en la fundación de Santa Fe con doce solares alrededor de la plaza Mayor, y de Popayán en el reparto de doce solares de la plaza; el número doce lo relaciona con el simbolismo de la ciudad de Jerusalén y las visiones de una tierra nueva:<sup>123</sup>

Esta puede ser la clave de la persistencia del trazado en damero y de la regularidad creciente de la manzana cuadrada en las ciudades americanas [...] la manzana cuadrada tiene un sentido religioso idéntico, en su fuente, al de la imagen de Nuestra Señora de la Victoria, transformada luego en la Inmaculada de Quito que no es sino la mujer apocalíptica vestida de sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de 12 estrellas, a la que le fueron dadas dos alas para escapar del dragón; la mujer de la que el ángel dice que «es la grande ciudad que tiene reino sobre los reyes de la tierra» (Ap.17,18). La ciudad indiana sería una ciudad ideal cristiana, la Nueva Jerusalén de la visión de San Juan, que ciertamente nada tenía que ver con la ciudad renacentista.<sup>124</sup>

De este modo, este universo que constituye la nueva ciudad se convierte en un cosmos cristiano ordenado a partir de la plaza, un *axis mundi*. El establecimiento del orden urbano colonial propone la pregunta ¿en qué medida las evidencias de

<sup>122</sup> Sebastián de Benalcázar fue gobernador de la Provincia de Popayán con el grado de mariscal, entre 1540 y 1551.

<sup>123</sup> Salcedo Salcedo, *Urbanismo Hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*, 59.

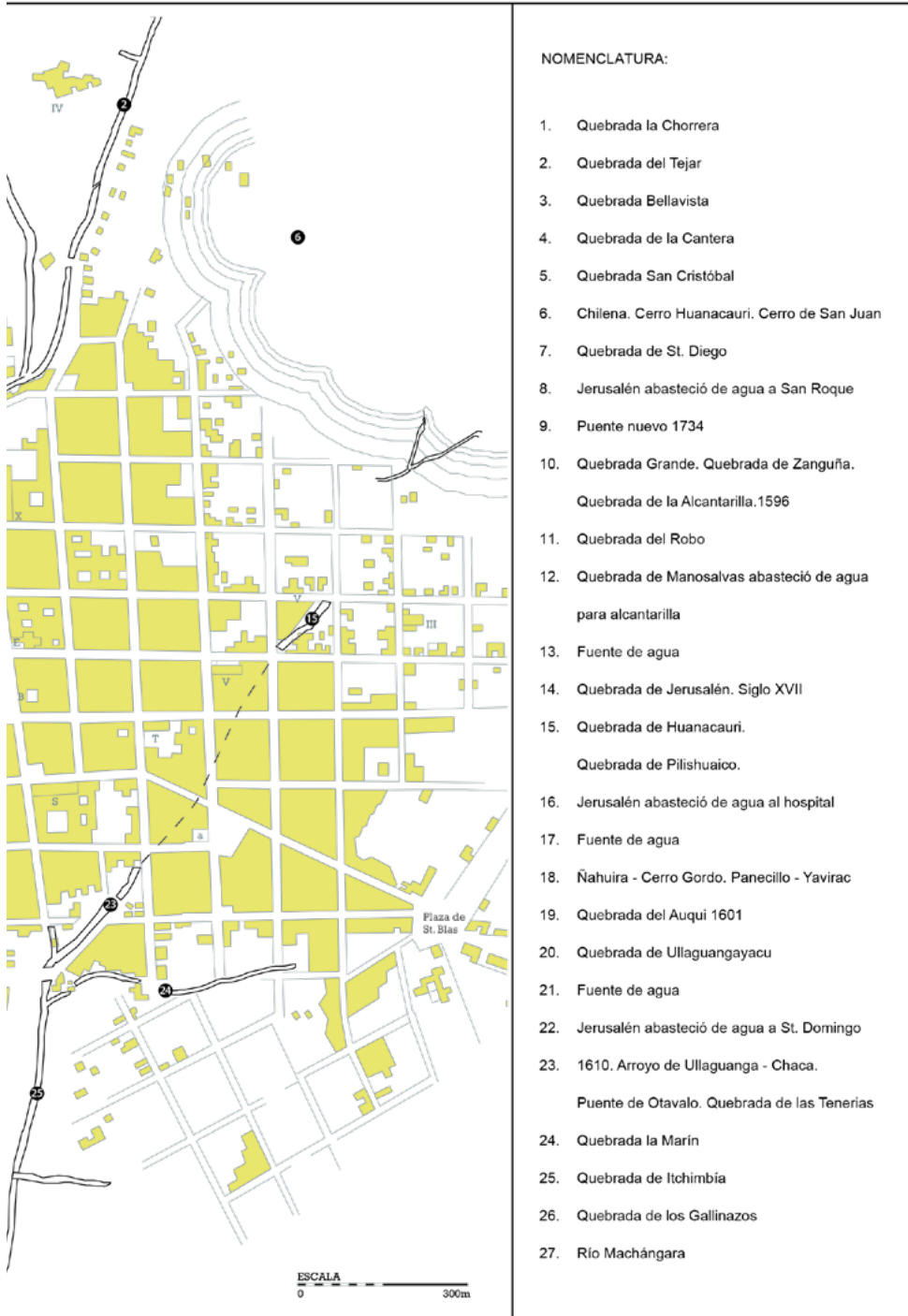
<sup>124</sup> Salcedo Salcedo, *Urbanismo Hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*, 60.

huellas ancestrales podrían apoyar la idea de un espacio negociado para la fundación de Quito en este lugar? Al respecto, Minchom señala que el espacio fundacional está sobre la división ancestral de Hanan y Urin, los asentamientos preexistentes fueron convertidos en las primeras parroquias eclesiásticas manteniendo la bipartición territorial prehispánica; finalmente la Relación Anónima de 1573 menciona en Quito la tradición indígena de delimitar el territorio por cerros, ríos o quebradas, como señales claras entre los aborígenes, es decir, se trata de una superposición de dos espacios de alto valor simbólico que perviven en el tiempo.

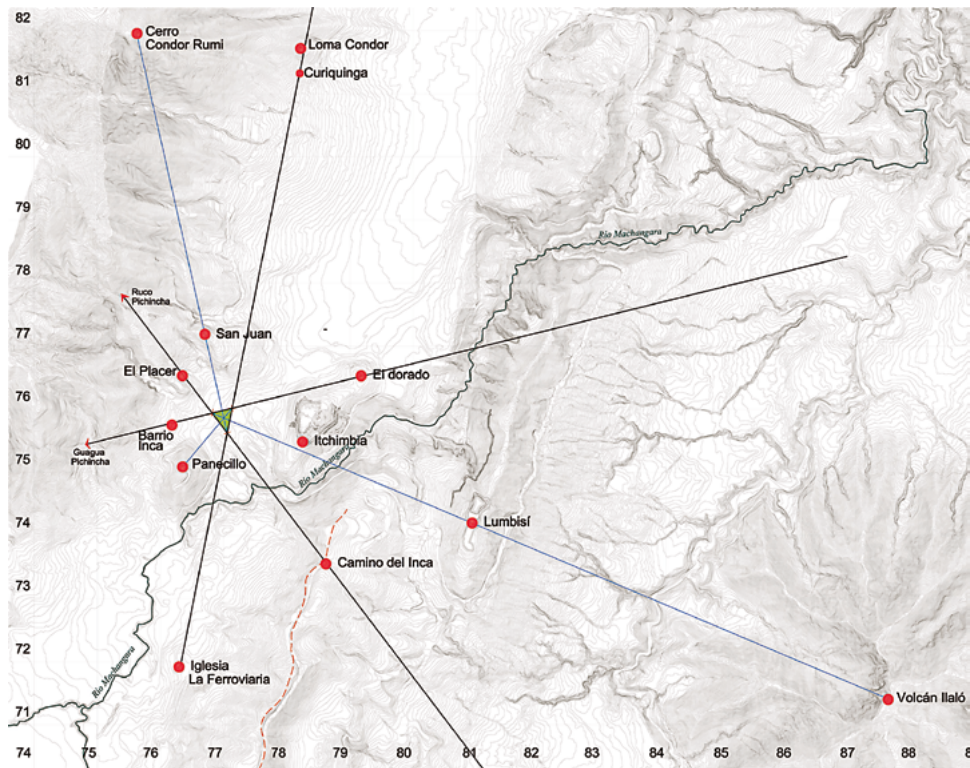


**Figura 17** (17a y 17b). Quebradas del núcleo fundacional de Quito. Topónimos tomados de varias fuentes.

**Fuente:** base cartográfica: plano de Quito, 1858. Publicado en *Geografía de la República del Ecuador*, Manuel Villavicencio. Dibujo: Gabriel Aguirre.



Entonces, si la plaza Mayor fue el *axis mundi* de la fundación española, y las quebradas que atraviesan el núcleo fundacional conformaron un eje simbólico de organización del territorio prehispánico conectado con hitos naturales presentes en su cosmovisión, y en particular a la línea equinoccial, parece pertinente considerar a las plazas también como un sistema simbólico ya que al unir sus centros se forma un triángulo equilátero.<sup>125</sup> Cada vértice es un punto del que parten líneas que llegan a una constelación de lugares cercanos, y a un conjunto de lugares lejanos, hitos naturales. Los lejanos corresponden al volcán Pichincha y el cráter del Guagua Pichincha, la planicie de Turubamba y la loma de Puengasí, la quebrada de Rumipamba y la planicie de Añaquito, todos de significación cultural y natural. Las medianas en cambio se alinean con hitos naturales cercanos como el cerro Panecillo al sur, La loma de San Juan o Huanacauri hacia el norte y la loma Itchimbía hacia el este. La prolongación de los lados lleva hasta lomas con significación relevante en su toponimia.



<sup>125</sup> El triángulo se estableció a partir del punto que resulta del cruce de las diagonales de cada plaza. Este punto es aproximado, pues el perímetro de cada plaza ha cambiado en el tiempo; sin embargo, está en un margen de error aceptable del 5%.



**Figura 18** (18a y 18b). Sistema de plazas y relación con el territorio de Quito. Constelación de lugares cercanos y lejanos a partir de la prolongación de los lados y las medianas del triángulo conformado por las tres plazas del siglo XVI de Quito. Conformación de un triángulo equilátero a partir de las plazas del núcleo fundacional.

**Fuente:** base cartográfica del plano de Quito, IGM, 1989. Dibujo: César Páliz.

Las tres plazas: plaza Mayor, San Francisco y Santo Domingo forman un triángulo equilátero cuyos ángulos tienen variaciones menores al 5% entre ángulos y dimensiones de sus lados.<sup>126</sup> Las alineaciones en el territorio es posible mirarlas desde el Panecillo, lo que ratifica su carácter de «chacana» en el sentido de una escalera en cuya cima se tiene una vista que domina el territorio, un hito ordenador del territorio.

Quito no cumple con el modelo de la ciudad ideal cristiana mencionada por Jaime Salcedo para Santa Fe y Popayán: la repartición de los solares alrededor de la plaza Mayor entre 1534 y 1536 llegó a 10 y no a los 12 solares de significación cristiana. Luego se incrementa a 11 entre 1539 y 1543 por subdivisión de solares.<sup>127</sup>

En esta constelación geométrica se observa un equilibrio de fuerzas, el territorio prehispánico mantiene su condición de paisaje cultural en escala de la meseta de Quito al que se suma la trilogía de plazas coloniales y los hitos de significación cultural compartida, pero con otra denominación: la quebrada de Ullaguanguayacu tomó el nombre de «Nueva Jerusalén» en el siglo XVII, a raíz del hallazgo en su interior de unos objetos sagrados robados de la iglesia de Santa Clara. No está claro si el cambio del nombre aborígen por el de la ciudad ideal cristiana estuvieron relacionados en ese momento, lo que sí está documentado es la ofensa que significó para la Iglesia este hecho y el castigo para los indígenas que lo cometieron. El monte Ñahuirá o Yavirac cambió su denominación por Panecillo, el monte Huanacauri por San Juan, el nombre de Quito por San Francisco de Quito, es decir, cambiaron los topónimos de mayor significación en el entorno inmediato de la ciudad, manteniendo el de las montañas mayores y el volcán. Un monte que no cambió de nombre y que corresponde al entorno inmediato fue el de la loma de Itchimbía cuyo topónimo se conserva.

En este punto se podría deducir que el «espacio del nosotros» adquiere una significación dual e intercultural ya que forma parte del valor simbólico del espacio de la ciudad colonial, manteniendo las huellas esenciales aborígenes.

En el orden urbano colonial la calle hace posible que la ciudad funcione como una red, es un espacio que tiene como prioridad la circulación, pero allí también se producen eventos de tipo colectivo como el encuentro, el comercio callejero, la fiesta y la protesta ciudadana en contra del orden establecido. Este es un espacio abierto colectivo, con jerarquía e historia acumulada.

---

<sup>126</sup> Cabe aclarar que las alineaciones de ese entonces fueron visuales y que los instrumentos de medida, precisos para la época, han sido superados, por lo que las variaciones encontradas con las herramientas geográficas de hoy son mínimas y permiten establecer relaciones espaciales en el territorio con un margen de error menor al 5%.

<sup>127</sup> El gráfico concuerda con el del genealogista Fernando Noboa Jurado para los primeros años de fundada la ciudad.

Se carece de planos coloniales pero el croquis de 1573 anexo a la Relación Anónima da algunas pistas sobre el orden urbano de ese entonces. Entre los pocos indicios se puede entender que la calle y la plaza son espacios colectivos; las calles tienen jerarquía, la principal fue la «calle de Machángara» (hoy calle Venezuela) que atraviesa la ciudad en sentido sur-norte; hacia el norte continúa hacia Guayllabamba y Pasto, y por donde pasa «la línea» refiriéndose a la línea equinoccial; de este modo, la calle principal no pasa por la plaza Mayor sino por la plaza de Santo Domingo, siguiendo una ruta que parecería ser prehispánica, por lo tanto esta ruta pasa a ser una preexistencia, un hito construido que se acomoda al nuevo orden y que acumula historia, es la presencia de una colectividad al territorio.

El paso del periodo colonial a la República fue paulatino, la ciudad ocupaba el núcleo fundacional y se había extendido ligeramente hacia las colinas. Los eventos tectónicos tuvieron una repercusión notoria en el siglo XIX. En el segundo corte temporal, primera orilla, cuando la crisis era evidente, parecía que la naturaleza también tomó partido en el cambio mediante varios eventos: lluvia de ceniza en Quito en 1843, proceso eruptivo del volcán Cotopaxi entre 1803 y 1906, el terremoto de 1859 cuyos efectos se sintieron entre las provincias de Cotopaxi e Imbabura, el terremoto de Ibarra de 1868 que afectó también a Quito, la erupción del Guagua Pichincha y actividad sísmica sentida en Quito entre 1868 y 1881.<sup>128</sup>

A estos fenómenos naturales se sumaron las guerras internas del país, y las consecuencias en la salud de la población. La imagen de la ciudad era de destrucción como lo señala el diplomático español Joaquín de Avendaño hacia 1857 quien residió en Quito por dos años y realizaba paseos diarios por la ciudad y sus alrededores, comenta: «Quito es pobre, muy pobre [...] de una suciedad nauseabunda», mientras cruzaba la plaza Mayor observó «indios de diversas procedencias, casi todos sucios y singularmente ataviados, y muchos cholos y zambos, con sus ponchos de colorines y sombreros de todas formas y tamaños».<sup>129</sup> Esta imagen se percibe hasta la segunda mitad del siglo XX en versiones similares de visitantes hasta la década de 1970.<sup>130</sup>

Por los mismos años Friedrich Hassaurek, diplomático norteamericano comentó: «desde 1863 la municipalidad emprendió un sistema completo de repavimentación y hoy en día las calles principales están construidas al estilo moderno», coincide con Avendaño en cuanto a la presencia de indios en las calles: «la mayoría son indios y cholos, y solo después de haber visto veinte personas con poncho,

<sup>128</sup> Observatorio Astronómico de Quito, *Breve historia de los principales terremotos en la República del Ecuador* (Quito: Talleres gráficos «Fray Jodoco Ricke», 1959).

<sup>129</sup> José de Avendaño, *Imagen del Ecuador* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1985), 125-133.

<sup>130</sup> Comunicación verbal de Jaime Salcedo de su experiencia en Quito en la década de 1970 en la Plaza de San Francisco. Bogotá, 2013.

descalzas y con alpargatas, uno se encuentra al fin con una persona vestida respetablemente». La ciudad carecía de hoteles: «No hay ni una taberna o posada en Quito en la que una persona respetable pueda alojarse. La única posada que existía cuando llegué no era digna de ser habitada».<sup>131</sup> Avendaño reclama que no hay en esta ciudad: «una sola posada, una sola fonda, un solo café. Tampoco posee teatro, círculo, casino o club, ni paraje alguno de pública reunión e inocente solaz».<sup>132</sup> En este sentido queda claro que la plaza era el espacio popular, de los indios de poncho de colorines por donde en algún momento podía pasar una dama elegante o un caballero respetable, las reuniones sociales se llevaban a cabo en las casas bajo estrictas normas de comportamiento para hombres y mujeres, otro comentario compartido por ambos diplomáticos es la presencia frecuente de pulgas en las casas y posadas.

Otro problema que observó Hassaurek fue la falta de baños y letrinas en las viviendas, y señala que este inconveniente ha hecho de Quito: «una de las capitales más sucias de la cristiandad», por esta razón las calles pequeñas son sucias e intransitables; sin embargo, nunca oyó hablar de enfermedades pulmonares, tisis o disenterías, lo que le permitió afirmar que es «uno de los lugares más sanos del mundo».<sup>133</sup>

En correlación con el relato, los planos del siglo XIX, entre 1810 y 1866 copian la base topográfica del plano de Jorge Juan y Antonio de Ulloa de 1748 con la nomenclatura de los edificios coloniales y añaden los nombres de las calles o lugares reconocidos por los quiteños, estos son: el Plano de Quito, anónimo, de 1810<sup>134</sup> cuyo original se encuentra en el Museo Municipal de Quito; plano de 1840, también, anónimo<sup>135</sup> plano de Quito de Manuel Villavicencio de 1858,<sup>136</sup> editado en Nueva York,<sup>137</sup> y el de Miguel María Lisboa de 1866, editado en Bruselas.<sup>138</sup> Todos tienen como unidad de medida la toesa, que equivale a 1,946 metros.

<sup>131</sup> Friedrich Hassaurek, *Cuatro años entre los ecuatorianos* (Quito: Abya-Yala, 1993), 137.

<sup>132</sup> De Avendaño, 225.

<sup>133</sup> Hassaurek, 139.

<sup>134</sup> El plano está atribuido a Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, quien participó activamente en el proceso de independencia de España.

<sup>135</sup> Alfonso Ortiz Crespo, Mathias Abram y José Segovia Nájera, *Damero* (Quito: FONSA, 2007).

<sup>136</sup> Litografía impresa en Nueva York, Estados Unidos, por Ferd, Mayer & Co. Lithographer. Lithographers, 96 Fulton St. NY.

<sup>137</sup> Manuel Villavicencio, *Geografía de la República del Ecuador* (Quito: Corporación Editora Nacional, 1984).

<sup>138</sup> Alfonso Ortiz Crespo, Mathias Abram y José Segovia Nájera.

En los planos citados se observa que las calles no mantienen el mismo nombre a lo largo de su recorrido, sino que puede cambiar en una misma cuadra, se observa que la calle toma el nombre de la iglesia en el tramo de su fachada o en la cuadra anterior, y luego toma otra denominación. Una calle puede tener entre cuatro y ocho nombres en su recorrido. Analizando la calle García Moreno que pasa por la plaza Mayor, de sur a norte: calle de la Cruz de Piedra entre el Panecillo y la quebrada de Jerusalén. Calle del Camposanto en la cuadra que pasa por el Hospital San Juan de Dios, hoy Museo de la Ciudad. Calle del Carmen Alto en la cuadra que corresponde al convento e iglesia de este monasterio.

La siguiente cuadra corresponde a la «calle de la Compañía» y la siguiente a la «calle de la universidad». Cuando llega a la plaza Mayor no tiene nombre. Continúa en la siguiente cuadra para tomar el nombre de «calle de la Concepción». La siguiente cuadra denominada «calle de Santa Bárbara» corresponde al tramo que termina en la iglesia. Toma el nombre de calle de San Juan desde la intersección actual con la calle Manabí, hacia la loma de San Juan en donde termina la ciudad. El tipo de edificios nombrados en el tramo de la calle da cuenta de la actividad o funciones que aparecen en ella. La calle principal de Quito tuvo en su recorrido cuatro edificios públicos relevantes para la ciudad, cuatro iglesias y la plaza Mayor.

Otros tramos de calles hacen alusión a las actividades cotidianas son: la calle del mesón tiene relación con los sitios de comida y alojamiento de la entrada sur de Quito, hoy calle Maldonado. Calle de la Sábana Santa al tramo de la calle Guayaquil, entre Olmedo y Manabí, tramo por el que pasaban las procesiones de la Virgen de Guápulo y por la que probablemente circulaba la procesión de Viernes Santo. Esto permitiría asegurar que la nomenclatura urbana que aparece en los planos del siglo XIX estuvo vigente al menos un siglo antes.

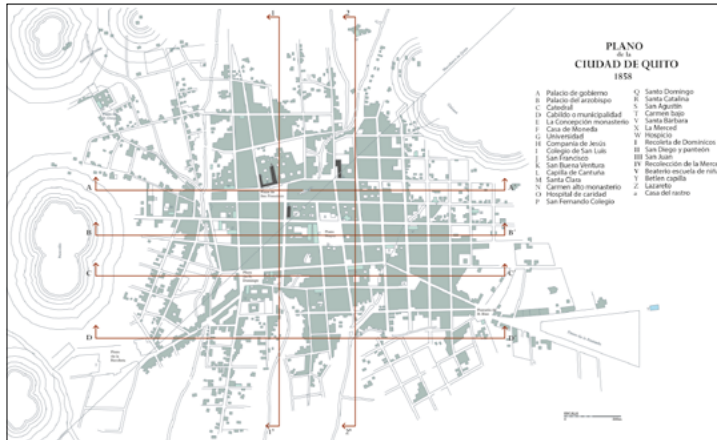


Figura 19 (19a, 19b y 19c). Nomenclatura urbana entre 1810-1858.

Fuente: elaboración propia sobre plano de Quito, 1858. Dibujo: Gabriel Aguirre.

La descripción de Friedrich Hassaurek en 1866 pone vida al plano de 1858 cuya representación técnica excluye a la sociedad en ese momento:

[...] las damas salen descubiertas la cabeza si están peinadas; pero generalmente llevan un pañolón que les cubre la cabeza y parte del rostro y de los hombros [...] ocultan sus rostros, dejando solo al descubierto un ojo [...] son amigas de los colores chillones y de un atuendo ostentoso y elegante [...] Las que pintan sus rostros tienen la desafortunada costumbre de exagerar [...] sin embargo, no podemos poner en tela de duda su calidad moral [...] sus corazones son como el clima de donde viven, ni muy frío ni muy caliente —y añade— la iglesia es su diversión.<sup>139</sup>

Por los mismos años, De Avendaño comenta:

Como en todo pueblo católico, caballeros y señoras frecuentan desde el amanecer las iglesias [...] Tras cada señora va una cholita para llevar la alfombra. Son algunas de riquísima tapicería y les sirve para arrodillarse y sentarse en la iglesia.<sup>140</sup>

Ambos extranjeros notan la poca vida social en esos años en el espacio público debido a las guerras y el terremoto. Hassaurek señala:

[...] uno de los principales rasgos de la vida social de Quito son las poco placenteras y continuas invitaciones a honras fúnebres [...] Las fiestas públicas casi no existen, excepto en ciertas fechas del año. No hay teatros, conciertos, conferencias ni reuniones sociales, otras diversiones que son propias de este país y que son desconocidas entre nosotros.<sup>141</sup>

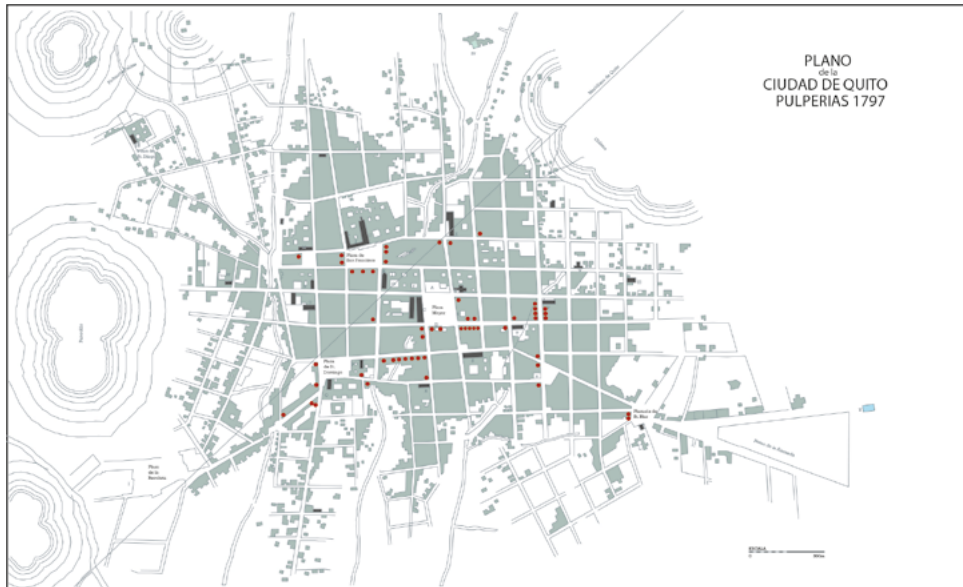
Las fiestas desconocidas para Hassaurek fueron las corridas de toros y las peleas de gallos, consideradas por el autor como «bárbaras»; las exposiciones nacionales: 1809 y 1822, fiestas del carnaval que convocaron a la población en las plazas; la Navidad y Año Nuevo, el periodo denominado «de los inocentes» y el carnaval que ocuparon las calles; las procesiones en honor a la Virgen denominada «Rosario de la Aurora» que recorrió el centro en la madrugada entre el 12 y el 20 de abril de cada año, tradición que se mantiene hasta el siglo XXI.

<sup>139</sup> Hassaurek, 194.

<sup>140</sup> De Avendaño, 143.

<sup>141</sup> Hassaurek, 201.

En cuanto al comercio, los pulperos formaron parte de la ciudad desde el siglo XVII, estaban en la última categoría,<sup>142</sup> algunos eran también tratantes, su radio de acción era el Quito de las cinco leguas para vender «bienes de mantenimiento», es decir, de uso frecuente y al por menor.<sup>143</sup>



**Figura 20.** Plano de las pulperías en Quito 1797.

**Fuente:** elaboración propia basada en la interpretación del texto de las «Actas del Cabildo de Quito 1797». Dibujo: Gabriel Aguirre.

Guadalupe Soasti realizó un levantamiento de las pulperías de Quito durante el siglo XVII para concluir que en 1639 hubo 44, en 1644 funcionaron 43, en este periodo las pulperías fueron por lo regular administradas por tratantes, en 1694

<sup>142</sup> En la jerarquía del comercio colonial la pulpería ocupa el cuarto lugar después de los «comerciantes» que se encargaban del comercio entre Europa y América, los «mercaderes», que distribuían mercancías importadas al por mayor procedentes de las ferias de Cartagena, Portovelo o Lima, eran por lo general criollos o españoles. La tercera categoría fue de los «tratantes», conformados por españoles y criollos, que vendían productos importados y productos agrícolas al por menor en ciudades bajo el sistema de crédito tanto para la compra como para la venta en circuitos dentro de la Audiencia de Quito. En Quito la plaza de Santo Domingo se denominó durante el siglo XVII la «plaza de los tratantes» por la concentración de negocios de esta categoría. Ver Guadalupe Soasti, «Mercaderes y tratantes durante el siglo XVII en Quito» en *Enfoques y estudios. Quito a través de la historia* (Quito: Editorial Fraga, 1992), 87-106.

<sup>143</sup> Soasti, 101.

subió a 68 en Quito, su distribución espacial abarcó toda la ciudad, y formó parte de la heterogeneidad de las funciones urbanas del Quito colonial.<sup>144</sup>

Los planos de Quito y las actas del Cabildo permitieron localizar los predios de algunas pulperías rentadas en 1797, estas se encuentran en las esquinas, y en otros casos funcionaban en una parte de casas con puerta a la calle, esto añade una lectura doble sobre el sentido de vecindad, lo público y lo privado, y la escala de una ciudad en la que todos se conocían. El local comercial formaba parte de un edificio urbano con puerta hacia la calle, «fueron tiendas destinadas a vender géneros de abasto como vinos, aguardientes y otros licores; también géneros pertenecientes a droguerías, buhonería [vendedor ambulante de baratijas u objetos de poco valor], mercería»,<sup>145</sup> excepto telas o tejidos como lienzos y paños.

En 1797 se observa un cambio registrado en las actas del Cabildo de Quito, la repartición de pulperías mantiene el número de 68 y están administradas por pocas manos, fueron repartidas en dos grupos, el primero corresponde a funcionarios: presidente, alguacil mayor, oidores, un regidor y un alférez real, y el segundo grupo a personas naturales sin cargos públicos. La localización en el plano es aproximada; sin embargo, se puede inferir que el comercio se encuentra en tres calles y alrededor de la plaza de San Francisco: la primera calle fue la del Comercio que ocupa dos cuadras (actual calle Guayaquil, entre Sucre y Bolívar), la segunda calle importante fue la de las Platerías (hoy Venezuela, entre Chile y Mejía), la tercera calle fue la «Bajada de Santa Bárbara» (calle Manabí). Las pulperías más alejadas del centro estuvieron en San Blas en el norte y las inmediaciones del puente de los Gallinazos en el sur, un primer indicio de crecimiento fuera del centro y al mismo tiempo de expansión urbana que no se verá sino al finalizar el siglo XIX en el plano de Gualberto Pérez de 1888.

Otra forma de comercio fue la venta en los portales de las plazas de Santo Domingo y la plaza Mayor. El ambiente que experimentó Joaquín de Avendaño en uno de sus recorridos por Quito hacia 1860 expresa:

Casi toda esta gente (cholos y zambos) compraba varias chucherías en las tiendas ambulantes<sup>146</sup> que ocupan todo el espacio de los soportales de la plaza. Cholas y zambas son también por lo común, las dueñas de estas tiendas. Solo dos o tres eran

<sup>144</sup> Soasti, 105.

<sup>145</sup> Soasti, 101.

<sup>146</sup> Las tiendas ambulantes de los portales son muebles que se despliegan para exhibir los productos en venta y se convierten en baúles o grandes cajas al cerrarse. Son transportables pues tienen ruedas que permiten ser movidas hasta el zaguán de casas vecinas al portal en la noche. Las dueñas son por lo general mujeres y son llamadas «cajoneras». La última cajonera fue vista al final del siglo XX en la plaza de Santo Domingo.

blancas ocupadas en hacer encajes. En una de las calles que desembocaba en la plaza había una frutera de raza india y en la calle opuesta otra india que hilaba algodón. Estas dos gastaban camisas muy bordadas y no tenían el aspecto tan sucio y repugnante como las otras de su raza [...] La misma guardia, que en el palacio presidencial había, era de zambos: lucía entre ellos charreteras de capitán negro Goyo.<sup>147</sup>

Las condiciones de higiene fueron observadas por los viajeros en estos espacios de comercio y la ciudad en general. Para Hassaurek, Quito es «una de las capitales más sucias de toda la cristiandad»;<sup>148</sup> para De Avendaño, «Quito es de una suciedad nauseabunda»;<sup>149</sup> para Caldas, «Las calles medianamente empedradas, son algo estrechas y eminentemente desaseadas».<sup>150</sup> Como se observa, la coincidencia es común en los testimonios, pero ¿cuál fue la noción de desaseo? Probablemente el olor que los zanjones abiertos emanaban en la mitad de las calles que van de oeste a este, la carencia de baños públicos obligaba a transeúntes urbanos y gente del campo a hacer sus necesidades corporales en la calle, el zaguán o rincones que quedaban entre los edificios. Esta situación no fue tratada sino a partir de 1909 con la canalización de las calles. Para 1920 la higiene urbana fue motivo de política pública, visible en el ordenamiento de las actividades de relleno de quebradas, potabilización del agua y edificios destinados a lavanderías y baños públicos. Estas actividades son recurrentes en la segunda orilla del segundo corte temporal que dio lugar a transformaciones urbanas.

Volviendo a la cartografía y al espacio público que revela los cambios en el espacio urbano cabe señalar un nuevo levantamiento cartográfico a cargo de Juan Bautista Menten (1838 Alemania - 1900 Popayán) y editado en 1875. El plano se levantó luego del terremoto de 1868 que destruyó a Quito, con el epicentro a 70 kilómetros hacia el norte. El plano no dibuja espacios destruidos o vacíos como producto del derrumbe de estructuras; sin embargo, hay dos transformaciones que se opera en el espacio público: el primero, el cambio en la nomenclatura urbana en relación con los planos publicados entre 1840 y 1866, el segundo la presencia de quebradas y puentes para acceder a sitios alejados como el panóptico, la recoleta del Tejar y el Panecillo, lo que da cuenta de una pequeña expansión del área urbana.

En cuanto a la imagen urbana de Quito el plano muestra edificios públicos de gran envergadura y plantas radiales en el Panóptico y el observatorio astronómico.

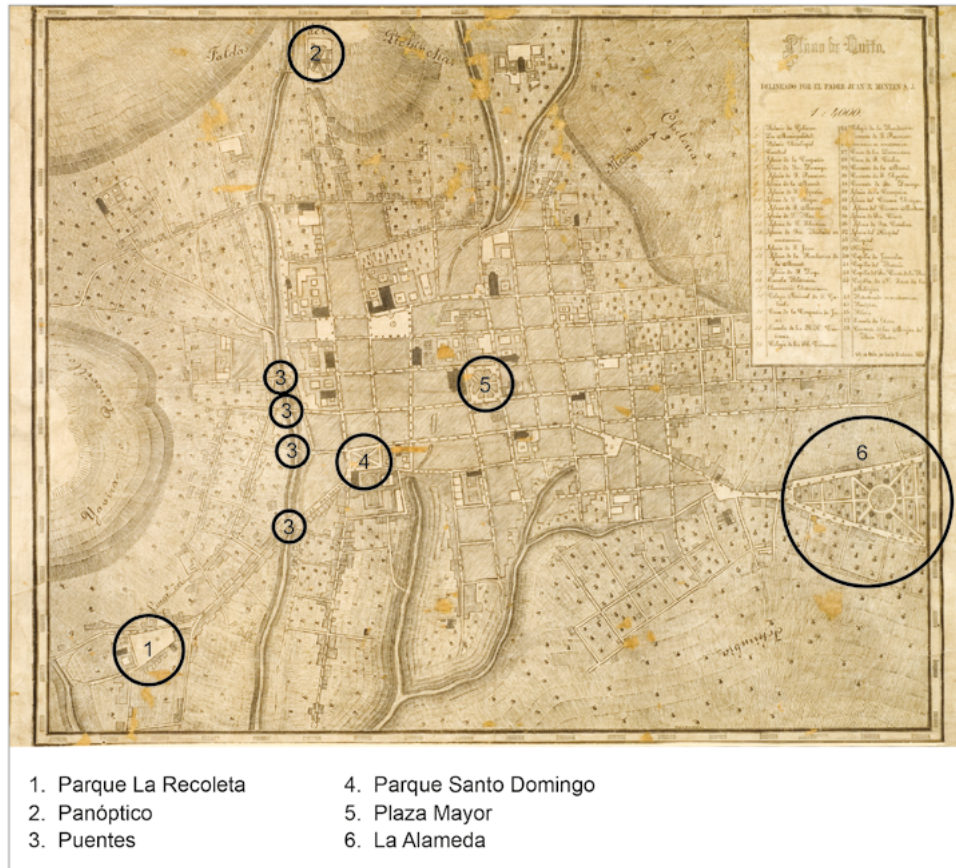
<sup>147</sup> De Avendaño, 133.

<sup>148</sup> Hassaurek, 140.

<sup>149</sup> De Avendaño, 125.

<sup>150</sup> Biblioteca de Historia Nacional, *Obras de Caldas* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1912), 231.

La Alameda, las plazas Mayor y de Santo Domingo aparecen como parques. La Alameda se diseña como un espacio que no sigue el modelo de la plaza cuadrangular, sino que permanece con la forma que le otorga la topografía. No se observa el ensanche de las calles en el centro, pero los caminos que salen hacia el norte tienen otra proporción.



**Figura 21.** Obras públicas realizadas durante la presidencia de Gabriel García Moreno.  
**Fuente:** elaboración propia sobre plano de Quito, 1875. Juan Bautista Menten.

Los argumentos para la transformación de las plazas en parques tienen razones de orden moral, higiene y cambio de las costumbres coloniales. La higiene y el ornato fueron ideas de la Ilustración que dejaron su huella en Quito. Uno de los primeros políticos que se empeñaron en este cambio fue el barón de Carondelet, quien en 1802 dictó el reglamento para las fiestas de carnaval y disfraces señalando las normas que debían observarse en todas las diversiones y espectáculos

públicos: «como no lograra conseguir todo lo que se había propuesto en esta materia, el 10 de febrero de 1804 dictó por bando la prohibición de jugar carnaval en la forma acostumbrada».<sup>151</sup>

En ese entonces estuvieron prohibidos los disfraces eclesiásticos y máscaras usadas en carnaval, con la aplicación de multas severas. También se prohibieron los juegos de azar, se crearon medidas para reprimir el alcoholismo, en particular de los artesanos, quienes abandonaban sus trabajos. Hubo una disposición en 1803 para mantener la plaza Mayor desocupada, para lo cual se instaló un grupo de la guardia de artillería con la orden de disparar en contra de quien intentara entrar en ella.<sup>152</sup>

Por su parte, Gabriel García Moreno, ya en la República, también impuso normas de uso del espacio público, la mayor decepción de la población fue ver que en la plaza Mayor se colocaba césped y árboles para poner fin a las corridas de toros, razón por la que la fiesta fue trasladada a la plaza de San Francisco. Según Hassaurek, la fiesta de los toros cerraba las calles vecinas durante tres días que duraba el evento; la gente se ubicaba en el pretil de la Catedral, en las ventanas y balcones de los edificios públicos y privados que rodeaban a la plaza.<sup>153</sup>

Como contribución a la experiencia de Hassaurek se podría decir que la plaza Mayor fue un escenario en el que desde los balcones, pretil y terrazas se observaron también otros eventos como la procesión de Semana Santa que comenzaba en lunes con un programa que se extendió hasta el viernes con la participación de todos los grupos sociales. La pintura: «Plaza Mayor de Quito en lunes santo» muestra la presencia de personas en lo alto de la arquitectura que rodea la plaza: el atrio y balcón de la Catedral, los balcones de las casas y la plaza misma dan cuenta del mirar este acto religioso urbano que convoca a gente de diferentes estratos sociales unidos por la fe; los vestidos de la moda europea alternan con los trajes locales coloridos de las cholitas, militares, religiosos, indios; vendedoras de fruta, comerciantes de las covachas del palacio de la Audiencia, dos hombres a caballo blanco que hacen su ingreso en la plaza exponen una cotidianidad con la que el artista recrea el ambiente de Quito y del comercio en esta ciudad. Los personajes de la procesión llevan los pasos de la virgen y el de cristo acompañados por un grupo de personas; a este se une el paso sencillo de un santo llevado por cuatro indios con poca gente; la plaza exhibe los trajes característicos para la procesión de

<sup>151</sup> Carlos Manuel Larrea, «El Barón de Carondelet. XXIX presidente de la Real Audiencia de Quito» en *Carondelet. Una autoridad colonial al servicio de Quito*, coord. Carlos Manuel Larrea, José Gabriel Navarro, Jorge Núñez Sánchez, et al. (Quito: Imprenta Mariscal, 2007), 64.

<sup>152</sup> Larrea, 150-151.

<sup>153</sup> Hassaurek, 203.

Semana Santa: almas santas, cucuruchos, sahumeriantes que desfilan en parejas, niños cantores y músicos de violín.

La arquitectura que rodea la plaza es homogénea, sencilla, de dos plantas; destacan las torres de las iglesias, el Panecillo y las laderas del cerro Üngui en el fondo que caracterizan a la ciudad y permite decir «es Quito y no otra ciudad».



**Figura 22.** Plaza Principal de Quito en Lunes Santo, siglo XIX.

**Fuente:** Anónimo, Museo de la Moneda, Bogotá.

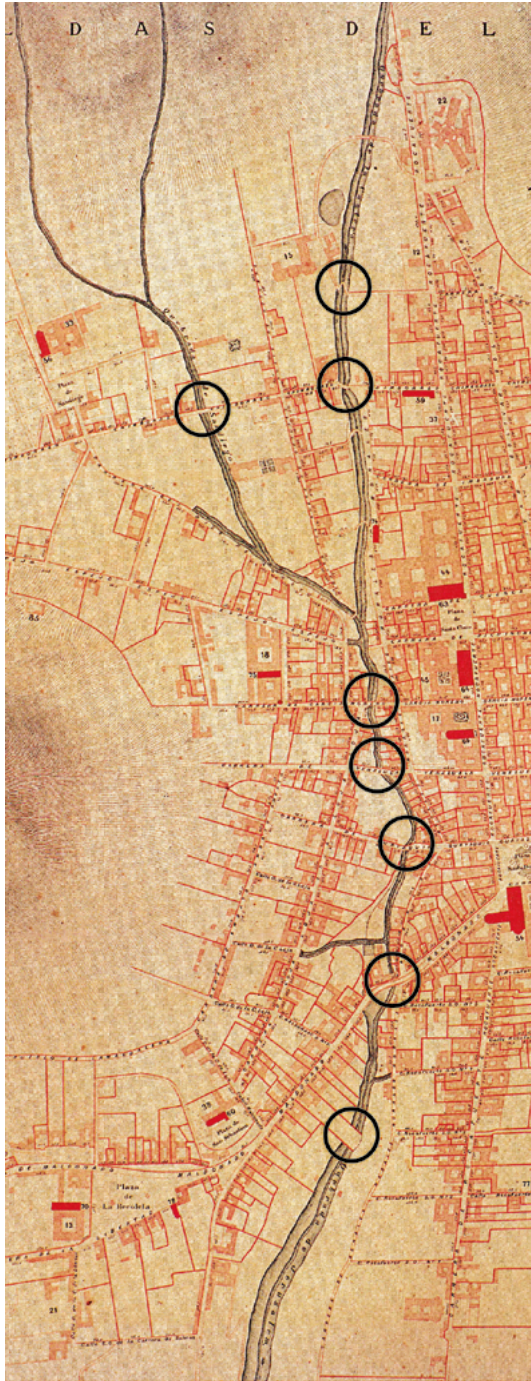
En cuanto a los detalles de las fachadas urbanas se tienen pocos datos, el plano Anónimo de 1810 no representa en el centro de la ciudad detalles como balcones o portadas en las fachadas de las viviendas; mientras que los edificios que se encuentran junto a La Alameda tienen dos pisos, vestíbulos o galerías semicubiertas en el piso alto y conexión visual con la calle. Para conocer los detalles de la arquitectura de la plaza Mayor hace falta acercarse a cuatro pinturas del siglo XIX que permiten imaginar la configuración de las fachadas de la plaza Mayor.



**Figura 23.** Fachadas de la plaza Mayor. 1. Fachada oeste, palacio de la Audiencia. 2. Fachada este, edificio del Cabildo. 3. Fachada sur, la Catedral. 4. Fachada norte, palacio Arzobispal y casas.

**Fuente:** Anónimo. Ministerio de Cultura, fecha aproximada 1840.

El plano de 1875 y luego el de 1888 dan cuenta de un cambio físico en la ciudad por las obras públicas, el estado de las quebradas y el crecimiento urbano, acorde con la comprensión del segundo corte temporal, en su segunda orilla. El siglo XIX es un tiempo de transición entre la Colonia y la República, una temporalidad de cambio político en que permanecen hábitos de comportamiento colonial: reconocimiento al rey como la representación de Dios, la Iglesia como institución de control social. Entre 1717 y 1722 la Real Audiencia de Quito pasó a depender del Virreinato de Santa Fe, para luego reingresar al Virreinato del Perú.



**Figura 24.** Quebrada de Jerusalén y sus puentes en 1888.

**Fuente:** elaboración propia sobre recorte del plano de Quito, 1888. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

En lo espacial urbano, al igual que los grandes edificios religiosos coloniales impusieron la presencia de la Iglesia como poder político dominante, en la República el plano de 1875, realizado durante la presidencia de Gabriel García Moreno por el científico Juan Bautista Menten, destaca edificios públicos que imponen la presencia del Estado como señal de un nuevo orden. No obstante, la ciudad y el campo están presentes en el espacio urbano, los indios, el mercado, la venta callejera, un extendido grupo popular y campesino en la ciudad animan el espacio público, mientras que la gente rica vivía entre sus haciendas y quintas y acudían a sus casas en la ciudad por temporadas. El mejoramiento de la higiene de la ciudad fue un indicador de cambio logrado mediante la aplicación de una política pública en el siglo XX. La remodelación de la plaza Mayor y las calles que la rodean fue un reconocimiento de la jerarquía de este espacio y del nuevo significado en el cambio de siglo en el que hay que mostrar a Quito como capital y los avances técnicos e ideológicos de la independencia.

### **La independencia y la celebración de los centenarios**

El proceso de independencia de España tomó varios años, entre 1809 y 1822 se llevó a cabo con la acción militar regional y apoyo económico de países europeos. En 1830 se estableció la República del Ecuador y se declaró a Quito como su capital,<sup>154</sup> entre las acciones de establecimiento del país se inició el proceso de reestructura institucional y la elaboración de la Constitución del país,<sup>155</sup> disponer de instituciones públicas y edificios como la Casa de la Moneda (1832); reformas legales del Estado y creación de otras; la abolición de la esclavitud (1845) y la reorganización del ejército; la necesidad de levantar una carta geográfica y la división política del país (1845).

Entre las ordenanzas relacionadas con la administración del nuevo orden está la del suelo urbano el 14 de agosto de 1835 se emitió la «Ley de Régimen Político y Administrativo», que en el artículo 1° determina las atribuciones de los Concejos Municipales: «cuidar de la Policía de Seguridad, Salubridad, Comodidad y Ornato».<sup>156</sup> Esta disposición tuvo repercusión sobre el uso de las quebradas y el espacio público de Quito que hasta 1880 tenía una vinculación estrecha con el medio natural, con

---

<sup>154</sup> Ecuador se desvinculó de la Gran Colombia en 1830. En ese mismo año murieron los líderes regionales de la independencia de la Gran Colombia: el 4 de junio de 1830 fue asesinado en Berruecos el mariscal Antonio José de Sucre y el 17 de diciembre del mismo año murió Simón Bolívar en Santa Marta.

<sup>155</sup> Hasta 1851 se discutían los términos de la Constitución. En ese año se expidió la quinta constitución política.

<sup>156</sup> Trabuco, 547.

lo rural, con la biodiversidad y el sonido del agua de las quebradas que se cruzaban mediante puentes: en 1848 continuaba la reconstrucción de ocho puentes y en 1849 cinco más.<sup>157</sup>

La transformación de la ciudad colonial en la cartografía del segundo corte temporal, segunda orilla, se refleja en las obras públicas de modernización de la ciudad: alcantarillado, instalación de alumbrado eléctrico, la estación de ferrocarril, la celebraciones de los centenarios de la independencia: el primero fue el 10 de agosto de 1909 para conmemorar el Primer Grito de Independencia; el segundo, el 24 de mayo de 1922 que conmemora el centenario de la Batalla de Pichincha, y el 13 de mayo de 1930 el centenario del establecimiento de la República del Ecuador.<sup>158</sup> Las dos primeras tuvieron protagonismo en el espacio urbano de Quito.

En 1909 la zona sur de Quito adquirió una función industrial, entre la iglesia de Santo Domingo y Chimbacalle se encontraba la estación terminal del Ferrocarril del Sur, inaugurado en 1908. Esta estación compartía con el tranvía el inicio de los recorridos; esta obra se terminó en 1910 pero los tranvías comenzaron a circular en 1914.

En 1909 tuvo lugar, frente a la plazuela de La Recoleta dominicana, la Exposición Nacional, cuyo referente fueron las exposiciones universales europeas. El término «plazuela» se denominó al ensanche del camino hacia el sur. El edificio principal del Palacio de la Exposición ocupó el lado mayor de la plazuela que fue triangular; en su interior tuvo jardines y varios edificios que funcionaron como pabellones o *stands* de productos tecnológicos, materias primas y novedades para la industria. El *stand* de Ecuador exhibió objetos presentados en las exposiciones de Chicago (1894) y en la de París (1900): pinturas de paisaje, materias primas de exportación, coca y otros productos exóticos de los Andes.<sup>159</sup>

En el plano de 1903 se la denomina «plaza». Luego de terminada la exposición, el edificio y el parque quedaron abandonados hasta 1912, año en que se estableció la Escuela Militar. El espacio habilitado se encontraba en ese entonces en el límite sur de la ciudad. La plaza de la Recoleta tuvo forma triangular por el encuentro de dos calles diagonales que se acomodaban a la topografía, como se observa en el

<sup>157</sup> Rolando escribe «se construyen». En realidad, los puentes urbanos fueron 15 en 1737 como lo describe Dionisio Alcedo y Herrera en el expediente del plano de Quito de ese año, al referirse a su gestión de reparar el puente de La Merced. Los fondos «de propios» como se denominaba al presupuesto del Cabildo era escaso, tanto que este tipo de obras requerían de la participación de los pobladores del sector y pago en moneda por parte de personas pudientes de la ciudad a cambio de privilegios, reconocimientos o favores por parte del Cabildo. Ver: Carlos Rolando, *Obras públicas ecuatorianas* (Guayaquil: Sociedad Filantrópica del Guayas, 1930).

<sup>158</sup> Vale aclarar que cada ciudad celebró su propio centenario porque el proceso de independencia no fue centralizado ni único.

<sup>159</sup> María Antonieta Vásquez Han, *El palacio de la exposición* (Quito: FONSA, 2009).

plano de 1914 existe un jardín con una pila en el centro, que probablemente fue instalada para el evento de la exposición. Para 1908 la modernización de la ciudad estaba en marcha: llegaron los primeros automóviles, por lo que para la exposición fue necesario adecuar la calle para la circulación de autos y el tranvía; modificar las pendientes naturales de la calle Maldonado mediante la construcción de taludes y muros de contención de piedra; ordenar la circulación de peatones, animales de carga y coches que llegaron desde el sur, así como los productos que llegaban a la estación ferroviaria: cargas, correo postal, pasajeros.



**Figura 25.** Detalle del plano de Quito, 1922. 1. Parque de la Recoleta trazada en 1909. 2. Palacio de la Exposición Nacional inaugurado en 1909.

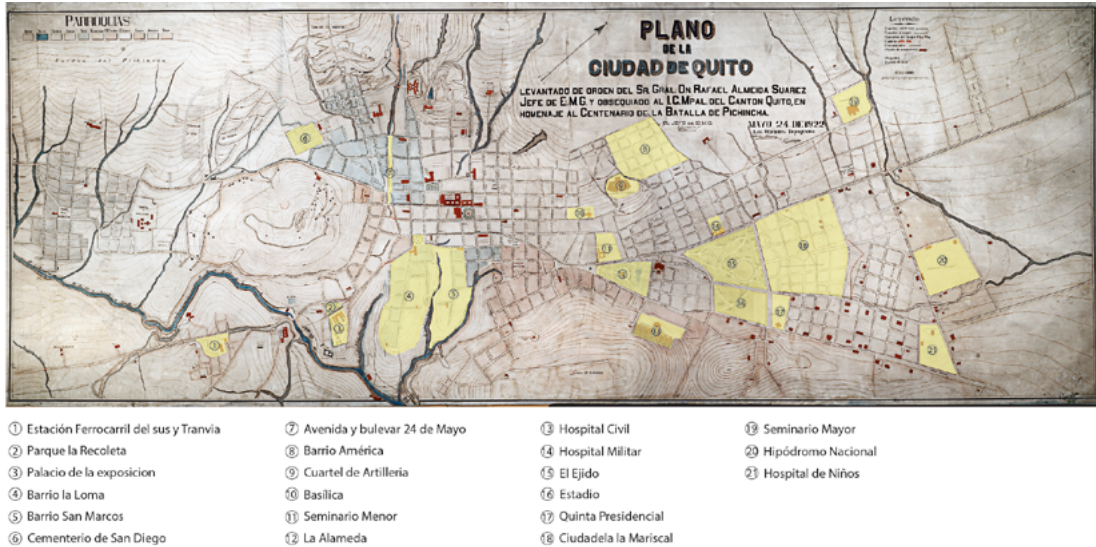
**Fuentes:** plano de Quito, 1914. Fotografías del Archivo del Ministerio de Cultura de Ecuador.

En 1922 se publicaron varios planos de la ciudad moderna a partir del levantamiento realizado por el teniente Luis Herrera y Eladio Rivadeneira, por orden del General Rafael Almeida, Jefe del Estado Mayor General (EMG), quienes obsequiaron el documento al Municipio de Quito con motivo del Centenario de la Batalla del Pichincha, el 24 de mayo de 1922. El plano fue reproducido en dos escalas 1:2000 y otro en escala 1: 5000. La lectura del plano permite notar que en 1909 se destacaron las obras del sur de la ciudad, mientras que en 1922 se realizaron obras de envergadura en el sur, centro y el norte.

En el sector norte de la ciudad, el plano evidencia una secuencia de dos parques: La Alameda y el Parque de El Ejido en donde se destaca el proyecto de un espacio deportivo que se construyó en 1930 reconocido socialmente como «estadio del Arbolito». Hacia el este aparece el Hospital Civil y al oeste el Arsenal de Guerra, el Hospital Militar y la basílica del Voto Nacional en construcción y el recorrido de la quebrada de Miraflores, la Ciudadela La Mariscal y el hipódromo en el lugar conocido como La Pradera. El plano muestra también el recorrido del tranvía.

Una obra importante en el centro fue el relleno parcial de la quebrada de Jerusalén en donde se construyó un bulevar cuya función fue la de espacio cívico para la parada militar y actos conmemorativos de la Batalla de Pichincha, es decir, un hito alineado con el sitio de la batalla en las faldas del volcán Pichincha. La construcción de los cementerios de El Tejar y San Diego confirma la aplicación de disposiciones sobre la salida de los cementerios fuera de la ciudad; el cementerio de El Tejar se estableció con la batalla de 1822 por la urgencia de enterrar a los soldados fallecidos en este episodio.

En el centro el plano de 1922 incluye los barrios de La Loma y San Marcos en el lado este de la ciudad y al sur el Palacio de la Exposición y el parque de La Recoleta, el terminal del ferrocarril y la parroquia colonial de La Magdalena incorporada en este año al espacio urbano de Quito.



**Figura 26.** Obras del centenario de la independencia en el plano de Quito, 1922.

**Fuente:** elaboración propia sobre plano de Quito, 1922. Láminas impresas por el Municipio de Quito.

La ciudad revela los nuevos límites que con la modernización salen del espacio fundacional hacia los ejidos. La trama de los barrios incorporados no tiene cuadrícula regular, ni plazas del tamaño de una manzana. Los trazados viales responden en esta temporalidad a accidentes topográficos: Ciudadela La Mariscal debido a las quebradas y zonas inundables, y el sector de La Ferroviaria un trazado irregular provocado por el giro de la máquina al llegar a la estación del tren; sin embargo, en el lado opuesto, la construcción del barrio América y la prolongación del barrio de San Juan conservan con grandes esfuerzos el trazado en damero sobre una topografía en ladera. El resultado fue el diseño de calles-escalinata para acceder a las casas, adaptación de la calle para la circulación de vehículos, lo que produjo una serie de soluciones «fuera de la norma».

Los ejidos fueron arreglados en los bordes de la ciudad para las festividades cívicas. El ejido del norte adecuaba un parque que lleva dos preexistencias: su nombre, y un signo negativo por dos muertes que la población no ha olvidado: la muerte del virrey Blasco Núñez de Vela en 1546, y una segunda, la inmolación del presidente Eloy Alfaro en 1912. El plano de 1932 muestra obras en proceso en 1922, esto es, el espacio del parque dividido en dos, uno para parque diseñado por el arquitecto alemán Augusto Ridder en 1922 y otro para un estadio. En el primero se congregaron en cualquier día los aficionados de juegos populares como la «pelota nacional», las bolas, cartas. En el segundo se congregaron los fines de semana

los aficionados al fútbol en el estadio municipal conocido popularmente como el «Estadio del Arbolito» que dejó de funcionar hacia 1970; con su demolición, esta parte del parque mantiene su nombre como «Parque del Arbolito», aunque el árbol original ya no existe, y ha disminuido la actividad deportiva, pero constituye un atractivo visual desde los edificios modernos que se alinean en sus bordes y como lugar de paso para peatones.

Finalmente, el parque de La Alameda es el de mayor jerarquía y reconocimiento institucional representado en monumentos y edificios. Allí se concentraron ideas de un nuevo orden político, el republicano, una centralidad urbana que simbolizó la modernidad, la ciencia, la razón y el arte, expresados en el observatorio astronómico, el parque ordenado a manera de un jardín botánico, la escuela de Bellas Artes, y monumentos conmemorativos alusivos al rol de la Misión Geodésica Francesa en Ecuador en el siglo XVIII. En este espacio estuvo el rollo (horca) colonial, en donde hoy se encuentra el edificio de la Asamblea Nacional, según muestran los planos de 1734 y 1810, Otro edificio conmemorativo en ambos planos es la ermita construida luego de la muerte del virrey Blasco Núñez de Vela en 1546, conocida como de la Veracruz.



**Figura 27.** Detalle del plano de Quito, 1922, con los parques de La Alameda y El Ejido.  
**Fuente:** plano de Quito, 1922. Láminas impresas por el Municipio de Quito.

La ciudadela Mariscal Sucre, conocida como «La Mariscal», estuvo concebida para quintas de vacaciones o de fin de semana. Para 1922 estaban trazadas las calles y la división de predios. Cada propiedad ocupó una manzana en la que se tuvo previsto construir casas aisladas compactas, con jardines alrededor, fuentes de agua, huerta y corral. La descripción de la «Guerra de los cuatro días» del comerciante checo Karel Vohnut, en 1939, da cuenta de la vida de la ciudadela: varias

familias acomodadas se refugiaron en los sótanos de las casas. Una de ellas fue la de la familia Vohnut; allí «mi suegra hizo sacrificar todos los animales del corral que tenía, incluyendo dos borregos. Un motorista del tranvía, que vivía en una casita de las cercanías, se encargaba de traer leche y pan para todos los invitados (debería decir refugiados)». <sup>160</sup> Según el plano de 1922, la ciudad se encontraba en expansión hacia el norte. Tuvo servicios de alcantarillado, agua potable, luz eléctrica, tranvía y estación de ferrocarril, servicio de buses y calles adecuadas para su circulación; sin embargo, la ciudadela Mariscal Sucre fue un sector semiurbano, aunque por los planos se entiende que estaba integrado a la ciudad. El relato de Vohnut pone en cuestión la representación gráfica de 1922 ya que la descripción proviene 17 años después de publicado el plano.

El plano de 1922 representa dos particularidades de una ciudad que, por un lado se renueva, y por otro, conserva el pasado. La renovación en la ciudadela Mariscal Sucre elimina la plaza con la iglesia, en tanto que en el barrio América se conserva la cuadrícula colonial, la plaza y la iglesia que ocupa uno de sus lados. Se rellenan las quebradas; esta «sutura» del territorio intenta mejorar la movilidad, pero no logra la identidad entre barrios o sectores de la ciudad que nacieron con la quebrada en medio. En este sector, de topografía irregular y con pendientes pronunciadas, la cuadrícula se impone «contra natura»; el recorrido por el barrio evidencia que algunas calles son graderíos, que las casas tienen varios niveles para adaptarse a la ladera, que las calles están trazadas para la circulación de vehículos pero no todos pueden circular por ellas; que se trata de un sector en que las viviendas tienen sus fachadas sobre la línea de fábrica, a diferencia de la ciudadela Mariscal que tienen retiros de tres y cinco metros con relación a la calle.

El detalle del sector de los barrios América y San Juan evidencia también edificios con características particulares y soluciones que se contraponen a la topografía, que no se evidencian en el corte temporal de la Colonia o en tiempo prehispánico; se trata de la planta del antiguo Hospital Militar cuya construcción demandó un desplazamiento de tierra significativo para «acomodar» en 1900 la planta arquitectónica de 15 000 metros cuadrados. La segunda obra es la Basílica del Voto Nacional, iniciada en 1891 en una época que evidencia el cambio de época, una primera modernidad en que la obra pública de saneamiento y ornato fue parte del discurso de innovación urbana y de ruptura con el medio natural, dejando a este en segundo plano.

---

<sup>160</sup> Karel Vohnut, *Tres estaciones* (Quito: El Comercio, 2009), 283.

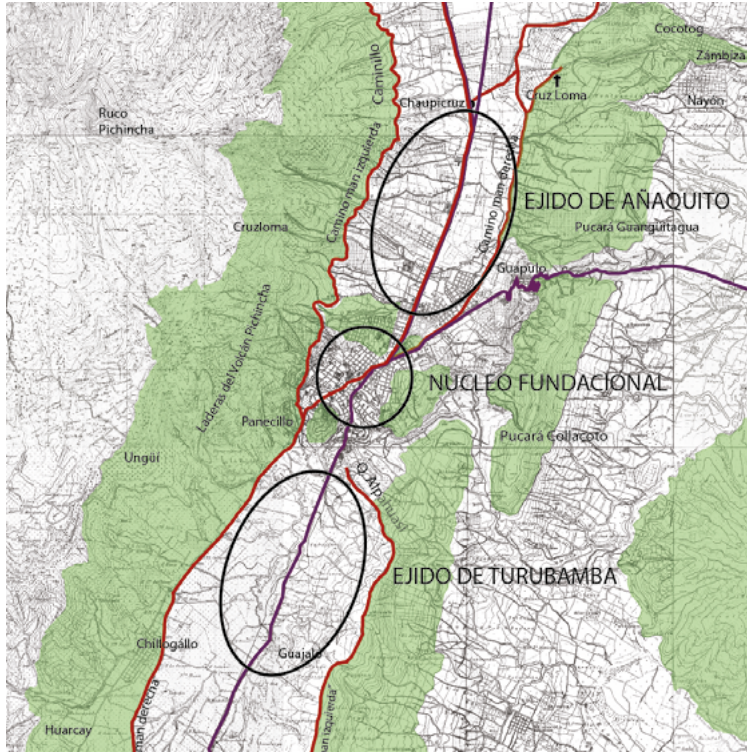
## Los ejidos en la cartografía

La cartografía histórica de Quito no grafica el espacio de los ejidos pese a ser parte de los términos de la ciudad colonial. En el plano de 1734 aparece por primera vez una pequeña parte del ejido de Añaquito que corresponde al espacio en que se encuentra la «Capilla de la Veracruz» construida en honor al virrey del Perú muerto en combate, un lago y el rollo. Este es el plano de Dionisio Alcedo y Herrera (1690-1777), producido en color, con escala en varas castellanas,<sup>161</sup> de dimensiones 567 x 831 mm, dibujado en tres dimensiones, editado como anexo al informe que envía al rey de España sobre su actividad como presidente de la Audiencia de Quito entre 1728 y 1736, y en particular, su gestión para restablecer el puente de La Merced.

Sin embargo, es necesario llegar al plano topográfico de Quito de 1932 para realizar el análisis espacial y topográfico de la meseta de Quito, y en ella, los ejidos en su totalidad, y comprender la estructura geográfica de los antiguos ejidos en una escala que permite identificar la topografía, inferir los límites, altitudes, longitudes, orientación, localización de hitos naturales y construidos, las quebradas, la laguna y el pantano que se describen en las actas; reclamos de quienes lo utilizaron como espacio de pastoreo en el siglo XVI y quienes lo arrendaron y remataron en el siglo XIX. Este plano revela también la presencia de algunas haciendas mencionadas en el siglo XIX en los remates de los ejidos.

---

<sup>161</sup> Una vara castellana equivale en este plano a 90 cm.



**Figura 28.** Quito y los ejidos del norte y el sur en el plano de 1930.

**Fuente:** elaboración propia del mapa de la meseta de Quito mediante la unión de planchetas de Quito. Servicio Geográfico Militar, 1930.

El plano de 1932 fue producido en escala 1:25 000 y formó parte de un proyecto cartográfico nacional a cargo del Servicio Geográfico Militar. El levantamiento aerofotogramétrico fue realizado desde 1928,<sup>162</sup> y las hojas topográficas fueron editadas entre 1930 y 1932 para conocimiento del territorio, la modernización del Estado y la seguridad nacional en un momento de expansión y urbanización moderna. Las planchetas de Quito están contenidas en 6 hojas topográficas separadas y dibujadas a tinta de colores.

El plano permite tener una idea del área del Quito y los ejidos durante la Colonia, y reconocer el momento en que se transformaron en espacios urbanos. El área estimada fue de alrededor de 9500 hectáreas. El ejido del norte se urbanizó hasta 1960 en tanto que el del sur aparece poblado en el plano de 1989. Para ese entonces, algunas haciendas del siglo XIX aparecen reducidas de tamaño, aparecen nuevas

<sup>162</sup> Esta institución fue creada por Decreto Ejecutivo n.º 163 del 11 de abril de 1928 como un departamento adscrito al Estado Mayor del Ejército.

haciendas, los topónimos de quebradas, poblados antiguos como Guamaní, Guajaló, Chillogallo se convierten en hitos de referencia en el territorio; otra información relevante es el trazado de los caminos antiguos que es difícil descifrar con una sola fuente, las montañas tienen topónimos antiguos, cotas de altitud y la representación a escala que permite comparar la información del plano con los textos coloniales.

En el siglo XX se llevaron a cabo varias actividades de interés público e histórico en el espacio de los ejidos: las prácticas de los primeros aeroplanos, campos de entrenamiento militar y pruebas de tiro presentes en fotografías. El hipódromo aparece en el plano de Quito de 1949.<sup>163</sup> Los espacios públicos del norte tienen por lo general una geometría regular, pero la ciudadela La Mariscal carece de parques o plazas; los pocos redondeles están destinados al giro de vehículos. En el sur la ocupación del suelo tiene una lógica diferente, se realiza a partir de los caminos antiguos y siguiendo el ritmo de la topografía, dejando espacios vacíos en las zonas húmedas; estos permanecen en propiedad del municipio hasta la primera mitad del siglo XX. Los espacios públicos no se replican de la misma manera que en el norte, a menudo no hay plazas, pero la cancha es un elemento urbano público que convoca a una parte de la población. También es necesario mencionar que el río Machángara no se rellena en el sur de Quito y esto da lugar a un espacio verde residual con su geometría propia, siguiendo el mandato de la naturaleza con una forma orgánica diferente a la de los espacios públicos del norte en una suerte de oposición y complementariedad que revela además que la gente del sur es diferente a la del norte en la manera de disponer sus espacios públicos.

### **El señalamiento de los ejidos en 1535**

La cartografía publicada por el Servicio Geográfico Militar entre 1930 y 1932 permite identificar las huellas de dos planicies que tienen una diferencia altitudinal de 13 metros aproximadamente, están delimitadas por las laderas del Pichincha al occidente y un borde formado por una cadena de colinas en el lado oriental. En la primera se acumulaban las aguas provenientes de dos sistemas de quebradas que permite deducir que la planicie mayor estuvo ocupada por una laguna de mayor tamaño denominada Añaquito,<sup>164</sup> que en el siglo XX el nombre del ejido cambia

<sup>163</sup> En este espacio se observa el resultado parcial que representó la implantación del Plan Regulador de Quito ejecutado entre 1942 y 1950 por el urbanista Guillermo Jones Odriozola y un equipo técnico nacional, y abre una nueva etapa en la historia de Quito y nuevos trazados de vías adecuadas para el auto y servicio de transporte masivo, obras públicas como el estadio, parques, el centro cívico, hospitales y universidades.

<sup>164</sup> Frente a este humedal o laguna de poca profundidad estaban situados señoríos importantes como el de La Florida en el periodo de Desarrollo Regional (500 a.C.-500 d.C.) y Cotocollao en sus diferen-

por el de Ñaquito, modificando la escritura del nombre antiguo de la laguna. Este espacio recoge un caudal importante proveniente de las quebradas Miraflores, Pambachupa, Rumipamba, La Concepción y Runachagra, que son de mayor tamaño y desaloja hacia el río Machángara. La segunda planicie está localizada en el espacio que ocupó la pista del antiguo aeropuerto hacia donde llegaron los caudales de cinco quebradas desde el Pichincha, las mismas que formaron pequeños humedales cuyas aguas desalojaron hacia el valle de Pomasqui.

Al mes siguiente de fundada la ciudad, el 25 de enero de 1535 se emitió el acta de «señalamiento de ejidos y disposiciones relativas a estancias, solares y bestias»:

Señalaron por ejidos de esta villa de San Francisco desde los arquillos que están saliendo de esta villa hacia Cotocollao hasta la postrera laguna y que lleguen los dichos ejidos desde el cerro de man derecha hasta el camino de man izquierda.<sup>165</sup>

Esta descripción da a conocer que el ejido de Ñaquito tiene características diferentes al del sur y por ello cada uno requiere un tratamiento diferenciado en cuanto a límites y uso del suelo. El sentido de estudiar los ejidos permite conocer en qué medida el espacio del nosotros, ese espacio colectivo de las comunidades prehispánicas, continuó siendo reclamado por generaciones en términos colectivos y espaciales.

### **El uso de los ejidos**

En el siglo XVI los ejidos eran espacios abiertos para pastos de ganado vacuno, caballos y chanchos de los residentes en la ciudad, para esto, los vecinos podían arrendar una parte de este espacio para sus animales. Por la presencia de espacios lagunares y bosque se practicaba la cacería de patos y venados que convivían con la fauna introducida. En Ñaquito, a más de la cacería, según Domingo de Orive en 1572 señaló que «es un campo llano donde salen a recrear vecinos de esta ciudad». Con el establecimiento de los ejidos el orden físico y social precolonial sufrió una transformación profunda. En el nuevo orden los indios podían trabajar en este espacio, pero no tener sus viviendas, de este modo, el espacio con sentido de pertenencia colectiva pasó a ser un espacio de disputa y de transformación constante que se reflejó en el uso. Según Luciano Andrade Marín, la presión por ocupar los ejidos fue permanente desde su fundación, y en poco tiempo, con el

---

tes fases culturales desde el periodo Formativo (1500 a.C.-400 a.C.).

<sup>165</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 69.

crecimiento de los pueblos de La Magdalena (Machangarilla), Chillogallo y Guajaló que estaban junto a ellos, el Cabildo debió hacer varios cambios en los límites.

La tenencia de animales traídos por los europeos fue un privilegio para los indígenas. De Vargas Machuca señala entre las atenciones de los encomenderos a sus indios: darles cosas de vestir y sal, «cuando haya ganado en la tierra darles a los caciques algunas cabezas para que críen y algunas yeguas en que anden y a los indios hacerles criar gallinas y el puerco».<sup>166</sup>

La presencia de animales en el ejido no estuvo exenta de problemas, el informe del licenciado Juan Salazar de Villasante, gobernador y visitador de la ciudad de Quito entre 1562 y 1563 hizo notar conflictos entre indios y españoles en las inmediaciones de Chillogallo por cuanto el ganado del ejido se comía los sembríos de los indios que se encontraban al otro lado del camino:

Item en la dicha visita mandé que los españoles no tuviesen sus ganados vacunos dentro de una legua de los maizales de los indios, porque se lo comían todo él y de esto vino grandes quejas ante mi de indios [...] especialmente el ganado que se trae en un término que se llama Chillogallo.<sup>167</sup>

Otro problema que se visibiliza en los treinta primeros años de fundada la villa fue la puesta en cuestión del carácter público de los ejidos ya que se convirtieron en espacios en los que pesó una serie de intereses tanto de indígenas como de españoles, espacios de violencia por los desalojos que experimentaron los indígenas interesados en recuperar el «espacio del nosotros» y espacios de poder y disputa entre españoles como lo denuncia en 1571 el licenciado Juan Salazar Villasante, quien fue gobernador de Quito entre 1562 y 1563, en la «Relación de la ciudad y la Provincia de Quito». El documento denuncia a la Corona las acciones del licenciado Hernando de Santillán, presidente de la Audiencia entre 1563-1567:

Teniendo la ciudad de Quito un ejido que se llama Añaquito que empieza desde la ciudad que es común para pastar ganado caballar y vacuno y en el cual los indios echan todo el año sus cabalgaduras y bueyes de labor, el dicho presidente (Santillán), a efecto de dar a sus parciales y aliados, sacó un pedazo de lo mejor del ejido hacia lo más cerca de la ciudad que vale 4000 pesos y lo repartió a sus aliados y parciales graciosamente siendo común el ejido. Vuestra Alteza mande se torne a reducir a pasto común conforme la Ley (de uso).<sup>168</sup>

---

<sup>166</sup> Justo, 54.

<sup>167</sup> Ponce Leiva, 77.

<sup>168</sup> Ponce Leiva, 73.

Al parecer este espacio no fue recuperado en favor de la ciudad y se puede inferir que se refiere a los terrenos que se encuentran en el ingreso norte del núcleo fundacional, entre San Blas y la quebrada de Pishihuayco, cuyos detalles se aclaran con el origen del parque de La Alameda.

Martin Minchom pone en evidencia las condiciones de uso que impuso el nuevo orden al finalizar el siglo XVI y pone al descubierto los problemas producidos en el cambio de la propiedad y uso del suelo a partir de las actas de 1602 que convirtieron a los ejidos en espacio de controversia a lo largo de la Colonia:

Inicialmente los ejidos habían permitido a las comunidades indígenas, y a todos los propietarios de animales, algún acceso a terrenos de pastoreo [...] Estos espacios abiertos eran vulnerables a ocupaciones por los indígenas, que fueron sumariamente reprimidas por los oficiales designados por el Cabildo a través de medidas que incluyeron la quema de chozas y de casas, y el arrasamiento de cultivos.<sup>169</sup>

Ante la ilegal invasión española, y en un espejo invertido de las invasiones tradicionales de tierra, encontramos un campesinado indígena en el papel de defensor de los derechos tradicionales. Una batalla legal tan aparentemente desigual subraya la importancia que tenían los derechos de pastoreo, y refleja sin duda un estado de desesperación. Desde el punto de vista de las comunidades indígenas se podría pensar que la justicia real, aunque lenta, ineficaz e incierta, era el único tronco al que asirse ante la opresión ejercida por la élite local. El carácter litigante de la población indígena, con sus diferentes grados de éxito, ha sido enfatizado en estudios de otras regiones, Quito no parece haber sido la excepción.<sup>170</sup> [

Se ha dicho que los indios podían trabajar, pero no vivir en él; el acta del 25 de enero de 1535 señaló que se repartieron estancias para vecinos y fue un espacio de uso común en donde los vecinos podían tener animales, entonces, ¿quiénes eran los vecinos? Según el acta todos los residentes de la villa; sin embargo, el documento es ambiguo porque la población del Quito de ese entonces fue multicultural y multilingüe, con un modo de comunicación ante todo oral, vale preguntar cómo se insertó el sentido de «vecino», y cómo se homologa este concepto con el significado del «espacio del nosotros».

La respuesta sugiere una turbulencia que lleva a una transformación social y política que se refleja en el territorio, el predominio de la letra sobre el acuerdo verbal, la comunicación escrita tácitamente rompe con los acuerdos verbales de reciprocidad y solidaridad, estableciendo un cambio radical en las relaciones sociales durante la

---

<sup>169</sup> Minchom, 45.

<sup>170</sup> Minchom, 47.

Colonia, un desbalance que tiene connotación espacial visible en la propiedad y uso del territorio. Con esta ruptura, el término «vecino» estableció una nueva jerarquía social, es decir, la nueva élite política y social que segrega a la mayoría de indios y mestizos, quienes pasan a ser los «otros».

La ocupación reiterada en defensa de los derechos tradicionales no fue sino la defensa del «espacio del nosotros» basada en principios de solidaridad y reciprocidad, la defensa de un espacio «privado-social» como lo denomina Quijano; esta concepción se interpreta como «invasión» en los textos coloniales dado que la propiedad del ejido pasó al Cabildo, entidad encargada de asignar las normas de uso de los espacio públicos a partir de la «Instituta de Castilla» que es comentado por Luciano Andrade Marín.<sup>171</sup>

Allí consta concretamente que «el ejido» los exidos como en la antigüedad se escribía es una verdadera institución castellana constituida por un campo o tierra que está a la salida de un poblado, sea aldea, villa o ciudad, que no se planta ni labra porque se lo deja como un espacio libre y de común disfrute para todos los vecinos. Hoy diríamos que es un campo comunal que siendo propiedad de todos, no es pertenencia personal de ninguno; un concepto muy claro de lo que es un municipio, y de allí, por derivación, un Estado (Noticia y definición para todos los políticos).

Estas especiales reservaciones comunales donde, empero, no se podía poblar ni explotar con labranzas, dejándolas solo como pastizales de beneficio inmediato y común de todos los asociados o vecinos, recibieron el nombre de «exidos». Más claramente allí solo podían pacer y demorar los animales destinados al sacrificio o al servicio de toda la comunidad, como las reses para la carnicería, sean bovinas, ovinas o porcinas. Las vacas y cabras para el abasto de leche del poblado, o los caballos, asnos, mulas y bueyes para la locomoción y tracción.

Otra cosa que se solía reservar según esta institución castellana eran los llamados «montes», boscajes, de donde podía surtirse la leña, carbón, maderas libremente para el común del vecindario.

Ambas de estas cosas tuvieron los españoles el cuidado de reservar muy señaladamente para bien de la primera villa y después de la ciudad de Quito [...] con lo cual ejidos, montes y aguas venían a constituirse en «cosa municipal», intocable por particulares.<sup>172</sup>

<sup>171</sup> El artículo fue escrito por Luciano Andrade Marín en el periódico *Últimas Noticias* de Quito, del 24 de julio de 1965. No ha sido posible encontrar el libro original en bibliotecas o archivos de Quito.

<sup>172</sup> Luciano Andrade Marín, *La lagartija que abrió la calle Mejía* (Quito: FONSA, 2003), 55.

Esta norma, clara para los españoles y ambigua para la mayoría de la población local, constituyó el estado inicial de un nuevo orden, una primera ruptura social, la jerarquización del poder visible en la administración del territorio. Este cambio creó inconformidad y resistencia por parte de la población indígena y mestiza, manifestación que fue controlada por la Iglesia, reprimida por las autoridades de la Audiencia, pero también objeto de negociación permanente.

### **El ejido de Añaquito**

Sobre la delimitación del ejido del norte o Añaquito, la descripción de la ciudad de Quito de 1570-1572 escrita por el licenciado Rodríguez de Aguayo (1522-1595) es esclarecedora, señala que las longitudes de los ejidos de Añaquito y de Turubamba fueron de «dos leguas de llano»<sup>173</sup> cada uno, es decir, dos leguas de terreno plano y abierto.

Esta descripción permite delimitar el espacio de la fundación con unos bordes que se afinan pero no llegan a ser completamente claros por los cambios producidos en la topografía y la cartografía disponible. El informe de Aguayo permite poner en clave contemporánea las dimensiones de los agrimensores coloniales, los datos son aproximados, dependen de la apreciación visual del visitador o del informante; no obstante, es una valiosa referencia para confrontar la proporción del ejido descrita en el texto con la del plano.

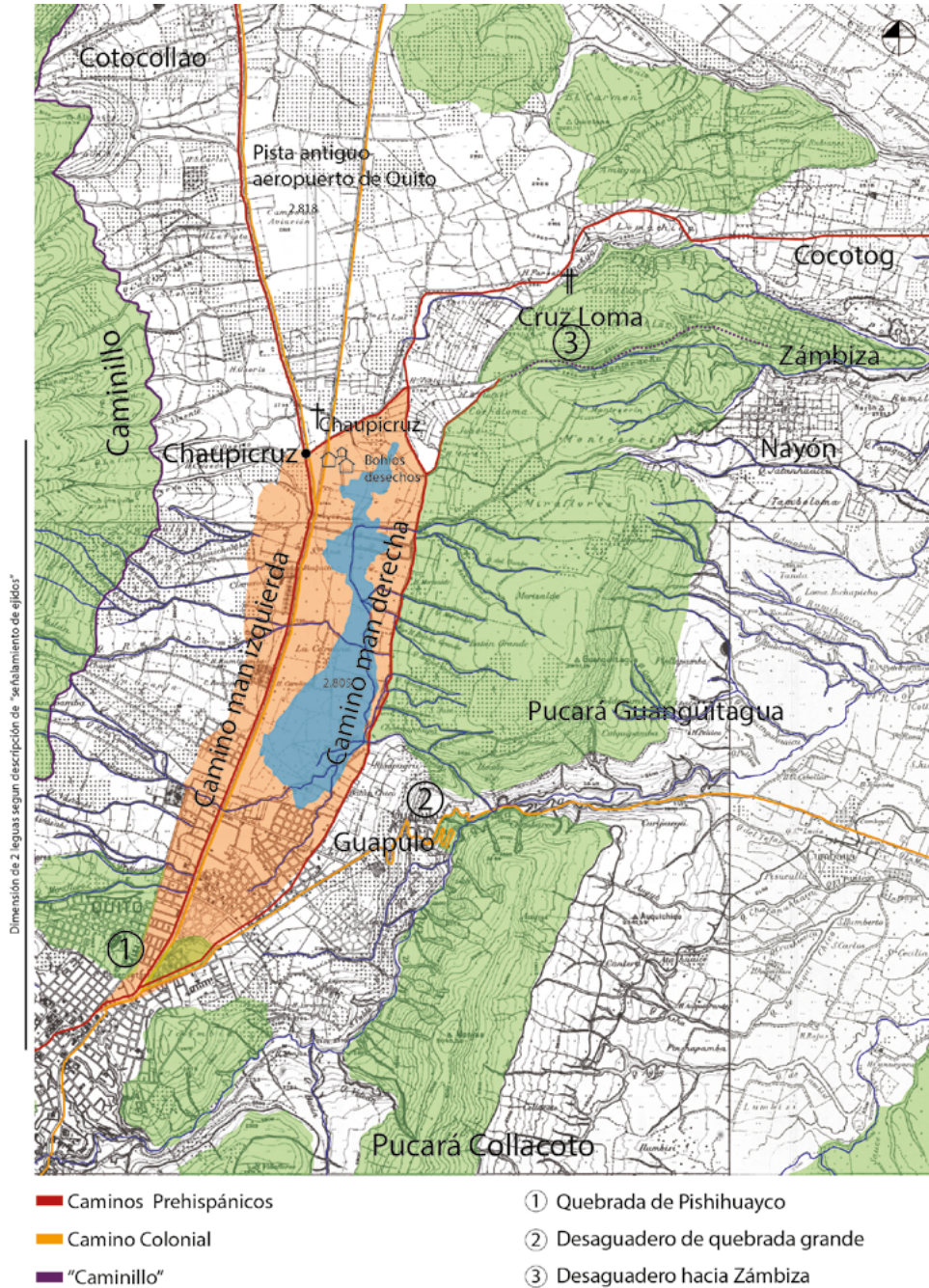
En la cartografía moderna de 1932 las dos leguas castellanas equivalen a 8.8 kilómetros, como referencia desde el límite urbano que habría estado entre la quebrada de Pishihuayco<sup>174</sup> y la iglesia de San Blas en donde se forma una garganta entre las lomas de San Juan e Itchimbía, a cuatro cuadras de la plaza Mayor y en afinidad con el croquis de 1573. Luciano Andrade Marín (1893-1972) aclara que el término «arquillos» en el castellano de ese entonces se refiere a la curva de un camino existente o desvío al salir de la ciudad, este es visible hasta hoy en la cartografía y en el recorrido del tramo mencionado.<sup>175</sup>

---

<sup>173</sup> Una legua equivale a 4.44 kilómetros.

<sup>174</sup> Pishihuayco en la cartografía moderna, término quechua que significa quebrada de los piojos. Se asume que la denominación se deformó. La observación de la quebrada es de una chorrera o pequeña cascada, con lo que el nombre de Pishihuayco (quebrada del chorro) resulta afín con la realidad.

<sup>175</sup> Andrade Marín, 56.



**Figura 29.** Ejido de Añaquito (naranja) con escala en el margen izquierdo. Lomas que delimitan a la meseta (verde).

**Fuente:** elaboración propia sobre planchetas dibujadas por el Servicio Geográfico Militar, 1930.

Tomando como referencia la dimensión en kilómetros de las dos leguas, esta se inserta entre la quebrada de Pishihuayco y una parte del antiguo aeropuerto,<sup>176</sup> en este espacio se encuentra la depresión topográfica que correspondió a la laguna de Añaquito cuyos bordes están marcados por las curvas de nivel. Entre la plataforma de Añaquito y la plataforma del antiguo aeropuerto hay una diferencia altitudinal de aproximadamente 13 metros, esto quiere decir que hay dos plataformas una a continuación de la otra en el norte de la meseta de Quito, la segunda es la que probablemente se menciona en el acta de señalamiento de los ejidos como «laguna postrera», esto aclara que los humedales de la segunda plataforma hacia el norte no formaron parte del ejido sino que estuvieron destinadas para estancias de españoles y que el ejido propiamente dicho corresponde al espacio de la laguna.<sup>177</sup>

Las descripciones relacionadas con las estancias que se asignan a los fundadores en el «Expedientillo de tierras» redactadas entre 1535 y 1537 tienen como referencia un camino, dos desagüeros de la antigua laguna, uno por la quebrada Grande y otro por la quebrada que va hacia Zámbara,<sup>178</sup> los «bohíos desechos» son evidencias de ocupación anterior en la parte norte de la laguna de Añaquito,<sup>179</sup> una segunda laguna, la postrera, se encuentra antes de Cotocollao y está mencionada en el acta del 25 de enero de 1535;<sup>180</sup> otra huella de presencia humana durante los primeros años de establecimiento de la ciudad fue una cruz que se encontraba en un cruce de caminos<sup>181</sup> que corresponde al sitio de Chaupicruz, que sería el límite norte del ejido de Añaquito. Entre este punto y la ciudad colonial habría seis kilómetros y medio aproximadamente lo que permite inferir que la distancia real del ejido fue menor a la enunciada en las actas.

La ciudad colonial se encuentra en una hoya, la salida norte se encuentra en la abertura formada por las lomas de San Juan y de Itchimbía, en donde inicia el parque de La Alameda, con una diferencia altitudinal de 24 metros en relación con el parque de El Ejido, estos parques retienen la memoria del antiguo ejido, así, con hechos históricos destacados.

Los ejidos del norte y el sur de Quito cambiaron sus límites en el mismo año de fundación, el 18 de junio de 1535 por la falta de tierra para estancias, el ejido de Añaquito se amplió hacia el este, a partir de un camino preexistente hacia las lomas, con el fin de dedicarlo a pastos y del camino hacia las laderas del volcán

<sup>176</sup> Hasta el vértice inferior del triángulo señalado en el plano de 1932 como «campo de aviación».

<sup>177</sup> El término «laguna postrera» no se repite en otras actas del Cabildo entre 1535 y 1538.

<sup>178</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 144.

<sup>179</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 145.

<sup>180</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 149.

<sup>181</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 144.

Pichincha para estancias debido a que estas tierras eran mejores para el cultivo de trigo.<sup>182</sup>

La disposición escrita en el acta no permite conocer las consecuencias del cambio, sino a través de las voces de los perjudicados en el relato de Rodríguez de Aguayo en 1572 cuando señala:

Este dicho campo de Añaquito se dio en tiempos pasados para sementeras de pan, siendo baldío y eximido casi la mitad de él o más de tercia parte, que es como va el camino desde la dicha ciudad al valle de Cotocollao, que son todas las faldas de la sierra hasta el dicho Camino Real. Y sobre este repartimiento de tierras se trató pleito y quedaba pendiente cuando yo me partí.<sup>183</sup>

La descripción de la ciudad de Quito de 1573 realizada por Hernando de Santillán (1519-1574), funcionario real de la Corona española da su apreciación sobre la profundidad de la laguna al señalar que «es de un cuarto de legua de profundidad y tiene algunos patos y garzas y dos leguas en largo por fuera de la ciudad». La profundidad de un cuarto de legua no coincide con la topografía<sup>184</sup> que permite verificar una profundidad máxima de 10 metros hasta el camino prehispánico que pasó por las inmediaciones de la actual avenida 10 de Agosto. La laguna de Añaquito fue secada para convertirla en ejido, pero fue restituida el 23 de julio de 1539 «atendiendo a su utilidad era menester cerrar el desagadero a fin de restablecerla».<sup>185</sup>

### **El ejido de Turubamba**

En el sur de Quito, en simetría con el ejido de Añaquito se encuentra el ejido denominado Turubamba (llanura de lodo); este ocupó un segundo lugar en importancia por la calidad del suelo. Para el licenciado Rodríguez de Aguayo en 1572 el ejido de Turubamba tuvo «dos leguas de llano»,<sup>186</sup> con un terreno «algo montuoso y cenagoso donde anda mucho ganado de yeguas y vacas. Tiene por lindero el dicho

<sup>182</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 96.

<sup>183</sup> Ponce Leiva, 118.

<sup>184</sup> La medida fue tomada probablemente a ojo, proporcionada por informantes o por la percepción de la laguna: color del agua, tipo de fauna y vegetación u otros indicios visibles.

<sup>185</sup> Pablo Herrera, *Apunte cronológico de las obras y trabajos del cabildo o municipalidad de Quito desde 1534 hasta 1714* (Quito: Imprenta Municipal, 1916), 20.

<sup>186</sup> Una legua equivale a 4.44 kilómetros.

ejido el Camino Real de Huayna Capac que va a la ciudad de Cuenca, Loja [...]».<sup>187</sup> La «Descripción de la ciudad de San Francisco de Quito» de 1573 escrita por Hernando de Santillán trata brevemente sobre los ejidos en donde el espacio de «los pastos son comunes».<sup>188</sup>

El acta del Cabildo de Quito de 18 de junio de 1535 hace el señalamiento de estancias para algunos conquistadores y de ejidos al norte y sur de la villa. Sobre el ejido del sur señala:

Asimismo en saliendo de esta villa hacia Panzaleo señalaban y señalaron por ejido [...] desde el camino real que va sobre man izquierda a Panzaleo hasta el otro camino real que va sobre man derecha por las faldas de la sierra grande todo lo que hay de camino a camino hasta el pueblo del monte que se entienda hasta la bajada que hacen yendo al camino del monte donde están los arroyuelos y esta allí una Ciénega de una parte y de la otra del camino que es donde durmió el señor capitán Benalcázar<sup>189</sup> cuando vinimos a poblar esta dicha villa la segunda vez que a ella vino.<sup>190</sup>

El señalamiento de estancias contribuye a definir los límites del ejido del sur, su forma alargada está delimitada por los dos caminos prehispánicos que bordeaban las ciénegas por el este y el oeste. Por el norte el límite es el Panecillo y por el sur la ladera que llega a Chillogallo. Las actas no delimitan claramente al ejido en relación con las ciénegas, su localización se deduce por la presencia del curso de quebradas poco profundas.<sup>191</sup>

Un ejercicio similar al realizado con el ejido de Añaquito consistió en medir la longitud de dos leguas (8.8 km) a partir del Panecillo hacia el sur, reconociendo que esta dimensión es referencial, el límite coincide con Guamaní según la cartografía de 1989; sin embargo, en la práctica la distancia fue menor de acuerdo con el enunciado del acta del Cabildo y de acuerdo con la asignación de tierras para estancias a partir de Chillogallo, hacia el sur. Si esto fuera así, la longitud del ejido de Turubamba (entre el Panecillo y Chillogallo) sería aproximadamente de cinco kilómetros. Como evidencia está el señalamiento de una estancia para Alonso Fernández:

---

<sup>187</sup> Ponce Leiva, 118.

<sup>188</sup> Ponce Leiva, 118 y 207.

<sup>189</sup> Se refiere a Sebastián de Benalcázar (1480-1551 Cartagena) o Belalcázar, apellido que tomó del lugar de su nacimiento. Fundó Quito en 1534. Después de fundar esta ciudad pasó a Popayán en donde se lo menciona como Sebastián de Belalcázar, allí desempeñó el cargo de mariscal y gobernador.

<sup>190</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 96.

<sup>191</sup> Alexandra Alvarado, geóloga del Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional. Entrevista y observación de los planos geológicos de Quito. 11 de enero 2016.

Item de pedimento de Alonso Fernandez regidor les señalaron por estancia de puercos, el sitio que está en pasando el dicho ejido que linde con el ejido que llega hasta los dos arroyuelos donde está la cienega para que de allí adelante tenga su estancia.<sup>192</sup> [

No obstante, el enunciado de dos leguas al norte y dos al sur permiten identificar una intención de ordenamiento y proporción entre las partes que conforman el espacio determinado como los términos de la Villa de San Francisco de Quito.

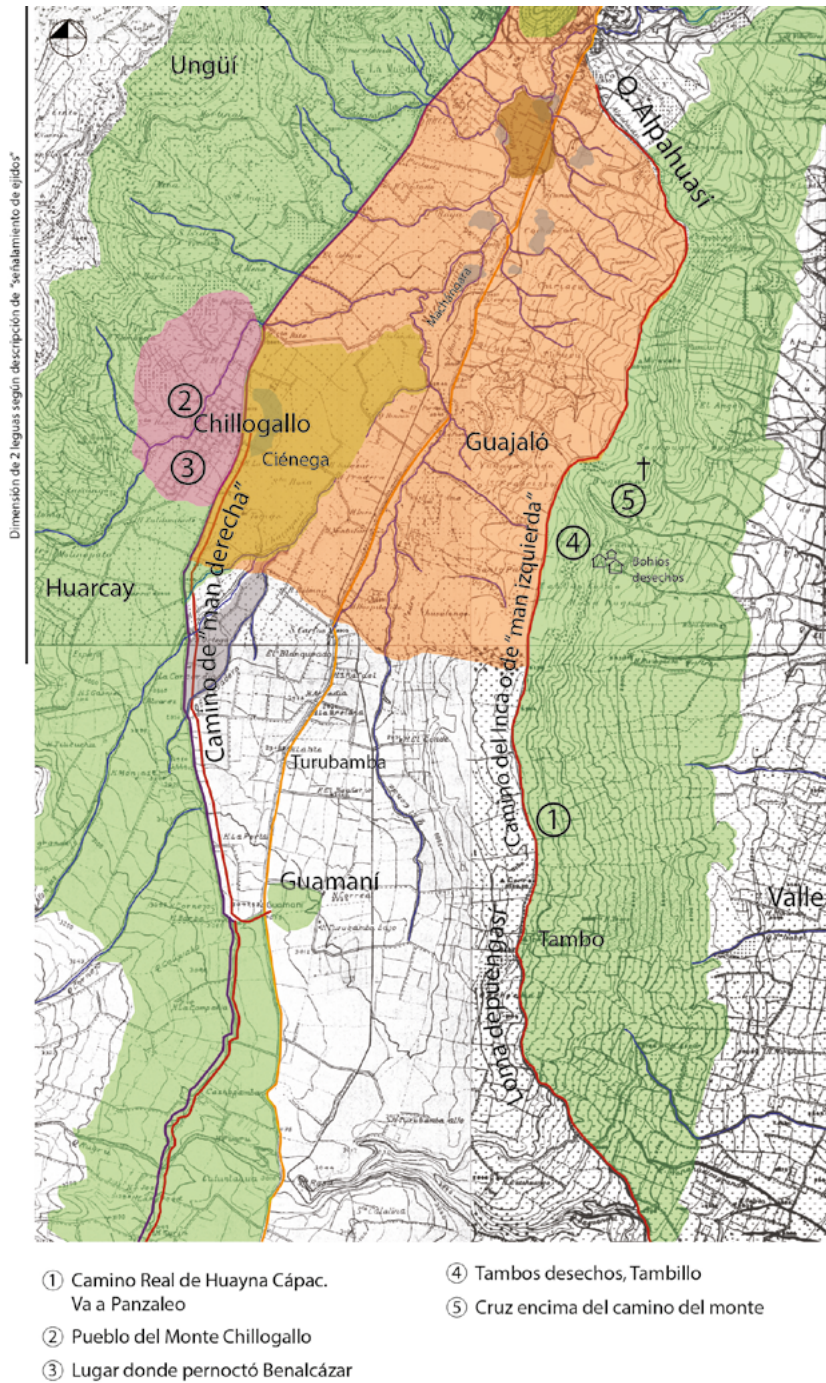
El punto de referencia desde el que se describen los caminos es el Panecillo, mirando hacia el sur o hacia el norte, de este modo, el camino de «man izquierda» se refiere al camino del Inca que circuló por la loma de Puengasí, mientras que el de «man derecha hacia la sierra grande» (el Pichincha) o el «camino del monte» corresponde a Chillogallo. Se deduce del acta que ambos caminos se unieron fuera de la meseta de Quito en un punto denominado Panzaleo, hoy desaparecido, que debió estar en las inmediaciones de Tambillo. Una de las primeras entradas de Benalcázar a Quito debió ser por el «camino del monte» y esto haría pensar que pernoctó en Chillogallo, entre dos ríos y la ciénega según el acta de señalamiento de los ejidos del 8 de junio de 1535<sup>193</sup>

El «pueblo del monte» o Chillogallo toma el nombre del asentamiento prehispánico. Los planos de 1930 y 1989 permiten identificar que los «arroyuelos» son las quebradas Ortega, Chacayacu (luego Shanshayacu en la cartografía de 1989). Que al unirse formaron una ciénega.

---

<sup>192</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 29.

<sup>193</sup> *Libro Primero de Cabildos de Quito*, 44.



**Figura 30.** Ejido de Turubamba (naranja) y cerros que delimitan el valle (verde).  
**Fuente:** elaboración propia sobre planchetas dibujadas por el Servicio Geográfico Militar, 1930.

Parecería que al inicio de la Colonia el ejido del sur fue considerado segundo en jerarquía por su disposición irregular y discontinua pues tuvo varios problemas descritos en las actas: vulnerable a inundación de los caminos en el invierno, presencia de deslaves, topografía irregular, territorio está atravesado por varias quebradas que conforman el sistema del río Machángara, problemas por el paso de los animales del ejido a terrenos cultivados por los indios permiten inferir la localización de algunos sitios de ciénega, la delimitación de este ejido menciona datos históricos importantes como el lugar en el que pernoctó Benalcázar, el 17 de julio de 1537 se ordena componer el camino real desde Panzaleo hasta cerca de la ciudad:

Se pide que con indios de Uyumbicho, Panzaleo y Píntag y Chillo se arregle el camino real desde Panzaleo hacia Quito pasando por el pueblo del monte (Chillogallo) hasta la fortalecilla donde se recibió al capitán Benalcázar que está frontero a la estancia de Diego de Torres, y que por donde fuere menester hagan puentes de madera para la circulación a pie y a caballo. También piden que hagan acequias con el fin de que las lagunas no desaguen en el camino real para lo cual se asigna 30 días.<sup>194</sup>

La cartografía permite reconocer que el Pueblo del Monte (Chillogallo) está en el borde de una ciénega y cercano a los arroyuelos. Los tres objetos mencionados pueblo, ciénega y arroyuelos están al sur de Guamaní, esto comprueba que en la práctica el ejido de Turubamba tuvo una dimensión menor a la estimada en leguas.

El documento denominado «Expedientillo de tierras» insertado en el Libro Primero de las actas del Cabildo señala la entrega de estancias a españoles alrededor de Turubamba, a más de la localización aproximada lo que interesa es reconocer otros elementos que componen la memoria del ejido del sur: el Camino del Inca, conocido también como *Capac Ñan*, el lugar en donde pernoctó Benalcázar antes de entrar en Quito, el pueblo del Monte o Chillogallo que se mantiene hasta hoy, la presencia de una cruz que en tiempo colonial fue un hito de referencia para la asignación de estancias y unas construcciones destruidas junto a una de las ciénegas, al parecer hubo cuatro que se reconocen en la cartografía. El «Expedientillo de tierras» del 5 de enero de 1536 señala una asignación de tierras que va de este a oeste, es posible deducir la localización aproximada de los tambos desechos pero no hay evidencias de la cruz como en el norte. Se podría especular que estuvo en la loma de Puengasí, una cruz sobre un espacio ritual anterior pero no hay una evidencia clara:

<sup>194</sup> Libro Primero de Cabildos de Quito, 280-281.

A Diego de Torres se le proveyó un asiento para sus caciques que dende una cruz que está de aquel cabo de señor san francisco que de la cofradía hasta abaxar al camino real y linde con el agua que pasa por aquel cabo donde están unos tantos desechos todo lo alto por arriba de su estancia hasta la asomada de Chillo.<sup>195</sup>

Entre otras estancias asignadas a españoles está Guajaló, cuyo topónimo no es quechua, pero se mantuvo durante la Colonia y llega a nuestros días como el nombre de un barrio. La mención se hizo el 31 de mayo de 1535 cuando se le concedió a Diego de Torres en la loma de Puengasí. Esta asignación menciona nuevamente la presencia de una cruz con una ubicación probable en la Loma de Puengasí: «Una estancia [...] que tras esta sierra de la cruz en cima del camino del monte por la halda de las sierras que le llama gualahalo e midiose al dicho torres dende el camyno de chillo donde esta vn tanbillo hasta gualahalo».<sup>196</sup>

De este modo se puede deducir que el espacio fundacional de Quito tuvo dos ejidos, dispuestos de manera simétrica y con una dimensión similar y jerárquica, el del norte fue más importante en tiempo prehispánico y al iniciar el periodo colonial se invirtió el orden. Este espacio estuvo ocupado con anterioridad a la delimitación de los ejidos, se podría afirmar que las cruces colocadas una en el norte y otra en el sur servían de hitos de referencia pero también eran lugares de connotación simbólica, vale recordar que estas se encontraban en los caminos prehispánicos y en lugares que estuvieron habitados, ya que las descripciones mencionan tambos desechos en las inmediaciones de los caminos y las cruces colocadas en ellos. Al parecer fueron sitios incas de jerarquía administrativa y religiosa como Chaupicruz que trascendió su tiempo para mantener su importancia en la circulación interregional durante la Colonia como lo confirma el padre Cicala «llegamos a un sitio denominado por los americanos chaupicruz [...] a donde se suele salir a recibir las Misiones».<sup>197</sup>

## Los ejidos en el siglo XIX

Una segunda ruptura se produce de manera paulatina entre el final del siglo XVIII y el inicio del siglo XIX, segundo corte temporal, primera orilla, con acciones puntuales que anticipan una transformación en el modo de gestionar el uso y propiedad de los ejidos, primero con la vigencia de las Leyes Borbónicas, luego con la crisis económica de la Audiencia. La falta de recursos del Cabildo motivó a Luis

---

<sup>195</sup> Libro Primero de Cabildos de Quito, 129.

<sup>196</sup> Libro Primero de Cabildos de Quito, 34.

<sup>197</sup> Cicala, 134.

Francisco Héctor quinto barón de Carondelet (1748-1807)<sup>198</sup> a arrendar los ejidos para percibir ingresos «de propios» y realizar obras de alcantarillado, arreglo o construcción de edificios públicos y adecuación de plazas. Carondelet se sitúa en una temporalidad adyacente a los cambios visibles en la ciudad republicana quiteña, se podría decir que fue un pionero en el ordenamiento de la ciudad en términos modernos, inició su cargo en diciembre de 1797.

Al igual que cuando fue gobernador de San Salvador y Luisiana, Carondelet comenzó sus funciones en Quito con un balance económico y militar de la Gobernación que reflejó deficiencias que debían ser revisadas y corregidas para cambiar el signo de la situación económica de ese entonces, los resultados del diagnóstico fueron: un sistema de transporte deficiente hacia Cartagena, una milicia débil y sin armas, material bélico insuficiente para proteger las costas de ataques de piratas, inconformidad social en todo el territorio expresados en levantamientos en zonas urbanas y rurales, ciudades de la Sierra central destruidas por el terremoto de 1797 siendo la más afectada Riobamba; Quito no se había recuperado de los efectos de los terremotos de 1755 y 1797, los fondos de propios eran insuficientes para mejorar la situación social y física de Quito. Es decir, un diagnóstico preocupante que demandaba un apoyo político para restablecer el orden en la Gobernación.

Para solventar esta crisis y mediante Cédula Real del 27 de noviembre de 1801 propuso el arriendo de los ejidos de Turubamba y Ñaquito con el siguiente antecedente:

Que el año de mil setecientos ochenta y cinco conociendo esta mi Real Audiencia la necesidad de reparar las calzadas, puentes, caminos, y demás obras públicas, concedió facultad a ese Cabildo para arrendar parte de las tierras de sus ejidos nombrados Turubamba e Ñaquito pero que nueve años después se coligaron la cavilación, y parcialidad para impedir la renovación de las contratas de arrendamiento, y saliendo con su empeño quedó anulada dicha gracia. Que a vuestro ingreso en esta presidencia, habiéndoos enterado del deplorable estado en que se hallaban las bóvedas de las quebradas, puentes, caminos, calzadas, calles, cárceles, y demás

<sup>198</sup> Barón de Carondelet, Caballero de Malta y coronel de los ejércitos españoles, entre otros méritos, francés por nacimiento y belga por su familia, ciudadano español por cuanto los países bajos pertenecieron a España en ese entonces. Fue el vigésimo noveno presidente de la Audiencia, gobernador y capitán general de Quito nombrado por el rey de España y los ministros del Consejo de Indias, luego de acumular méritos como gestor y político en el cargo de intendente y gobernador de San Salvador en el Reino de Nueva Guatemala entre 1788 y 1792, y gobernador de Luisiana y Florida Occidental entre 1792 y 1796. Carondelet tomó la posesión de la presidencia y gobernación de Quito el 3 de febrero de 1799, en ese entonces rendía cuentas al rey de España Carlos IV y al virrey de Santa Fe. Ver María Antonieta Vásquez Han, «Para la “Felicidad Pública”... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito» en *Carondelet, una autoridad colonial al servicio de Quito*, coord. Carlos Manuel Larrea, José Gabriel Navarro, Jorge Núñez Sánchez, et al. (Quito: Imprenta Mariscal, 2007),

obras públicas, y de los atrasos de la renta de Propios, tratasteis con el Regente de esa mi Real Audiencia de los medios que se debían poner en práctica para atender su pronto reparo [...] he resuelto examinéis [...] qué dehesas, pastos y ejidos se concedieron en esa ciudad en su población [...] permitáis solo el arrendamiento; y hagáis se recobren las usurpadas para que sirvan a los objetos que las leyes tienen determinado, cuidando al mismo tiempo de que, no falte lo preciso en estas tierras, a los pueblos de los indios situados en el exido, pues el cuidado de estos es el mas encargado por las Leyes [...].<sup>199</sup>

De este modo los ejidos de Añaquito y Turubamba entraron en arriendo por remate público y bajo normas de uso, precio y plazo. En el ejido de Turubamba hubo tres pueblos que presionaban sobre el ejido para su crecimiento: Chillogallo, La Magdalena y Guajaló, para estos se destinó un espacio de 50 caballerías de tierra para su crecimiento, estos estaban destinados al pastoreo (dehesa) y construcciones de carácter público:

Se han resuelto para propios de esta ciudad se tomen dos o tres islas que hay en el llano de Chillogallo en la dehesa, para que estos se vendan e se eche en los dichos edificios e sean propios de esta ciudad para siempre jamás.<sup>200</sup>

Así como en el sur se prevé un espacio para el crecimiento urbano en el ejido de Añaquito. Carondelet visualiza la posibilidad de formar una nueva ciudad que se llevó a la práctica solo en el siglo XX con el nombre de Ciudadela Mariscal Sucre, ordenó la formación de los cementerios de El Tejar y San Diego, la remodelación de la plaza Mayor y la Catedral, un programa de canalización y abastecimiento de agua en pilas y plazas, proyectos visionarios que con independencia de la línea política de posteriores presidentes del Ecuador fueron continuados o retomados como prioritarios.

### **Remate de los ejidos de Quito**

El libro de remate de los ejidos que reposa en el Archivo Municipal (Quito, 1802-1822) da cuenta del cambio de dominio, el precio y en algunos casos el lugar en el

---

<sup>199</sup> Vásquez Han, «Para la “Felicidad Pública”... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito», 164-165.

<sup>200</sup> Vásquez Han, «Para la “Felicidad Pública”... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito», 285. Ver anexo 1.

que se encuentra ubicado un terreno, la unidad de medida fue la «caballería»<sup>201</sup> y cuando se trató de pedazos de tierra pequeños se usó el término «cuadra».<sup>202</sup> El documento contiene los remates realizados en los años de 1803, la mayor parte corresponden a Turubamba, 1804 dedicados a Añaquito, 1813 a ambos ejidos y 1822 con énfasis en Turubamba.

El proceso de remate se respaldó en una normativa que establecía el pago de toda deuda antes de entrar a «hacer postura» (ofrecer un precio) de una extensión de tierra en arriendo, el precio base fue de 30 pesos por caballería pagados por anticipado, el plazo de arriendo fue de 9 años, luego de este plazo el arrendatario podía volver a ofrecer un nuevo precio o ratificar el vigente en una nueva subasta. La disposición cuarta señala que:

En el supuesto de que son 83 las Caballerías arrendables, procurarán repartirlas vuestras mercedes entre todos los Postores de modo que cada uno se lleve alguna parte de ellas, y no se atenderá para la preferencia, sino la mejor puja: quedando vuestras mercedes en la inteligencia que a más de su responsabilidad será nulo lo que se obrare contra esta disposición gubernativa. Quito, 29 de octubre de 1802, Carondelet.<sup>203</sup>

La revisión del libro de remate de los ejidos entre 1804 y 1822 da cuenta de una transformación importante respecto a la tenencia de la tierra lo que permite aseverar que el ejido de Turubamba estuvo en poder de varias familias influyentes de Quito que tuvieron estrecha relación con el proceso de independencia, nombres como marqués de Solanda,<sup>204</sup> don Joaquín Sánchez de Orellana, el marqués de Selva Alegre, el marqués de Maenza, son recurrentes en los episodios del 10 de

<sup>201</sup> Caballería: unidad de superficie utilizada para medir extensiones de tierra para uso agrícola. Las medidas varían según el lugar. Jaime Salcedo cita el acta del Cabildo de Quito del 17 de abril de 1573 que define una caballería de tierras en esta ciudad como «diez y seis cuadras de solares, o como diez y seis veces la plaza mayor de esta ciudad, con calles y todo».

<sup>202</sup> No se dispone de las medidas fijas para una cuadra, en lenguaje coloquial se usa para una extensión de suelo agrícola cuya producción abastece el consumo familiar.

<sup>203</sup> Vásquez Han, «Para la “Felicidad Pública”... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito», 266.

<sup>204</sup> El título nobiliario del marqués de Solanda se creó el 27 de abril de 1700 por Carlos II y fue otorgado a Antonio Sánchez y Ramírez de Arellano, originario de la Villa del cerro de oro de Zaruma. El marquesado tuvo importancia por la marquesa Mariana Carcelén y Larrea conocida como la marquesa de Solanda. El 13 de julio de 1747, Fernando II fundó el marquesado de Selva Alegre que concede a Fernando Sánchez de Orellana. De este tronco familiar descenden familias influyentes en el siglo XIX como los Montúfar y Larrea, comprometidos con la independencia de España. José Matheu y José Mejía Lequerica fueron miembros de la Logia «integridad» n.º 7 de Cádiz. Ver Guadalupe Soasti, «El comisionado regio» en *Sedicioso, insurgente y rebelde* (Quito: FONSAL, 2009), 22-38.

agosto de 1809, es decir, un grupo social contrario al régimen colonial, denominado insurgente, que para 1822 desaparecieron de los listados de los remates. Esta circunstancia podría estar relacionada con la persecución, probable confiscación de bienes, venta a familiares para proteger el patrimonio familiar y el asesinato de los insurgentes en 1810.<sup>205</sup>

Por las descripciones de los extranjeros en Quito del siglo XIX, se observa que la ciudad y el espacio público, calle y plaza, eran frecuentados por grupos populares, cabe preguntar quiénes eran y dónde estaban las familias aristocráticas. Según Hassaurek (1831, Viena-1885, París) las familias distinguidas formaban un grupo «impenetrable» porque constituía un grupo cerrado que había conservado la raza blanca y «aún gustan de oír pronunciar sus viejos títulos familiares». Por la descripción de este diplomático, crítico y directo en sus expresiones sobre la sociedad quiteña, se deduce que estas pasaban buena parte del tiempo en sus haciendas y quintas fuera de Quito, en Turubamba o junto a la ciudad, mientras que los indios y mestizos pobres desempeñaban sus oficios y tareas en el espacio público, en particular, en las calles y plazas.

Tanto Joaquín de Avendaño (1812 Vigo - 1886) como Hassaurek describieron estas residencias y el entorno natural con sorpresa por la suntuosidad arquitectónica, decoración y la belleza de los lugares: las haciendas tuvieron una geometría ortogonal en su arquitectura en oposición al paisaje natural y los bosques. Las quintas estaban en los bordes de la ciudad: la casa de la familia Larrea en Guápulo; la quinta de la familia Salvador en la loma de El Placer; la quinta La Arcadia del señor Lazerda en Tambillo. La lectura de los paseos de Avendaño da a entender que eran pocos los extranjeros en Quito y no era raro que se encontraran en el centro de la ciudad o coincidieran de manera casual en el camino y llegaran juntos a una invitación:

Oprimiendo el lomo de ligeros corceles, que alegres pisaban la verde alfombra de Ñaquito, dirigiéndose por esta extensa pradera, hacia el santuario de Guápulo, tres bellas damas y algunos caballeros. Dos de las damas eran las de la ascensión al Javirac; la tercera, el interesante e inteligente cicerone del autor en la catedral de Quito. De

<sup>205</sup> El proceso de independencia entre 1809 y 1822 ha sido un periodo poco estudiado, ha sido documentado recientemente por autores como Roger Davis en 2010, Enrique Ayala Mora en 2011, Alexandra Sevilla en 2016. El Archivo Municipal recopiló y editó las actas del Cabildo entre 1808 y 1812. Es un periodo turbulento, complejo en que las autoridades españolas se aferraron al poder. Aparentemente hubo un triunfo de los criollos en 1809, de allí que esta conquista se denomine «Primer grito de independencia» pero todos son luego perseguidos y puestos en prisión y finalmente asesinados en 1810, al año de la rebelión. La salida de los españoles residentes en cargos de poder en Quito se dio con la batalla del Pichincha en 1822 con el apoyo de un ejército regional al mando del general Antonio José de Sucre.

los jinetes no quiero ocuparme: baste saber, que uno de ellos era el que estas líneas escribe. ¿Adónde íbamos? A una partida de campo. ¿Qué objeto nos movía? La curiosidad. Habíasenos convidado a un almuerzo; y para unir lo útil y lo agradable, elegimos para punto de reunión la bonita casa de campo que posee Larrea en Guápulo.<sup>206</sup>

Sobre la quinta de la familia Salvador en El Placer Avendaño resalta la biblioteca, las pinturas y las haciendas de esta familia. En una conversación mantenida 1857 y 1858 con Manuel Salvador, Avendaño le pregunta:

¿Y tiene usted muchas haciendas?

—Todavía conservo varias, mal que le pese a mis enemigos. La más cercana es la de Olalla.

—He oído hablar de ella. Me dicen es muy bonita, y creo está muy cerca de las pirámides.

—Cierto. He gastado mucho en ella; pero está hoy harto descuidada. Los novios piensan pasar allí unos días y si usted quiere venir con nosotros, le acompañaremos a las pirámides.<sup>207</sup>

La hacienda Olalla está ubicada cerca de las pirámides de Caraburo y Oyambaro, topónimos unidos a la memoria de Misión Científica Francesa que colocó pirámides en puntos de referencia geográfica para la determinación de la línea ecuatorial;<sup>208</sup> es decir, es un lugar de alta significación histórica. Por el contexto de la descripción del viaje, cuando menciona a «los novios» se refiere al préstamo de la casa de la hacienda Olalla para la realización de un matrimonio indígena de la zona con quienes la familia mantenía relaciones de reciprocidad y compadrazgo un vínculo común en las haciendas de la Sierra. Otro aspecto que se desprende de esta entrevista es que la familia Salvador fue poseedora de terrenos fuera de Quito. Con esta referencia de tradición familiar, es posible que los arrendatarios de los ejidos de Quito entre 1803 y 1822, con la perspectiva de inversión, compraran mediante remate y aumento de capital económico. En este año José Salvador renovó el arriendo de dos terrenos en Turubamba; en 1822 José Salvador arrendó un terreno en el ejido de Añaquito.

<sup>206</sup> De Avendaño, 167.

<sup>207</sup> De Avendaño, 175.

<sup>208</sup> El detalle de una «flor de lis» en la leyenda de las pirámides levantó una polémica diplomática en el siglo XVIII. Pleito que tuvo que afrontar La Condamine señalando que este símbolo fue también utilizado por la Corona española.

### Ejido de Añaquito

El primer remate se realizó con seis terrenos en marzo de 1804 con arrendatarios que tomaron tierras de anteriores usuarios. En el mismo año se remataron 16 terrenos más que no tuvieron posesión anterior. Este ejido tuvo poca ocupación, al parecer las tierras del sur eran más productivas que las del norte, a diferencia de Turubamba, en Añaquito aparecieron dos grupos de indígenas que renovaron la posesión del ejido, el primero fue el de los indios de Zábiza que venían ocupando con anterioridad, y el segundo correspondió a la protectoría a nombre de Lorenzo Lincango, Mariano Limbaña, José y Tomás Limbaña que no tuvo arrendatario anterior. Ellos se presentaron al remate con el Protector de indios, el doctor Vicente Lucio Cabal, abogado de la Real Audiencia y Agente Fiscal de lo Criminal y Protector General de Naturales de Quito. Estas diferencias hacen pensar que la dualidad urbana de Quito estuvo planteada en el siglo XIX de una manera particular que se superpuso a las ya existentes, siendo nuevamente la geografía y las condiciones del suelo los que dieron lugar a las simultaneidades en el territorio.

Volviendo al tema, el primer grupo «haciendo personería por el común de indios de Zábiza hizo postura de nueve pesos caballería por el terreno que estos tenían ocupado antiguo y modernamente», esto se entiende como una ocupación de tiempo indefinido: comenzó en el pasado y llega al presente.<sup>209</sup> El segundo grupo se presentó con el mismo abogado quien ofreció 9 pesos por «todo el terreno que hubiese entre los dos terrenos rematados en la protectoría para el común de los indios y Mariano Limbaña». Los nombres de los arrendatarios fueron Lorenzo Lincango, Mariano Limbaña, José y Tomás Limbaña. En ambos casos no hubo otras ofertas y la renovación fue inmediata, un reconocimiento tácito de sus tierras comunales y ancestrales.

Las actas de los remates fueron repetitivas, en el encabezamiento constaban los nombres de las autoridades que presidían el acto, la fecha, las disposiciones para el remate, por ejemplo, quiénes podían entrar en el remate con una propuesta de precio. Seguidamente, el pregonero, que desde 1803 hasta 1822 fue la misma persona, Clemente Cárdenas, no se lo nombraba con el prefijo «Don» indicador de jerarquía social, sino que a veces se lo presentaba como «indio» y en otras como «mestizo», este personaje clave en el ambiente urbano desde la Colonia y en la difusión de los actos públicos y jurídicos de la ciudad anunciaba en alta voz en la puerta del juzgado qué tierra se iba a rematar, luego entraban los postores, se producía una puja a partir de un precio base y al final se otorgaba el terreno al mejor postor.

<sup>209</sup> A manera de interpretación, un tiempo que no está en lo cronológico sino en lo eterno.

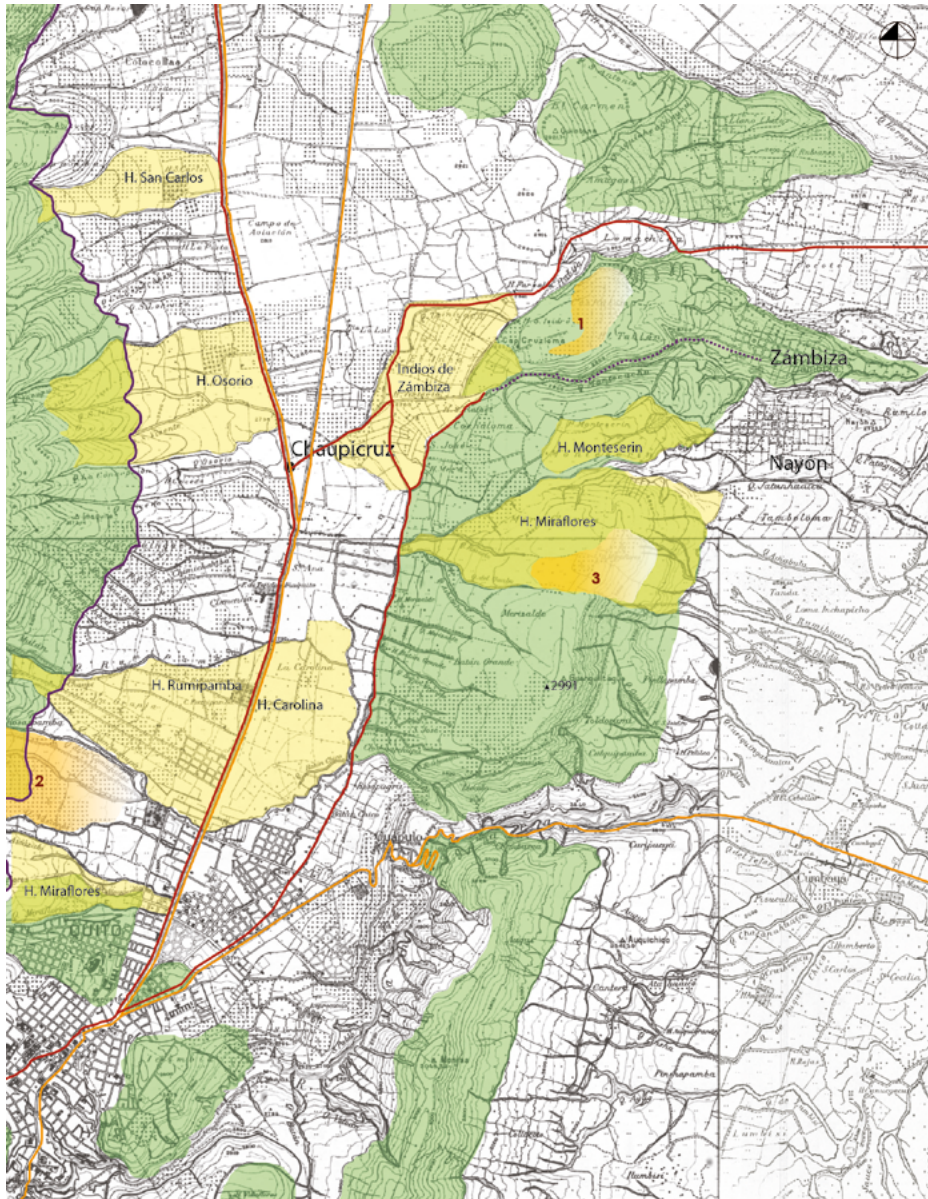
El costo del suelo del ejido del norte fue menor al de Turubamba; en el primer remate los terrenos se ofertaron entre 9 y 25 pesos, solo un terreno se ofertó en 31 pesos, fue el propuesto por el mercader Pedro Espinosa quien arrendó apenas de una y media caballería por un terreno junto al que «poseen los indios Lincangos y Cóndores del pueblo de Zámbez». Su oferta inicial de 9 pesos fue seguida por la intervención del protector de indios quien lo obligó a subir su oferta hasta los 31 pesos. En 1822 Pedro Espinosa no renovó el arriendo de este terreno, lo que da lugar a varias lecturas y especulaciones: la convivencia junto a los Lincango y Cóndores no fue la mejor, la tierra no fue productiva, la situación económica de la época no justificaba una ganancia tan corta frente a la cuota alta de arriendo y una extensión de la tierra reducida, en todo caso, la presencia de un grupo indígena en este espacio llama a la memoria el «espacio del nosotros» defendido por los señoríos asentados en su espacio de vida que fue Añaquito, y la huella de la disputa por el suelo que para los indígenas fue su espacio ancestral, en una doble lectura, la del espejo, de lo «invadido».

Los Lincango, Cóndores y Limbañas fueron familias indígenas cuyos apellidos no coincidían con los de las encomiendas más tempranas repartidas en Quito en el siglo XVI.<sup>210</sup> Para estos autores, los apellidos preincas de Quito fueron Pillajo y Collahuaso, en tanto que Zámbez fue el nombre de un cacique de esa localidad y luego del pueblo que mantuvo este topónimo hasta la presente. Una nota de prensa<sup>211</sup> cita a partir de entrevistas a habitantes del barrio «El Inca» en 1992 que los apellidos indígenas antiguos más frecuentes eran Lincango, Cóndor, Pillasa, Quilachamín, Simbaña y Gualoto. Podría ser que algunos nombres se hayan deformado en el tiempo, Limbaña por Simbaña y Pillasa por Pillajo, en todo caso, queda claro que son indígenas que en el siglo XIX ya estaban asentados en las tierras de los indios de Zámbez.

---

<sup>210</sup> Ver nota 82.

<sup>211</sup> Redacción La Hora, «Lo comunitario está presente en el Inca», *La Hora* (24 de diciembre de 2005). Acceso en junio de 2025. <https://www.lahora.com.ec/archivo/Lo-comunitario-esta-presente-en-el-Inca-20051224-0162.html>



Comunas

- 1. San Isidro del Inca
- 2. Santa Clara de San Millán
- 3. Guanguiltagua - Miraflores

■ Caminos Prehispánicos

■ Camino Colonial

■ Haciendas

■ Ciénega

**Figura 31.** Haciendas y comunas en el ejido de Añaquito presentes en el plano de 1930. **Fuente:** elaboración propia sobre planchetas dibujadas por el Servicio Geográfico Militar 1930.

La comparación de apellidos indígenas hace pensar que el arriendo de los ejidos se refiere al sector conocido hoy como El Inca y San Isidro de El Inca en donde permanecen familias con estos apellidos hasta finalizar el siglo XX; este sector se identifica como «barrio», término que tiene una connotación colectiva o identidad común expresada en sus fiestas y ritualidad indígena, una de ellas la «yumbada».<sup>212</sup> Este barrio se encuentra junto a una de las brechas naturales de la meseta de Quito que conduce a un camino transregional: desde El Inca y Zámbriza hacia la Amazonía, es decir, su localización no es casual sino referida a un modelo de asentamiento prehispánico.<sup>213</sup>

En 1804 las asignaciones de terrenos no tuvieron posesión anterior; sin embargo, existe una descripción de límites para unas tierras, otras tienen numeración. Entre 1804 y 1813 aparecen nombres de sectores que es posible identificar en los planos actuales: Carretas está situada junto al camino hacia el norte, sector Carapungo; Cotocollao; «desagüe del totoral hacia el camino del Batán»; «camino de Chaupicruz»; hacienda Osorio.

En 1813 se repartieron ocho sectores, el costo de cada caballería fue de 9 pesos como precio base y ascendió hasta 19 pesos, adicionalmente dos terrenos se remataron a 25 y 30 pesos respectivamente.

En 1816 don Florencio Escorza arrendó varios terrenos colindantes dejados por anteriores ocupantes a 9 pesos, en 1822 se remataron 13 terrenos entre 9 y 15 pesos, y tres a 19, 25 y 30 pesos. En 1822 los grupos indígenas de apellido Lincango, Zimbañas y Cóndores continuaron renovando el arriendo de las tierras en 8 pesos, al igual que en los anteriores remates no hubo proponentes con interés por ocupar el mismo espacio.

A manera de reflexión sobre el valor material y económico del suelo de los ejidos en estos años se podría decir que la revalorización de la tierra en Turubamba y la escasez de oferta en el norte da a entender que el sur tuvo mayor ocupación que el norte; el sur era más productivo que el norte; en el sur arrendaron las familias pudientes de Quito en tanto que en el norte los indígenas pagaron para proteger espacios de pertenencia ancestral; las familias pudientes arrendaron como inversión mientras que los indígenas como patrimonio cultural colectivo.

La presencia de indígenas sugiere un espacio de identidad que se defendía con celo como derecho adquirido y no es difícil imaginar reacciones de hostilidad hacia

<sup>212</sup> Salomon, 472.

<sup>213</sup> Salomon describe en este artículo la fiesta de la yumbada para identificar en ella la experiencia histórica de los habitantes de El Inca con los habitantes amazónicos, el intercambio de productos a través de trueque y el reconocimiento de ambas culturas: la amazónica y la quiteña. También analiza la presencia de esta fiesta en un sector industrial de Quito y su coincidencia con la fiesta católica del Corpus.

el «otro», que se expresaba de diferentes maneras, una de ellas fue el castigo en el precio que pagó Pedro Espinosa, 31 pesos, en relación con el de sus vecinos, los indios, que pagaron 9 pesos por cada caballería de tierra.

En 1800 el barón de Carondelet destinó los fondos de arriendo del ejido de Añaquito para el establecimiento del Hospicio, el Presidio (Santa Martha)<sup>214</sup> y la ejecución de obras públicas de Quito.<sup>215</sup> Mientras que los fondos de Turubamba se destinaron a la reparación de la cárcel pública, arreglo de la canalización de la quebrada que pasa debajo del colegio de los jesuitas como obras prioritarias.<sup>216</sup> Mientras que sobre el destino de los fondos entre 1802 y 1822 no se ha escrito. Este fue un tiempo de turbulencia política, social y de economía escasa en el que la guerra fue una prioridad, de ser así, no es difícil que parte de los fondos hayan sido destinados para este fin.

El plano de 1932 muestra la localización de algunas haciendas mencionadas en el remate del ejido de Añaquito, así como la posible ubicación de las tierras de los indígenas cuyos apellidos corresponden a Lincango, Cóndor y Zimbaña, esto motiva a preguntar si estas eran las únicas tierras en posesión de indígenas, ¿en dónde estaban las comunas<sup>217</sup> en 1932? Por la literatura encontrada se han podido identificar tres grupos en el ejido de Añaquito. El primero estaba en El Inca y San Isidro del Inca ya que las características de ubicación de los remates y los apellidos coincidían con el sector de los indígenas mencionados. Para argumentar sobre su presencia desde tiempos ancestrales ellos argumentaron la pertenencia a Zámbriza que era una comunidad preexistente, hoy convertida en parroquia urbana con manifestaciones culturales propias. El segundo grupo estuvo en Santa Clara de San Millán, entre la hacienda de Rumipamba y Miraflores, hoy absorbida por la ciudad.

<sup>214</sup> Las autoridades diagnosticaron que el sitio y solar de Santa Marta, centro de reclusión carcelario de mujeres, «no pertenecía al cargo de Alguacil sino al ramo de Propios de ciudad y por lo tanto, fue destinado para presidio». Ver Vásquez Han, «Para la “Felicidad Pública”... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito», 271.

<sup>215</sup> Carondelet tuvo además la idea de crear una nueva ciudad en el ejido de Añaquito, lo que indicaría que la Ciudadela Mariscal Sucre, que fue la primera que se planificó en el siglo XX en este espacio, fue un proyecto que surgió en el final de la Colonia, el modo como se desarrolló este proyecto recuerda la «reserva» del suelo de la Alameda. De ser así, el Cabildo habría atesorado una parte del ejido del norte para la construcción de residencias para personas pudientes de la ciudad.

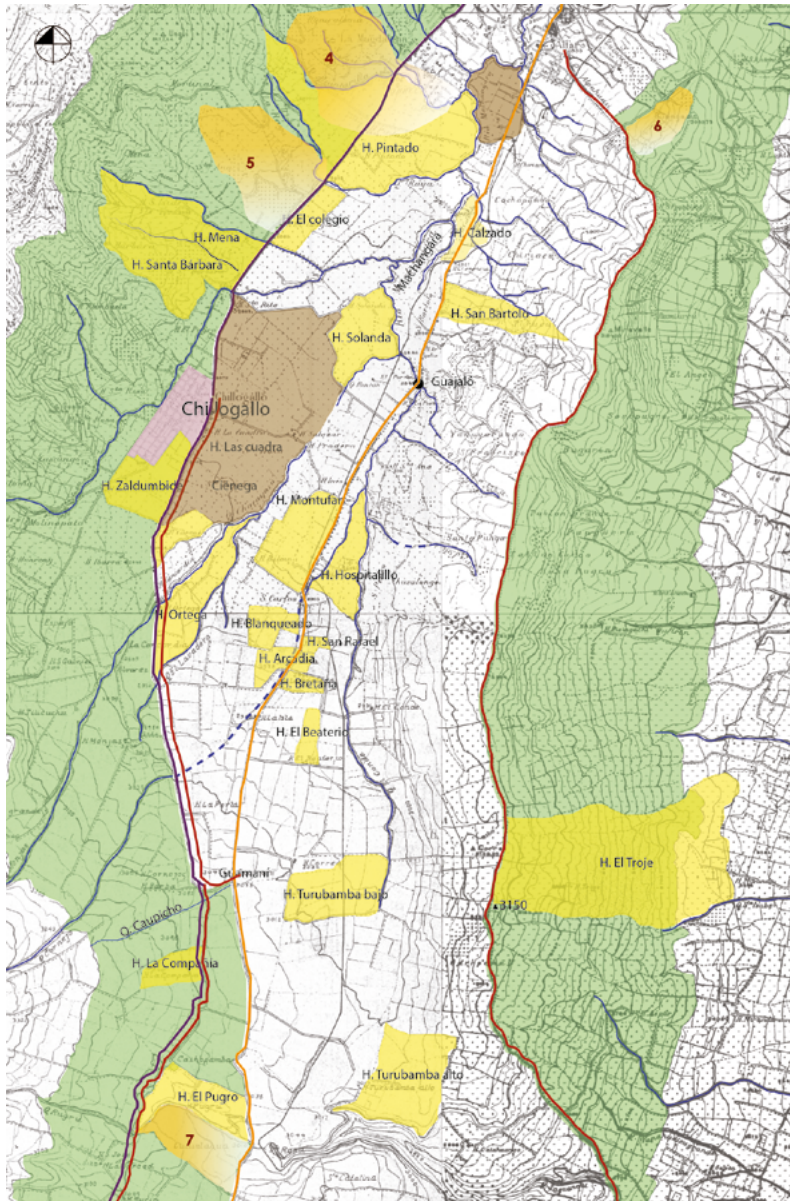
<sup>216</sup> Larrea, 63.

<sup>217</sup> Se denomina «comuna» a un asentamiento indígena que mantiene su forma de vida comunitaria, quedaron con una parte de las tierras después de la venta de las haciendas y con el tiempo se integraron a la ciudad como barrios con una identidad propia. En la actualidad, a inicios del siglo XXI, quedan todavía las comunas de San Isidro del Inca y la comuna de Miraflores (Parque Metropolitano). La primera celebra la fiesta ancestral denominada la «Yumbada» asociada con el contacto con la Amazonía. Sobre esta fiesta el estudio de Frank Salomon identifica huellas de un pasado prehispánico que permanece hasta la actualidad.

Una tercera comuna se encontraba en la loma de Guanguiltagua, posiblemente en una hacienda que también llevó el nombre de Miraflores; en la actualidad es un barrio que se encuentra dentro del Parque Metropolitano.

### **Ejido de Turubamba**

El ejido de Turubamba tuvo un proceso diferente al ejido de Añaquito. La complejidad de este ejido abre un tema amplio que no ha sido todavía tratado a profundidad que es la historia de la arquitectura de las haciendas en el entorno de Quito, el levantamiento de las relaciones sociales y familiares entre los involucrados en el proceso de renta y luego la compra del ejido de Turubamba, una red social compleja cuyo estudio está pendiente. El plano de 1932 del Servicio Geográfico Militar tiene la localización y delimitación de algunas haciendas mencionadas en los remates del siglo XIX, probablemente reducidas en extensión y cuyos topónimos se mantuvieron hasta 1932, una huella en el territorio que es posible identificar de manera espacial.



- Comunas  
 4. Chilibulo  
 6. Chimbacalle  
 5. Marcopamba  
 7. El Puero

- Caminos Prehispánicos  
 ■ Camino Colonial  
 ■ Haciendas  
 ■ Laderas

**Figura 32.** Plano de Quito de 1932 con la localización de haciendas y comunas en Turubamba.

**Fuente:** elaboración propia sobre planchetas dibujadas por el Servicio Geográfico Militar, 1930.

Con la reorganización iniciada por Carondelet en el ejido de Turubamba se actualizó el costo del suelo entre 1802 y 1822; en 1802 todos los interesados en tomar en arriendo iniciaron la propuesta con 30 pesos y se remataron en un promedio de 50 pesos lo que significa una revalorización significativa; no obstante, Pedro Espinosa pagó 68 pesos anuales por cada caballería de terreno que ocupó con anterioridad la marquesa de Maenza, y José Aguirre pagó 75 pesos anuales por cada caballería del terreno que ocupó el escribano Francisco Xavier de Bustamante. Desgraciadamente en el ejido de Turubamba no se menciona la extensión de cada terreno arrendado, pero la actualización del costo por unidad de tierra de 30 a 50 pesos fue significativa y con tendencia al alza.

Cada arrendatario de Turubamba tuvo una superficie delimitada por «zanjas», aspecto al que se hizo énfasis en cada documento de remate, el uso no se especificó en el contrato, pero se asume que fue para pastoreo y siembras. El tiempo de duración del contrato fue de nueve años a partir de 1802, sin embargo, en 1813 se renovaron los arriendos por un tiempo de nueve años y medio. Las zanjas podrían ser canales realizados en el suelo para dividir parcelas, es decir, que no fueron naturales sino construidas a propósito.

En 1813 la ocupación de Turubamba pasó a otras manos, desaparecieron los nombres de varias familias importantes de Quito, pero se mantuvo el número de terrenos para remate, 28 en el caso de Turubamba. Las tierras se arrendaron en menor precio, la base siguió siendo entre 30 pesos y 40 pesos; sin embargo, hubo excepciones: don Carlos Calisto Borja y Vicente Solís arrendaron las tierras que ocupó la marquesa de Solanda en 60 pesos por caballería, un valor superior a la base. Cabe preguntar si el incremento tuvo relación con la calidad de la tierra, el equipamiento y mejoras, o el prestigio de la familia, lo que queda claro es que el terreno se dividió entre dos arrendatarios. En el remate de este año el mayor precio pagado fue de 62 pesos ofrecido por don Nicolás Maestanza por las tierras de don Guillermo Valdivieso y el de Petrona Villagómez, luego de la «puja» entre tres postores que aumentaron al doble la base de 30 pesos. Otro síntoma de cambio fue que pocas personas arrendaban varios terrenos, lo que se puede interpretar como concentración de suelo en pocas manos, por ejemplo, don Ascencio Matheu, y Mariano Zárate. Por otra parte, don Luis González y Juan Herdoiza aparecieron como oferentes en nombre de dos mujeres.

En 1813 se identifican sectores que permanecen hasta hoy en la toponimia del sur de Quito: el Calzado, el Beaterio, Turubamba, Guamaní, y tierras «del hospital» (Hospital del Sur) por otra parte, desaparecieron topónimos referidos a sitios geográficos como Sumipotrero y Turupotrero; Tatunyacu que debió estar junto a la quebrada del mismo nombre; y otros como La Tabaquería, tierras de la posta de correo, La Verbena, terrenos del Tirón, Chaupi Corral y Pogyo.

En 1822, año de la Batalla del Pichincha al mando de Antonio José de Sucre, se realizó un nuevo remate, en este se observa que se dividió el antiguo terreno de El Beaterio. Personas como don José Villandrando, Ascencio Matteu y José Salvador adquirieron en arriendo varios terrenos en Turubamba y los dos primeros renovaron los del periodo anterior. José Salvador es un nombre que apareció rentando algunos, lo que sugiere el surgimiento una nueva generación de personas con capacidad económica e interés en invertir en terreno agrícola para luego vender como suelo urbano.

En este año el número de proponentes se redujo de 28 a 27 y el costo por caballería bajó en relación con 1813 probablemente por la guerra que afectó la situación económica en general, la base de negociación pasó de 30 a 25 pesos. Las negociaciones concluyeron entre 30 y 40 pesos por caballería, en este rango se encontraron 12 proponentes; entre 40 y 50 pesos solo 7 proponentes, y más de 50 pesos 2 proponentes, uno de ellos fue José Villadandro quien renovó su terreno, el precio se incrementó por su contrincante que lo obligó a subir de 25 a 60 pesos. Algunas tierras del remate anterior quedaron abandonadas y José Salvador las rentó. Dos instituciones rentaron tierras en el ejido, la posta de correos y el Hospital de la Caridad.

La generación de terratenientes anterior al gobierno de Carondelet tuvo a más de sus propiedades agrícolas privadas, otras, también agrícolas en los ejidos de Quito; estas fueron obtenidas en arriendo mediante remate al mejor postor. Al parecer el valor del arriendo era bajo. Este grupo social estuvo conformado por familias acaudaladas que tuvieron casas suntuosas en Quito. La descripción de Mario Cicala hacia 1750 da cuenta de la calidad de estas residencias urbanas y los nombres de los propietarios coinciden con casi todos los apellidos y títulos nobiliarios encontrados en el ejido de Turubamba:

No es, en manera alguna propósito referir aquí cuáles sean las casas más ricas y ostentosamente adecuadas y adornadas. Indicaré algunas: la del Marqués de Maenza, del marqués de Solanda, del Conde de Selva Florida, del marqués de Miraflores, del Marqués de Orellana (es ésta sobremanera suntuosa), la de los Oidores Regios: del Sr. Quintana, Chiriboga, Villasís, Guerrero y muchísimos otros, así como también las de no pocos comerciantes casados y establecidos en aquella ciudad (refiriéndose a Quito).<sup>218</sup>

---

<sup>218</sup> Cicala, 189.

El estudio de Christian Büschges,<sup>219</sup> elaborado a partir de contratos de compra-venta, arriendo, testamentos y dotes, localizó algunas residencias de la nobleza en Quito en los siglos XVIII y XIX. De ellos, el plano de 1932 muestra la localización de las tierras arrendadas en el siglo XIX con la particularidad de que en este año aparecen como privadas. Al parecer fueron compradas al Municipio, y luego, la institución volvió a comprar a algunos privados en un proceso complejo que no ha sido documentado. Este plano permite ubicar las haciendas de Turubamba con los nombres de algunos propietarios, que se convirtieron en topónimos del territorio: «Solanda», «El Pintado», «Ortega», «Zaldumbide»; estos apellidos corresponden a arrendatarios en el siglo XIX y dueños en el siglo XX. Don Joaquín Pintado, quien rentó una parte del ejido de Turubamba, aparece en el plano de 1932 como hacienda El Pintado. El topónimo dio nombre al barrio El Pintado y a la quebrada. Esto confirma que el arrendatario se convirtió en dueño.

Las casas graficadas por Büschges conservaron el título nobiliario de sus primogénitos hasta finalizar el siglo. La localización espacial de las casas se encuentra en las dos manzanas situadas alrededor de la plaza Mayor, es decir, en la parroquia de El Sagrario, como se observa en el plano redibujado. Cicala se refiere a la decoración y al tipo de mobiliario antes que al diseño de la casa, mientras que Alfonso Ortiz destaca que las casas de la ciudad tuvieron muros portantes de adobe y la estructura arquitectónica de casa de patio interno.<sup>220</sup> A esto se puede añadir que algunas debieron tener una portada de piedra en la fachada, en un recorrido por el sector algunas casas no mantuvieron la portada. Entre las razones de su ausencia está la venta, el traslado a otras casas de las mismas familias, la pérdida de algunas luego de los terremotos o el ensanche de las calles.

<sup>219</sup> Christian Büschges, *Familia, honor y poder* (Quito: FONSA, 2007), 201.

<sup>220</sup> Alfonso Ortiz, comunicación verbal.



CASAS PARTICULARES Y SUS PROPIETARIOS

- |  |   |
|--|---|
| <ol style="list-style-type: none"> <li>1: Rosa Montúfar y Larrea y su marido Vicente Aguirre (desde ca. 1815)</li> <li>2: Ramón Joaquín Maldonado y Borja (1797)</li> <li>3: Joaquín y Rosa Montúfar y Larrea (1797)</li> <li>4: Juan Pío Montúfar y Larrea, segundo Marqués de Selva Alegre (después de 1795)</li> <li>5: José Javier Ascásubi y Matheu (1796)</li> <li>6: Manuel Matheu y Aranda, heredero del marquesado de Maenza (1797)</li> <li>7: José Carcelén y Pérez de Ubillús, cuarto Marqués de Villa Rocha</li> <li>8: María Nicolasa de Santa Coloma (hasta 1768), Juan Pío Montúfar y Larrea (1780)</li> <li>9: Francisco de Jijón y Chiriboga (1797)</li> <li>10: José Carcelén y Pérez de Ubillús (1786, 1796)</li> <li>11: Pedro Quiñones y Cienfuegos (1797)</li> <li>12: Sebastián Pérez de Ubillús (desde 1714), heredero a José Carcelén y Pérez de Ubillús</li> <li>13: Casa del mayorazgo de la Marquesa de Solanda</li> <li>14: Micaela Carcelén y Pérez de Ubillús</li> </ol> | <ol style="list-style-type: none"> <li>15: Casa del Mayorazgo de los condes de Selva Florida</li> <li>16: Casa del mayorazgo de la familia Villacís (Marquesado de Villa Rocha)</li> <li>17: Micaela Ponce de León y José Guerrero y Peñalosa, cuartos condes de Selva Florida (desde 1739)</li> <li>18: Clemente Sánchez de Orellana y Riofrío, primer Marqués de Villa Orellana (1776)</li> <li>19: Casa doble de Manuel e Ignacio Guerrero Ponce de León respectivamente (1797)</li> <li>20: Mariano Flores y Jiménez, segundo Marqués de Miraflores (desde 1775)</li> <li>21: Familia Chiriboga, Joaquín Tinajero y Larrea (1797)</li> <li>22: José Manuel de Larrea y Jijón, primer Marqués de San José (hasta 1835)</li> <li>23: María Nicolasa Guerrero y Nájera, cuarta Marquesa de Solanda (1789)</li> <li>24: Casa del mayorazgo de la familia Freire (Marquesado de Selva Alegre)</li> <li>25: Juan de Larrea y Villavicencio (1822)</li> <li>26: Gregoria Guerrero y Peñalosa (hasta 1766)</li> <li>27: Juan Maldonado y Guerrero (hasta 1805)</li> </ol> |
|--|---|

Nomenclatura:

Edificios religiosos

**Figura 33.** Localización de las casas de la nobleza de Quito en el siglo XVIII.

**Fuente:** elaboración propia sobre dibujo original tomado del libro *Familia, honor y poder*, de Christian Büschges.

Volviendo atrás, Carondelet inició la revalorización del suelo y puso en orden el sistema de tenencia, recuperó este espacio para obtener ingresos para el Cabildo; sin embargo, la renta de este espacio considerado público y en custodia municipal pasó a particulares al iniciar el siglo XX. Otros arrendadores del ejido de Turubamba en el siglo XIX fueron instituciones religiosas como el convento de San Francisco, el monasterio de la Concepción, el convento de los Bethlemitas que no aparecen en 1932.

Al reactivar la renovación de los arriendos aparecen nombres de personas fallecidas que son reemplazados por homónimos: el acta de negociación de 1802 señala que Antonio Bolaños renovó el terreno del «finado Antonio Bolaños». En el mismo año el marqués de Villa Orellana<sup>221</sup> apareció renovando el arriendo de un terreno de don Joaquín Sánchez de Orellana; cabe preguntar si esta manera de actuar se debe a las posibilidades de mantener el precio, mantener el prestigio social y la vinculación familiar en la tenencia de este suelo, entre otras posibilidades. La marquesa de Solanda apareció como poseedora de unas tierras; sin embargo, esta persona debió ser con seguridad la primera marquesa de Solanda, pues Mariana Carcelén, conocida con el mismo nombre y que ocupó un papel importante en la independencia, nació en 1805, posterior al remate de 1802.

El remate deja a la vista que de las 28 personas registradas como ocupantes de terrenos en Turubamba en 1802, solo cuatro se renovaron con el mismo arrendatario: el de Joaquín Tinajero, el de don Antonio Bolaños fue renovado por su homónimo Antonio Bolaños, el de Andrés Salvador y el del convento de los Bethlemitas. Los demás cambiaron de arrendatario. Las denominadas «tierras sobrantes» se asignaron a la posta del correo.

También se encontró el caso de Jacinta Herrera quien cedió voluntariamente las tierras que ocupó, estas pasaron en arriendo en favor de Gregorio Padilla y Antonio Calderón. Las mujeres no participaban en primera persona en los remates sino a través de un representante, porque no se registra su asistencia. Los representantes de estas declaran por lo general estar en delegación de sus madres o esposas. Los métodos de negociación diferían entre personas; generalmente la «puja» se llevaba a cabo incrementando la base, pero hay una negociación interesante de don Carlos Beles de Álava quien ofertó un valor por debajo de 33 pesos que fue la base con la oferta de un pago anticipado de dos años, la oferta fue aceptada inmediatamente ya que su contrincante no pudo superarla.

---

<sup>221</sup> El parentesco se deduce del siguiente texto: «En enero de 1818, Joaquín Sánchez de Orellana, comandante de las milicias de la Segunda Junta, hermano del marqués de Villa Orellana, pugnaba por demostrar su lealtad a toda prueba a la Corona». Ver Pablo Ospina, «Habiendo roto el freno de la obediencia», *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, enero-junio 2009, 65-92.

Con el barón de Carondelet los fondos recaudados del arriendo de Turubamba y Añaquito fueron destinados para obras públicas y renovación de la ciudad bajo una concepción moderna de organización de los fondos públicos, esta dio prioridad a la inversión económica del suelo como bien material, dejando en segundo plano el valor simbólico y de recurso natural. En este contexto es interesante notar que la visión de un estado moderno se gestó desde el interior del periodo colonial, es decir, los cambios en la estructura política de la Corona española llegaron a América a la par con las transformaciones en Europa.

En el caso de Turubamba la recaudación fue destinada por Carondelet para la reparación de la cárcel pública, el arreglo de las arquerías de la quebrada que se encontraba bajo la propiedad de los jesuitas.<sup>222</sup> El diagnóstico del barón de Carondelet identificó 83 caballerías arrendables; sin embargo, la recopilación de los remates efectuados entre 1804 y 1822 registraron 135 remates celebrados en favor de diferentes personas naturales o instituciones en los dos ejidos lo que sugiere que entre 1800, cuando Carondelet realizó el diagnóstico, y 1822, continuó el proceso de arriendo con una probable subdivisión de tierras.

El análisis de los ejidos permite comprender que las disposiciones que se emitían desde los poderes local o regional incidían directamente en la jerarquía del espacio público. Resumiendo lo observado en Quito, la valoración de los ejidos en términos de jerarquía, historia y de valoración colectiva cambió en periodos de larga duración: en tiempo prehispánico ambos ejidos tuvieron un valor simbólico y valor material de propiedad colectiva similar, quizás el sur estuvo más poblado que el norte por los hitos construidos: dos caminos y asentamientos humanos; en la Colonia la calidad del suelo para caza, pastoreo y paseo otorgó mayor jerarquía al ejido de Añaquito; sin embargo, al finalizar el mismo periodo se revirtió el valor del suelo, el sur fue mejor cotizado que el norte. Hoy en día se ha invertido nuevamente la jerarquía del espacio urbano, el norte tiene mayor jerarquía y valor del suelo que el sur, el valor de los recursos naturales y agrícolas cambió por el costo del suelo urbano.

Mientras las tierras de los ejidos eran arrendadas cabe preguntar qué sucedía con la presencia de las comunas indígenas en Turubamba, eran independientes o formaban parte de las haciendas y en dónde estaban asentados. En este espacio se encontraron huellas de cuatro comunas reconocibles por otras fuentes bibliográficas hasta 1950. Chilibulo, Chimbacalle, Marcopamba y El Pugro. Estas comunas fueron absorbidas por la ciudad, pero sus nombres están presentes en los topónimos del sur de Quito.<sup>223</sup>

---

<sup>222</sup> Vásquez Han, «Para la “Felicidad Pública”... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito», 285. Ver anexo 1.

<sup>223</sup> Vale señalar que el caso de Chimbacalle es singular pues en 1908 se inauguró en este sector la

Según la cartografía actual y el señalamiento de arriendos, el espacio aproximado del ejido de Añaquito debió ser de 2.7 km de ancho y 6.5 km de longitud. El ejido de Turubamba, de acuerdo con las descripciones debió tener un espacio, con al menos dos ciénegas en el interior: 2.4 km. de ancho y 7.5 km de longitud.

.....  
estación ferroviaria de Quito y Eloy Alfaro rebautizó a este sector como parroquia Eloy Alfaro, que consta en la cartografía de la ciudad. Sin embargo, la población del sector lo cambió con el tiempo y prevaleció el nombre de Chimbacalle, con el que permanece hasta hoy.

# **CAPÍTULO III**

**DEL ESPACIO DEL  
NOSOTROS AL  
ESPACIO CIUDADANO**



## La transformación del espacio

El análisis de los capítulos anteriores pone en contexto tres aspectos relevantes de la ciudad y el territorio en que se asienta para configurar el espacio público de reconocimiento colectivo en periodos de larga duración, el «espacio del nosotros» afirma su permanencia en ciertos espacios pese a las transformaciones del orden colonial; es una preexistencia que se mantiene con la fundación española de la ciudad, su memoria se representa en el espacio de las tres plazas coloniales que funcionan como un sistema. Más tarde, la noción de lo equinoccial cuya expresión política y de nuevo orden se concentra primero en la plaza Mayor, durante el periodo virreinal (primer corte, segunda orilla), y más tarde se desplaza al parque de La Alameda en donde se encuentran representadas las lógicas de una Ilustración «a la quiteña» con proyección internacional (segundo corte, segunda orilla). En ambos, el paisaje de Quito se construye a partir del orden natural y topográfico en donde la vitalidad del fuego, el agua, el sol y la tierra dejan una huella en la memoria de sus habitantes y en la manera de habitar la ciudad.

El espacio del nosotros, el orden hispánico, la noción de lo equinoccial y el paisaje son preexistencias que permanecen en el tiempo y hacen de Quito una ciudad con carácter propio, estas son evidentes en los espacios públicos; no obstante, estas permanencias se traslapan con atributos que se suman en temporalidades diferentes y con lógicas afines a cada momento.

Los dos periodos de la historia política influyen, pero no son determinantes en la transformación del espacio público, al respecto cabe preguntar ¿cómo encontrar los cortes temporales que identifiquen en la ciudad «Quitos» diferentes? Un recurso puede ser la cartografía puesto que al representar la ciudad se observan cambios en el dibujo de los espacios públicos. A esto se suman las descripciones de científicos, fotógrafos, artistas, dibujantes que realizaron planos en dos y tres dimensiones, y viajeros que describieron sus observaciones sobre lo cotidiano.

El mapa, como señala Harley, no es un dibujo inocente, representa intereses, en ocasiones elimina partes que por algún motivo no interesa representar, incorpora elementos gráficos que dan a entender que cada plano es producto científico y, por lo tanto, un referente de «verdad» cuando en realidad es una elaboración técnica, el mapa habla del pasado e incorpora un discurso político,<sup>224</sup> en este sentido los análisis de los planos de Quito con diferentes lentes son pertinentes para examinar huellas de tradiciones que permanecen y otras no. Vale decir que esta ciudad tiene una serie cartográfica amplia a partir del interés que despertaron los resultados de la primera Misión Geodésica Francesa que permaneció en Quito entre 1736 y 1745 para realizar la medición del cuadrante terrestre. En el equipo

<sup>224</sup> John Brian Harley, *La nueva naturaleza de los mapas* (México: Fondo de Cultura Económica, 2005).

participaron dos navegantes españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes al igual que Charles Marie de La Condamine, jefe de la misión, realizaron planos de Quito como trabajos adicionales al objetivo científico.

Para realizar una lectura de los espacios ciudadanos en «Quitos» diferentes se tomarán como referencia los planos históricos de la ciudad y las descripciones de esta en temporalidades similares para analizar de qué manera los elementos naturales geográficos y topográficos influyeron en la manera de imaginar el tiempo en esta ciudad, y del mismo modo, de qué manera los juicios de valor sobre el territorio y sus rugosidades incidieron en la actitud humana sobre el medio natural y los espacios públicos abiertos, de algún modo reflexionar también sobre los factores que han incidido en la estabilidad de esta burbuja de cielo y suelo que compone el arte del lugar.

En este contexto, el plano dibujado y las descripciones son «textos» que se complementan en el sentido en que J. B. Harley utiliza para la deconstrucción del mapa:

Es generalmente aceptado que el modelo de texto puede tener una aplicación mucho más amplia que sólo la de los literarios. A textos que no son libros, como las composiciones musicales y las estructuras arquitectónicas, podemos con toda confianza agregar los gráficos que llamamos mapas.<sup>225</sup>

### Las plazas fundacionales de Quito

Para 1539 Quito tenía tres plazas que se formaron al dejar una manzana sin construir, y tuvo dos quebradas profundas que atravesaron el núcleo fundacional con caudales que corrían de oeste a este. También existía un río que bordeaba el núcleo fundacional por detrás del Panecillo. La trama en cuadrícula debió encontrar acomodo ante la topografía en ladera y atravesada por profundas quebradas. En el primer siglo se realizaron los primeros rellenos de alguna de ellas junto a la plaza Mayor en un ensayo de acierto y error pues las corrientes de agua tenían caudales variables y a menudo causaron desastres en lo construido. Ante esto, se vio que la mejor solución era la construcción de puentes, pero eran costosos, entonces se construyeron estructuras de piedra que de algún modo facilitaron la colocación del puente durante este periodo en que la ciudad fue el espacio fundacional mismo, una pequeña hondonada de valor simbólico preexistente.

---

<sup>225</sup> Harley, 195.



**Figura 34.** Sistema de plazas fundacionales de Quito: San Francisco, Santo Domingo y la plaza Mayor.  
**Fuente:** elaboración propia sobre planos de Quito: 1734, 1748, 1858, 1922. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

Para Salcedo, Quito se convirtió en los primeros años de vida urbana en un referente de «traza regular» cuya estructura y rasgos morfológicos se replicaron en otras ciudades de la región que tuvieron detrás al mismo fundador: Sebastián de Benalcázar, quien optó por configurar ciudades con dos plazas en Portoviejo, en Ecuador; y Cali, Popayán y la primera fundación de Pasto en Colombia. Queda como pregunta sin respuesta la decisión de implantar en Quito tres plazas en el núcleo fundacional. Lo que se verifica con la toma satelital es que entre las tres hay fuertes vínculos con alineaciones hacia el territorio.

Las tres plazas de Quito que comparten el origen de la fundación están localizadas en la parroquia de El Sagrario; se insertaron desde un inicio en una cuadrícula más o menos regular y ocuparon el espacio de una manzana, estas son: San Francisco, Santo Domingo y la plaza Mayor; las tres tuvieron fuente de agua según el croquis de 1573, por lo tanto, eran puntos de encuentro, estaban relacionadas con los ingresos naturales a la ciudad, entre colinas. La relación con las montañas mayores y menores se observa únicamente desde lo alto, y a través de la relación geométrica que resulta de unir los centros de las plazas que da como resultado un triángulo equilátero. Al prolongar sus lados y medianas estas líneas se relacionan con sitios de la geografía que son de interés histórico y toponímico.

Las actividades que se realizaron en las plazas fueron varias, su piso fue de tierra. Allí se hacían ferias de mercado, fiestas de toros, procesiones, el acopio del agua para su distribución en la ciudad, la fiesta pública y las noticias del pregonero. La plaza Mayor fue la principal, tuvo en su centro el rollo en donde se ajusticiaba a quienes delinquían o se rebelaban en contra de la Iglesia o el rey, esto no impidió que para 1573 Hernando de Santillán mencionara que allí se realizaba «el comercio de trato con el pueblo». Esta dualidad se suma a las ya anotadas en el siglo XVI. Se podría decir que las tres plazas de mayor tamaño son las más antiguas y las que han acumulado mayor reconocimiento colectivo.

Las relaciones geométricas y visuales entre las plazas fundacionales y sitios singulares en las montañas de Quito se produjeron en la Colonia, cuando las tres plazas fundacionales se configuraron como espacios públicos. Esta composición es la prueba de una mixtura de elementos culturales incorporados en un espacio urbano colonial, la plaza es un hito público en donde está presente la mixtura cultural entre lo ancestral andino y lo europeo que pasan a ser parte de una nueva manera de entender y experimentar el territorio. El gesto de conservar la organización espacial básica del territorio prehispánico en una relación de líneas y puntos en la geografía no se entiende sin la negociación previa en el espacio público; tampoco se entiende la permanencia de topónimos quechuas y de otras lenguas como Itchimbia, Pichincha, Ilaló, todos en la esfera de lo alto, que no

cambiaron con la presencia española ni la inca. Este atributo del territorio de Quito viene a reforzar el valor simbólico del «lugar», que como todo lugar se forma a partir del reconocimiento colectivo, tiene jerarquía y acumula historia y está relacionado con el medio natural.

El cambio de paradigma prehispánico significó rupturas y continuidades, en este sentido el «modelo de ciudad cristiana» pasa a ser un producto matizado por las preexistencias culturales y tiene como resultado el de un espacio con carácter americano y andino. El nuevo orden implicó un nuevo «acomodo» en el territorio cedido y la tendencia a modificar la naturaleza en donde era posible para implantar una cuadrícula más o menos regular, disponer de plazas y predios para los edificios religiosos, los del gobierno y las viviendas. Una de las maneras de modificar la naturaleza y transformar la idea de lo alto y lo bajo fue el relleno de una parte de la quebrada denominada con varios nombres en su recorrido: El Tejar en la parte alta y Zanguña en el centro, a pocos metros de la plaza Mayor, y la «cava» como denominación general. El relleno fue una solución costosa para el Cabildo y por ello se optó por construir puentes únicamente para dar continuidad a las calles con el apoyo de la comunidad, de allí la relevancia que dio el presidente Alcedo a la reconstrucción del puente de La Merced.

La Colonia evidenció el significado de la quebrada como un espacio peligroso que obstaculizaba las ideas de crecimiento en dirección norte-sur. Al finalizar el periodo se convirtió en espacio público marginal de signo negativo, profano y de muerte, fue una categoría con la que la sociedad convivió en tensión. Sin embargo, y al mismo tiempo, era el espacio de las lavanderas, del baño, de exploración de los niños que jugaron en este espacio, un sitio de paseo, excursión y encuentro de toda la ciudad.

La conservación de la división ritual de Hanan y Urin y el ingreso al espacio del antiguo mercado prehispánico estuvo controlado por mitimaes incas, al menos en el ingreso norte por evidencias arqueológicas. Con la fundación española los ingresos se convirtieron en las tres primeras parroquias eclesíásticas de Quito: San Roque, San Sebastián y San Blas. El núcleo fundacional tomó el nombre de El Sagrario, con las cuatro primeras órdenes religiosas en los bordes de su delimitación: Franciscanos, Mercedarios, Agustinos y Dominicos, cuyos predios formaron un cuadrilátero en la trama urbana, posteriormente, su solidez arquitectónica reveló la intención defensiva de la arquitectura religiosa. Los jesuitas llegaron al finalizar el siglo XVI y también se localizaron dentro del cuadrilátero.

La fundación de la Villa de San Francisco de Quito fue efectuada el 6 de diciembre de 1534. Retomando a Jaime Salcedo, algunas de las fundaciones americanas contaron con un astrónomo y astrólogo quien recomendaba las mejores condiciones de armonía no solo en la tierra sino la influencia positiva de los astros de

la bóveda celeste. En el caso de Quito, la situación de la bóveda celeste a las seis de la mañana fue clara, con un cielo en el que se identificaron aspectos de la dualidad cósmica: las estrellas más brillantes de esa mañana fueron cuatro planetas, agrupados de dos en dos, Marte y Venus; Saturno y Urano; dos parejas de energía opuesta y complementarios: la belleza y la guerra; la tradición y la innovación, respectivamente, lo que explica que al igual que en la tierra en el cielo se encontraron dualidades cuya lógica se arraiga en la particularidades de la zona ecuatorial, y constituyen una totalidad.

Con el cambio de paradigma, la plaza Mayor o plaza grande se convirtió en el espacio de poder y centro de los acontecimientos políticos en la larga duración; este espacio concentra una vitalidad social y una historia sostenida en el tiempo, pese a los cambios físicos es el lugar que la población frecuenta hasta hoy. Hoy en día la plaza Mayor es un espacio activo: allí se expresan los desacuerdos, la protesta ciudadana, expresión de los derechos y necesidades de la población, y al mismo tiempo la fiesta, razones para considerarlo un espacio ciudadano.

Las tres plazas están ubicadas en niveles altitudinales distintos, su disposición es la de un triángulo equilátero que encierra a una serie de espacios en los que de alguna manera el transeúnte se encuentra al caminar entre lo alto y lo bajo, entre San Francisco y Santo Domingo, La Merced y San Agustín en la parroquia de El Sagrario. Desde lo alto estas plazas se convierten en referentes urbanos e hitos de la geografía que evocan de algún modo la geografía sagrada prehispánica.

### **Un cuadrilátero defensivo en el núcleo fundacional**

Se mencionó que los conventos de las cuatro órdenes religiosas más importantes de la Colonia se ubicaron en Quito formando un cuadrilátero estratégico, asociado con la posibilidad de defender la ciudad. Esta idea fue una constante entre los españoles cuando Salazar de Villasante escribió sobre la torre de la iglesia de la catedral «no la dejé subir más porque señoreaba toda la ciudad a subirse más, y si algunos se alzaban, tomando la torre, con un tiro allanaban la ciudad»;<sup>226</sup> sin embargo, la lectura espacial da cuenta de que los indios cedieron este espacio para subir a las cimas de las montañas relacionadoras entre lo alto y lo bajo, y dominar visualmente el territorio, en una paz tensa con los vecinos ubicados en la hondonada.

Los cuatro conventos se visualizaban en el cuadrilátero a mediados del siglo XVII con las iglesias y torres de San Francisco, La Merced, San Agustín y Santo Domingo. En el centro de este espacio estaba la Catedral, el monasterio de la Concepción y el solar de los jesuitas, adquirido en 1595 y las obras iniciadas en

<sup>226</sup> Ponce Leiva, 83-84.

el siglo XVII. Todos se encontraban emplazados en una manzana completa con extensiones de terreno que fluctuaba entre una y tres hectáreas. La monumentalidad de la arquitectura religiosa debió impactar en la sobriedad y modestia de la arquitectura civil.

Sin embargo, la relación plaza - conjunto religioso defensivo no era el denominador común que los unía; únicamente San Francisco, Santo Domingo y la Catedral tenían una plaza delante de la fachada principal. La Merced y San Agustín, iniciadas en la segunda mitad del siglo XVI, tenían plazas reducidas que se las pueden incluir entre las plazas menores sin que esto signifique que fueran órdenes religiosas de menor importancia.

Entre las posibles razones están: el orden regulador de la traza ya estaba establecido y tuvieron que acomodarse a ella; la topografía y la presencia cercana a la quebrada de El Tejar impidió un desarrollo adecuado de una plaza, esto es válido para La Merced que tenía a la quebrada de El Tejar frente a la fachada lateral del templo; otra razón puede ser que la disposición de la edificación religiosa en la manzana cambió en los primeros años; se podría argumentar también que la ampliación de los edificios luego de los terremotos de los siglos XVI y XVII y la disposición de las calles cortaron los espacios destinados a la plaza.

La prueba de que los edificios religiosos de las cuatro órdenes religiosas tuvieron un doble papel: el de evangelización y el defensivo a manera de muralla salió a la luz en los momentos de crisis social y en el doble papel que cumplió al ser el espacio de resguardo de perseguidos políticos, el lugar seguro para las familias acomodadas, autoridades civiles y eclesiásticas; la Iglesia fue la institución en la que se confió la custodia los bienes más preciados mientras sucedía la crisis: el terremoto, la erupción o el levantamiento social. Por otra parte, la Iglesia fue la intermediaria entre grupos sociales antagónicos, los pacificadores, los que enfrentaron la protesta social llamando en nombre de Dios a la cordura, los que aprendieron más de una lengua aborigen para catequizar. Es decir, un grupo social de mediación entre grupos diferenciados de la sociedad y un catalizador del ambiente social comprometido con todos los grupos de la población urbana y rural.

De este modo, los conjuntos religiosos de La Merced y San Agustín tuvieron plazas en la trama urbana de Quito; sin embargo, la renovación de la iglesia de La Merced cambió la relación con la antigua plaza y la apertura de la calle hizo que San Agustín perdiera su plaza lateral en donde existió una puerta lateral de ingreso.

### **Las primeras plazas parroquiales de Quito y su evolución**

Las primeras parroquias eclesiásticas estuvieron conformadas desde tiempo prehispánico por asentamientos humanos, los últimos fueron grupos de mitimaes que permanecieron en los bordes de la ciudad del siglo XVI, estas son: San Roque, San Sebastián y San Blas, localizadas en los ingresos a la ciudad y junto a caminos pre-existentes; estuvieron pobladas por indígenas y mestizos, cada una con su iglesia y un espacio abierto delante sin una forma geométrica definida, y a manera de una explanada. Las primeras noticias sobre estos espacios son del siglo XVI y están referidas a los ejidos por ser puntos de contacto con viajeros que entraban o salían de la ciudad. Las tres iglesias eran modestas en tamaño, en 1573 Hernando de Santillán señala que San Sebastián y San Blas «no tienen traza de iglesia» por ser de tierra y paja, esto sugiere que su tamaño fue modesto, y su forma arquitectónica se asemejaba a la de una capilla de una nave.



**Figura 35.** Transformación de la plaza de San Blas en la cartografía quiteña.  
**Fuentes:** elaboración propia sobre planos de Quito: 1734, 1748, 1810, 1858, 1903, 1922.  
Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

Las plazas parroquiales no han tenido una descripción pormenorizada de su imagen, tampoco han contado con un número representativo de fotografías o dibujos excepto si formaban parte del escenario de una procesión importante como la de la Virgen de Guápulo, o la virgen del Quinche, en cuyo caso la plaza de San Blas se ha visto de algún modo representada. Las pocas fotografías existentes dan cuenta de una relación estrecha del campo con la iglesia parroquial urbana; la forma del predio no fue definida y el material de piso fue de tierra; fueron lugares de encuentro de viajeros, feligreses, comerciantes, es decir, lugares de intercambio cotidiano y de identidad con el barrio que la rodeaba.



**Figura 36.** Parroquia de San Sebastián. Transformaciones físicas en la cartografía quiteña.  
**Fuentes:** elaboración propia sobre planos de Quito: 1734, 1748, 1810, 1858, 1888, 1922.  
Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

Las plazas parroquiales consolidaron su geometría al finalizar el siglo XVIII según se observa en la cartografía, en los textos coloniales se las denominó «placetas», formaron, al igual que las plazas mayores, un triángulo, y se localizaron cerca a los bordes de los conventos de la parroquia de El Sagrario y en los ingresos de la ciudad.



**Figura 37.** Transformación física de la plaza de la parroquia de San Roque en la cartografía quiteña.

**Fuentes:** elaboración propia sobre planos de Quito: 1734, 1750, 1903, 1914, 1922. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

Lo que se constata en el plano de 1734, doscientos años después de la fundación, es que las parroquias de San Roque y San Sebastián tuvieron sus plazas rectangulares en frente de la iglesia y acceso por la calle; estuvieron localizadas cercanas a la quebrada de Ullaguayacu, en una parte elevada, junto a los caminos antiguos de ingreso a la ciudad; ambas tuvieron en la plaza una cruz sobre pedestal. San Blas en cambio tuvo una explanada amplia delante sin geometría definida y no dibujó la cruz sobre pedestal, sino sobre el campanario.

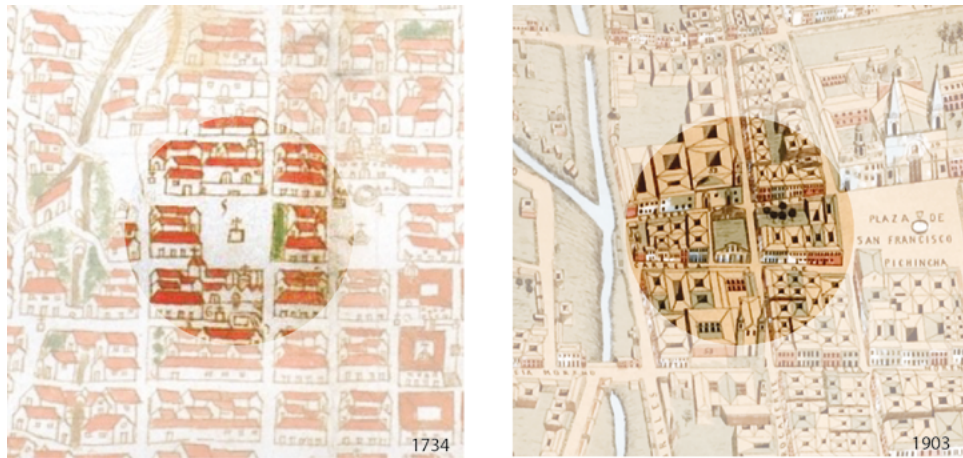
La plaza de San Blas, en el ingreso norte de la ciudad, tuvo un cementerio junto a la iglesia. El espacio alrededor de la iglesia tuvo otras construcciones y la iglesia misma se agrandó. El ensanche de la vía y las modificaciones urbanas no limitaron la visibilidad de la iglesia, construida en la ladera.

Al examinar la cartografía histórica en contraste con el espacio de las plazas parroquiales en la actualidad, se observa un cambio significativo: con el ensanche de las vías, el deterioro y luego la reconstrucción de San Sebastián; la destrucción de la iglesia colonial de San Roque y el reemplazo por una iglesia neogótica construida en el siglo XX, el traslado de enterramientos a cementerios, el crecimiento de la población y el reordenamiento de las parroquias fueron probablemente algunas causas por las que el liderazgo de las tres parroquias que manifestaron sus acuerdos o desacuerdos con el poder hegemónico durante la Colonia decayeron en la República y sus plazas se redujeron significativamente. San Roque es hasta el siglo XXI un espacio de resistencia por mantener el liderazgo sobre el mercado, que sin ser mayorista, cumple en la práctica este rol, mientras el municipio mantiene el interés por eliminarlo y reforzar el suyo. Las lógicas de comercialización son diferentes en ambos mercados y San Roque mantiene estrategias que funcionan de manera adecuada para los intereses de los comerciantes que se abastecen en él.

San Blas y San Sebastián mantuvieron actividad comercial hasta mediados del siglo XX. San Blas estuvo cercana al mercado municipal situado junto a este espacio, mientras que San Sebastián, con el ensanche y depresión de la calle, quedó aislada. Con una actividad reducida, las iglesias parroquiales se mantienen como parte del patrimonio de la ciudad con poco apoyo para su conservación y su actividad depende de iniciativas del barrio o de la municipalidad. En este sentido, se puede decir que los espacios ciudadanos pueden perder su condición de lugares singulares, de actividad ciudadana y de reconocimiento colectivo.

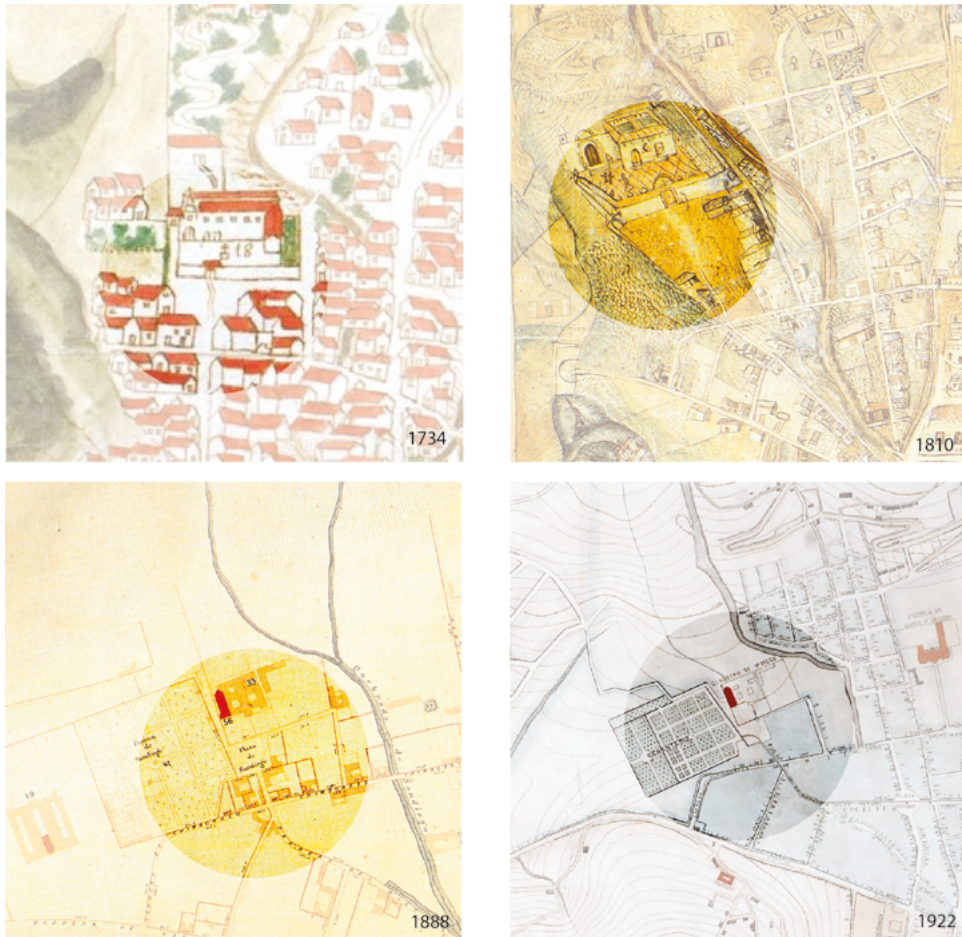
Sin embargo, el plano de 1734, de Dionisio Alcedo, dibujó otras plazas que no correspondían a parroquias: la plaza de Santa Clara con el monasterio de monjas del mismo nombre en uno de sus lados. El tamaño de la plaza era menor al de las tres plazas de la fundación, pero en este plano la dibujó del mismo tamaño que San Francisco. Otra plaza que destacó en este documento gráfico fue la de

la recoleta de San Diego por tener dos espacios abiertos en frente de la fachada principal, el primero, un atrio amurallado y que encerraba un rectángulo; el segundo correspondía a la plaza pública, también abierto y de dimensión menor al del atrio amurallado, en frente a la fachada de la recoleta y una geometría regular que delineaba una plaza cuadrada en el cruce de tres caminos.



**Figura 38.** Plaza de Santa Clara.

Fuente: elaboración propia sobre detalles de planos de Quito: 1734 y 1903. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.



**Figura 39.** Plaza de San Diego.

Fuentes: elaboración propia sobre planos de Quito: 1734, 1810, 1888 y 1922. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

En ambos casos, los edificios se encontraban frente a plazas que ocupaban un espacio significativo: Santa Clara, frente a una plaza que se transformó con la construcción de un mercado cubierto en 1904, el plano de Quito de 1903 muestra el espacio de la antigua plaza con muros listos para recibir la estructura metálica para la cubierta. El mercado fue demolido al finalizar el siglo XX y la cubierta trasladada por el municipio al centro cultural del Itchimbía, con lo cual, se recuperó este espacio. Sin embargo, el diseño de la plaza no aporta a la permanencia de la gente ni de los comerciantes que prefieren permanecer en los zaguanes de las casas que la rodean.

La plaza de San Diego, como se mencionó, estaba entre los sitios para visitar en la ciudad, se encontraba junto al cementerio y la recoleta de San Diego, de valor histórico y cultural. Estos espacios tuvieron relevancia en la vida de la ciudad hasta mediados del siglo XX cuando las familias del centro se desplazaron al norte, muchas trasladaron a sus muertos y otras dejaron de frecuentar el cementerio, con lo cual, otro grupo social es el que tiene ahora a sus muertos en San Diego. La recoleta se convirtió en espacio turístico, la calidad del espacio arquitectónico es de indudable valor, así como las obras de arte; sin embargo, el imaginario urbano de barrio peligroso es una barrera para su desarrollo y divulgación cultural.

### **Los parques. De espacio público a espacio de exclusión**

La transformación de la plaza en parque incide en la concepción del espacio público. Este cambio tuvo lugar al iniciar el siglo XX. Entre las transformaciones se encuentra la adaptación del espacio de la plaza colonial conformada por una manzana sin construir, de forma cuadrangular, en parque público y el cambio del nombre colonial; este tuvo una reja que separó el parque de la calle dejando una acera que rodeaba el parque, en el centro se encontraba un monumento conmemorativo de la independencia, fuentes de agua en los cuatro lados, mobiliario para descanso de los visitantes e iluminación nocturna, pisos de piedra o pavimento.

De esta manera, la plaza Mayor se convirtió en parque de la Independencia desde 1875 según el plano de Quito realizado por Juan Bautista Menten. Esta plaza cambió en dos momentos, el primero con el barón de Carondelet en 1800 y el segundo con Gabriel García Moreno hacia 1850; ambos procedieron del mismo modo, se prohibió el ingreso de la población de Quito que la utilizó para actividades populares bajo el discurso de mejorar la higiene y el ornato de una ciudad cuya categoría era de capital. El segundo cambio fue en 1906, a propósito de la colocación de un monumento dedicado a los próceres del primer grito de independencia de 1809, de autoría del italiano Lorenzo Durini (1855-1905). El monumento reemplazó a la pila de agua que congregaba a los aguateros, quienes repartían este producto en la ciudad. Este personaje característico de la plaza tuvo que buscar otra actividad. El proyecto incluyó un cerramiento perimetral con rejas de hierro y cuatro puertas de ingreso, una en cada lado. En el interior se crearon jardineras con especies nativas e importadas, bancas de madera y metal, y luminarias.

La plaza de San Francisco se convirtió en plaza Bolívar según el plano de Antonio Gil de 1903, y en el mismo año, Henry Grant Higley publicó un plano comercial de Quito, en tres dimensiones, que muestra la plaza de San Francisco sin vegetación y con la nueva nomenclatura. En 1914 otro plano del mismo autor dibujó un parque en el espacio de San Francisco con el nombre de plaza Bolívar.

La plaza de Santo Domingo se convirtió en plaza Sucre desde 1888 según el plano de Gualberto Pérez. Es interesante notar que solo la plaza Mayor cambió su denominación de plaza a parque, los demás se siguieron llamando «plaza» aunque tuvieran jardín, fuentes y monumentos; otro detalle fue que la nueva nomenclatura estaba referida a próceres de la independencia, acorde con el cambio de nominación de las calles. La intención de transformar de manera radical el uso y apariencia de la plaza tuvo efecto únicamente en la plaza Mayor, las otras volvieron a su condición de una manzana sin construir; uno de los cambios fue cubrir el piso con piedra en la década de los años treinta. El objetivo que estuvo detrás de la obra pública fue la eliminación de tradiciones coloniales: desplazamiento del mercado, las corridas de toros, fiestas populares, entre otros. Su imagen estuvo conectada con la idea de generar nuevos símbolos para la Nación y el cambio de época para dejar atrás el periodo colonial. En este sentido, se puede deducir que el cambio de uso de las tres plazas coloniales no alteró el reconocimiento de la población de Quito, atenta a comentar la transformación. Cuando se liberaron las rejas y se recuperó el espacio como manzana sin construir no hubo protestas o manifestaciones en contra de su transformación en los medios de comunicación escrita. En 1922 se trasladaron plantas y rejas del parque Sucre al parque Bolívar para mejorar su aspecto durante las fiestas del centenario, y entre 1930 y 1931 se trasladaron especies ornamentales del parque Bolívar al Hospital Civil que estaba finalizando su construcción.<sup>227</sup>

### **El parque de La Alameda**

En el extremo norte de la ciudad de ese entonces, en el borde de la ciudad, se creó un parque denominado La Alameda, que al igual que en otros países de América Latina fueron espacios ajardinados con flora de interés científico, espacios de paseo, para contemplación y aprendizaje. El nombre antiguo de La Alameda de Quito fue «Chuquihuada» (punta de flecha), por su forma triangular que alude al espacio formado por el encuentro de dos lomas: Itchimbía y San Juan, que en su base dejan un triángulo o embudo que estrecha el acceso hacia el centro de la ciudad; es decir, su forma tiene correspondencia con la topografía y no con un diseño preestablecido. Este espacio fue pensado por el Cabildo colonial de Quito como «potrero del rey» con lo cual se despejaron las discusiones sobre la propiedad defendida por indígenas. Se emprendieron varias iniciativas para convertirlo en jardín, pero no fue posible por el cuidado y costo que requería su mantenimiento.

---

<sup>227</sup> Inés Del Pino, «Permanencias y transformaciones de la plaza de San Francisco de Quito» en *El patrimonio en disputa. La plaza vs. el metro*, ed. Santiago Cabrera Hanna (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2018), 77-117.

La Alameda de Quito fue el punto de partida del camino de Cartagena, a mediados del siglo XIX, más tarde cambió su nombre por «Campos Elíseos» (hoy avenida 10 de Agosto) y orientó la expansión residencial de Quito. Esta fue una época interesante por la incorporación de una serie de servicios públicos básicos, transporte masivo y comunicación, así formó parte de un nuevo modo de vida urbano que tuvo como referente al pensamiento ilustrado, que dio una explicación del mundo a través de la razón; sin embargo, este pensamiento no llegó a la mayoría de la población cuya religiosidad, en parte católica y en parte ancestral, se mantuvo en las familias.

Otro aspecto que cambió la imagen de este sector al iniciar el siglo XX fue la arquitectura ecléctica realizada por arquitectos extranjeros, entre ellos aparecen los nombres de Giacomo Radiconcini, Antonino Russo, Francisco Durini, Francisco Schmidt, José María Pereira, y un ejemplo importante de arquitectura moderna en el edificio de la Cruz Roja, obra de los arquitectos ecuatorianos Lionel y Enrique Ledesma (1955). El espacio de paseo de la gente importante de la ciudad abrió poco a poco otras actividades como el aprendizaje de estudiantes escolares al aire libre y el conocimiento de la naturaleza a través de la experiencia. El observatorio astronómico se convirtió también en un espacio de aprendizaje de la ciencia para jóvenes. Las fachadas que rodeaban al parque exhibían la transición de la arquitectura historicista a la moderna en la que predominaba la actividad comercial.



**Figura 40.** Parque de La Alameda, paseo dominical, 1900. Y avenida principal de la Alameda, Quito, 1910 c.a.

**Fuente:** Archivo fotográfico del Ministerio de Cultura, Quito (izquierda). Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (derecha).

Para 1877 el edificio del observatorio astronómico estuvo terminado y ubicado más o menos en la mitad del espacio de La Alameda; en 1892 el parque se convirtió en jardín botánico con especies adaptadas al clima y altura de Quito, tuvo caminerías cómodas para el paseo familiar, una laguna, bancas para descanso, farolas de iluminación nocturna, cerramiento y reja de ingreso que lo delimitaban. Con el funcionamiento de la escuela de Bellas Artes de Quito en 1892 el parque incorporó en sus límites al arte y a las ciencias, atributos que lo convirtieron en un espacio afín con las aspiraciones políticas de crear un nuevo centro simbólico que representara el orden republicano para el país y el mundo.

Este espacio fue frecuentado por la élite urbana de Quito ya que estaba acorde con sus necesidades, en particular de las mujeres; se trataba de un espacio seguro vigilado por la policía municipal, delimitado por tapias, limpio, con atractivos como música, venta de dulces y actividades de entretenimiento como el paseo en bote los fines de semana y la fotografía. Una manera diferente de experimentar el espacio público y un paseo diferente entre la casa y la iglesia. En el parque las mujeres podían reunirse en un escenario diferente, en un ambiente de libertad. Con el tiempo se construyó un mirador, denominado «el churo», con la tierra que salió de la construcción de una calle en el borde norte y que se convirtió en otro atractivo para los visitantes.

La limitación del ingreso a una parte de la población hizo que la mirada de la gente común se concentrara tras la reja para curiosear lo que sucedía dentro, al igual que en el parque de la independencia. Para el ciudadano común y para el que venía del campo, como lo muestra el plano de 1810, el parque se convirtió en un espacio de observación que fue inmediatamente ocupado cuando se eliminaron las rejas, es decir, el lugar disputado desde la Colonia y privatizado durante casi medio siglo se convirtió en espacio de todos, lo que sugiere la recuperación del espacio del nosotros, mientras que la élite social cambió sus preferencias hacia otros espacios de la ciudad.



**Figura 41.** Parque de La Alameda en 1888 y 1903.

**Fuentes:** planos de Quito: 1888 y 1903. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

## El parque de El Ejido

El ejido del norte fue parte del espacio lagunar del Quito prehispánico, estuvo habitado por varios señoríos étnicos. Durante la Colonia se convirtió en terrenos de pastoreo para los habitantes de la ciudad. En el periodo Republicano se arrendaron pedazos de este espacio, manteniendo el uso agrícola y de pastoreo con el fin de recaudar fondos para obras públicas de la ciudad. Finalmente, en el siglo XX se vendió al mercado inmobiliario y el municipio se quedó con terrenos inundables que poco a poco los fue liberando.

Hasta 1914 los planos de Quito representaron a El Ejido como la continuación de La Alameda debido a que ambos parques estaban delimitados por las mismas calles en sentido norte-sur, y uno estaba a continuación del otro; sin embargo, el plano de 1922 muestra a El Ejido separado de La Alameda, dividido en dos partes por un conjunto de predios que el municipio vendió. Hacia el este se encontraba un espacio destinado al deporte y la educación, y con calle en medio, la otra parte, hacia el oeste, tenía un diseño de parque para paseo, con vegetación característica de un jardín botánico, caminerías y una fuente en una esquina. Este último formó parte de los proyectos elaborados para la celebración del centenario de la independencia en 1922; al no tener rejas, tuvo el acceso de toda la población que lo usó para encuentro y paseo, pero sobre todo como lugar de reunión para desarrollar juegos populares: el trompo, canicas, pelota nacional, cartas, entre otros. Con el tiempo, los árboles que se sembraron en este espacio fueron sobre todo coníferas que por su follaje y tamaño oscurecieron el parque; sin embargo, la densidad de las copas ha sido hasta hoy un atractivo para los edificios que se encuentran a su alrededor.

En el predio del lado este no hubo parque y con su separación fue destinado a varias construcciones. En la memoria de este lugar está el uso por parte de la institución militar: deporte, gimnasia, prácticas de tiro, lugar de aterrizaje de aeronaves pequeñas. El plano de 1947 muestra en este predio el edificio de la Casa de la Cultura, cuya actividad fue de gran importancia para el desarrollo de las artes en la ciudad. Junto a este se construyó un estadio de fútbol bajo iniciativa municipal, conocido como «estadio del arbolito» en donde se realizaron partidos de fútbol local; el espacio restante estuvo destinado al paseo, juegos populares en varias canchas improvisadas: pelota nacional, exhibiciones de malabaristas y cuenteros, es decir, la gente que hoy lo frecuenta es gente común de Quito que se reúne el fin de semana para realizar actividades colectivas de entretenimiento popular al que acuden comerciantes callejeros para vender sus mercaderías.

En la historia, El Ejido ha tenido un significado siniestro por estar asociado con dos muertes de personajes célebres de la historia nacional: el virrey Blasco Núñez de Vela, muerto en Batalla en este lugar en 1546, y el presidente de la República,

Eloy Alfaro, inmolado en El Ejido de Quito en 1912. De los hechos históricos el segundo queda aún en la memoria de la población. Con el crecimiento de la ciudad, en el siglo XX, a continuación de El Ejido apareció una calle que atravesó la ciudadela La Mariscal, hacia el norte, planificada según criterios modernos: no tuvo plaza, tampoco parques, la iglesia se construyó más tarde. El redondel que se encuentra en el plano de 1922 estaba destinado al giro de vehículos. Las fachadas que rodeaban al parque El Ejido, sobre todo en el lado norte, fueron casas cómodas con jardines y acceso para vehículos, las que al finalizar el siglo XX fueron reemplazadas por edificios modernos en altura, destinados a actividades comerciales, financieras y turísticas, con la vista privilegiada hacia el parque y al paisaje de las montañas de Quito.



**Figura 42.** Parques de La Alameda y El Ejido en la cartografía quiteña.  
**Fuente:** planos de Quito: 1922 y 1949. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

A manera de síntesis sobre los parques de Quito, se podría decir que la visión completa de su implantación inició en 1932, momento en que se comprendió la transformación de los ejidos y la expansión proyectada en la ciudad. En este sentido el parque de El Ejido fue un espacio alineado con La Alameda y secundario en relación con esta; El Ejido emuló a La Alameda por tener especies de un jardín botánico, estuvo proyectado para una población que creó allí espacios para juegos locales y actividades diversas. La representación cartográfica de 1922 muestra que el parque precede al proyecto moderno de la Ciudadela Mariscal Sucre, que sugirió la dirección del crecimiento de la ciudad del futuro.

La disposición de El Ejido junto a La Alameda alineados de norte-sur en el plano de 1947 da cuenta del crecimiento lineal de la ciudad, una alineación de parques en la primera mitad del siglo XX conectados con el centro mediante el parque de la Independencia y la plaza de Santo Domingo; la visión de conjunto permite identificar espacios residuales que no fueron vendidos a privados en la hacienda La Carolina, y que al ser de alta plusvalía serán privatizados a futuro.

La plaza, su conversión en parque, y las modificaciones posteriores, quedaron como evidencias del cambio de época de la premodernidad a una primera modernidad; son espacios abiertos que se percibieron de diferentes maneras: como la superposición de huellas en un mismo territorio, es decir, espacios fundamentales de la ciudad en donde se pudo representar, en un mismo espacio, un Quito distinto por la densidad de su significado construido por el poder y con la participación de la ciudadanía, como se observó en la realización de las obras públicas. Desde otra óptica, los parques pueden ser analizados hoy como espacios residuales de propiedad municipal que deben generar renta, tanto los del norte como los del sur, sin embargo, la historia urbana demuestra que la mayor parte de ellos, ubicados junto o cerca de las principales vías de la ciudad y antiguos caminos son pulmones de una ciudad que tiende a la densificación. Los parques que volvieron a ser plazas tuvieron el consenso general de la población que celebró su recuperación.

La traza y la plaza conforman un tejido conexo de nudos y líneas que estructuran recorridos, jerarquía de circulaciones que cambian con el tiempo; sin embargo, hay plazas que mantienen su lugar como «espacio de origen» que relaciona lo local y lo global. Estas plazas no siempre son activas, a veces son de contemplación, son puntos de referencia en momentos de paz y se activan en el momento de turbulencia social como ha sucedido con San Francisco. Los puntos de intersección: la esquina y el atrio en conexión con la plaza son espacios urbanos sin los cuales la experiencia colectiva de una ciudad es incompleta, los sucesos o hechos colectivos se suman y marcan hechos históricos locales y la cotidianidad que alimenta al espacio público.

## Tres «Quitos» diferentes

Mediante los cortes temporales, se visualizan «Quitos» diferentes relacionados con el medio natural y las huellas prehispánicas que aparecen y desaparecen en la memoria de quienes describen la ciudad. En este apartado se visualizan tres «Quitos» derivados de la información y análisis de los cortes temporales que transformaron los señoríos prehispánicos en Villa de San Francisco de Quito, y en el segundo momento, cuando la ciudad colonial se convirtió en ciudad republicana. Sin embargo, la ciudad se mira en varios espejos y puede ser observada desde diferentes puntos de vista. El mismo lugar en temporalidades diferente, no cambia el espacio, cambia la gente que mantiene su vitalidad.

### Quito telúrico

Los eventos naturales que han dado lugar a la transformación de la ciudad han sido los terremotos, la erupción del volcán Pichincha y hechos derivados del crecimiento de los ríos y de las quebradas. El sentido de lo telúrico se ha mantenido en Quito a lo largo de su historia en su relación inmediata con los ciclos de la tierra y los cambios de la estructura geológica y morfológica de la ciudad. Dicho de otro modo, la relación entre el mundo de lo alto y lo bajo cobra vigencia cuando las fuerzas subterráneas inciden en la estabilidad de los edificios, y en el ánimo de la gente que en un momento no tuvo otra explicación que el castigo divino, y en otro, el poner en tiempo presente la vulnerabilidad sísmica y tectónica del lugar, la vitalidad de la naturaleza que siempre se impone. La noción de Quito telúrico se ha construido en la larga duración, puede estar desplazada por un tiempo, pero toma vigencia cuando se activa. Sin embargo, la imagen de horror ante el desastre tiene otro rostro al imaginar, hoy en día, el centro histórico de Quito con quebradas abiertas, el sonido del agua acompañando la vida cotidiana contemporánea, la flora y la fauna nativa que observó Joaquín de Avendaño en este espacio, en un momento en que se promueve la «ciudad verde» como referente de ciudad sana.

Considerando que el centro de la ciudad fue un emplazamiento sagrado ancestral, cabe la pregunta: cómo se expresa la noción de lo telúrico en el espacio público. Cuáles son los espacios públicos que han acogido a la población afectada en momentos de activación de la naturaleza, cómo experimentó la ciudad colonial y la republicana la erupción, el terremoto y las crecientes de las quebradas.

Una primera aproximación al Quito telúrico son los discursos contrapuestos sobre la presencia de la quebrada y el puente durante la Colonia y la República, circunstancia que no aparece en el periodo prehispánico, posiblemente porque la circulación prioritaria fue de este a oeste. Más tarde, la quebrada fue un obstáculo para los conquistadores que dieron prioridad a la circulación de norte a sur, con

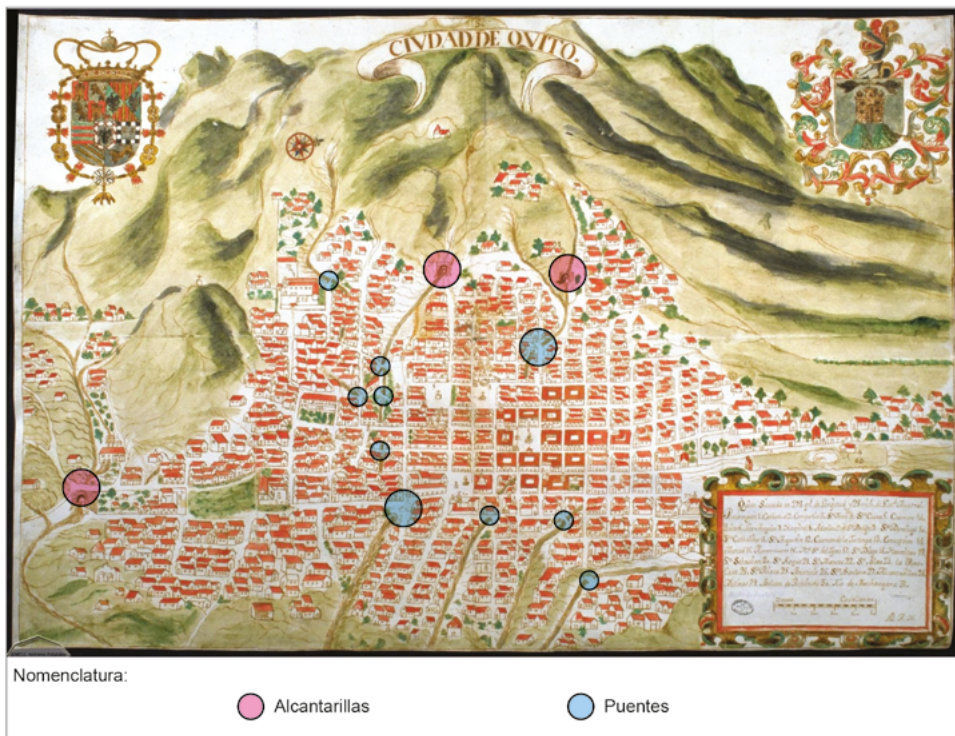
lo cual se vieron obligados a rellenar las quebradas, acción costosa e insegura, debido a las crecientes de caudal inusuales de estas. Por otra parte, el Cabildo era una institución con pocos recursos. Por estas razones, los puentes fueron una preocupación que perduró durante todo el periodo, siendo los rellenos aplicados en zonas puntuales en el centro de la ciudad. Para ese tiempo, la quebrada fue el espacio de las lavanderas, el juego de los niños, el encuentro de enamorados, paseo de la población de la ciudad; también fue un espacio de corrientes de agua y biodiversidad local.

El relleno sistemático, bajo el discurso de la quebrada como la causante de todos los males de la ciudad: enfermedades e inseguridad que acechaba todo el tiempo. En el segundo corte temporal, segunda orilla, el relleno significó un cambio de mentalidad, la moderna, vinculada a la higiene, la salud, la seguridad, y al logro del crecimiento de la ciudad en sentido norte-sur, con la unión de barrios que se encontraban separados; sin embargo, estos nunca se unieron porque su origen fue diferente. En este contexto el discurso que se construyó para dar lugar al crecimiento urbano y la venta de suelo urbano fue un hecho contundente. La modernización puso en segundo plano el recuerdo cotidiano que hoy cuesta imaginar, el de un Quito en que el sonido del agua, sus olores, la flora y la fauna local acompañó durante siglos a sus habitantes, esta memoria fue tan cotidiana que no aparece sino en los recuerdos de los viajeros que reconocieron como algo singular en lo local. Sin embargo, no se podría decir que se perdió la memoria de la quebrada, esta resiste y hace presencia en zonas inundables, la rotura de alcantarillas, aluviones inesperados, en la nostalgia de no poder disponer de espacios que evoquen la naturaleza.

Un segundo aspecto, más complejo que el primero, es la reflexión sobre las erupciones y los terremotos que han incidido en la experiencia del espacio urbano en la historia de Quito, dado que es una circunstancia con la que se vive. Sobre este tema varios artistas han explorado el momento en que la ciudad ha perdido su ritmo habitual. La imagen tiene dos caras, por un lado, las erupciones del volcán Pichincha y en particular la de 1660, por otro, los terremotos de 1797 y 1868, cuyos epicentros estuvieron fuera de Quito, pero con repercusiones graves en esta ciudad. El tercero es la mirada de los viajeros europeos y los primeros fotógrafos en el siglo XIX quienes registraron la cotidianidad en crisis provocada por la pérdida de los bienes personales en un momento de guerra.

### El puente y la quebrada

A cien años de la fundación de Quito, Dionisio Alcedo y Herrera (1690-1777), quien ejerció la presidencia de la Audiencia de Quito entre 1728 y 1736, elaboró un plano de la ciudad, en colores y en tres dimensiones. El expediente que lo acompañaba destacó su gestión en la construcción del puente de La Merced, señalado en el plano con el número 16, así como su participación personal diaria en esta obra de beneficio de la ciudad. El documento fue enviado a España en 1734, dos años antes de la llegada de Charles Marie de La Condamine.



**Figura 43.** Puentes y alcantarillas de Quito en 1734.

**Fuente:** elaboración propia sobre plano de Quito, 1734, Dionisio Alcedo y Herrera. Dimensiones 567 x 831 mm. Escala del original 500 varas castellanas. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

En su contenido señala que la ciudad tuvo 16 puentes «que facilitan el tránsito de los vecinos»;<sup>228</sup> el plano destaca los escudos de España y de Quito, este último

<sup>228</sup> Dionisio Alcedo y Herrera, *Plano de Quito* (Sevilla: A.G.I., 1734), Quito 132, n.º 2.

representa un castillo sobre dos montañas, entre quebradas<sup>229</sup> y tiene interés por ser un símbolo que representa los atributos más relevantes que la identifican: la montaña y la quebrada. El dibujo incluye 10 y no 16 puentes, en todo caso, la descripción de la obra del puente de La Merced es un referente que pone en contexto la complejidad de la circulación y el significado de la quebrada y de su complemento, el puente, en la vida cotidiana.

Otros elementos de interés y que se destacan en el plano son tres alcantarillas o sumideros, dos localizadas en la parte superior de las quebradas que se encontraban fuera de la ciudad: El Tejar y Ullaguangayacu, y una en el extremo inferior izquierdo junto a una quebrada sin nombre, y el río Machángara. El dibujante no pudo eludir la presencia del volcán Pichincha y el espacio de La Alameda con la capilla de La Veracruz, el rollo y una laguna que se forma por las corrientes de agua del monte Itchimbia.

La primera quebrada en ser rellenada fue la denominada «cava», como consta en las primeras actas del Cabildo, esta recorre desde El Tejar hasta Manosalvas. La experiencia de rellenarlas o construir puentes tuvo varios problemas que se observan hasta finalizar la Colonia.<sup>230</sup> De manera retrospectiva, en septiembre de 1574, cuarenta años luego de la fundación, el Cabildo mencionó que la crecida de caudales en la quebrada de El Tejar y el fuerte invierno trajeron problemas detrás de la catedral «de arriba abaxo cerradas e tapadas por las personas que tienen casas e corrales linde con ella, que algunos se han entrado en ellas sin título e otros quizá los ternán deste cabildo»,<sup>231</sup> es decir, la quebrada de este tramo ya tuvo rellenos. La gente construyó junto o sobre ella y agrandó su predio sin percibir el comportamiento de los caudales de agua en invierno, probablemente las alcantarillas no fueron capaces de resistir las crecientes y el río arrastró todo a su paso. De estas primeras experiencias, el costo elevado de construcción y la falta de recursos del Cabildo fueron probablemente las razones para mantenerlas abiertas y cubrirlas con puentes permitiendo la prolongación de las calles y la circulación de las personas.

En la Relación Anónima de Quito de 1573 el informante señala «pasa por la mitad de ella una quebrada y barraca grande (Tejar-Manosalvas); tiene por todas las calles

<sup>229</sup> El 14 de enero de 1541 el emperador Carlos V dio a Quito el título de ciudad y por armas un escudo que tiene un castillo de plata sobre dos montañas y una quebrada en medio.

<sup>230</sup> Estudios relacionados con el uso del agua y políticas de higiene han sido trabajados por Pablo Ospina en el artículo «Quito en la colonia: Abastecimiento urbano y relaciones de poder local». Sofía Luzuriaga en su tesis de maestría «Quito y sus recorridos de agua» entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Ver bibliografía.

<sup>231</sup> Archivo Municipal de Quito, *Libro de Cabildos de la ciudad de Quito*. Vol XVII (Quito: Archivo Municipal, 1573-1574), 255-256.

puentes tan anchos como ellas lo son».<sup>232</sup> El 23 de enero de 1577 la «Relación de Quito» menciona cuatro quebradas con puentes, dos en el centro y dos en los ingresos de la ciudad. En uno de estos hay lavaderos y en otro tenerías y curtiembres.<sup>233</sup> El 8 de enero de 1610 el Cabildo ordenó construir los puentes de Ullaguanga-Chaca en el barrio de San Blas,<sup>234</sup> es decir, en el límite norte de la ciudad. Los tres planos en estudio evidencian el relleno de las quebradas en el cruce de calles, pero delatan su presencia en el interior de las manzanas, es decir, en el espacio privado.



**Figura 44.** Detalle del puente de La Merced y de la alcantarilla sobre la quebrada El Tejar.  
**Fuente:** plano de Quito, 1734. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

<sup>232</sup> Ponce Leiva, 209.

<sup>233</sup> Ponce Leiva, 258.

<sup>234</sup> Trabuco, 480.

Entre 1636 y 1687 los jesuitas realizaron el relleno de la quebrada que atravesaba su predio.<sup>235</sup> El 24 de abril de 1668 el Alférez Alonso de Manosalvas pidió al Cabildo autorización para «cercar» la quebrada que pasaban entre el convento de Santo Domingo y el monasterio de Santa Catalina dejando una ventana para botar la basura, petición que fue aceptada, y en reciprocidad, la quebrada en ese tramo se llamó «de Manosalvas».<sup>236</sup>

Hay pocos documentos sobre los sistemas de construcción y sus gestores; sobre los primeros, en el ejido de Turubamba, el Cabildo ordenó, el 7 de julio de 1537, reparar el Camino Real que está «derrumbado en algunas partes y en otras de ciénega y deshecho en muchas partes por manera que no se puede caminar», se recomendó que lo construyeran de madera para el paso de personas y caballos, y que fueran durables. La reparación era compartida por los indios de los pueblos que los atravesaban: Panzaleo, Chillo y el «pueblo del monte», una referencia del trabajo comunitario en el «espacio del nosotros», el camino y el puente.

El 29 de diciembre de 1731 se inauguró el nuevo puente junto a la muralla del convento de La Merced sobre la quebrada de El Tejar,<sup>237</sup> que reemplazó a otro destruido en 1714 por la corriente de la quebrada. Este puente fue gestionado y supervisado entre 1729 y 1731 por Dionisio Alcedo y Herrera, quien lo describió en el expediente del plano de 1734.<sup>238</sup> La obra costó 3667 pesos, de esta cantidad, el alcalde ordinario financió los 2487 pesos e hizo Cesión Jurídica en servicio de «Su Magestad».<sup>239</sup>

El caso del puente de La Merced permite analizar cómo incidió la construcción del puente en la solidaridad y la reciprocidad de los pobladores y vecinos de la ciudad para restituir el paso, acciones que permiten reconocer en esta obra la huella del «espacio del nosotros» y, por otra parte, los intereses de las autoridades que tomaron a cargo el financiamiento y la supervisión de la obra.

La envergadura del puente es significativa ya que atravesaba por el centro de la ciudad de oeste a este, este tuvo 17.26 metros de longitud por 9.61 metros de ancho y 13.37 metros de altura entre el nivel del agua y la clave del arco. La

<sup>235</sup> Alfonso Ortiz, «Desde la primera piedra hasta la expulsión. 160 años de historia constructiva» en *Radiografía de la piedra. Los jesuitas y su templo en Quito*, ed. Jorge Moreno Egas (Quito: FONSA, 2008), 185.

<sup>236</sup> Municipio de Quito, 231.

<sup>237</sup> Trabuco, 496.

<sup>238</sup> El expediente y el plano se encuentran en el Archivo General de Sevilla, la copia fue proporcionada por Ángel Justo Estebaranz, historiador de la Universidad de Sevilla.

<sup>239</sup> Ángel Justo Estebaranz, *Dionisio Alcedo y Herrera, el puente de La Merced y el plano de Quito de 1734* (Sevilla: Universidad de Sevilla, 2010), 266.

misma quebrada en el predio de los jesuitas y en la iglesia de El Sagrario ya estuvo rellena para 1730 mediante arcos de piedra y ladrillo pero no apareció en ninguno de los tres planos mencionados, el informe técnico para la restauración estructural de El Sagrario (1980) revela que la quebrada tuvo en este tramo un cauce de 11.75 metros de profundidad y 12 metros de ancho.<sup>240</sup> El expediente da a entender que para el puente se usó el sistema constructivo de bóvedas de arquería con apoyos de piedra, el piso estuvo reforzado con fajas de un material (que no se describe) para dar estabilidad y resistencia, una subbase de tierra y arena sobre la que se asentó el empedrado, antepechos laterales de piedra y una tapa para botar la basura.

El plano de Alcedo y Herrera, dibujado con el norte hacia la derecha en los tres documentos, muestra que el puente comunicaba los conventos de La Merced y San Francisco por las murallas posteriores, en donde hoy existen puertas de ingreso; la ciudad se extendía con una manzana hacia el oeste, se representaron los arrabales que no tenían una traza regular y en donde se destacaron dos edificios de envergadura: la recoleta de La Merced y una alcantarilla o acueducto subterráneo de gran tamaño en la quebrada de El Tejar. Esta se dibujó únicamente en el plano de Alcedo.

Es decir, se trató de un puente en el borde de la ciudad, en el límite con los arrabales; esto explica por qué no se lo reconstruyó desde 1714. Su reconstrucción apoyó la accesibilidad a la recoleta de La Merced y a la alcantarilla e influyó en el crecimiento de la ciudad hacia el oeste, detrás de los conventos mencionados. El plano de 1888 trazó líneas por las laderas de la quebrada a manera de pasos peatonales que conducían a la recoleta de San Diego y El Tejar.

Alcedo justificó la reconstrucción del puente por las muertes de personas que cayeron a la quebrada; el aislamiento de la población numerosa que se vivía y circulaba entre los conventos de La Merced y San Francisco; el costo que representaba la obra. Por otra parte, el Cabildo no tuvo el financiamiento necesario pues todavía se encontraba pagando los gastos incurridos en el recibimiento del virrey don Jorge de Villalonga en 1719 en su paso a Santa Fe, lo que sugiere las prioridades y jerarquías del sistema colonial entre las autoridades del Cabildo y del virreinato, un sistema de poder en el que las prioridades de la población debieron esperar hasta cuando fuera necesario.

La obra no habría sido posible sin la participación de la gente de los pueblos de las cinco leguas quienes en dos meses concluyeron el relleno del terraplén del puente, el empedrado final, así como el muro de protección a ambos lados

---

<sup>240</sup> Informe estructural para la restauración de la iglesia de El Sagrario. Aldo Echeverría, inédito, 1989. Publicado en Inés del Pino y Luis Marín de Terán, *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad Inca de Quito* (Sevilla: Junta de Andalucía-MDMQ, 2004), 237.

en donde se colocó una placa recordatoria con los auspiciantes de la obra: don Dionisio Alcedo y Herrera, y el alcalde ordinario don Jacinto Antonio García de Lemus en 1731. La organización, reciprocidad y solidaridad, aunque fueran obligadas, como señala Estebaranz, se evidenciaron en la tradición y eficiencia del trabajo colectivo de la población de las cinco leguas movida por los curas de los pueblos que respondieron al pedido del presidente Alcedo.

El financiamiento de la obra provino de diferentes fuentes: fondos de la renta de propios; 800 pesos para el inicio de la obra hasta 1730, a cargo del alcalde ordinario saliente que fue don José Antonio de la Carrera; y otra, la donación de 2867 pesos del alcalde ordinario entrante en 1730, don Jacinto Antonio de Lemos. Lemos buscó con esta donación el reconocimiento del presidente de la Audiencia, el rey y la población de Quito por haber aportado con una parte significativa del costo para una obra de envergadura en beneficio del espacio público de la ciudad. Por su parte Dionisio Alcedo también buscó réditos personales que fueron reconocidos por el rey, por esta y otras obras en la Audiencia.

En la cadena de reconocimientos de Alcedo y Herrera, en una placa colocada en el puente, que hoy no es visible, no incluye a José Antonio de la Carrera, quien la inició, y desconoce también el aporte de Jacinto Antonio de Lemos en su relación de méritos de las obras realizadas en la Audiencia. Los menos favorecidos fueron los párrocos de las iglesias que convocaron a los «vecinos de las cinco leguas», y artesanos que completaron el puente. Se reconoce la participación diaria del presidente, pero no con el mismo detalle los turnos de quienes empedraron y colocaron las bases del puente. No se conoce si recibieron remuneración económica o si fue contribución gratuita y obligada, tampoco si se trabajó por turnos y grupos de trabajo. Estos últimos fueron quienes aceleraron la obra y la concluyeron antes de la salida de García de Lemos. Tampoco se evidencia la participación de la gente del barrio que con seguridad contribuyeron con alimentos, alojamiento y servicios para los trabajadores provenientes de las cinco leguas, pero al mismo tiempo, fue la más favorecida con esta obra. Cuántos eran, hubo o no celebración al concluir la obra, son los silencios de esta construcción. Un juego de espejos en que se evidencian los intereses del poder, los ganadores y perdedores.

El puente de La Merced es un ejemplo que se podría generalizar para comprender el ambiente social y los intereses que rodearon a la construcción de las obras del espacio público urbano durante la Colonia, prácticas que se extendieron hasta la República, es conocido que presidentes del periodo de la República como Gabriel García Moreno (1861-1865 y 1869-1875) y Eloy Alfaro (1897-1901 y 1907-1911) convocaron a los tenientes políticos o hacendados para que contribuyeran con mano de obra gratuita en algunas obras públicas en el país, por

ejemplo el ferrocarril Durán-Quito-San Lorenzo. Este procedimiento retomó la práctica de la «minga» o trabajo colectivo de origen prehispánico<sup>241</sup> para la realización de obras comunitarias entre las que se puede mencionar las cosechas y las siembras, la apertura de caminos y obras de arquitectura.

De esta manera se reconoce que la ciudad colonial se desarrolla entre quebradas, se identifica con ellas y forma parte de su identidad representada en el escudo de la ciudad. La quebrada es más que una abertura en la tierra, es un espacio de vida, es el escondite que evoca Juan Bautista Aguirre en su poema sobre «Quito y Guayaquil». Si es escondite, puede ser también espacio de juego con el agua y el baño, espacio de lavanderas, encuentro furtivo, botadero de basura y de muerte. Nicho de biodiversidad vegetal y animal; los torrentes de agua, variables según la temporada del año y del volumen de lluvias debió sin duda formar parte de los sonidos de la ciudad, junto a las voces de la calle y los pregoneros (ver planos de Quito: 1748, figura 53; 1751, figura 52; 1875, figura 21; 1888, figura 24; 1922, figura 26).

### *El relleno y la avenida*

¿Cuándo dejaron de construir puentes para rellenar quebradas y construir un territorio continuo? ¿Se llegó a interrelacionar a las comunidades de cada lado de la quebrada en un espacio ciudadano continuo y compartido? La respuesta visible en el territorio da cuenta que estamos ante el cambio de mentalidad: pasar del suelo quebrado a la planicie; dejar el lugar escondido para habitar el espacio abierto, separar de la cotidianidad de la gente el sentido del medio natural a cambio del valor económico del suelo urbano. Todo indica que la transformación se operó en la República, una temporalidad relacionada con el crecimiento de Quito fuera de los límites de la fundación, hacia los ejidos y en particular el ejido norte. El cambio no fue inmediato, la situación económica y política de la transición a la independencia reflejó poca obra pública, como el mantenimiento de puentes y alcantarillas ya construidas, bóvedas subterráneas sobre las que se realizaron rellenos.

En 1802 el rey aprobó utilizar fondos del arriendo del ejido de Turubamba para el mantenimiento de las bóvedas construidas para rellenar la quebrada del Huayco debajo del edificio de los jesuitas, obra que fue impulsada por el barón

---

<sup>241</sup> En tiempo prehispánico se denominó «minga» a la prestación colectiva de trabajo a una auto-riedad. En la Colonia se usó el término «mita» para el trabajo en las minas y «minga» mantiene su significado para obras con apoyo colectivo en el campo o en la ciudad. Felipe Guamán Poma de Ayala hace un recuento de las condiciones del traslado de personas a destinos lejanos en tiempo inca, señala que la gente estuvo provista de alimento y alojamiento, tanto a la ida como al regreso. Durante la Colonia los traslados de personas fueron a menudo forzados sin alimentación ni alojamiento.

de Carondelet.<sup>242</sup> Entre 1848 y 1849 se construyeron trece puentes pero no se dispone de la localización.<sup>243</sup>

El plano de 1888 se considera el primer plano catastral de Quito por el detalle con que representa los predios, su numeración individual, calles y nomenclatura urbana, espacios públicos, precisión técnica acorde con los avances de la cartografía de entonces. En este aspecto es útil conocer el estado en que se encontraban las quebradas y puentes de la ciudad 58 años después de la independencia de España, a manera de un balance que cierra el periodo colonial y da paso a una nueva temporalidad de una ciudad que tiene 315 hectáreas y 39 600 habitantes.<sup>244</sup>

Una de las aberturas más significativas de Quito fue la quebrada de Jerusalén o Ullaguangayacu, presentó seis puentes y fue la de mayor número en ese momento. A pesar de ser un documento técnico, graficó cómo llegar a edificios públicos recién concluidos y con dificultad de acceso, por ejemplo, el acceso al panóptico, la escuela de Artes y Oficios, el cementerio de San Diego y la recoleta de El Tejar, dando a entender que el cauce de la quebrada y sus laderas fueron espacios públicos de circulación. El trazado de la quebrada configuró un eje que dividió el Panecillo y la ciudad, sus bordes se unieron con los puentes ya señalados, cuatro de ellos prolongaron el recorrido desde el centro, el cauce se encuentra abierto en su totalidad en este plano.

El relleno de esta quebrada se realizó por tramos con el estrechamiento paulatino de la quebrada, ganando espacio a esta, el tramo central estuvo en conexión directa con la ciudad, se convirtió en el esfuerzo por vencer a la naturaleza, en un proceso de «coser» y unir las partes de la ciudad que se encontraban separadas por esta abertura natural. El relleno del primer tramo apareció en el plano de 1914 y luego en 1922 como avenida 24 de Mayo, en honor a la fecha de la batalla de la independencia que selló este hecho histórico y cuyo desarrollo tuvo lugar entre el Panecillo, El Tejar y las laderas del Pichincha; el cementerio de San Diego y el del Tejar, y el hospital San Juan de Dios.

La quebrada presentó un problema técnico complejo de resolver hasta 1915 en el encuentro de la quebrada de Jerusalén y la quebrada de San Diego, que por su anchura y por los flujos de agua se formó una gran abertura que no fue posible

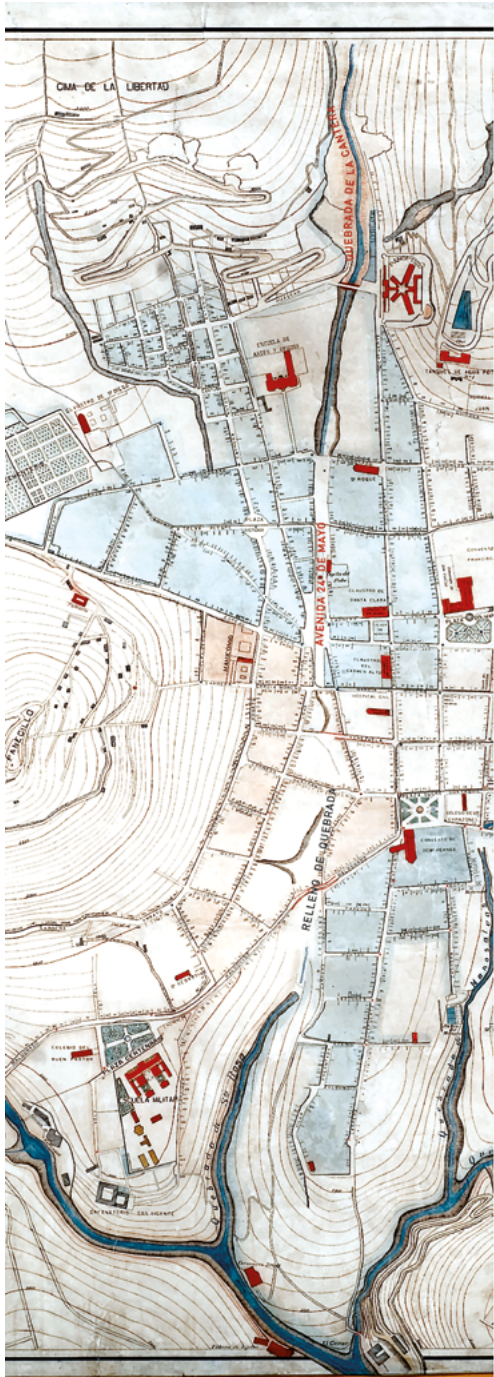
<sup>242</sup> Vásquez Han, «Para la "Felicidad Pública"... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito», 285.

<sup>243</sup> Carlos Rolando, *Obras públicas ecuatorianas* (Guayaquil: Sociedad Filantrópica del Guayas, 1930), 194.

<sup>244</sup> Instituto Geográfico Militar (IGM), Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador (IPGH) e Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération (ORSTOM), *Atlas infográfico de Quito* (Quito: IGM, IPGH, ORSTOM, 1992). <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/126507-opac> y ver figura 3.

cubrirla con puentes sino con el relleno que dejó una parte ensanchada en el trazado de la vía. El proyecto del relleno inauguró un primer tramo el 10 de agosto de 1905. La segunda inauguración se realizó el 24 de mayo de 1922 con el relleno del tramo comprendido entre la calle García Moreno y Chimborazo, por esta razón tomó el nombre de Avenida 24 de Mayo. Con el nuevo uso de la avenida cambió el sector ya que se convirtió en residencial, la Hermandad de Beneficencia Funeraria mejoró y amplió el cementerio de San Diego, en 1902 se emitieron ordenanzas para que los velatorios se llevaran a cabo en las iglesias en la noche, esto imprimió un ambiente particular al espacio público de esta zona, la iglesia de San Diego renovó su órgano en 1903; la iglesia de San Roque fue demolida y en su lugar se construyó una de estilo neogótico entre 1912 y 1917.

Con la celebración del centenario de la independencia (1822-1922) la avenida adoptó la forma de un bulevar: avenida de doble vía habilitada para vehículos, un *parterre* amplio en la mitad con árboles para el paseo de las personas, un monumento a los héroes ignotos inaugurado el 2 de febrero de 1922, mejoramiento de los muros de casas adosadas a la avenida, algunas de origen colonial como la Capilla del Robo, las murallas de los conventos de Carmen Alto y Santa Clara.



**Figura 45.** Quebrada de Jerusalén rellenada en varios tramos para dar lugar a la Avenida de Mayo, en donde se celebró el centenario de la independencia.

**Fuente:** plano de Quito, 1922. Láminas editadas por el Municipio de Quito, 1990.

Con la construcción de la avenida inició el cambio en el espacio urbano y el espacio público con obras que transformaron al barrio de San Diego, el barrio San Roque y el barrio Aguarico, todos residenciales, de tipo popular. En 1916 se establecieron dos edificios sobre la avenida 24 de Mayo con la fábrica de la Cervecería y Maltería La Victoria (1916) y el cine Puerta del Sol (1924). En 1926 se reabrió la Capilla del Robo luego de una remodelación. La avenida dio lugar a la prolongación de la calle Cuenca y la construcción de la plaza Victoria en la confluencia de la quebrada de San Diego y un afluente sin nombre. La conexión de esta calle con la ciudad y con la calle Pichincha hizo posible una circulación fluida con las principales iglesias: La Merced, San Francisco, San Roque, la Catedral, El Sagrario fueron espacios en los que se celebraron las misas diarias a las que la población asistía al menos una vez al día, y las misas de difuntos ya que el cementerio no tuvo capilla; el espacio público y la calle fueron los vínculos entre espacios procesionales y rituales de la muerte. La música y el sonar de las carrozas fueron usuales en el recorrido por la plaza Victoria y hacia el cementerio de San Diego.

Se podría decir, entonces, que el relleno de la quebrada, sus huellas en el espacio físico y en las relaciones con la población dieron lugar a unas lógicas propias de Quito ya que el relleno trajo el crecimiento de los sectores de vivienda y servicios urbanos, pero no la identificación entre pobladores de uno y otro lado de la quebrada que se formaron como sectores independientes, cada uno con su historia, problemas internos e identidad. La quebrada rellenada dejó su huella en el trazado urbano de la avenida y en la forma de las manzanas que se impusieron en una topografía compleja. El proyecto del bulevar no progresó, los barrios residenciales se deterioraron, el cementerio perdió vigencia hacia los años sesenta cuando la población prefirió enterrar a sus muertos en el norte de la ciudad. La cervecería, el cine, el tráfico motorizado y el mercado popular se mantuvieron hasta los años noventa.

### *La erupción volcánica y el espacio público*

Las quebradas se formaron por la acción volcánica del Rucu Pichincha (el viejo Pichincha) cuyos lahares corrieron por las quebradas dejando huellas visibles en la cantera de piedra de la quebrada de Ullaguangayacu o Jerusalén, de donde se extrajo el material para la arquitectura durante la Colonia. Hoy en día la chimenea del Rucu está cerrada por un evento en el cual se formó un domo; sin embargo, la energía de la tierra emerge hacia el occidente por otra chimenea denominada «Guagua Pichincha» que alude a una chimenea más joven. Por esta razón los lahares de las erupciones producidas en la Colonia ya no descendieron sobre la ciudad, aunque la ceniza y el movimiento sísmico que produjo la salida de materia ígnea produjeron pánico al sentir que el día se hizo noche sobre todo en 1566 y 1660.

Sobre la erupción de 1566 la Relación Anónima de Quito de 1573,<sup>245</sup> describió lo siguiente:

En la (cordillera) que está al Occidente, 1 legua de la ciudad [...] está un volcán que muchas veces echa humo y otras hace grande ruido a manera de trueno. Echa algunas veces mucha cantidad de cenizas; especial vi que la víspera de San Lucas del año 66 (1566), a los 17 de octubre, que comenzó desde las dos horas del mediodía, a echar ceniza que caía a manera de nieve y duró hasta las 11 horas del día siguiente [...] hasta que llovió desde a 30 días, poco más o menos, después que cayó ceniza. El día de San Lucas sobrevino un nublado sobre la ciudad, que corría hacia el Oriente, que causó entre los naturales tanto espanto, que huían a las poblaciones y cerros altos, y había tanta calamidad y lloro, que decían que se habían de morir todos. Otro día después de San Lucas tuvieron la necesidad los vecinos de mandar limpiar los tejados, solares y calles, y así se hizo, sacando la ceniza en carretas fuera del pueblo.<sup>246</sup>

Las huellas de las erupciones en el espacio público se perdieron luego del evento, pero quedaron las evidencias de la erupción del Pichincha en 1660 y el terremoto de 1662 en la fachada de la iglesia de San Agustín que en este último año estuvo en construcción.

La erupción del Pichincha del 27 de octubre de 1660:

[...] espectáculo grandioso [...] se elevaron peñascos encendidos [...] oyéronse después los truenos; entre las 9 y las 10 se oscureció de tal manera que la noche más lóbrega, que cualquier cristiano haya visto, no se igualara con la oscuridad de ese día-noche.<sup>247</sup>

El evento fue extraño para los españoles, por lo que decidieron formar una comisión, presidida por el regidor y dos clérigos, que informara sobre lo que estaba sucediendo en el volcán. Herrera comentó: «Parece que los comisionados tuvieron razones particulares para no escribir cosa alguna sobre su desgraciada expedición» y por esto se le pidió al presbítero Juan de Romero, «testigo de vista y de gran talento», para la redacción de lo acaecido en el evento del 27 de octubre. Herrera publicó partes de la redacción, pues no dio fe del documento de Romero, argumentó que era poeta y no historiador, señaló: «los fenómenos más sencillos se

<sup>245</sup> Al final del documento publicado por Pilar Ponce Leiva señala «atribuida por Jimenez de la Espada a Juan de Salinas».

<sup>246</sup> Ponce Leiva, 189.

<sup>247</sup> Herrera, 142.

presentan envueltas en frases tan altisonantes y exageradas [...] el escrito parece más un sermón moral, que una relación histórica».<sup>248</sup>

Como es de imaginar los comisionados no llegaron al lugar de los hechos pues entre el miedo y el peligro de sus vidas prefirieron observar, como señaló Herrera:<sup>249</sup> «mirar el volcán desde una de las colinas cercanas a Quito»; no obstante, lo que informaron fue que «con todo esfuerzo de valor y ánimo» se dispusieron a escalar la montaña. Su misión era conocer de cerca lo que sucedía en la boca del cráter e informar a la población, sin embargo, a medio camino y en lugar seguro, los dos clérigos celebraron una misa, con ceremonia de conjuración y exorcismo, para pedir a Dios el cese de la tragedia y aplacar la angustia de la población.

La comisión fue «por cuenta de la ciudad», es decir, que los vecinos colaboraron con conservas, vino, pan y «todo lo que pidiere el dicho regidor». La comisión dijo haber llegado cerca de la boca del volcán «como a dos leguas de dicha boca». «Al tantear la boca, longitud y estado de ella, y la distancia que de su nacimiento podía haber hasta esta ciudad» fue imposible acercarse más ya que «salían llamas de fuego tan grandes que se perdían de vista en los cielos»<sup>250</sup> y con esta explicación se silenció la curiosidad y la angustia de los quiteños. Queda entrelíneas el significado de ese silencio.

El día-noche duró dos días, pero las emisiones de ceniza y lava duraron varios meses, así como los temblores, «las monjas se creyeron dispensadas de las reglas de la clausura y dejaron sus conventos». El terror llegó al extremo cuando cayeron trozos de piedra pómez sobre los techos y «escorias» que produjeron un sonido similar al de una granizada.

Ante esta serie de calamidades la Iglesia jugó un papel importante en el control de los ánimos de la población, Pablo Herrera describió una serie de procesiones realizadas en el espacio público de la ciudad a día seguido: el 28 de octubre, día de San Simón y San Judas, el que concede lo imposible, se expusieron las imágenes en el espacio público ante las que los fieles hicieron sus oraciones y rogativas. El 28 de octubre salió en la noche la imagen del Cristo del Buen Suceso en procesión desde el convento de Santa Clara con religiosos descalzos en oración y penitencia. El 29 hubo otra procesión desde el mismo convento también en la noche. El 30 salieron vecinos descalzos en la procesión acompañados por la Virgen del Pilar. El 31 salió San Agustín desde su templo al que acompañó «media ciudad» en penitencia

<sup>248</sup> Herrera, 142.

<sup>249</sup> Pablo Herrera compiló y comentó en 1916 los hechos más relevantes de las actas del Cabildo de Quito entre 1534 y 1714. Uno de los temas tratados fue el análisis y crítica de la descripción que se dispuso en archivos de la erupción del Pichincha.

<sup>250</sup> Herrera, 145.

hasta Santa Clara y la Capilla del Robo junto a la quebrada de Jerusalén. La Virgen de Guápulo fue traída en procesión hasta Quito y el milagro se hizo efectivo:

[...] llegó y llovió sobre todos tantos favores, [...] pues con sus aguas piadosamente enviadas a su tiempo se han mortificado las cenizas con la tierra en nuestros ahogos [El 6 de diciembre salió la Virgen de las Mercedes desde su templo hasta la Catedral] rodeó la plaza mayor, abrazada de su precioso hijo, ella con su intersección y Él con su gracia nos reparan en las quiebras y faltas que hasta aquí hemos cometido repetidamente en nuestros descuidos.<sup>251</sup>

En diciembre de 1662 un nuevo evento sacudió la ciudad, esta vez un terremoto. Se declaró a la Virgen de las Mercedes la patrona contra las erupciones y se dispuso en la Catedral el auxilio a la población mediante la atención a enfermos, confesión pública y actos de penitencia. Por su parte, los indígenas realizaron sus ritos ancestrales al volcán, hecho que fue conocido y criticado por la Iglesia, pero no actuó en contra.

La erupción y el terremoto, aunque son sucesos distintos, fueron explicados en la Colonia como el «castigo divino» y como un solo evento, lo que impactó en las conciencias de toda la población. Ante la ira divina era necesario el arrepentimiento, la oración y una serie de rituales como los que describió Herrera realizados en el espacio público. En este ambiente la ciudad se tornó en escenario de una actuación colectiva de arrepentimiento y conciliación, de confesión pública y purificación del alma. Durante la noche la calle y las plazas se llenaron de fieles que acompañaron en procesión a la luz de las ceras encendidas, cantos, lamentos, o el silencio que impusieron un ambiente particular de solemnidad y misticismo a la ciudad. El ambiente litúrgico y el momento de la procesión fue interpretado en el siglo XX por el artista Víctor Mideros (1888-1967) quien plasmó con dramatismo la memoria del terremoto y la erupción volcánica en el espacio urbano de Quito en los cuadros de la Virgen de La Merced que se exhiben en el interior del templo. Sobre el carácter de la obra de Mideros, Alexandra Kennedy sugiere que Mideros estuvo informado sobre las tendencias del arte de ese momento:

La obra de Mideros presenta también paralelismos temáticos con el Simbolismo europeo. La pintura simbolista de Mideros se muestra como un discurso visual que denota un anhelo de reforma, que condena los procesos políticos y sociales que dejan de lado la dimensión espiritual y mística, fundamentales en la identidad cultural de los individuos. Antes que un acertijo dirigido a religiosos y clases altas proyecta

<sup>251</sup> Herrera, 126-132.

su obra con una visión unificadora, en una época pensada como el fin. Su producción apela a la constitución de una espiritualidad moderna capaz de subsistir en un orden social y espacial totalmente nuevo, resistiendo la transmutación de los valores tradicionales.<sup>252</sup>

En este contexto Mideros aborda la memoria de los terremotos de 1575, 1660 y 1755 a través de imágenes cargadas de acción mediante el uso del color, el manejo de la luz y la sombra, las escenas ponen el acento en tres puntos clave para entender el mensaje: el volcán en llamas, la salida de la Virgen de la iglesia en el marco del paisaje y el espacio público de Quito. La escena no es cualquier espacio público, es la plaza de La Merced de Quito, es el Pichincha que se reconoce por su perfil que se identifica con esta ciudad y no otra, con el espacio público, abierto, otra protagonista es el movimiento de la población, que sin distinción de grupo social muestra la fragilidad humana frente a lo desconocido<sup>253</sup> y el restablecimiento de la tranquilidad.

---

<sup>252</sup> Kennedy, 153.

<sup>253</sup> Las pinturas fueron realizadas en el siglo XX al igual que los marcos.



**Figura 46.** Serie de la Virgen en la iglesia de la Merced. Víctor Mideros, 1933.

**Texto:** «1660 Veíase a la distancia las llamas del Pichincha llegando las cenizas hasta doscientas leguas y Quito juró fiesta a su madre y señora».

**Fuente:** foto Ch. Hirtz.

La intervención de imágenes religiosas con poderes para interceder ante Dios se convirtió en lo que podría denominar una «guerra de imágenes» en procesión,<sup>254</sup> por una parte la Virgen de las Mercedes, por otra la Virgen de Guápulo; San Agustín, la Virgen del Pilar, el Cristo del Buen Suceso, San Judas Tadeo, entre otras, cada comunidad religiosa sacó a sus imágenes. El dramatismo de la escena envuelve a la imagen en un aura de espiritualidad, protección divina, consecución de lo imposible. En 1590, en medio del ambiente de angustia

<sup>254</sup> Tomó el término «guerra de imágenes» acuñado por Serge Gruzinski para poner en evidencia las funciones, programas iconográficos y estudio de recepción de las imágenes por parte de la población durante la Colonia.

y arrepentimiento, el hallazgo de una piedra «con cierta forma de estatua, de aproximadamente un metro y medio apareció en el volcán» luego de la erupción de 1660, era la Virgen María, que hoy se la conoce como Virgen del volcán.<sup>255</sup>

Como resultado de la «guerra de imágenes» se puede entender que se formó una jerarquía de imágenes, cada una con funciones distintas que fueron llevadas al espacio público para su veneración. En el siglo XIX, época difícil para la Iglesia, se consolidó la veneración a la Virgen de la Merced o «de Mercedes» como señala Julio María Matovelle:

Para manifestar su gratitud á María Santísima, y á la vez que tenerla siempre propicia en lo futuro, hicieron los dos Cabildos, Eclesiástico y Civil, en representación del pueblo, todo un voto jurado de celebrar una Fiesta anual en honor de Nuestra Madre Santísima de la Merced; este hecho se verificó el día 15 de septiembre de 1575, por el favor recibido en ocasión de la erupción del Pichincha, acaecida el 8 de dicho mes y año; renovaron el juramento el 15 de diciembre de 1660, por otra erupción del Pichincha, sucedida el 27 de octubre, del mismo año [...] volvieron a ratificar el voto el 29 de abril de 1755 a causa del terremoto del día 26 de los dichos mes y año; los mismos votos se hicieron con ocasión de las erupciones del Cotopaxi, acaecidas en 4 de Abril de 1768, y el 7 de diciembre de 1843. En las sequías, en las amenazas de guerra, en las pestes y de todas las grandes desventuras [...].<sup>256</sup>

Otra imagen que permanece en el imaginario de Quito es la Virgen de Guápulo que entraba a la ciudad en la noche, con el ruido de castillos, velas, cantos y paradas en estaciones del camino, el motivo es representado por Miguel de Santiago en el XVIII, lo que permite imaginar un ambiente particular, cargado de simbolismo, en lugares reconocidos de Quito: La Alameda, el Pichincha y el cerro Panecillo, en un ambiente nocturno.

Otra pintura alusiva a la procesión de la virgen de Guápulo en la entrada norte de Quito corresponde a Joaquín Pinto quien representa el ingreso a la ciudad por San Blas. La pintura no puede evitar el paisaje característico de Quito: el cerro Panecillo y el perfil de las montañas cercanas, el cielo claro, la arquitectura efímera preparada para recibir a la imagen y a la comitiva formada por feligreses y la banda de músicos son imágenes de identidad reconocibles para quien habita en esta ciudad. De esta manera, la relación de los tres mundos ancestrales conforma una síntesis, una totalidad.

<sup>255</sup> Esta imagen de piedra andesita de autor anónimo se encuentra en el convento de San Diego, mide 60 cm.

<sup>256</sup> José Julio María Matovelle, *Obras completas* (Cuenca: Don Bosco, 1979), 179.



**Figura 47.** *Virgen del Quinche* (su entrada por la esquina de San Blas). Joaquín Pinto, 1904 ca. Dimensiones: 0.37 x 0.46 m.

**Fuente:** Ministerio de Cultura de Ecuador (antiguo Banco Central del Ecuador).

Por la afectación a la ciudad y a la salud de la gente por la caída de ceniza volcánica la población tendió a encerrarse en sus casas o refugiarse en las haciendas, la plaza se vació, pero esto no indicó su abandono sino, por el contrario, una observación constante y control del espacio público porque fue allí en donde la ceniza se acumuló, y luego, como en otros eventos similares, la lluvia se llevó toda la ceniza, dejando limpias las calles, constancia de un milagro de la naturaleza, o de Dios, según desde donde se lo quiera ver.

### *El terremoto y el espacio público*

Los terremotos de intensidad igual o mayor a siete en la escala MSK han afectado al actual Ecuador desde la Colonia, de los 99 eventos sísmicos, 14 se localizaron en un radio de 50 km de Quito. Los terremotos y erupciones han sido descritos como un mismo evento cuando en realidad se tratan de dos fenómenos diferentes. La erupción es el desfogue de energía de la tierra a través de las chimeneas de los volcanes, mientras que el terremoto es producido por la fractura y acomodo de dos placas tectónicas que se desplazan de forma opuesta: la de Nazca y la Continental.

Los terremotos que causaron estragos en la arquitectura de Quito fueron los de 1587, 1755, 1868.<sup>257</sup> Esto significa que la imagen urbana del actual centro histórico de Quito no es la de los siglos XVI o XVII sino el producto de una serie de reconstrucciones o remodelaciones realizadas por las comunidades o el gobierno. Por falta de recursos económicos los daños fueron resueltos luego de algún tiempo, sobre todo en el siglo XIX en que la Corona española ya no aportó ni participó en la recuperación de los edificios. De este modo, el terremoto ha sido un indicador de transformación de la arquitectura histórica de la ciudad. Las reparaciones realizadas durante la Colonia utilizaron las mismas técnicas y materiales, por lo que su reparación no es notoria hasta mediados del siglo XX. Por otra parte, la pérdida de los bienes materiales ha tenido varias respuestas, por una parte, el esperar que haya financiamiento para la reconstrucción, proveniente de limosnas o recursos del rey, o el Estado, y por otra, la demolición para realizar edificios nuevos, de esta manera la forma arquitectónica cambió.

Las fotografías y descripciones encontradas en la historia de la arquitectura de Quito revelan que las torres de las iglesias fueron las que mayores cambios sufrieron, esto se resalta pues en conjunto cambiaron el perfil urbano en el que se elevaron 17 torres en un espacio de 54 hectáreas.<sup>258</sup> Los cambios físicos son perceptibles en el largo plazo cuando se comparan los grabados con las fotografías de un mismo lugar o las fotografías antiguas con la imagen de las plazas de hoy, en la forma, los usos y el tipo de personas.

Si imaginamos la ciudad mediante las descripciones de la ciudad encontraremos a Joaquín de Avendaño, un funcionario español y pedagogo que cumplió la misión de cónsul en Guayaquil, en su estancia en Quito realizaba recorridos y escribió sus impresiones: «no posee esta ciudad [Quito] una sola posada, una sola fonda, un solo café. Tampoco tiene teatro, círculo, casino o club, ni paraje alguno de pública reunión e inocente solaz».<sup>259</sup> Su testimonio confirma que Quito era una ciudad-convento deteriorada y con poca vida social en el espacio público a lo que cabe añadir el periodo de su estancia, entre 1857 y 1858 cuando Quito mostraba todavía las huellas de haber sido el centro de las guerras libertarias que terminaron veinte años atrás y del terremoto de 1797 que arrasó la Sierra central con la refundación de Riobamba en otro sitio; la recuperación era lenta y la reorganización del país como República del Ecuador significó también adquirir otros conflictos de tipo social y económico. Sin duda, Quito lucía triste y venida a menos, «pobrísi-

<sup>257</sup> Inés del Pino y Hugo Yepes, «Apuntes para una historia sísmica de Quito» en *Centro Histórico de Quito: problemática y perspectivas*, ed. Fernando Carrión (Quito: Municipio de Quito, 1990), 72.

<sup>258</sup> Luis Paz y Miño, *Apuntaciones para una Geografía Urbana de Quito* (Instituto Panamericano de Historia y Geografía, Plan Ecuador).

<sup>259</sup> De Avendaño, 116.

ma», como relata el diplomático, y parecería que ante las circunstancias de inseguridad y deterioro, la vida social se hacía dentro de las casas antes que en lugares públicos como cafés, teatros o la calle.

Los terremotos de 1797 y 1868 son conocidos por la cantidad de víctimas y por el área afectada en la Sierra central. A pesar de que el epicentro del primero estuvo localizado a unos 170 km al sur de Quito y el segundo a 115 km al norte, los estragos en las iglesias de Quito: San Agustín, Santo Domingo, San Francisco, La Merced, el Sagrario, la Catedral, el Carmen Alto, Santa Clara y la Capilla del Robo fueron registrados en los informes del gobierno. La arquitectura civil también sufrió daños que se describieron de manera general en los informes.

El terremoto de 1868, cuyo epicentro estuvo en la Provincia de Imbabura, a 115 km al norte de Quito, afectó nuevamente a todas las iglesias dañadas en 1797. En esta ocasión, los mayores daños los sufrieron las iglesias de la Compañía, San Agustín, La Merced y San Francisco que perdieron sus torres y en las que se cuartearon sus bóvedas y claustros. Guápulo, Santa Clara, el Carmen Alto, Santo Domingo, San Diego y la Catedral sufrieron destrucción en sus claustros y cubiertas. En una circular que el Ministro del Interior dirigió a los gobernadores de las provincias informando sobre la situación en que quedó la capital se puede leer lo siguiente:

[...] la torre que sobresale en medio de ellos [del Colegio e Iglesia de La Compañía] está en riesgo de caerse. Esta torre como las demás de Quito se encuentran descuartizadas unas y derrumbadas otras [...] Todos los templos están, muy destruidos, y el resto, con excepción de Santa Catalina, en estado que no será prudente ocuparlos por ahora. De paso hay que notarse que los templos que han sufrido más con los embovedados; prueba que esta clase de construcción no es conveniente para un país de temblores. Las casas particulares, con poquísimas excepciones, están todas averiadas, unas destruidas y otras que habrá necesidad de demolerlas.<sup>260</sup>

Las fotografías de un informe de Alphon Stübel (1835-1904), vulcanólogo alemán, provenientes del Institut für Länderkunde de Leipzig y encontradas en la página digital del Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural de Ecuador, contienen varios temas y uno de ellos es una serie de fotografías de la arquitectura religiosa de Quito luego del terremoto de 1868, probablemente entre 1870 y 1871. El vulcanólogo no fue testigo presencial del terremoto de 1868, sin embargo documentó su informe con imágenes proporcionadas luego del evento tectónico. Las fotografías muestran además de la arquitectura, el espacio público, en

<sup>260</sup> *El Nacional* [Periódico Oficial], 18 de agosto de 1868.

particular las iglesias de San Agustín, Santa Clara, Santo Domingo, la Catedral que tuvieron que esperar varios años para su reconstrucción.



**Figura 48.** Edificios afectados por el terremoto de 1868.

**Fuente:** fotografías provenientes del Institut für Länderkunde, Leipzig. Autor: Camille Farrand.

Recopiladas por el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador.

En estos momentos de miedo colectivo e incertidumbre, la plaza se llenó de carpas y construcciones provisionales de madera y paja para alojar a quienes perdieron sus viviendas. La iglesia también construyó lugares provisionales para impartir la misa. Cabe destacar que hubo estructuras físicas que no soportaron la acción de la naturaleza debido al debilitamiento de los muros en eventos anteriores que no tuvieron reparación estructural sino de albañilería, estructuras muy esbeltas que no soportaron el efecto del terremoto, este es el caso de las torres.



**Figura 49.** Plazas de La Recoleta, Santo Domingo y San Francisco en Quito luego del terremoto de 1868.

**Fuente:** fotografías provenientes del Institut für Länderkunde, Leipzig. Recopiladas por el Fondo Nacional de Fotografía del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador.

### *El panorama y los miradores*

El plano de Quito de 1810, anónimo, atribuido al marqués de Selva Alegre, y el de 1840 de Manuel de Villavicencio, mencionan un «mirador de los pobres» en la ladera de la Loma del Placer, detrás del convento de San Francisco; sin embargo, la única fotografía con un grupo de personas que contemplan la ciudad es desde el Panecillo y corresponde al fotógrafo franco-estadounidense Camillus Farrand (1820-1878).<sup>261</sup> Es notorio que el fotógrafo permaneció con los indígenas hasta cuando se levantaron para hacer otra toma con los mismos personajes de pie y la ciudad en el fondo.



**Figura 50.** Fotografía del mirador del Panecillo hacia la recoleta de San Diego. 1841 ca., Quito. Autor: Camille Farrand. *San Diego, Quito*. Serie Vistas en el Ecuador. 1937.

**Fuente:** Publisher E & H. T. Anthony & Co. Estereoscópica en albúmina, dimensiones: 7.6 x 7.6 cm cada imagen, en soporte de 8.2 x 17.1 cm. Taller Visual-Centro de investigaciones fotográficas, Quito. Lucía Chiriboga.

<sup>261</sup> Camillus Farrand (1820-1878). Su primera visita al Ecuador fue entre 1858 y 1862 aproximadamente, y la segunda entre 1867 y 1869, tuvo una cámara que producía vistas estereoscópicas. Viajó por varios países latinoamericanos y más tarde Edward Antony publicó las imágenes. Se han podido conocer pocos detalles de su vida y el interés del viaje fue experimentar un modelo de cámara antes de su salida al mercado. La fotografía de los indígenas sentados en el Panecillo mirando la ciudad es la evidencia de un «mirador de los pobres», una de las formas de entretenimiento familiar en el siglo XIX: subir a las colinas, mirar la ciudad, reconocer los lugares cotidianos, escuchar los sonidos y lo que sucedía abajo desde una posición de privilegio, una experiencia que recuerda la contemplación del espacio del nosotros.

Probablemente hubo varios «miradores de los pobres», la cartografía del siglo XIX recoge uno y otro puede ser el de la fotografía de Farrand. El contacto de la ciudad que se mira establece un diálogo con la misma ciudad que es mirada, esta posición tiene, en este caso, la densidad de un espacio ciudadano que mira desde fuera, desde el espacio no construido, lo que recuerda los santuarios prehispánicos localizados frente a paisajes de cualidades singulares, una imagen de espejos.

### *Los miradores, ¿fragmentos de espacio público?*

Para comprender el espacio público de Quito entre 1740 y 1875, aunque de manera fragmentada, con enfoques diferentes y a través del ojo del extranjero, se retoma algunas de las descripciones de Mario Cicala, jesuita que estuvo en Quito entre 1740 y 1748; la de Joaquín de Avendaño, diplomático español quien escribió sobre esta ciudad entre 1857 y 1858; de Friderich Hassaurek diplomático estadounidense que permaneció cuatro años en Ecuador entre 1861 y 1865, con residencia sobre todo en Quito; la mirada de otro religioso jesuita y científico, Joseph Kolberg quien describió a Quito entre 1871 y 1875. Estas miradas permiten encontrar coincidencias, continuidades y detalles particulares motivadores para el relato.

Para Mario Cicala, entre 1740 y 1748, un paseo habitual era desde San Blas y Santa Prisca hasta el ejido pasando por La Alameda en dirección norte. El acceso a La Alameda era libre, su atractivo eran los árboles frondosos de naranjos, un pequeño lago y bancas. Junto a La Alameda, siguiendo por el camino ancho y sólido desde donde salen dos caminos hacia el norte, sobre el lado occidental se alinearon algunas casas, jardines y la iglesia de Santa Prisca. Esta imagen evoca el plano de Quito de 1810. Este paseo puede prolongarse algunos kilómetros hasta llegar al convento y pueblo de Guápulo, en el recorrido destacan la vista panorámica del valle y el río Machángara como atractivos, y el camino sinuoso, pero en buen estado, con muchas curvas hasta llegar al santuario.

Un siglo más tarde, entre 1857 y 1858 Joaquín de Avendaño destinó las mañanas al paseo por Quito. Su casa estuvo en el borde de la ciudad en el barrio La Merced en cuya torre se veía la hora, el sector tuvo un camino verde, sembrado de «guantos» cuya flor es aromática y de propiedades alucinógenas, vio colibríes y otras aves locales. Desde La Merced caminó hasta La Chilena y luego a San Juan por la ladera del cerro para mirar la ciudad, lo que sugiere que la vista desde San Juan pudo coincidir con un «mirador de los pobres» que más tarde los fotógrafos lo descubrieron para registrar la vista panorámica de la ciudad colonial. Uno de sus primeros encuentros fue con el barbero, un zambo que se llamaba Antonio, quien con tres preguntas identificó a su cliente extranjero con su nombre, procedencia y jerarquía social, a cambio le comentó las noticias más relevantes del momento

en la ciudad. Prolongó su paseo hacia San Blas y La Alameda. Su regreso fue por el Carmen Bajo en donde recuerda las mujeres con un pañolón que envuelve su cabeza y el rostro dejando descubierta un ojo, iban acompañadas de una «cholata» que llevaba una alfombra que utilizaba la señora para arrodillarse. Sus recuerdos dan cuenta de una ciudad tranquila, propicia para caminar, de gente afable. Quito fue una ciudad con mañanas claras y soleadas y de tardes lluviosas.<sup>262</sup>

Friderich Hassaurek fue más desenfadado al describir a Quito, coincidió con sus contemporáneos en el colorido de la vestimenta de los indios y de las mujeres, que calificó de «pintoresca». Le llamaron la atención las «cajoneras» de los portales, las definió como «mujeres que venden chucherías tales como botones, tijeras, cintas, jabón, fósforos, lápices, catecismos, agujas, alfileres, cuchillos, navajas, cepillos, peñillas, etc.», los exhibidores de la mercadería eran muebles plegables y transportables de madera, las cajoneras llevaban y traían estos muebles al portal cada mañana y los cerraban y transportaban a sus casas por la tarde.<sup>263</sup> Esta actividad permaneció en el portal de la plaza de Santo Domingo hasta finales del siglo XX.<sup>264</sup>

Hassaurek caminó junto a las quebradas e identificó a las lavanderas, las familias aristocráticas tenían una o dos lavanderas que llevaban en sus hombros los fardos de ropa al río, acompañada de varios perros que «ladran pero no muerden», cada una lavaba en alguno de los ríos de las quebradas en donde se encontraba estratégicamente ubicada una piedra de lavar. No era raro encontrar que se juntaban varias lavanderas que compartían la conversación mientras la ropa se secaba sobre la hierba, dejando entrever un aspecto de lo privado en el espacio público: las prendas de vestir sobre el pasto. Otro encuentro en las quebradas fue con las bañistas del río Machángara, al parecer fueron mujeres de estrato popular quienes luego del baño regresaban «con sus cabellos sueltos y alborotados, cayéndoles en su cuello y hombros» y añade «pero esto sucede con muy poca frecuencia».<sup>265</sup>

Entre navidad y año nuevo se integró a una procesión nocturna de máscaras que se llevaron a cabo en las plazas y calles. En los portales y esquinas se agolpaba la gente para ver pasar a los disfrazados:

He visto procesiones de disfrazados llevando antorchas, vestidos con trajes espléndidos y acompañados con bandas musicales —un espectáculo muy romántico que nos recuerda la época de oro de los carnavales romanos y venecianos— [...]

<sup>262</sup> De Avendaño, 117.

<sup>263</sup> Hassaurek, 202.

<sup>264</sup> Un estudio detenido de las cajoneras y su proyección en la ciudad contemporánea de Quito fue realizado por Blanca Muratorio y Eduardo Kingman en *Los trajines callejeros* en 2014.

<sup>265</sup> Hassaurek, 193.

Pero hay consideraciones que hacen que sea poco aconsejable un contacto cercano con el pueblo menudo de Quito. Una noche en que me abría paso entre la multitud que se hallaba en los portales me horroricé al ver en mi abrigo uno de esos detestables animales (pulgas) que son tan abundantes entre la gente de la Sierra.<sup>266</sup>

Veinte años más tarde, Joseph Kolberg (1832-1893), religioso jesuita percibió a Quito como una ciudad «triste [...] no hay más de dos o tres casas en que sus ventanas y puertas se cierran perfectamente».<sup>267</sup> Luego corrigió su apreciación que la justificó por su estado de salud y del grupo que tuvo un viaje duro al punto que una religiosa murió a los pocos días, afectados por la altura y el cansancio. Sin embargo, no se alejó de la apreciación de la ciudad que años atrás sufrió dos terremotos: los de 1750 y 1797. Al parecer, la reparación de la arquitectura podía esperar, no se repararían los edificios hasta que hubiera el financiamiento necesario.

Kolberg consideró que para conocer la ciudad «basta un corto paseo de una hora» lo que da cuenta de la escala de la misma, aunque no sea riguroso con el tiempo de visita. Destacó que la ciudad poseía «grandes arsenales, fundiciones de cañones, fábrica de maquinarias, pinacotecas y cosas por el estilo». Al decir esto no se refería a una ciudad industrial sino a las huellas que dejaron las guerras de la independencia en que las casas se convirtieron en talleres de fundición con el metal proveniente del reciclaje de campanas y otros objetos de metal. Estos eran visibles desde la calle. En correspondencia con esta imagen la guerra y los terremotos mostraban sus huellas en esos años; no obstante, le impresionó la monumentalidad de los conjuntos religiosos que los identificó con «gruesas murallas que les dan el aspecto de fortalezas».

Sobre la diferenciación social destacó que la gente se sorprende al ver a un hombre blanco en trabajos manuales, aspecto que lo señaló también Hassaurek. Coincidió con Avendaño en que las mujeres vestían traje oscuro y un manto, y otras, no distinguidas, que usaban ropa de color, mostrando su rostro. Las de la aristocracia vestían según la moda francesa de ese entonces e iban acompañadas por sus criadas que llevaban una alfombra a la iglesia, las europeas imitaban a las quiteñas al llevar el manto negro.

Las descripciones de los viajeros, a más de ilustrar el ambiente social urbano de Quito de una temporalidad hablaron sobre otros temas: de la actividad de los espacios públicos que mantenían viva a la ciudad: la quebrada, el bulevar, la calle, los recorridos y miradores, que permitieron esbozar una ciudad con una fuerte relación con el paisaje y la topografía, la diversidad étnica y la arquitectura monumental religiosa, atributos que fueron identificados posteriormente para su postulación patrimonial mundial.

<sup>266</sup> Hassaurek, 210.

<sup>267</sup> Joseph Kolberg, *Hacia el Ecuador* (Quito: PUCE, Abya-Yala, 1996), 477.

## Quito equinoccial

La noción de lo equinoccial ha sido un eje transversal en la historia de Quito, entreteje los saberes de las comunidades locales acerca del tiempo, los ciclos de la naturaleza, los solsticios y equinoccios en un lugar singular en el que el sol no proyecta sombra a las 12:00 del día en determinadas fechas, un fenómeno solar, cíclico, que lo descubrieron, no se sabe cuándo, pero fue de aplicación para predecir el tiempo, la lluvia, los tiempos de siembra y cosecha, y reconocer el espacio de Quito como un punto que divide, o el punto que marca la mitad.

En el siglo XVI el conocimiento de lo que pasaba en la línea ecuatorial estuvo cargado de curiosidad y sorpresa, se pensaba que sería un territorio en el que la vida era imposible. El sentido de lo ecuatorial no fue explícito en el discurso de la Iglesia ni del Estado durante el proceso de conquista española, pero estuvo presente en algunos relatos de cronistas como Pedro Cieza de León en el siglo XVI e historiadores como el padre Juan de Velasco en el siglo XVIII quienes expresaron conocer la línea ecuatorial en sus expresiones referidas al territorio. Cieza señaló: «Esta ciudad de Quito está metida debajo la línea Equinoccial, tanto que la pasa casi a siete leguas».<sup>268</sup> En este pasaje Cieza relacionó a la línea Equinoccial a partir de la referencia de los navegantes y geógrafos de la época.

Juan de Velasco escribió: «para señalar la situación de las fundaciones españolas de este Gobierno, hablaré de los grados de longitud no contados de Tenerife, París ni Londres, sino de la Meridiana propia de la Capital de Quito, según el uso de varios geógrafos modernos».<sup>269</sup> Nuevamente Quito se convierte en referente de las fundaciones españolas en América, y por su situación, de coordenadas geográficas del planeta, desplazando a otros puntos conocidos en el siglo XVIII, momento en que en Europa se discutía sobre la forma y las medidas de la tierra, y los fenómenos físicos en la parte más achatada del planeta.

El mismo autor, al señalar las costumbres de los indígenas del actual Ecuador señalaba que desde tiempo prehispánico construían gnómones para realizar observaciones del recorrido del sol y celebrar fiestas en torno a los ciclos agrícolas citados en la relación de Hanan y el Urin. Su testimonio señalaba que el punto de las observaciones en Quito fueron montañas menores como el Panecillo, también llamado Yavirac o Ñahuirá. La determinación de ciclos de tiempo, más que una estimación técnica fue el resultado de observaciones en la larga duración, transmitida de manera oral de una generación a otra, una experiencia sensorial y espacial que tuvo lugar en la observación de fenómenos naturales en el cielo y en el suelo.

<sup>268</sup> Pedro Cieza de León, *Descubrimiento y conquista del Perú*, 114.

<sup>269</sup> De Velasco S.J., 165.

La terminación de un ciclo era motivo de celebraciones colectivas, rituales compartidos, agradecimiento a la tierra.

La estructuración del territorio relaciona las montañas mayores y menores en donde «todo está relacionado con todo»: el mundo de arriba y el mundo de abajo; los elementos de la naturaleza característicos de cada lugar, en Quito: el agua y el fuego; el sol y la tierra. La geografía sagrada forma parte de esta relacionalidad prehispánica de la que hoy conocemos poco, está en el inconsciente colectivo.

La visión ancestral considera al lugar de Quito como el punto de la «sombra 0» y esto se produce en los días de los equinoccios, dos al año. La condición de sacralidad que tiene la salida del sol detrás del volcán Puntas en los equinoccios, detrás del volcán Cayambe en el solsticio de verano y detrás del volcán Antisana en el solsticio de invierno como se señaló anteriormente, da cuenta que la consideración del mundo de arriba y el mundo de abajo tiene una connotación más profunda que lo altitudinal. La geografía sagrada establece vínculos afectivos y de parentesco entre montañas, en donde los humanos forman parte.

En paralelo con los estudios científicos y las consideraciones de la teoría de Newton, demostradas por los científicos franceses, los indígenas elaboraron a lo largo de los siglos la observación de los astros y fenómenos naturales y llegaron a encontrar el lugar en el cual se produce una división entre dos mundos, esta concepción está relacionada con el topónimo Quito que significa mitad o punto que divide. En su diario, La Condamine señaló su interés en observar el firmamento de Quito en los equinoccios, sin embargo, no describió su experiencia acerca de este fenómeno natural del modo en que lo hizo con sus notas científicas y descubrimientos cuantitativos. Por otra parte, el padre Juan de Velasco, al describir las costumbres de las comunidades del actual Ecuador comentó la práctica de realizar ritos al finalizar un ciclo temporal, este ritual se hacía alrededor de columnas que marcaban la sombra durante el año y coincidían con el mes de marzo, junio, septiembre y diciembre.

El Quito equinoccial es una permanencia que se expresa en el territorio en la larga duración; se evidencia en el Panecillo, en cuya cima se observa la correspondencia entre el mundo de arriba y el mundo de la mitad; en el espacio público de la plaza Mayor, que luego se denominó el parque de la Independencia, y en paralelo en el parque de La Alameda en donde se simboliza el sentido del nuevo país llamado Ecuador: la independencia, la libertad de la mano de la ciencia y el arte.

La observación de la pintura de Miguel de Santiago: *Procesión de la Virgen de Guápulo a Quito*, establece un vínculo entre el paisaje que rodea a la ciudad de Quito y la devoción religiosa, y además proporcionan una idea espacial de La Alameda. La pintura fue elaborada entre 1699 y 1706, representa un perfil montañoso de fondo acorde con el ritmo de la cordillera Occidental. En la parte media del cuadro está identificado

el cerro Panecillo y delante la ciudad de Quito, esbozada sin mayor detalle, pero con su sello de identidad que son las torres de las iglesias católicas. En las partes laterales del cuadro se identifican las laderas del cerro Huanacaury y el Itchimbía que forman un estrechamiento en el paso hacia la ciudad. Este pedazo de tierra forma un triángulo que viene a ser La Alameda creada por Francisco Sotomayor.



**Figura 51.** *Procesión durante la sequía de Miguel de Santiago, elaborada entre 1699 y 1706 aproximadamente. Dimensiones: 137 x 137 cm. Óleo sobre lienzo. Ubicación: Sacristía de la iglesia de Guápulo.*

**Texto:** «En el año de 1621 hubo en la ciudad de Quito una seca grande que se abrió la tierra en muchas grietas y llegó a morir todo el ganado y en punto de perecer la gente si no acordaran llevar a la virgen en procesión y la pusieron en Santa Bárbara de donde la llevaron a la catedral al punto con lluvias socorrió la necesidad».

**Fuente:** Foto de Ch. Hirtz.

La pintura sugiere el poder de la Virgen ante la crisis por la falta de alimentos, y el poder de la naturaleza en los campos dorados y la tierra quebrada. Representa también, como coincidencia o no, el lugar en el que se establecerá un siglo más tarde el observatorio astronómico, un lugar de observación determinado por Juan Bautista Menten luego de recorrer por varios lugares de la ciudad, pero al mismo tiempo podría coincidir con uno de los lugares de observación ancestral, por las mismas razones que determinó este científico diseñador del edificio del observatorio. Un misterio que no se puede responder por el momento.

La perspectiva no es de una gran llanura, sino que en su interior tiene un montículo como insinúa el plano de Quito de Juan y Ulloa en 1749. En el montículo están una columna, que corresponde al rollo, y a la capilla en honor al virrey muerto en batalla. La pintura delinea dos caminos que se encuentran y delimitan al espacio de La Alameda a manera de un triángulo que para dar sentido al tema del cuadro de la procesión coincide con un ambiente en el que dialogan el mundo de lo alto y el mundo terrenal: en la tierra los romeriantes y en el cielo la Virgen intercediendo por el cese de la sequía. En este sentido, los planos del siglo XVIII y la pintura muestran coincidencias, pero solo la pintura logra crear la atmósfera de un momento sublime.

La visión ancestral del tiempo y sus ciclos, la experiencia del tiempo y el espacio, la comunicación de los saberes en cada celebración tuvo como contrapunto a la ciencia en el siglo XVIII. Los protagonistas de la Misión Geodésica Francesa fueron Charles Marie de La Condamine, miembro de número de la Academia de Ciencias de París y jefe de la misión, y 15 personas, entre técnicos, científicos y personal de apoyo logístico. La Condamine pidió permiso a Felipe V, rey de España, para realizar la medición del cuadrante terrestre en territorios de la Audiencia de Quito y demostrar las teorías que en ese entonces se discutían sobre la forma de la tierra; el rey de España aprobó el pedido y dispuso la incorporación de dos navegantes españoles con formación militar para acompañar e informar al rey sobre los trabajos: Jorge Juan y Antonio de Ulloa se unieron a la misión en Cartagena.<sup>270</sup>

Durante su permanencia en la ciudad, la misión produjo dos planos de Quito: uno en 1748 levantado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa y un segundo por parte de La Condamine en 1751; los resultados fueron presentados de manera independiente. El documento de La Condamine fue elogiado por la Real Academia de Ciencias de París despertando interés en otros estudiosos y viajeros que visitaron Quito hasta el siglo XIX. Charles Marie de La Condamine llegó a Quito en 1736 desde la Costa y entró por Nono. Antes de presentarse al presidente de la Audiencia ascendió al volcán Pichincha y miró a Quito desde la altura. Luego de redactar

<sup>270</sup> De La Condamine, 5.

su sorpresa ante el paisaje<sup>271</sup> señaló en su diario: «Esta ciudad llegó a ser el centro de nuestras operaciones, está a cuarenta leguas del mar, a un cuarto de legua de la Línea Equinoccial y a 80 grados y medio al occidente de París».<sup>272</sup>



Nomenclatura:

- Puentes
- Carnicería
- Casas donde se hicieron las primeras observaciones de latitud y oblicuidad de la elíptica

**Figura 52.** Plano elaborado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, 1748.

**Fuente:** Biblioteca Digital de la Real Academia de Historia, Madrid, España.

El plano de Quito de Jorge Juan y Antonio de Ulloa representa la ciudad en dos dimensiones, se encuentra insertado en el libro: *Relación histórica del viaje hecho de orden de S. Mag. Para medir algunos grados de Meridiano Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura, y magnitud de la Tierra*. El documento es un grabado en blanco y negro, en formato de 0.487 x 0.315 m. Escala en toesas. Publicado en Madrid en 1748.

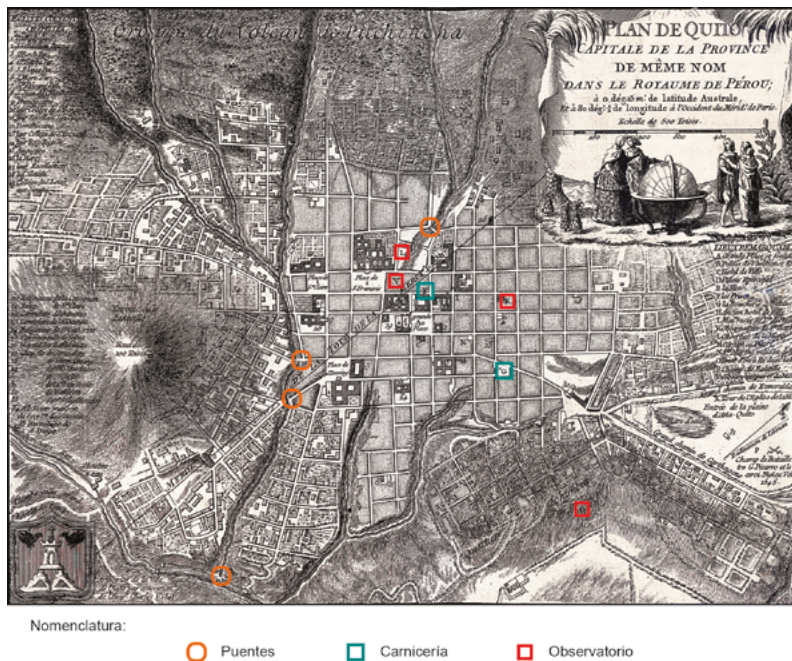
El plano muestra el emplazamiento de la ciudad entre colinas y el sistema de quebradas en parte descubiertas y en parte rellenadas; se trata de una representación

<sup>271</sup> En el capítulo II se citó la primera parte de la redacción sobre Quito desde lo alto. El dibujo en tres dimensiones de la meseta de Quito de la introducción de este estudio trata de visualizar lo que La Condamine vio como territorio y paisaje.

<sup>272</sup> De La Condamine, 13.

técnica del plano de la ciudad en donde se dio importancia a las edificaciones y parroquias eclesiásticas, los edificios civiles de la Audiencia y el Cabildo, las cárceles, el hospital, las fuentes de agua, molinos, la carnicería y la ubicación del rollo de la ciudad. Jorge Juan y Antonio Ulloa pusieron con numeración separada dos sitios desde donde se realizaron las observaciones de latitud y oblicuidad de la elíptica de la tierra por parte de la Misión Geodésica Francesa en su estancia en Quito.

Este plano, con el norte ubicado hacia la derecha, representa el ingreso a la ciudad por dos caminos sin nombre que se unen para formar una «Y»; en el interior de estas rutas se conforma un triángulo que en el futuro será el parque de La Alameda. Es interesante notar el detalle que puso en señalar las características físicas del interior de este espacio: en primer lugar, denominó a todo este espacio «Potrero del Rey» que equivale a decir que es un espacio de alta importancia social y política; no dibujó la laguna, pero escribió un texto que permitió entender la condición cambiante del caudal de la laguna: «laguna que suele secarse», característica que es frecuente también en los espacios lagunares del ejido del norte. En el terreno dibujó una loma en cuya cima está una capilla conmemorativa; en la parte baja escribe la presencia de varios hitos como el «rollo». Los contornos norte y oeste no tienen edificios, en consecuencia, el antiguo Potrero del Rey estuvo en los arrabales de la ciudad y no tuvo un muro o límite del predio que lo resguardara de la calle.



**Figura 53.** Plano elaborado por Charles Marie de La Condamine, 1751.  
**Fuente:** Biblioteca Digital de la Real Academia de Historia. Madrid, España.

El plano de Quito, de Charles Marie de La Condamine, representó a la ciudad en dos dimensiones, y se encuentra insertado en el libro: *Journal du voyage fait par ordre du Roi, à l'Equateur, servant d'Introduction historique à la mesure des trois premières degrés du Meridien*. El plano está grabado en blanco y negro; tiene dimensiones de 0.262 x 0.197 m. Escala en toesas. Publicado por la Imprenta Real de París en 1751.

En el grabado se puso especial interés en el curso de las quebradas de Quito, mientras que los planos modernos las cubren. La Condamine cubrió únicamente la parte central de la quebrada Tejar-Manosalvas. El plano destacó en la mitad del formato la parte consolidada de la ciudad. La nomenclatura enumeró y separó las iglesias de los conventos y las capillas con detalle y cuatro puntos de observación para las mediciones anotados como «K», «L», «O», «V» (señalados con cuadrados rojos). En lo que será La Alameda, el plano señala: «entrada a la explanada de Añaquito», es decir, una información espacial para determinar que La Alameda estaba ubicada en un punto más alto, a manera de mirador hacia el ejido del norte. También denominó los caminos que salen hacia el norte: uno hacia Esmeraldas y otro hacia Cartagena. El plano marcó una línea diagonal que representa el paso de la línea del meridiano por la propiedad de los jesuitas y la torre de la iglesia de La Merced. En el extremo inferior izquierdo se situó el escudo de Quito que destaca el valor de la quebrada y la montaña como símbolos de la ciudad. Un sector que los demás planos no evidenciaron fue la localización del sector Chimbacalle Grande junto al río Machángara.

El lenguaje científico utilizado para referirse al espacio y el territorio tomó en esta época un modo de expresión particular en los estratos altos de la sociedad, en lugar de una descripción literaria y emocional la descripción hizo énfasis en el relato cuantitativo con precisión en lo numérico, en ocasiones un alarde de exactitud y conocimiento técnico. La práctica de este lenguaje fue un signo de cultura, refinamiento, conocimiento y poder. Políticos como Gabriel García Moreno, quien fue aficionado a la ciencia también adoptó este modo de expresión escrita con orgullo al describir su hazaña al ascender al volcán Pichincha en una carta a su amigo naturalista Guillermo Jameson; la excursión fue de tres días en compañía del científico Sebastián Wisse: «En el medio del plano inclinado que constituye el fondo del volcán levántase el actual cono de erupción: tiene 820 pies (250 metros) de diámetro, 262 pies (80 metros) de alto», luego añade «La actividad volcánica del Pichincha ha aumentado notablemente, como se manifiesta por la mayor exhalación de vapores», posteriormente comenta «salí del Pichincha el 17 de diciembre, después de haber pasado la noche anterior dentro del cráter, a 493 pies (150 metros) de cono de la erupción», y finaliza «No dudo que al bajar 2460 pies (750 metros) de rocas,

en donde las manos sirven más que los pies, un solo paso temerario tendría muy fatales consecuencias».<sup>273</sup>

El relato señaló con exactitud el trabajo realizado en el interior del cráter pero, sobre todo, la valentía con la que enfrentó la medición de la boca del Guagua Pichincha en condiciones de riesgo; añadió una visión razonada de la actividad volcánica, la flora que encontró en su interior y las condiciones geológicas del cráter, descrito en primera persona, con emoción y en actitud de dominio sobre la naturaleza; la descripción no mencionó los instrumentos con los que se realizaron las medidas, las técnicas de medición ni otros datos de manejo técnico, queda como pregunta si su relato adolece de exageraciones para sorprender a su interlocutor.

Los descubrimientos de la Misión Geodésica tuvieron un impacto importante por su aporte al conocimiento científico universal sobre la forma de la tierra; su presencia en la Audiencia de Quito no pasó desapercibida en la cotidianidad de las ciudades por las que pasaron causando curiosidad; su labor científica no fue comprendida por la mayoría de la población que veía con desconfianza su actuación en varios ambientes sociales: el no cumplir con los protocolos diplomáticos de la época, el no tener el traje adecuado para presentarse ante los ojos de la autoridad; más tarde la venta de su ropa para financiar la investigación de campo; su permanencia solitaria en lugares desolados del Pichincha; los acontecimientos públicos protagonizados por sus compañeros, entre ellos la muerte de Seniergues, el médico de la misión, linchado por la población de Cuenca y la serie de historias e intrigas alrededor del hecho; y al final, la venta del instrumental de topografía y medición en la plaza de la ciudad fueron objeto de comentarios, sospecha y rumores que especularon sobre el verdadero interés de los extranjeros.

Charles Marie de La Condamine influyó en un grupo social ilustrado que dio acogida a los científicos en estupendas casas de hacienda o en residencias de las ciudades mismas. Fue una época en que la admiración por lo francés era recurrente en este grupo social que a menudo hablaba o comprendía este idioma sin haber estado en Francia; en suma, la cultura francesa era un indicador de distinción social y refinamiento. En su diario e informes al rey, siempre llamó «Ecuador» al territorio estudiado. De este modo, su presencia se convirtió en una bisagra en la concepción de lo equinoccial y lo ecuatorial: de una noción mágico-religiosa del mundo a una visión razonada. Lo que interesa destacar en esta reflexión es cómo el sentido de esta visión razonada se expresó en las obras urbanas y arquitectónicas realizadas en dos periodos políticos diferentes, una conservadora y otra liberal, pero que tuvieron en común integrar al país en el cambio de época, el

<sup>273</sup> Gabriel García Moreno, «Mi último viaje de exploración al volcán que domina Quito» en *Quito. Tradiciones, testimonio y nostalgia*, ed. Edgar Freire Rubio (Quito: Abya-Yala, 1858), 158.

cambio tecnológico de la máquina, la educación técnica y los descubrimientos que aportaron al confort urbano como la electricidad y el saneamiento.

La localización de la línea ecuatorial en la latitud 0° según las mediciones de la Misión Geodésica Francesa está fuera de la ciudad de Quito de ese entonces, a 18 kilómetros de la plaza Mayor. Sin embargo, la ciudad asumió la concepción científica de lo equinoccial en un espacio físico que se determinó en La Alameda. La idea solo progresó hasta el siglo XIX cuando se estableció en este espacio el observatorio astronómico, edificio que representó a la ciencia; sobre esta idea, Ramón Gutiérrez señala: «La idea de la avenida flanqueada simétricamente por arboledas o glorietas, circundada por rejas con jarrones y estatuas señala en definitiva la nueva manera de concebir la inserción del paisaje». <sup>274</sup> El autor menciona la Alameda de Lima, el Jardín Botánico de México, la Alameda de Buenos Aires, modelos de gran envergadura que se construyeron a la par con La Alameda quiteña del siglo XVIII. Cabe especular que las noticias de estos espacios llegaron al conocimiento de la gente ilustrada de Quito por noticias o viajes y observación de los parques europeos y americanos, de allí la propuesta de una alameda para el disfrute de un grupo social específico.

### **Quito insurgente**

La Audiencia de Quito fue creada en 1563 y estuvo subordinada a una jurisdicción de mayor jerarquía que fue el Virreinato del Perú entre 1563 y 1717. En ese año por Cédula Real se incorporó al Virreinato de Nueva Granada por corto tiempo, entre 1717 y 1722, para nuevamente integrarse al Virreinato del Perú hasta 1739. En ese año se produjo la reincorporación al Virreinato de Nueva Granada. Durante las guerras por la independencia de España, entre 1808 y 1822, se gestó en la ciudad de Quito, capital de la Audiencia, un movimiento independentista que formó una Junta Suprema entre 1808 y 1812, que fue el origen de una nación independiente del Perú y de la Nueva Granada, sin embargo, esta aspiración no fue posible sino luego de la separación de la Gran Colombia en 1830. En este año se estableció la República del Ecuador como nación independiente.

La Audiencia de Quito tuvo un vasto territorio conformado por lo que hoy corresponde a los estados actuales de Venezuela, Colombia, Ecuador, una parte del Perú y una franja a lo largo del río Amazonas hasta el Atlántico. Desde la Colonia hubo desmembraciones sucesivas, la primera fue la franja del río Amazonas por un acuerdo entre España y Portugal en 1777. Guayaquil también experimentó un

---

<sup>274</sup> Ramón Gutiérrez, *Historia de la arquitectura y el urbanismo en Iberoamérica* (Madrid: Manuales Arte Cátedra, 2005), 228.

proceso de anexión a Nueva Granada y luego a Perú por razones militares y por el interés de España para contar con un puerto en el Pacífico a más del Callao.<sup>275</sup>

En este contexto, durante el periodo colonial, la Audiencia de Quito se configuró como un territorio autónomo con una marcada identidad local que no perdió la condición de centro político y de intercambio regional. En la independencia de España confluyeron circunstancias de orden social y económico que afectaban los intereses de una parte de la población, en particular mestizos y españoles nacidos en América quienes impulsaron el proceso de independencia de este territorio como totalidad, lo que hoy se conoce como Ecuador.

En el periodo colonial el descontento social fue una constante y los levantamientos de indígenas o de mestizos fueron frecuentes en la Audiencia de Quito. Segundo Moreno hace un recuento de ellos en la Audiencia de Quito en el siglo XVIII y analiza a partir de documentos de archivos ecuatorianos y españoles los tipos de levantamientos, los actores sociales que participan y las estrategias aplicadas desde el siglo XVI al XVIII en que recrudece la tensión social en la Audiencia de Quito. Aunque el estudio no trata sobre los levantamientos urbanos de Quito da una visión del contexto social en una escala mayor en ciudades menores:

Por su parte el siglo XVII presenta dos clases de confrontaciones: las numerosas que se desarrollaron en las zonas «fronterizas» de conquista (regiones selváticas de la cuenca del Amazonas y del Litoral) y las protestas de los indios del Altiplano contra las instituciones del régimen colonial ya establecido. Es el siglo XVIII el que presenta el conjunto más numeroso y homogéneo de movimientos subversivos indígenas, los que inauguran una tradición de rebeldía, que rebasará la era republicana.<sup>276</sup>

El siglo XVIII tiene una historia compleja marcada por una situación económica de escasez que se extendió en toda la Audiencia de Quito como efecto de la reforma fiscal Borbónica que incrementó los impuestos sobre la población, a esto se sumó la caída en el precio de venta de textiles, la falta de moneda circulante, el terremoto de 1755 afectó la arquitectura en particular de Quito, el de 1757 destruyó parcialmente la ciudad de Latacunga y luego el de 1797 destruyó Riobamba, ambos con repercusiones en la Sierra Central y en Quito, la peste de viruelas y la escasez de alimentos en 1746 causó estragos en la población urbana, la incorporación administrativa de la Audiencia de Quito al Virreinato de Santa Fe entre 1717 y 1722 afectó la gobernabilidad de la Audiencia.

<sup>275</sup> Ayala Mora, tomos 5, 6 y 14.

<sup>276</sup> Moreno, 20.

En capítulos anteriores se trató sobre la fundación española de Quito como producto de una negociación entre la población local y conquistadores que tuvo como resultado unos acuerdos que luego no se cumplieron quedando en el ambiente la sospecha de ambas partes y un espíritu rebelde entre la población local, en este sentido la ciudad fue el escenario en el que se expresaron las inequidades y la inconformidad. ¿Cómo se expresó en la ciudad colonial esta tensión social? Una respuesta está en la acción colectiva descrita por la historia con hechos simbólicos que tuvieron como espacio físico la plaza, y en ella la «toma de la plaza» en la rebelión de los barrios y la guerra de guambras, cuya lógica recuerda que el equilibrio social no se asentaba en un gobierno jerárquico sino en un sistema dinámico; rotativo en el territorio y cíclico de tiempo; cada unidad territorial era independiente y tenía el poder por un ciclo de tiempo, cuando el ciclo se completaba pasaba a otro territorio constituido por otro grupo social; cuando el sistema se ponía en peligro se unían todos ante el enemigo común.

En tiempo colonial esta lógica se acomodó; el espacio del poder era físico y fijo, y estaba representado por la plaza Mayor, por lo tanto, la «toma de la plaza» fue ganar la plaza, o alcanzar la apropiación de este espacio físico mediante la presión colectiva en contra de las fuerzas delegadas por el poder instaladas en la plaza. Es un acto de acción física y a la vez simbólico, aunque fuera por un momento, de ese modo, los mestizos reivindicaron sus aspiraciones.

La ciudad de Quito ha sido un centro político que ha convocado en su plaza Mayor la protesta de la población con resultados eficaces en la escala local y con repercusión en la escala nacional. Cuando se produjo la derrota en las guerras de independencia o cuando no se cumplieron los acuerdos por la ocupación del espacio prehispánico, la población expresó con el silencio su descontento; esto no significó la aceptación tácita ni la sumisión, sino, por el contrario, una formación política subterránea y subversiva que afloró en cuanto fue posible. Por otra parte, los sucesos de la historia política de Ecuador pusieron a Quito como escenario de la acción social en tiempo de crisis a la plaza y la calle; la quebrada y las laderas de las montañas; la acción en el día y la noche; la fiesta de Corpus y el arco iris.

En la ciudad de Quito se registraron desde muy temprano protestas ciudadanas que dieron lugar a transformaciones políticas y sociales como la «Revolución de las Alcabalas» en 1592; el «levantamiento de los barrios de Quito» en 1765 al finalizar el periodo colonial; y el «Primer Grito de la Independencia el 10 de agosto de 1809» que marcó el antecedente de la República.<sup>277</sup>

---

<sup>277</sup> En el siglo XX tres destituciones presidenciales por presión ciudadana: el 6 de febrero de 1997, 21 de enero de 2000 y 20 de abril de 2005 que tuvieron repercusión en la reestructuración política nacional.

### *La guerra de Quito*

Toda guerra tiene al menos a dos contrincantes, en este caso, para resolver la toma del poder por parte del pueblo. La «rebelión de los barrios» de 1765, conocida también como la «guerra de Quito», fue un hecho histórico que permite un análisis espacial. Se tomó como eje de la descripción el testimonio del jesuita Bernardo Recio que ha sido poco difundida y citada, y a esta se añadieron el texto de un testigo presencial que fue el jesuita Mario Cicala, y el testimonio de un mestizo encontrado en un documento de la Biblioteca Nacional de Colombia. Por otra parte, el relato del testigo presencial será analizado a la luz de la historia nacional: la *Historia General de la República del Ecuador* de González Suárez (1844-1917), la *Nueva Historia del Ecuador* de Enrique Ayala y *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito, un texto específico sobre los levantamientos indígenas entre el siglo XVI y XVIII* de Segundo Moreno Yáñez (1939-?).

El escenario de la «guerra de Quito» fue la plaza Mayor en conexión con las tres primeras parroquias eclesiásticas establecidas en Quito en el siglo XVI: San Roque, San Sebastián y San Blas, espacios ocupados en tiempo prehispánico. El Panecillo fue un hito natural, mirador y fortín para la toma de la plaza Mayor por parte de los mestizos de los mencionados barrios. Las quebradas de Jerusalén y Manosalvas fueron espacios en donde se depositaron algunos muertos durante el conflicto. La Iglesia presentó tres caras ante el conflicto, por una parte el control social de los revoltosos, por otro la complicidad de algunas comunidades religiosas con el levantamiento social lo que reflejó un problema interno de la institución y en donde la participación de San Francisco develó relaciones e intereses con San Roque, y por otro, la custodia de los bienes de la nobleza quiteña así como la protección a gente noble o autoridades que eran perseguidos por los insurgentes.

Las tres primeras parroquias eclesiásticas coloniales fueron independientes, pero se unieron para la celebración de la fiesta de Corpus. La estructura social de las tres parroquias tuvo una jerarquía que se consolidó en el tiempo: en el siglo XVI, San Roque fue una parroquia en la que estaban reunidos los descendientes de la nobleza inca de Quito que se convirtieron en artistas y artesanos prósperos; en el siglo XVII mantuvo su prestigio social y cultural, tuvo a menudo la iniciativa para la organización en la fiesta religiosa y la fiesta profana, este sector fue reconocido por ser de gente rebelde, orgullosa de sus ancestros y su bravura, allí vivieron artesanos y artistas de prestigio social, poseedores de dinero y bienes materiales; en el siglo XVIII, durante la guerra de Quito, los rebeldes fueron mestizos, esto daría a entender que la composición social cambió, sin embargo, según Moreno Yáñez la composición social de mestizos urbanos podía incluir indígenas.

Volviendo a los siglos XVI y XVII, Susan Webster, quien ha estudiado las vidas y oficios de pintores, herreros, constructores y artesanos de Quito colonial identifica

a varios pintores, carpinteros, canteros, doradores, constructores y herreros en las tres primeras parroquias del siglo XVI, ya sea porque tuvieron propiedades o porque vivieron en ellas. Nombres conocidos como el pintor Andrés Sánchez Galque<sup>278</sup> y el maestro constructor don Francisco Morocho<sup>279</sup> vivieron en San Roque parte se sus vidas al finalizar el siglo XVI e inicios del XVII. El prestigio de los artesanos y su liderazgo en actividades de interés colectivo se extendió hasta el siglo XIX.

En la parroquia de San Blas hubo indígenas que tuvieron talleres artesanales, uno de ellos fue el de Antonio Gualoto, dorador, quien vivió en esta parroquia. A partir de la investigación de Webster se pueden extraer algunos elementos sociales del grupo indígena que sobrevivió a la conquista y que estuvo asentado en las entradas de Quito formando barrios de las primeras parroquias eclesíásticas: el primero, la relación estrecha entre los herederos de la nobleza incaica que perduró hasta el siglo XVII y, posteriormente, se expresó en la memoria de sus antepasados, un valor simbólico que los unió.

En el transcurso del siglo XVII los artesanos de prestigio tendieron a comprar casas y terrenos en San Roque. La adquisición de tierra, en este caso tierra urbana, fue un patrimonio que se heredó no solo como un bien material sino simbólico. El trabajo de este grupo social fue colectivo ya que a más de la relación familiar hubo estrechos vínculos laborales con otros artesanos con quienes formaron redes de colaboración y reciprocidad; al mismo tiempo los talleres artesanales fueron escuelas que formaron a nuevas generaciones de artesanos. Esta práctica se extendió hasta el siglo XX.

Para el siglo XVIII Quito se encontraba circunscrito entre las lomas del espacio fundacional colonial con un número de parroquias que se incrementó, las descripciones señalan que la ciudad tuvo 252 hectáreas y 25 000 habitantes<sup>280</sup> con siete parroquias: Sagrario, Santa Bárbara, San Blas, San Sebastián, San Roque, San Marcos y Santa Prisca. San Roque estaba compuesta por población indígena y mestiza, siendo esta última la predominante.<sup>281</sup>

<sup>278</sup> Autor de la pintura *Don Francisco de Arobe y sus hijos Pedro y Domingo*, 1599, óleo sobre lienzo que se encuentra en el Museo de América.

<sup>279</sup> Participó con su padre Jorge de la Cruz en la construcción de la iglesia de San Francisco de Quito. Fue cacique principal de San Roque.

<sup>280</sup> Instituto Geográfico Militar (IGM), Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador (IPGH) e Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération (ORSTOM).

<sup>281</sup> Minchom, 232.

### **El mestizo**

¿Quién era el mestizo del siglo XVIII? Fue un grupo social mal visto por españoles desde el siglo XVI, fueron definidos como personas en las que no se podía confiar.<sup>282</sup> En el siglo XVIII, cuando el orden colonial empezaba a declinar, la sociedad había empobrecido por la crisis económica, el ambiente social era de rebelión e inconformidad en todo el territorio de la Real Audiencia como consecuencia de la aplicación de las leyes borbónicas en América. Las familias procuraban el ascenso social de sus miembros para diferenciarse de los estratos inferiores, el malestar social era general y se hizo visible en la ciudad con la hostilidad de la gente. Mario Cicala describió con precisión al mestizo del siglo XVIII cuando comentó a otro religioso sobre su conversación con el marqués de Selva Alegre acerca de este personaje:

[...] sepa que los mestizos quiteños son endiablados para las pasquinadas mordaces y picantes; es necesario admitir que éstos tienen relaciones con el diablo, ya que con dos palabras definen a cualquiera con la más exacta propiedad». Acompañando un día a un padre muy conocedor de toda aquella ciudad y pasando por la calle de Comercio, había un mestizo parado en la esquina de la calle, descalzo y envuelto en su ferraiolo o como dicen capa vieja que no valía toda ella cuatro bayocos (moneda siciliana de insignificante valor). Con su sombrero blanco calado hasta las cejas, que apenas se le reconocía apariencia y forma de sombrero por lo roto y sucio. Así estaba con las espaldas en la pared. El padre me dijo: ¿ve aquel sucio y descalzo mestizo? Pues sepa que es uno de los que hacen las pasquinadas más satíricas y picantes, y es uno de los poetas más despiertos e ingeniosos. Quedé aturrido al oír todo esto, y luego con el tiempo experimenté por mí mismo la verdad de la cosa.<sup>283</sup>

La «guerra de Quito» o «Rebelión de los barrios» fue un levantamiento colectivo de la población, sobre todo la mestiza urbana, de las tres parroquias más antiguas de Quito, con el liderazgo de la parroquia de San Roque. Los protagonistas conservaban las tradiciones festivas ancestrales y aprovecharon la fiesta del solsticio de verano para realizar la toma de la plaza y expresar así su descontento e imponer a las autoridades unas condiciones para regresar al orden. La «guerra» se produjo en el año 1765, en circunstancias de una profunda sequía, y en consecuencia baja cosecha, bajos ingresos y escasez de alimentos.

<sup>282</sup> La descripción de la ciudad de San Francisco de Quito, anónima, de 1573, define a los mestizos en los siguientes términos: «Los mestizos comúnmente tienen buen talle, aunque en algo diferente de los españoles. Comúnmente son mentirosos, chismosos y noveleros y glotones, y aunque hay otros virtuosos, toda su ocupación es ocio». Ver Ponce Leiva, 221.

<sup>283</sup> Cicala, 213.

La parroquia de San Roque había protagonizado con anterioridad varios disturbios urbanos en 1719, 1726 y 1740; en este último año fueron movilizados en su favor por los franciscanos con quienes el barrio mantenía una estrecha interdependencia.<sup>284</sup> Este antecedente hace pensar a Minchom, entre otros autores, que la participación en el levantamiento de 1765 no fue casual y añade que para ese entonces fue la parroquia más poblada y con jóvenes calificados de «atrevidos» por las autoridades de ese momento.

### **La guerra de Quito y la participación de la Iglesia**

Entre los testigos del levantamiento está el padre jesuita Bernardo Recio mencionado anteriormente. Él describe el origen de los disturbios:

(122) Fue el origen, y causa de ella, la imposición de una nueva aduana [...] en el año 1765 dispuso el señor Virrey con orden de la Corte que se cercenase en gran parte tan grande libertad, mandando se formase en Quito Casa de Aduana donde se registrasen los géneros, señalando ministros que diesen ejecución a este proyecto.

(124) Habíase comprado para ella una casa grande, en que había vivido un oidor, contigua a la iglesia parroquial de Santa Bárbara. Déjense ver a prima noche unos enmascarados, y vestidos de nazarenos (que se cree fueron algunos de los descontentos negociantes), y presentándose al cura de dicha iglesia le pidieron papel y tinta por señas con que por escrito le dijeron que reservase al Santísimo Sacramento y la iglesia cuidase, dando providencia pronta para preservarla del incendio, porque se iba a quemar la Aduana. Poco después hecha la señal con las campanas acudió de los barrios inmensidad de gente, que aplicando leña y fuego incendiaron la casa [...]

(125) Iban armados con lo que tenían, y sobre todo cargados de piedras, con las que rompieron las vidrieras y cuanto había en la casa, en que entrando los más ladinos mestizos, después de haber huido los aduanistas llenos de espanto, medio desnudos, se tomaron a discreción cuanto hallaron: la plata de las arcas, la ropa y los muebles de algún precio haciendo se cebase el fuego en todo lo demás.<sup>285</sup>

Con este episodio inicia la «guerra de Quito» como protesta ante los impuestos gravados a todos los productos que ingresaban por la aduana, entre ellos el aguardiente. Hubo robo y saqueo de bienes que se llevaron a los barrios como trofeos de guerra mientras el edificio de la aduana humeaba hasta el día siguiente en que

---

<sup>284</sup> Minchom, 229.

<sup>285</sup> Recio S.J., 517.

los curiosos se detenían a mirar los escombros desde la plaza de la parroquia de Santa Bárbara, ubicada en el extremo norte de Quito. La «guerra de Quito» duró desde el 7 de mayo en que se produjo el incendio del edificio de los estancos hasta aproximadamente el 12 de julio de 1765 en que se acordó la paz entre las autoridades y los barrios. Vale aclarar que la parroquia era una jurisdicción eclesiástica que en este caso contenía un barrio cuyos límites no necesariamente coincidían con los límites establecidos por la Iglesia. El barrio tenía como base una identidad colectiva soportada por lazos familiares, laborales y de estatus social.

El incendio del edificio de la aduana fue el primer triunfo que levantaron los ánimos de los mestizos quienes desautorizaron al oidor y a los predicadores que se disponían a contener a la muchedumbre. El rumor se extendió por todas las provincias, villas y posadas en donde los levantamientos indígenas también produjeron estragos. El padre Recio encontró en su camino desde Cuenca a un soldado que iba pregonando el levantamiento de Quito. Las autoridades españolas y personas influyentes del Cabildo se encerraron en sus casas y en la medida que la inseguridad aumentaba se refugiaron en los conventos, incluso en los de monjas.

El ambiente de la ciudad fue de tensión, temor y de ánimos encendidos, las autoridades ordenaron la ronda en los barrios pero la violencia en San Roque y San Sebastián no se detuvo al pedido de la autoridad y, por el contrario, respondieron con piedras a las «patrullas» formadas por religiosos. Como respuesta estas dispararon con armas de fuego con un saldo de dos personas muertas en San Sebastián. En lugar de amedrentar a los mestizos, este hecho encendió los ánimos de otros barrios generalizando la violencia, los mestizos persiguieron a algunas autoridades identificadas en las patrullas, asaltaron sus casas y en la medida que pasaban los días llegaban más adhesiones en favor de la protesta pública cuyo espacio de acción fue la calle.

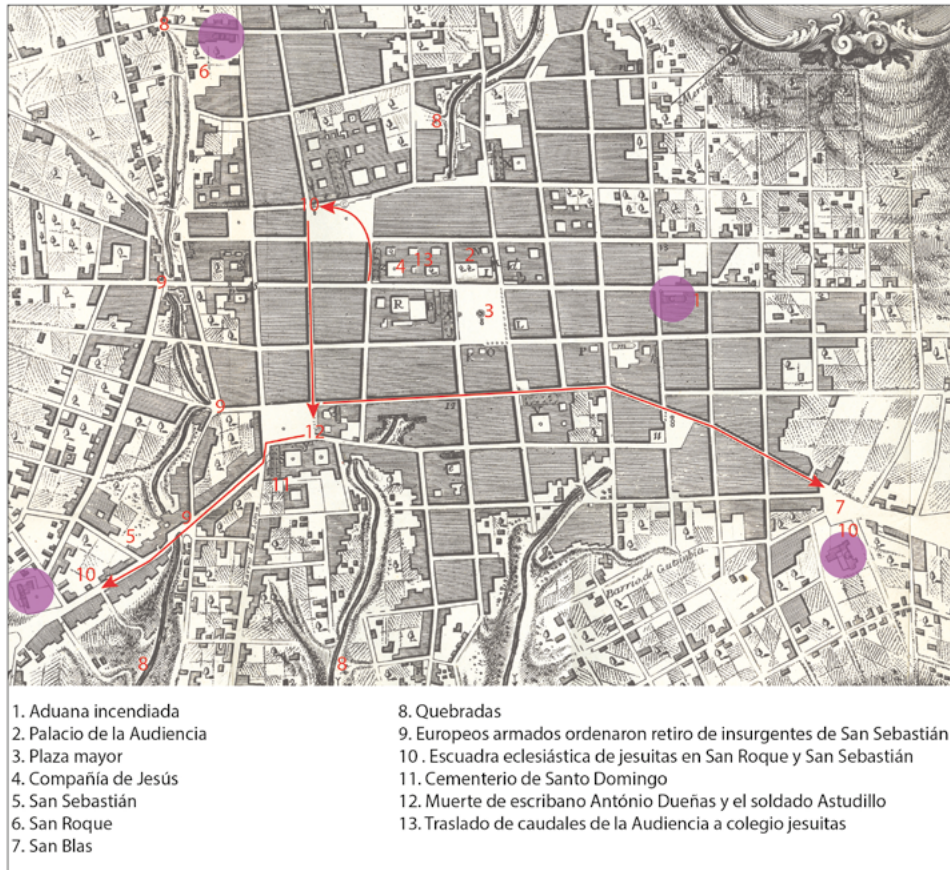
Un segundo momento en la «guerra de los barrios» fue el proceso de la «toma de la plaza» en el mes de junio de 1765, cuando se acercaba la fiesta de San Juan, con lo que hubo un corto tiempo de tranquilidad y parecía que la fiesta deponía la protesta callejera, sin embargo, el 24 de junio empezaron los toques de tambores y estallido de pólvora, la población de la ciudad creyó que se trataba del pregón de la fiesta de Corpus Christi que coincide con la fiesta de la cosecha, sin embargo no fue así, los barrios escogieron esta fecha para acometer con su protesta y reivindicar sus derechos. Nuevamente la plaza vacía y la plaza llena, el «alboroto» y el silencio fueron expresiones de una dualidad en la protesta de los barrios.

La guerra durante la noche, la localización de la artillería en el pretil del edificio de la Audiencia y en las esquinas, y la custodia de la plaza para impedir el ingreso dan cuenta de la importancia de la plaza Mayor como espacio de poder. Por otra parte, el control de las esquinas permitía una ventaja para la milicia: el control en tres

direcciones para reforzar la defensa de la plaza, el espacio público más importante de la ciudad.

El enfrentamiento fue desigual, piedras contra armas de fuego, el equilibrio de fuerzas consistió en el gran número de rebeldes y el espíritu de guerra, la intimidación mediante el estruendo y el «furor infernal». Por otras fuentes se conoce que en ese momento la milicia estaba mal abastecida y entrenada, tenía armas viejas o en mal estado, esto contribuyó a que la furia de los rebeldes sumada a la improvisación de armas caseras, piedras y armas que fueron arrebatadas al enemigo y todo insumo posible de creación propia fueran útiles para atacar y amedrentar a españoles y religiosos. La situación de la milicia no cambió sino cuando asumió la presidencia de la Audiencia don Luis Francisco Héctor, barón de Carondelet, entre 1797 y 1807.

De acuerdo con el relato, la plaza de San Francisco fue ocupada por los mestizos como frente de guerra, por lo tanto fue otro escenario de la batalla que, al no acatar la intervención de los religiosos, fueron heridos por la milicia. El proceso del diálogo con los barrios tomó varios días, los delegados fueron sobre todo jesuitas. La primera incursión fue al barrio de San Roque, luego en San Sebastián y por último en San Blas. En los dos primeros tuvieron que hacer varios intentos debido a las pedradas lanzadas desde las esquinas, esta vez por los mestizos, quienes tuvieron el control de la plaza y los accesos a la misma. La esquina cobró protagonismo en el espacio público urbano para cualquiera de los bandos ya que el control del enemigo por la calle era visible desde lo lejos.



**Figura 54.** Representación de la versión de los hechos de la guerra de Quito según Bernardo Recio. Interpretación de recorridos y sitios durante la guerra de Quito.

**Fuente:** elaboración propia sobre detalle del plano de Quito de 1748, de Jorge Juan y Antonio de Ulloa.

El paso al diálogo no fue una decisión unánime, tanto en San Roque como en San Blas, ceder ante la Iglesia no fue aceptado por una parte de la población que tenía como evidencia a sus muertos en el cementerio de la iglesia de Santo Domingo. En esta rebelión, el espacio público urbano, exterior y abierto, fue el escenario de la protesta de un grupo de la población, los mestizos, quienes exigieron condiciones para restablecer la paz en el espacio de la plaza; en tanto que la Iglesia pidió hacerlo en un espacio cerrado. Según el documento «declaración de un mestizo», folio 10, se juraron las paces en la plaza Mayor con la presencia de los representantes de todos los barrios y las autoridades civiles y religiosas del cabildo, cabe suponer que fue una multitud que no cabía en la iglesia. Lo que se acostumbraba

en ese entonces era que las autoridades ocupaban el descanso de la escalera de la catedral para ser vistos por todos.

Según la versión de Recio, el acuerdo se hizo en la iglesia Catedral con el obispo en el púlpito, en el espacio del poder, en lo alto, y los líderes de los barrios en lo bajo, en la nave de la iglesia. Este fue el espacio desde el cual se enunciaron las proposiciones de paz, es decir, un espacio arquitectónico simbólico antes que el espacio público de la plaza. Según esta versión, las decisiones no se tomaron en consenso con todos los barrios, sino con un grupo de líderes barriales. ¿Por qué no se llevó a cabo la conciliación en el edificio de la Audiencia de Quito, el edificio de mayor significación política, en la plaza Mayor o en alguna de las tres parroquias?

Una respuesta provisional desde las circunstancias del momento deja ver que el Estado desplazó por un momento su poder en la Iglesia, del mismo modo, parecería que los criollos auspiciaron la guerra en los grupos de mestizos en los barrios de Quito, quienes llevaron el descontento a través de la protesta que podía ejercer algún efecto en Quito y en la plaza Mayor. Por otra parte, se devela la delegación de grupos de poder ocultos en la descripción de la guerra de Quito: el poder español y el de los criollos, que son descendientes de españoles nacidos en América y con títulos nobiliarios que aspiraban el manejo de la Audiencia de Quito. Por esta razón, algunos historiadores interpretan la guerra de Quito como el inicio del proceso de independencia que vio su resultado en 1830.

La iglesia como espacio de conciliación tampoco sella definitivamente la paz. El padre Recio no describió los puntos del acuerdo sino historiadores que en la segunda mitad del siglo XX y a través de otras fuentes dieron a conocer los puntos de la discordia: no más impuestos, eliminación de la aduana, la salida de la ciudad de españoles por estar acusados de provocar la muerte en los barrios, y en particular en San Sebastián. Hasta el final, los pobladores de este barrio, como lo expresó Recio, no aceptaron de buena gana los acuerdos pactados, según ellos, se llegó a una paz a medias.

El edificio de la Audiencia y las iglesias de las parroquias no fueron en el momento de las deliberaciones espacios neutros ya que la desconfianza estaba generalizada. La iglesia Catedral podía ser un espacio neutro o un espacio común para las deliberaciones, aunque para todos era conocido que sus miembros formaban parte del poder. Según la descripción de Recio la iglesia se convirtió en un espacio ambivalente: público y privado, cerrado físicamente y abierto a recibir las deliberaciones de las partes.

Los acuerdos de paz realizados en el interior de la iglesia expresaron una disposición de los objetos y las personas que fueron claros para comunicar, de manera no verbal, quién ejercía el poder: en la posición de los interlocutores lo alto y lo bajo como referente de jerarquía, este lenguaje formal y espacial no reveló un

espacio de negociación entre iguales, representó que continuaba el poder de la Iglesia y de la Corona española, no había cambiado la estructura del poder, cambió la manera en que se aplicaron las imposiciones a la población.

Una vez producido el acuerdo entre los representantes de las partes la noticia de este acontecimiento se difundió entre la población de los tres barrios, los que tenían otra lectura de la «guerra de Quito», una paz a medias, la insatisfacción de ver que la situación no había cambiado, seguía el mismo gobierno y la misma Iglesia. La recepción del mensaje de conciliación tenía un doble sentido de difícil interpretación; tenía la potencia innegable del silencio porque encerraba en sí mismo una totalidad; el todo y la nada del silencio se trasladó al espacio privado, al vacío de la plaza, las calles y las esquinas.

El desarrollo de los mecanismos para restablecer el orden de la ciudad puso en peligro las vidas de religiosos encargados de entrar en los barrios, algunas autoridades fueron perseguidas por los rebeldes, entre ellos: los oidores, españoles (chapelones), el corregidor y algunos comerciantes españoles estaban en la mira de los barrios. Con el fortalecimiento y la cohesión de los barrios fue posible la toma de la plaza por parte de estos, un triunfo que obligó a deponer la actitud de las autoridades civiles y eclesiásticas. Un acto con el cual la población de los barrios tomó el poder, con esto se revirtió el orden, el status de la nobleza, las autoridades de la ciudad entraron en pánico por sus vidas y los bienes comunes del Cabildo; vino a la memoria la audacia de la gente de los barrios en la «Revolución de las Alcabalas» en 1592, lo que acrecentó el pánico.

Bernardo Recio no describió las condiciones impuestas por los mestizos para deponer la protesta. Lo que describió con detalle fue que una vez llegado a un acuerdo se recorrieron las tres parroquias que lideraron el levantamiento ratificando el acuerdo:

(146) Puedo afirmar aquí, que me causó horror lo que noté, y fue, que conforme llegamos a esta plazuela [San Blas], acudieron a ella muchos laboriegos del contorno, que armados con espantosas pértigas, o gruesos garrotes, venían formado una funesta procesión, y con un silencio sañudo, y bárbaro, se iban apostando por las paredes, que ceñían la plazuela. Venían llamados como auxiliares del barrio, esperanzados de tener parte en el saqueo.<sup>286</sup>

Llegada la procesión a la parroquia de San Blas se presentaron los carniceros de esta parroquia, quienes supuestamente participaron en la «caza» de chapelones, esto contribuyó al terror de los nobles quienes se escondieron en los conventos.

<sup>286</sup> Recio S.J., 529.

[...] El pretil estaba solo, y la plaza en silencio, y es, que mientras anduvimos por los barrios, los señores, considerando imposible, o muy arriesgada la resistencia, deliberaron asegurar en el vecino colegio de la Compañía los Reales Caudales, y dar libertad a todos, por no verlos víctimas del furor de un pueblo tan encarnizado. Así se hizo.

(148) Logrando aquella buena tregua fueron llevando al hombro los talegos de moneda, y hecho estos se retiraron a los conventos. Y en efecto fue un medio el más acertado. Pues aunque en los barrios se habían sujetado a la paz, y la habían pregonado, se verificó allí el, *Pax, Pax, et non erat pax.*<sup>287</sup> De hecho venida la noche, avinagrando toda la masa el fermento, que quedó de los inquietos, volvieron los barrios a tumultuar, y bajando con orgullo y gritería a la plaza, la rodearon varias veces en son de triunfantes, se llevaron las armas que hallaron, y apellidando victoria, la celebraron en sus barrios bebiendo muy alegremente.<sup>288</sup>

El primer triunfo fue el incendio de la aduana, el segundo fue la toma de la plaza, con lo que se alcanzaron las aspiraciones de los sublevados. La descripción da a entender que lo máspreciado en ese entonces era el dinero, los Reales Caudales, es decir, el tesoro de la Audiencia. En un momento de tregua las cajas fueron trasladadas al colegio de la Compañía, una acción que devela el miedo y debilitamiento del poder. Con el triunfo de los mestizos comenzó lo que Recio denominó la «caza de chapetones» (españoles) por las calles y la actitud desafiante hacia esos: «si acaso en las calles descubrían alguno se tiraban a él como perros rabiosos».<sup>289</sup>

En este pasaje aflora la ironía del mestizo descrito por Mario Cicala, la revancha y el espíritu de victoria:

(151) No contentándose ellos con verse dueños del campo, quisieron hacer un glorioso alarde de su triunfo; y así volviéndose a juntar hacia el mediodía, vinieron escuadronados a la plaza, y abriendo la Casa Real, se robaron todas las armas, y todas las piezas de artillería. Pero ¿con qué clamores? ¿con qué estruendo? Y ¿con qué gritería? Y en fin hicieron lo que quisieron. Ya no se oía, ni el nombre de aduana, y protestaban, que no permitirían jamás estanco de cualquier género.<sup>290</sup>

Sin embargo, cabe una pregunta ¿Cómo aportó la toma de la plaza en el cambio efectivo del poder? La respuesta es negativa porque en la realidad el poder lo seguía ostentando la Corona española. No hubo una renuncia o una declaración de derrota por parte de la autoridad de la Audiencia, lo que hubo fue el retiro de

<sup>287</sup> Paz, paz, y tál paz no existe. Jeremías 6,14.

<sup>288</sup> Recio S.J., 529.

<sup>289</sup> Recio S.J., 530.

<sup>290</sup> Recio S.J., 531.

algunas medidas solicitadas por los rebeldes quienes fueron ablandados por el discurso de la fe. La victoria fue simbólica y de corta duración, y surge otra pregunta ¿se trató entonces de una guerra ritual? Como respuesta se podría decir que la guerra fue un hecho material en el que emergió el espíritu de reivindicación de ese acuerdo no cumplido al ceder al conquistador el espacio del nosotros, es decir, el espacio simbólico aborígen. La guerra de Quito muestra una segunda negociación lograda a medias por la rebelión de los barrios más antiguos de la ciudad y que en cierto modo representó a un movimiento subversivo que estuvo presente en toda la audiencia.

Para concluir con el relato afirmó que el paso siguiente fue realizar varias procesiones por la ciudad: San Francisco con la madre Dolorosa. Santo Domingo con la imagen de Nuestra Señora del Rosario, cuyas velas las costeó uno de los oidores. Los de la Compañía acudieron a los barrios para asegurar la paz mediante la liturgia. El escenario de la procesión fue la calle.

En los siguientes años llegaron tropas de Lima y de Panamá para reprimir a los líderes de la guerra quienes huyeron de la ciudad, otros fueron muertos, fueron años de represión e indagación a testigos. Posteriormente, en 1767, los jesuitas, quienes cumplieron un papel importante en la pacificación de la guerra de Quito fueron expulsados de América.

La presencia de militares de Lima en Quito fue relevante y dio cuenta del impacto de la «guerra de Quito» no solo en el territorio de la Audiencia sino también en España que tuvo que deponer el cobro de la alcabala. Tarde, pero llegó el momento de reprimir y perseguir a los cabecillas de la guerra, interrogatorios y cárcel a los supuestamente implicados porque el poder político no cambió, seguía a cargo de la Corona española.

### ***La declaración de un mestizo***

El testimonio de un mestizo fue la declaración de los hechos de la «guerra de Quito» por parte de este personaje, quien no tiene nombre por su condición racial, dio a entender que participó o estuvo cerca de los acontecimientos de 1765. El documento parcial aparece con los años en la Biblioteca Nacional de Colombia en la clasificación de «documentos raros y curiosos» consultados anteriormente por Martín Minchom. La referencia bibliográfica sirvió para conocer otros detalles de interés espacial y cultural y encontrar otra mirada frente al mismo hecho denominado *Diario de la segunda sublevación*, compuesta de 11 folios.

Para el declarante la guerra comenzó en medio de un ambiente tenso que se sentía desde tiempo atrás de la rebelión con expresiones de insulto en la calle por

parte de algunos «inconsiderados e insolentes» de los barrios antes señalados<sup>291</sup> en tiempo del solsticio de verano, que coincide con el 24 de junio, día en el que se celebra la fiesta de la cosecha o fiesta de San Juan para los católicos.<sup>292</sup> Alrededor de este día se habían hecho algunas incursiones en la plaza Mayor por parte de los barrios sin una participación relevante de los caciques o «principales» de cada uno de ellos. Este ambiente hostil hizo que el corregidor de la ciudad y capitán de Granaderos, don Manuel Osorio Sánchez Pareja, procediera a vigilar los barrios (hacer la ronda) luego de lo cual apresó a algunas personas en la calle y les castigó con azotes y baños de agua fría en la cárcel, se entiende que era la cárcel común ubicada en el costado este de la plaza Mayor.

Esta actitud levantó los ánimos de rebelión que estaban reprimidos en la población de Quito. El día de San Juan los barrios resistieron desde las esquinas de las calles con piedras, bolas de fuego y armas blancas a la comisión de la ronda, formada por españoles conocidos que respondieron a los manifestantes con armas de fuego, el resultado de estos encuentros en la calle fue de dos muertos. Luego la ronda se retiró a la plaza Mayor desde donde se hizo un disparo de cañón.

Al ser españoles los causantes de la muerte de las dos personas, los barrios salieron a vengar este hecho: «se segaron a ira y empezaron a tocar arrebató en todas las parroquias para vengarse desta». Un grupo fue a la plaza en donde «los mestizos llegaron a cosa de las dos de la mañana a ganar medio pretil», en donde se encontraban soldados que los reprimieron con armas de fuego. Otro grupo fue a las casas de españoles para asaltarlas y robar todo cuanto pudieron.

En el episodio del declarante se confirma que la guerra fue desigual: piedras contra fusiles, la ocupación parcial de la plaza fue realizada con varios intentos, la primera vez hubo descargas de armas que con intención o no mataron a los insurgentes:

Y prosiguió también en hacer continuo fuego con no poco estrago de los miserables, que tenían mas armas que unas piedras, les parecería poder resistir a los tiros, ya de fusilería y de cañones; si bien estos no hicieron daño alguno, por aver estado muy alla la puntería, por impericia, o por trayción: duraron los asaltos hasta cosa diez del día, saliendo varias veces de la plaza algunos cortos destacamentos que daban avances bien sangrientos y retiraban los Barrios tumultos que se habían formado de los mas despreciables del Bulgo, porque la gente más conocida y principal en sus barrios se retiró luego que se halló con el día, esa mañana murieron solo dos

<sup>291</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación*, 2. Declaración de un mestizo, folio 8r.

<sup>292</sup> La hoja de antecedentes en la que debió estar el incendio de la aduana no está en este expediente. La declaración inicia en la página 2.

de la Plaza quedando otros pocos heridos de las picoras, los muertos fueron Dn. Antonio Dueñas, Escribano de Provincia y un soldado llamado.<sup>293</sup>

La declaración puso en evidencia la impericia o la traición de las milicias ¿quiénes eran los soldados de las milicias, eran mestizos que tomaron partido en la sublevación de los barrios? La duración del enfrentamiento fue en la noche y hasta las diez de la mañana del día siguiente, en este detalle coincidieron los testimonios de Recio y el declarante, así como la salida de los religiosos para pacificar a los barrios, calmar los ánimos y administrar los sacramentos a los moribundos. El despliegue de religiosos estuvo acompañado con procesiones desde el convento de Santo Domingo hasta la plaza Mayor:

Los religiosos de todos los conventos, por impedir tanto estrago, salieron también por varias partes a contener el vulgo, pero con ningún fruto, porque ciegos de cólera, protestaban a gritos, hasta las mujeres, y niñas, que no querían otra cosa que morir matando en defensa de la Patria.<sup>294</sup>

El declarante afirmó que el irrespeto a los religiosos encendió los ánimos de las autoridades que ordenaron matar a los rebeldes, llegaron a estimar alrededor de 100 muertos en las calles y las quebradas. Observó que «a no averse interpuesto los religiosos entre los Barrios hubiera sido mas sangriento porque ya estaban las piezas de artillería bien acondicionadas por un Práctico»;<sup>295</sup> es decir, que las armas funcionaban correctamente o al menos mejoró el dominio de estas, lo que reveló una debilidad en la organización y abastecimientos de la defensa del territorio. En 1800 el informe del barón de Carondelet confirmó que el número de soldados de las milicias, el estado de las armas, reserva de pólvora y la organización del personal militar en Quito era mínimo e ineficiente.

La toma de la plaza se dio cuando se agotó la pólvora, las tropas no estaban en condiciones de contraatacar a los barrios ni por el número, ni por la energía, pues el cansancio los había debilitado. Lo que quedaba a las autoridades era insistir por la vía del diálogo y el apaciguamiento por parte de los religiosos a los manifestantes de los barrios, quienes al ver vacía la plaza, la tomaron contando con la promesa de que venían refuerzos de las cinco leguas:

<sup>293</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación*, 2. *Declaración de un mestizo*, folio 8r.

<sup>294</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación*, 2. *Declaración de un mestizo*, folio 8r.

<sup>295</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación*, 2. *Declaración de un mestizo*, folio 8r.

Entre las 10 o 11 del día se declaró la victoria por la Plaza, aunque mas bien se de vela mas treguas, porque los rebeldes se retiraron a sus Barrios a disponerse con mas furia por la noche del mismo día, para lo qual convocaron a las cinco leguas, como ellos decían. Esto atemorizó mucho a los de la Plaza, viéndose ya cansados y faltos de pólvora para resistir a tan numeroso vulgo. En este conflicto volvieron a salir los Religiosos con sus Prelados y muchos Eclesiásticos con su Obispo a aquietar los ánimos turbulentos proponiéndoles la paz con las condiciones que parecieron mas justas en una son, y proponiéndoles también de parte de la Real Audiencia indulto general por este levantamiento.<sup>296</sup>

Las circunstancias de debilidad para enfrentar a los barrios obligaron en buena medida a propiciar el diálogo y escuchar sus demandas, que el declarante las puntualizó así:

La primera que les habían devolver todos los presos que tenían en las cárceles, hasta los mismos reos de muerte, la segunda que les rindiesen las armas o a lo menos las retirasen del pretil, la tercera que abian de salir de la ciudad todos los Europeos, comerciantes y vecinos y se substituyesen los cargos y oficios que obtenían algunos en la república en otros Caballeros criollos y en particular el Corregimiento de D. Pedro de Larrea.<sup>297</sup>

En este párrafo se deja ver entre líneas el apoyo de los barrios a los criollos en los puestos del poder y como futuras autoridades. La presencia de este grupo también fue visible en las guerras por la independencia entre 1800 y 1830.

Los logros de la negociación fueron algunos según el declarante: la entrega de los presos de la cárcel. Un nuevo factor que creó el pánico en la nobleza y el gobierno fue la noticia de la llegada de refuerzos y socorro al levantamiento con gente proveniente de las cinco leguas y la amenaza de la quema de la ciudad. Aún en esas circunstancias, la condición que no podían ceder las autoridades era la entrega de las armas, lo que recuerda la reflexión de Vargas Machuca «la paz sin armas es flaca» y una súplica del gobierno detrás de un discurso de paz y buen gobierno:

[...] porque convenía al buen gobierno de la ciudad, que en tiempo tan turbulento, estuviese en armas la Plaza Maior, pero que protestaban no hacerles daño alguno sino eran provocados. Asi respondieron los señores acomodándose a las circunstancias del tiempo y usando en todo de una suma moderadamente y prudencia; pero como aquella noche del martes amenazaron todos los mestizos quemar la ciudad

<sup>296</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 8r.

<sup>297</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 9.

y con esto burlarse de todas las prevenciones de la Plaza, se turbaron mucho los vecinos y con grande diligencia empesaron a trasponer todas las alhajas y vienes de sus casas, a los Conventos, y otras casas de religión, haciendo lo mismo los oficiales Reales con la plata de su Magestad.<sup>298</sup>

Por un momento se vivió el «mundo al revés», la subversión del poder, el miedo y el retiro de las armas de la plaza por parte del poder era una demostración de fragilidad. En cierto modo, el sentimiento de terror, humillación, para salvarse, la estrategia fue convertir a los conventos en un refugio seguro, un fuerte ante la amenaza de sus vidas y bienes. La plaza fue por un momento el espacio neutro de la tregua, el paso del tesoro de la Audiencia durante una tregua.

Con esto y con las voces que corrieron de aver venido mucha gente de afuera de la ciudad con todo género de armas se fueron muchos retirando de la plaza y los pocos que quedaron en ella viéndose con poca fuerza para resistir a una multitud despechada y furiosa, tuvieron por mejor retirar las armas como lo habían pedido los sublevados y buscaron cada uno asilo de su vida, refugiándose en varios conventos no solo de Religiosos, sino de monjas, porque el deseo natural de guardar sus vidas, y elección de refugio y el inminente peligro que les amenaza no les dejó arbitrio para la elección del refugio. Aquí empezó el pavor de todos los que en todo aquel día avian mostrado en su valor la lealtad a su Magestad y el amor a la Patria, viendo ya indefensos, principalmente el Colegio de San Luis y todos o los más Europeos, contra quienes disparaban los mestizos todos los raios de su indignación, porque esa mañana acudieron algunos Colegiales a la voz del Rey y se portaron con valor e intrépidos en los avances que dieron y por esta razón estuvieron amenazados los Colegiales con fuego y asalto y a no haber intercedido algunos de los mismos Barrios, hubieran pasado a la ejecución aquella noche.<sup>299</sup>

Casi conseguida la paz quedó la desconfianza. Un segundo indicador que confirmó la presencia de los criollos como autores intelectuales del levantamiento estuvo en la declaración que los menciona como los capitanes de los barrios, en particular el conde de Selva Alegre cuya familia continuó figurando entre los insurgentes de la independencia y en la Junta de Quito luego de 1809:

Aquella noche del martes 25 de junio habían determinado envirtir a la plaza todos y por todas cuatro partes y esquinas della si acaso no convenían los señores Oidores en las condiciones referidas y aunque así el señor Conde de Selva Florida,

<sup>298</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 9.

<sup>299</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 9.

como el capitán Don Floriano Ubillús y otros Caballeros Criollos como Capitanes que eran de los Barrios, hicieron todo esfuerzo en contenerlos, persuadiéndoles que se habían quitado las armas de la Plaza, no quisieron darles el debido crédito hasta informarse por si mismos; para lo qual salieron aquella noche, a cosa de las seis y media de todos los Barrios y algunos otros aliados, con grande vocería, y mejores armas que la noche precedente, y entrando en la Plaza y no hallando en ella armas ni gente que la defendiese se contentaron con cantar la victoria, pero con victorias hasta los ofendidos a la traición española y en que indicaban tener todavía sus pechos llenos de sedición, con este orgullo y libertad, se pasearon por todas las calles en señal de triunfo que les parecía aver conseguido contra su misma Patria. Si bien en aquella noche no hicieron vitalidad alguna porque así lo habían prometido sino encontraban las armas en el pretil del Palacio.<sup>300</sup>

Para completar la imagen del pánico en este episodio apareció la imagen del rollo o la horca que en otro tiempo fue el símbolo de justicia para los fundadores, esta vez para vengar la injusticia del régimen colonial en un ajuste de cuentas. Los conventos, ubicados de manera estratégica en un cuadrilátero se convirtieron en fortalezas y en los custodios de lo que no se vendía ni se regalaba sino de lo que se guardaba, lo máspreciado de los bienes de una sociedad que los hizo visibles el mestizo declarante:

Pusieron una horca en la Plaza de Santo Domingo, como por venganza, de la que habían mandado poner los Jueces en la Plaza maior el día antes, para terror de los rebeldes, la qual quitaron ese mismo día a petición de los religiosos, [...] el designio de los mestizos no fue solamente amenazar, sino pasar a la ejecución de sus depravados intentos, como se conoció claramente por las diversas patrullas armadas en defensa de la plaza, y de quienes habían formado sus listas para acabar con ellos. Para esto hubieron espías en varias partes de la ciudad y hasta en las puertas de los Conventos [...] de suerte que para andar libremente por las calles era menester dar sobradas pruebas al criollismo.<sup>301</sup>

La venganza subió de tono para humillar a las autoridades de la Audiencia. Poner en peligro el ingreso de alimentos a la ciudad y exigir la entrega de las armas en un momento de total debilidad afirmó el triunfo, mas no la paz, así como el cometimiento de algunos excesos que formaron parte de la revancha ante siglos de injusticia social:

---

<sup>300</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 9r.

<sup>301</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 10r.

[...] todo lo que venía de venta lo detenían en las plazuelas de los dos Barrios de San Blás y San Sebastián que son las dos entradas desta ciudad para que allí fuesen a comprar vastimentos los vecinos de Quito, para cuyo efecto se llevaban a dichos barrios todas las vendedoras, imponiendo este nuevo estanco de todos los víveres, lo que por aver quemado la Aduana se preciaban de Padres de la República. Esa misma mañana pidieron todas las armas del cuartel y lo consiguieron fácilmente, porque se fueron con grande ímpetu a la Plaza Mayor y las hubieran llevado con violencia y voluntariamente no las entregan, con la condición de depositarlas en algún convento o iglesia y aunque para cumplir en parte con esta condición depositaron los fusiles en la iglesia de Santo Domingo, pero las 12 piezas se repartieron entre los Barrios entre si y las pusieron en varias de sus calles avocándolas a las ciudad la tarde de ese día miércoles entraron unos indios de los convocados, todos armados de lanzas y llevando por delante una bandera blanca por el camino de San Blas atravesaron la Plaza Maior y después de pasearse en la ciudad con vivas de triunfo fueron a la casa de Don Antonio Salas y la saquearon [...].<sup>302</sup>

La violencia continuó con asaltos a la propiedad privada y robo, al parecer hubo amenazas con asaltar el Colegio de la Compañía de Jesús en donde se hallaba el tesoro de la Audiencia.

El desenlace del conflicto se produjo con un milagro que el declarante identificó claramente; era el momento de la victoria total, la nobleza estaba sometida y resistiendo en los conventos, cuando todo parecía imposible, en el clímax de la tensión emergió el anclaje ancestral que une al indio y al mestizo con los dioses que habitan en el territorio, el paisaje y esa naturaleza que «habla», predice, advierte y castiga; en ese momento hizo presencia uno de los dioses del panteón ancestral: el arcoíris. Al parecer el declarante se dio cuenta de que era una manipulación elaborada por la Iglesia y del sincretismo que esta había elaborado para explicar el evento de la erupción y el terremoto como el castigo divino a los pecadores.

El ritual del perdón, el indulto, la fidelidad al rey y a la Iglesia católica fue un proceso público repitiendo una y otra vez que los motivos del levantamiento fueron en contra del mal gobierno. El lugar del arrepentimiento y el perdón fue el espacio público de mayor jerarquía de la ciudad: la plaza Mayor. La aparición del arcoíris en medio de la procesión fue un momento crucial en el que afloró el símbolo ancestral de la naturaleza, un vínculo que se fundió con la fe católica. Este hecho recordó la erupción volcánica del Cotopaxi, en los inicios de la conquista española, que llevó consigo un presagio, advertencia o señal de cambio, reflexión, de un nuevo tiempo que se avecinaba.

<sup>302</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 10.

La declaración del mestizo difirió del testimonio del padre Recio. Según la declaración los barrios se juntaron en la plaza Mayor con el obispo y algunos miembros del Cabildo para exponer las razones del levantamiento y hacer justicia por las acciones cometidas en contra de los líderes apresados y de las medidas sociales que afectaban a la mayoría de la población.

El declarante citó: «parecía que se había serenado la tormenta y empezaron a respirar los vecinos con algún sosiego» y «las apariencias eran de paz» porque quedó la sospecha de que los mestizos, denominados como «vulgo», volvieran a amenazar, robar en la calle, saquear casas y tiendas, pero, en realidad, el ambiente fue de tranquilidad relativa. La calle se convirtió en el espacio del peligro sobre todo en la noche, pero al mismo tiempo, la noche fue el tiempo y momento para circular por la calle, salir del refugio de los conventos y huir hacia otros destinos como Ibarra en donde podían encontrar mayor seguridad. Para no ser identificados, los españoles y gente perseguida por los mestizos salieron disfrazados de la ciudad. Este detalle fue recurrente en la declaración: salieron vestidos de sacerdotes, monjas, mujeres, alguno dentro de un ataúd, otros acompañados por personas de los barrios. La salida de la ciudad tenía controles vigilados para capturar a los que tenían cargos en contra, nadie tenía la vida segura.

Los trofeos de la guerra fueron el aguardiente robado de los estancos, las armas, la pólvora confiscada del estanco y del palacio de la Audiencia, y el mayor tesoro: las piezas de la Caja Real que los mestizos custodiaban, como señala el declarante:

Aunque las apariencias eran de paz, no correspondían algunos hechos, porque algunos de estos barrios no quisieron restituir las piezas a la Caja Real y se mantenían haciendo centinelas sobre ellas y gastando la pólvora que habían sacado de Palacio y del Estanco en repetidas salvas en señal de su victoria.<sup>303</sup>

Para contrarrestar la actitud de los barrios la Iglesia reiteró el recurso de las procesiones nocturnas y sermones solemnes durante tres días en que todas las comunidades religiosas, conventos y monasterios, presididas por personas de autoridad, salieron por la ciudad y los barrios con un despliegue de imágenes y recursos de disuasión barroca: luz, canto, solemnidad para aplacar a la población poniendo en vigencia la necesidad de la fe y el restablecimiento del orden. La última condición de los barrios para deponer su protesta y poner fin a los insultos callejeros fue pedir la salida del Corregidor y cedieron en el pedido anterior de la salida de todos los europeos, incluso los solteros.

---

303 Anónimo, *Diario de la segunda sublevación*, 2. Declaración de un mestizo, folio 10r.

El 4 de julio de 1765 se produjo otro acto simbólico que representó el cese de las agresiones cuando el barrio de San Sebastián hizo la entrega de las armas a la Real Audiencia con el Cabildo de la ciudad acompañado de los demás barrios. Todos declararon sumisión al rey a cambio de la promesa de indulto para los rebeldes.

Desde el 4 de julio, en que se entregaron las armas y se realizaron algunas promesas, siguieron hasta el 15 de julio demostraciones de fe con nuevas procesiones y sermones, un despliegue de exhibición barroca en un ritual de luz, color, fiesta y solemnidad. Sobre todo, las plazas y calles que comunicaban las iglesias de mayor jerarquía, pertenecientes a las primeras comunidades que se asentaron en Quito y la iglesia de la Compañía de Jesús, cuyos miembros cumplieron un papel protagónico en el proceso de apaciguamiento de los barrios, la descripción fue elocuente:

Después que los Padres Dominicos acabaron de rodear con el Santo Rosario y sus sermones la Capilla Mayor del Sagrario, Barrios y Monasterios, el día jueves 11 del corriente hicieron una procesión de penitencia en que salió Nuestra Madre Santísima del Rosario, el Nombre de Dios, los dos Patriarcas san Vicente Ferrer y todos los Santos Patronos de los Barrios que lo fueron San Roque, San Sebastián, San Marcos, San Blas, Santa Bárbara y Santa Prisca. Le esperamos que su Divina Magestad dará firmeza a esta tranquilidad en que se halla actualmente por su infinita Misericordia y esta pobre ciudad afligida por todo este tiempo, con tantas y tan repetidas calamidades, a que no dudamos que conducía grandemente la misión que dieron principio en todos los Barrios el viernes 12 del presente mes los Padres de la Compañía. En San Roque los Padres Prior Joseph Milanecio y Viescas y en San Sebastián Joaquín Álvarez y Hospital. Por San Marcos que es en la Iglesia de Santa Catharina Los Padres Joseph Mañanes y otro extranjero. En San Blas los padres Hayllón y Coleti y en Santa Bárbara los padres Antonio Aguado y Joseph Pérez y dicen que mande acabar con una procesión de sangre de cada Barrio.

El día lunes 15 comenzaron una novena muy suntuosa y devota los Señores del Cabildo Eclesiástico a las nueve del día. Al Santísimo Sacramento, las dos imágenes de Guadalupe y el Quinche y el Patriarca Señor San Francisco que en procesión lo bajaron el domingo en la tarde de su iglesia a la Catedral el Corregidor de esta ciudad, Dr. Ángel, Dr. Joseph Izquierdo, el señor Pacheco y otros tres que se mantienen todavía en San Francisco.<sup>304</sup>

Producido de manera formal el fin del conflicto en julio de 1765 se dieron algunos cambios de autoridades ordenados desde Santa Fe, entre ellos los nombramientos del nuevo presidente de la Audiencia, don José Diguja, y del corregidor. El 19

<sup>304</sup> Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*, folio 11.

del mismo mes se envió una carta con el perdón general para todos los sublevados restableciendo el orden anterior al establecimiento de la aduana y el estanco, sin embargo, la quietud entre la gente de la ciudad no fue completa para los barrios de la protesta hasta el 22 julio de 1765, cuando concluyó la declaración.

La toma de la ciudad, la persecución a españoles identificados como los causantes de las muertes en San Sebastián y en San Roque, el incendio del edificio de la aduana por parte de los mestizos, en contrapunto con el respeto por las imágenes en procesión que mostró un profundo sentimiento de fe y religiosidad en la población en general y al mismo tiempo, un instrumento de dominación.

La actuación de los mestizos en la toma de la ciudad reveló el significado de los conventos: un espacio que tuvo una actuación de doble cara: por una parte consintieron que estos espacios fueran el refugio de personas perseguidas por los mestizos: nobles, españoles perseguidos, autoridades; y por otra, fueron los religiosos de esos mismos conventos quienes salieron a contener a la población. Parecería contradictorio que los conventos no fueran atacados en el momento de mayor tensión, cuando la ciudad misma fue amenazada con el incendio, de hecho, el edificio de la aduana fue saqueado e incendiado. Una respuesta provisional puso en claro los actores en contra de los cuales estuvo la población de Quito, no fue la Iglesia sino el gobierno, aspecto que declaró al final el testigo, la población, representada por los mestizos, estuvo en contra del «mal gobierno» no en contra de la Iglesia.

La «guerra de Quito» estuvo respaldada por un grupo de criollos y mestizos descontentos por el «mal gobierno». Cada uno tuvo su sitio en el espacio urbano: las autoridades de la Audiencia, quienes ante la amenaza y el levantamiento de los barrios abandonaron el palacio de la Audiencia y se desplazaron con los caudales públicos a los conventos y, en particular, al colegio de la Compañía de Jesús, y los criollos quienes se desplazaron desde sus casas y haciendas hacia los barrios donde organizaron y ejecutaron el ataque utilizando a los mestizos, descontentos con el gobierno y las imposiciones fiscales de la Corona española, como instrumento de choque en contra del gobierno de la Audiencia.

Durante la contienda afloraron los objetos más preciados por la nobleza de entonces, formada por los españoles, las autoridades y personas acaudaladas e influyentes, personas públicas que ostentaban prestigio y poder: lo que no se vende ni se compra, lo que se guarda y conserva: el dinero y las joyas de la nobleza y del rey.

El encuentro de las partes contrincantes se dio en el espacio común y neutro de la iglesia, según el padre Recio; según el declarante, en la plaza Mayor el arrepentimiento y la conciliación. La calle, la plaza y la quebrada fueron los espacios de confesión de moribundos y muerte, y al mismo tiempo de la vitalidad de la lucha desigual. Si bien la ciudad fue un espacio de contienda ante unas necesidades

reales de orden económico, aspiración social e imposición política, la manera en que se dio la «guerra de Quito» tuvo elementos de una guerra ritual que reivindicó viejas aspiraciones y promesas no cumplidas.

La «guerra de los barrios» develó a Quito como una ciudad del siglo XVIII dinámica y vital en donde se produjeron circuitos de comunicación, alianzas y oposiciones, protesta y llamado a la cordura y a la paz. Un espacio en el que fue posible poner «el mundo al revés» aunque fuera por un momento, esta concepción antigua cobró vigencia en el momento de mayor intensidad de la guerra, el momento en que la ganancia fue a favor del grupo desfavorecido por el poder político, emergió con una expresión colectiva de carácter ritual, también antiguo, que fue la toma de la plaza.

### ***La toma de la plaza***

Qué fue la «toma de la plaza», quiénes fueron los actores sociales que participaron en ella, cómo se produjo la apropiación del espacio público, cuál fue el espacio físico de referencia, cómo se produjo la coincidencia de fenómenos naturales con la crisis social.

La «toma de la plaza», en una relectura de los símbolos vigentes en 1765, fue la apropiación del espacio público de carácter político más importante de la ciudad: la plaza Mayor; desde la cual partía de manera jerárquica y espacial la distribución de solares para vecinos: los más acaudalados y autoridades, y edificios de la Audiencia en las manzanas que rodeaban la plaza, y los de menor prestigio social, riqueza y condición étnica en la periferia de la misma.

La «toma de la plaza» se convirtió con el tiempo en un acto ritual colectivo y festivo que se realizaba de manera cíclica en el «Inti raymi» o fiesta del sol cada 20 o 21 del mes de junio; el lugar de encuentro era la plaza, un espacio de reconocimiento y compromiso colectivo. Era una fiesta significativa que en algunas haciendas se celebraba con la toma del patio de la hacienda que a menudo tenía las dimensiones de una plaza urbana. En ciudades menores la toma de la plaza vino a ser la «toma de la ciudad» ya que toda ella se encontraba involucrada en la fiesta. Los sacerdotes eran las personas que financiaban la fiesta, ahorran un año para la siguiente fiesta, se nombraban autoridades, y junto a ellos los personajes del pueblo, los payasos y el diablo que no podían faltar.

Para Martin Minchom la cronología de levantamientos urbanos «reflejan íntimamente los ritmos del campo», lo que sugiere la estrecha relación entre campo y ciudad y que en esta última se reflejaron los problemas y dinámica rurales, ya que luego de un periodo de escasez de alimentos y sequía prolongada, poca cosecha y, por lo tanto, poco circulante en los mercados, siguieron epidemias y levantamientos

urbanos.<sup>305</sup> También se podría afirmar que la ciudad contuvo dentro de sus límites a una parte del campo, a más de las huertas y corrales al interior de las mismas, la ciudad funcionó en medio de puentes sobre quebradas, un panorama rural inmediato a la ciudad y visible desde esta, unos recorridos de la gente en contacto con lo natural, el paisaje y lo rural.

### **La guerra de guambras**

Las rebeliones urbanas, como la de Quito de 1765, trascendieron los límites de la Audiencia por su fuerza, audacia y por los logros obtenidos en un esfuerzo colectivo que juntó los intereses de varios grupos sociales. Las demandas colectivas tuvieron que ser entendidas y aceptadas por las autoridades de la Audiencia de Quito y para varios historiadores la «guerra de Quito» evidenció la necesidad de un cambio político con los criollos en el poder.

Luego de la independencia quedó en la memoria de los quiteños la energía, bravura y disposición para la batalla de la gente de los barrios de San Roque, San Blas y San Sebastián que midieron fuerzas con otros barrios de las parroquias eclesiásticas urbanas de Quito. Sobre el origen, Luciano Andrade Marín (1893-1972) obtuvo testimonios de personas nacidas en 1824 que pelearon en las guerras rituales, lo que sugiere que estas se efectuaban hacia 1840 en los inicios de la República durante el periodo garciano para evocar y poner en vigencia las victorias y bravura de los barrios en las guerras de independencia.

El mismo autor reseñó en uno de los artículos de prensa titulado «El Panecillo de los guambras»<sup>306</sup> los enfrentamientos urbanos como una festividad ritual y simbólica. El lugar en donde se originó la «guerra» fue en el Panecillo, que lo definió de manera particular:

Sea como fuese, este nombre español de Panecillo es una denominación diminutiva, simpática que apela muy bien al aspecto de juguete geológico y al uso, como tal juguete, mejor dicho como jugadero público, le dieron siempre los «chiquillos» de la ciudad, que en lenguaje de jerga quiteña llamamos «guambras».

El otro tiempo en que el Panecillo se volvía una fantasía de movimientos y de voceros de muchachos era cuando empezaban las famosas «guerras de guambras» en Quito ¿quién y cómo provocaban aquellas guerras? Nadie lo sabe. Sin embargo, las mujeres quiteñas solían decir siempre: «ya están los guambras en guerra; ya va a haber revolución». Empezaba, pues por allí en un barrio más belicoso, generalmente en

<sup>305</sup> Minchom, 229.

<sup>306</sup> Luciano Andrade Marín, «El Panecillo de los guambras», *Últimas Noticias*, 12 de septiembre de 1964, 10.

San Roque o el de San Juan, con los primeros silbos de ataque y provocación. La silbatina con una celebridad de trueno se propagaba de un barrio a otro, ensordeciendo el ámbito de la ciudad, y la guambtería quiteña empezaba a brotar como hormigas de todas las casas, a llenar calles y plazas portando consigo banderines de guerra al uso antiguo en cada compañía, tambores, bolsas con piedras, huaracas, pitos, espadas y rifles de palo y hasta cañoncitos de casquillos usados. A poco, ya se veía en las alturas de San Juan, El Placer, La Chilena y la cantera de San Roque, inmensos y vistosos ejércitos de guambas que hacían flamear centenares de banderines tricolores. La gritería y la silbatina atronaban el espacio. Generalmente las primeras batallas se daban entre los bravos sanroqueños y los de La Chilena, San Juan y El Cebollar.<sup>307</sup>

La descripción de Andrade se sitúa entre el siglo XIX y comienzos del siglo XX cuando el número de parroquias eclesiásticas se había incrementado, pero la dimensión de la ciudad de Quito estaba contenida en el espacio fundacional. La guerra involucraba a barrios que se aliaron para medir fuerzas con otros, sus integrantes eran hombres jóvenes. La mayor parte de barrios participaba en la guerra ritual que no estuvo exenta de violencia, esta tomaba varios días, de uno a tres; la guerra tuvo por objeto la «toma» del Panecillo:

[...] Entonces el Panecillo volvía a parecer que se movía con el hormiguero de guambas, miles y miles congregados allí para la batalla decisiva lanzando gritos y silbos que se oían en todo el pequeño Quito de entonces. [...] solo la derrota de uno de los bandos ponía fin a este furor bélico, que también terminaba con tremendas cuerizas<sup>308</sup> de los padres de familia de los guambas en las casas respectivas.<sup>309</sup>

De esta participación colectiva y simbólica se desprendían varios aspectos que intervinieron los levantamientos coloniales: el sonido de tambores, pirotecnia, gritos y música. Los contrincantes estuvieron provistos sobre todo de piedras, una guerra entre iguales que se desplazó de la «toma de la plaza» a la «toma del Panecillo», un espacio público y mirador del panorama de la ciudad. En este sentido, la confrontación retomaba la singularidad del territorio, el lugar intrincado y complejo del espacio fundacional, lo alto y lo bajo volvía a cobrar vigencia siglos más tarde.

<sup>307</sup> Andrade Marín, 182.

<sup>308</sup> Castigo físico.

<sup>309</sup> Andrade Marín, 184.

# **CAPÍTULO IV**

## **A MODO DE CIERRE**



Sin duda, deconstruir el lugar de Quito es una tarea compleja y rica por el entramado de dualidades que entrelazan la geografía y la bóveda celeste, es decir, el mundo de arriba y el mundo de abajo. El estudio indaga sobre la transformación del espacio público de Quito mediante la exploración de dos momentos de cambio social y político: la transición del tiempo prehispánico al periodo colonial; y el corte temporal entre la Colonia y la Independencia, hasta 1940, en que se observan cambios marcados en la ciudad, el más evidente es la desaparición de la plaza y el parque que anteceden al primer plan regulador de Quito, aprobado en 1942. La ausencia de plazas en la ciudadela La Mariscal y la presencia de un redondel para el retorno de vehículos frente a la Universidad Central del Ecuador indican claramente el momento en que la modernidad llegó a Quito. Esta evidencia es un indicador del segundo momento de ruptura en la historia con un orden distinto.

En el otro extremo, el periodo prehispánico está marcado por espacios de uso colectivo, encuentros interregionales para reforzar, en el mercado el trueque, y las relaciones entre las comunidades participantes. Esta noción difiere del concepto de «plaza», por lo que es necesario crear una definición propia que finalmente se denomina: «el espacio del nosotros», de sentido político que aporta a la idea del poder rotativo entre cacicazgos (conocidos también como señoríos étnicos). Con la fundación de la ciudad cristiana, este sistema pasa a un segundo plano. El espacio político lo lidera la sociedad conformada por españoles, lo que significa que los señoríos sufrieron una transformación profunda: de propietarios del suelo a trabajadores subalternos de ese suelo. Una pérdida que queda en el imaginario colectivo que sale a la luz en la guerra de Quito.

Una constante del estudio es la relación estrecha y reiterada entre la geografía y los habitantes que eligen y reconocen este espacio no solo para establecerse, sino para dotarlo de significados y convertirlo en un «lugar» de alto valor simbólico, a partir de atributos singulares que suceden en la franja ecuatorial. Las dualidades se expresan en el suelo y en el cielo, para crear una geografía sagrada que aún mantiene sus huellas; durante la Colonia se funde con las creencias cristianas, es decir, un sincretismo, y en el siglo XIX, con la difusión de las ideas de la Ilustración; la vitalidad geológica de los Andes y la zona equinoccial son reconocidas por la ciencia occidental en cuanto a que en ésta se producen fenómenos naturales singulares en el mundo, como el equinoccio y la visión de las constelaciones de los dos hemisferios.

De esta manera, se comprende que el espacio de Quito tiene las condiciones de «lugar» singular, único, en donde los aspectos relacionados con la naturaleza no pueden estar ausentes, atraviesan todos los periodos de la historia, es más, en los cortes temporales parece que la naturaleza toma partido y se manifiesta con erupciones volcánicas del monte tutelar de la ciudad, el Pichincha y otros

volcanes cercanos: el Cotopaxi y Reventador, o mediante terremotos devastadores: 1755, 1797, 1859, 1868, momentos en que «la naturaleza habla». Pero también los mapas hablan en clave ancestral cuando encontramos las huellas de topónimos que dan cuenta de otro Quito, caracterizado por el ruido de la quebrada y el puente; el fuego y las piedras emanadas por el volcán; desgraciadamente no todos tienen traducción, pero los topónimos quechuas permiten comprender a Quito en otra dimensión, fuertemente relacionada con los ecosistemas, la biodiversidad y la geología, una evocación a la geografía sagrada en la topografía de Quito. Parte de la complejidad de esta ciudad es que hasta el siglo XXI siguen vigentes topónimos prehispánicos en las calles, barrios, montañas menores y mayores, términos sin traducción que los residentes los pronuncian sin preguntar por su significado: Ungüí, Puengasí, Toctiuco, Itchimbía, y sectores que forman parte de la nomenclatura urbana: Batán Alto, Batán Bajo; Ferroviaria Alta, Ferroviaria Baja; Loma Grande y Loma Chica, que son términos cotidianos que permanecen en la larga duración y establecen una jerarquía en los espacios urbanos.

La comprensión de las altitudes en los Andes y la relación con los «mundos» de la cosmovisión indígena permiten reconocer una jerarquía de montañas mayores y menores, no solo por su altura sino por su localización y distancia, por sus significados y relaciones con otras montañas. Este estudio ha identificado montes que cumplen un papel de «mediadores» con otras montañas por ser puntos de referencia que se alinean con otros mediadores (relación Panecillo-Ilaló) y montañas mayores en los solsticios y equinoccios. La cima del Panecillo es un mirador desde el cual se domina el territorio de la meseta de Quito y el valle del río Guayllabamba, el nombre antiguo fue «Ñahui» que significa «cara» u «ojo», también se lo ha identificado con el nombre de Ñahuir, Yavirac, «cerro gordo»; está estrechamente relacionado con la forma o con la idea de «lugar» desde donde se mira, vincula lo próximo y lo lejano, lo alto y lo bajo. Desde allí se observa la salida del sol en los solsticios (volcán Puntas) y equinoccios (volcanes Cayambe y Antisana), detrás de montañas mayores, alineada con el Panecillo, lo que da origen a rituales agrícolas y católicos que permanecen hasta el siglo XXI, un momento en que lo profano y lo sagrado comparten en dualidad.

La proporción del Panecillo y su altura permite un acceso fácil, siempre grato para mirar la ciudad desde una altura en la que se identifican claramente los edificios, las calles y la actividad cotidiana, un «mirador de pobres» similar a los que se encuentran en las laderas del cerro Huanacauri o San Juan, y en la ladera del cementerio de San Diego. Los miradores de pobres son espacios públicos de contemplación, no siguen una geometría regular y son de acceso para todos. Desde lo alto, la ciudad construida permite evocar el «espacio del nosotros» y al mismo tiempo reconocer un orden, el de los otros, una mirada también en espejo

que funde el pasado y el presente. El mirador es un balcón natural que también permite soñar, elaborar historias de experiencias propias de la ciudad, en suma, un espacio de contemplación que tiene como telón de fondo al Pichincha y a la ciudad, una cualidad poco frecuente en ciudades del mundo.

La vigilancia colectiva del espacio público o el refugio en este es condición adicional para considerar a las plazas del núcleo fundacional de Quito como espacios públicos de memoria y de reconocimiento colectivo, es decir, espacios ciudadanos. Años más tarde, el arte retoma el espacio público con el dramatismo del desastre natural, la pintura pone en vigencia el hecho histórico para reconocer una condición con la que nos corresponde vivir.

La configuración natural de la meseta impide mirar la ciudad desde un solo lugar. Para comprenderla, hay que hacerlo desde lo alto como lo hacen los incas para determinar una estructuración o distribución básica de espacios en el territorio, o cuando el científico Charles Marie de La Condamine encuentra las locaciones para la medición del cuadrante terrestre y determinar la latitud 0°; cuando los señorios prehispánicos descubren el lugar de la meseta, probablemente la comprendieron desde lo alto.

Desde lo bajo, Quito aparece entre hendiduras verticales, esquinas y miradores naturales, es decir, en la medida en que varía la altitud y el desplazamiento horizontal del observador, la ciudad se presenta por fragmentos; esta condición de encierro y apertura, sobre todo en el centro histórico, convierte a Quito en un lugar estratégico requerido por conquistadores foráneos para fundar espacios de poder; después de varias guerras, la toma de este espacio favorece a los conquistadores españoles, lo que sugiere la negociación del espacio fundacional. La toma de esta pequeña hondonada es la apropiación de un territorio de alto valor simbólico y estratégico para la guerra, tiene un poco más de un kilómetro cuadrado y es un punto central en la simetría de la meseta de Quito.

Las transformaciones en el espacio fundacional de Quito se producen por etapas y adquieren lógicas diferentes en los cortes temporales, la transformación de la meseta de Quito ha tenido varios cambios sin retorno: de espacio colectivo a espacio jerarquizado, de un asentamiento disperso a una ciudad concentrada, de centro de poder a centro urbano; de ocupación humana con respeto al medio natural, por ser parte de este, a una transformación que lleva implícita el dominio sobre el territorio. Sin embargo, el volcán, la meseta, el Panecillo, la laguna y la llanura de lodo; y el espacio del mercado, «catu» o tianguéz, forman parte de la caracterización de la ciudad en la larga duración, lo que da a entender una presencia significativa del paisaje y el medio natural. En este espacio, las transformaciones constituyen la implantación de un trazado urbano en cuadrícula que asume algunas preexistencias culturales de las poblaciones anteriores, su estructura física

visibiliza el orden urbano cristiano, según la visión de Jaime Salcedo; la noción de espacio público que designa a los sitios a los que todos tienen acceso y que son: la calle y la plaza, como primera categoría, y en segundo orden, las plazas menores, los portales, los atrios. Las fachadas de la plaza también configuran el orden social jerárquico en el espacio fundacional.

El espacio público de Quito fracciona al espacio del antiguo mercado prehispánico y deja la huella de su presencia en tres plazas, cada una constituye una manzana sin construir. La memoria del mercado permanece en la actividad comercial de cada plaza y en sus portales. Plaza y calle se acomodan en la topografía para dar como resultado una cuadrícula ortogonal más o menos regular.

Una característica de lo público es la posibilidad de acceso de todas las personas a un espacio físico urbano; una segunda característica es que en estos espacios se realicen acciones colectivas que nacen de la población en general o por iniciativa de un grupo social, sin excluir a las actividades cívicas organizadas por el Cabildo o el gobierno; un tercer atributo es su espacialidad, son espacios abiertos y, por lo general, de geometría regular; una cuarta característica es la visibilidad de las calles y las plazas fundacionales desde los hitos naturales que los rodean y de manera diferente desde las calles por los cambios topográficos; un último atributo del espacio público de la calle y la plaza es que en ella se expresan los hechos más relevantes de la vida cotidiana, así como hechos trascendentes de la memoria y de la historia de la ciudad o del país.

La concepción del espacio público cambia en el tiempo, no es un concepto único ni fijo en la historia. Lo que es fijo es el espacio físico en la estructura de la ciudad, en donde queda la huella de unas lógicas sociales en concordancia con un ciclo histórico, una geometría regular, espacio abierto, fachadas de edificios que pertenecen a personas o instituciones importantes de la ciudad; la frecuencia de uso puede cambiar: unos días es mercado, espacio de fiesta, procesión, corridas de toros, entre otras actividades conocidas. Posteriormente, en el segundo corte temporal, la plaza se convierte en parque y se crean nuevos parques de acceso controlado: La Alameda y El Ejido, el primero representa el nuevo orden, el de la República, el inicio de la modernización de la ciudad, con obras que identifican el cambio en La Alameda: espacio delimitado con rejas, obras escultóricas, la escuela de Bellas Artes, el jardín botánico y el observatorio astronómico, elementos que se transforman en símbolo de la ciencia e identidad de la Nación. El segundo parque, El Ejido, se diseña con un jardín botánico, es abierto y la población lo adecúa en un primer momento para juegos populares.

El reconocimiento colectivo no implica actividad permanente e intensa, sino, también, el vacío y el silencio en la plaza, la plaza vacía, pero vigilada desde fuera; una plaza vacía en la guerra de Quito significa la paz, pero también la cesión del

poder, esta cesión está acompañada del silencio. En este caso la plaza vacía en términos físicos mantiene su carga simbólica; el silencio es la expresión de aceptación o negación colectiva de un hecho político o social en ese lugar, responde a una lógica de comportamiento local.

El espacio vacío dista de ser un «no lugar» cuya concepción corresponde a lógicas postmodernas y de sociedades individuales. El espacio vacío de carácter público está cargado de significados, algunos se activan en tiempo de crisis y otros permanecen en la memoria y en la historia de la ciudad: es un espacio de referencia y de uso público en términos físicos. La referencia de la plaza de San Francisco es un ejemplo en el que durante la Colonia fue un espacio activo y comercial, cuando se convierte en plaza patrimonial pasa a ser de circulación, descanso y contemplación del espacio del ciudadano común, del que vive en las colinas y en su recorrido se sienta por un momento a tomar sol, descansar en las gradas o en las bancas, contemplar la plaza y continuar en su trayecto.

Se ha mencionado a las quebradas y a los miradores como escenarios de hechos históricos y cotidianos en el segundo corte temporal, este es un espacio de acceso para toda la población; una pregunta válida es si corresponden a la categoría de espacios públicos. Al respecto se podría decir que son públicos, ya que no hay restricción en el acceso, la quebrada y las laderas no tienen barreras, los cerros están en la memoria colectiva, almacenada con signo positivo o negativo, pero de algún modo y durante una época son parte de los imaginarios y espacios de cotidianidad; son espacios abiertos, visibles desde la ciudad y, al mismo tiempo, desde lo alto de las colinas, no tienen geometría regular, tampoco elementos construidos en su alrededor, en este sentido, se diluye el rigor de la categoría de espacio público.

En el segundo corte temporal, desde 1910, cuando avanza el proceso de modernización, en el norte, es usual el relleno de las quebradas, en el sur el relleno llega un poco más tarde, por esta razón, se mantienen algunos puentes hasta 1960. En el sur, el río Machángara no relleno, permanece como un espacio natural, de uso colectivo; al iniciar el siglo XXI se transforma en un parque lineal abierto al público, este reconocimiento, un tanto tardío, se evidencia cuando la población se identifica inmediatamente con el parque, no solo por ser un espacio limpio y seguro, sino porque está en la memoria de la gente común.

El espacio ciudadano es un espacio público que ha mantenido su vitalidad y reconocimiento colectivo en el tiempo, se construye en la larga duración, acumula historia y se expresa con una forma y significados particulares, por lo tanto, no todos los espacios públicos son al mismo tiempo espacios ciudadanos; esta categoría corresponde únicamente a un grupo de ellos, los que en la larga duración han mantenido el reconocimiento colectivo y vitalidad desde el tiempo prehispánico, es decir, es una preexistencia como espacio físico y significado.

El espacio ciudadano es aquel en el que emerge el «espacio del nosotros» en condiciones de crisis social. En este contexto, las plazas fundacionales de la ciudad colonial y las primeras parroquiales pasan a ser espacios ciudadanos. Las primeras como espacios de historia y las segundas, de vida cotidiana. Del mismo modo, un segundo grupo de espacios públicos: los parques de La Alameda y El Ejido se determinan como espacios públicos porque expresan el cambio de época, el republicano, que inicia la modernización de la ciudad, pero no logran mantener la apropiación y reconocimiento por parte de la población.

El análisis permite demostrar que la ciudad es un espacio en el que se reflejan los cambios en la sociedad que la habita, las lecturas son diferentes dependiendo del punto de vista que se quiera mirar. De este modo, Quito se mira en varios espejos, su caracterización tiene como telón de fondo el paisaje que lo rodea, los hitos naturales y construidos, la luz y el cielo que son particulares en esta latitud. Por otra parte, la impronta colonial inevitable en los edificios religiosos; las avenidas y los edificios monumentales de la modernidad, es decir, varios «Quitos», todos diferentes, tienen como denominador común el mismo lugar con ciudades distintas. En este estudio se han configurado tres Quitos, pero pueden existir muchos más.

El Quito telúrico y el Quito equinoccial parten del emplazamiento de la ciudad y sus características geográficas singulares; sin embargo, el Quito telúrico visualiza una ciudad distinta relacionada con el mundo de arriba: los solsticios y equinoccios y la bóveda celeste, y el mundo de abajo, con el terremoto, el agua y la quebrada. En tanto que el Quito equinoccial explica el mismo espacio desde una visión ilustrada, de la ciudad emplazada en un lugar singular del planeta que coincide con la latitud 0°, con una explicación de los fenómenos naturales desde la ciencia: el eco, el viento, el terremoto y la erupción, los solsticios y equinoccios. En particular, el equinoccio es el momento de la «sombra cero» porque los objetos no proyectan sombra en su alrededor, pero al mismo tiempo, «todo es luz» cuando esta ingresa dentro de un objeto, una dualidad que involucra a los saberes y la ciencia, quizás por esto La Condamine no puede dejar de mencionar en su diario la observación del equinoccio.

El lenguaje científico y la afición por hablar de ciencia calan en la sociedad ilustrada de Quito, una explicación científica del lugar desde la razón, la exactitud y un lenguaje complejo para el habitante común. En ese sentido, la ciencia y el progreso, la influencia de la Misión Francesa hace que una parte de la sociedad urbana experimente la sensación de vivir una *belle époque*. La presencia de la misión geodésica francesa y los resultados científicos expuestos en la Academia de Ciencias de París atrae a una serie de científicos naturalistas, fotógrafos, vulcanólogos, geólogos, viajeros interesados en el cosmos, la tierra en contraposición con la visión de la gente común.

El Quito equinoccial, si bien se enfoca en el siglo XVIII, tiene elementos que se extienden hasta el inicio de la República y en la modernización de la ciudad. El nombre de Ecuador está relacionado con las nociones científicas dejadas por los científicos que involucran a este territorio para crear una nueva República, al separarse de la Gran Colombia en 1830.

El Quito telúrico, cuyo contexto se prefigura en el primer capítulo, devela que los vínculos entre los eventos de la naturaleza y su memoria vienen a ser permanencias de la historia de la ciudad y de la vida urbana a lo largo de su historia, se superpone con el Quito equinoccial para tratar de comprender la asimetría entre los saberes locales y la precisión del dato científico. El Quito telúrico está lleno de imaginarios, un orden social dividido o unido por la naturaleza. A manera de ejemplo, la quebrada divide: en los dos bordes se asientan grupos sociales diferenciados, con una historia diferente y referentes colectivos también distintos. Las políticas modernas de relleno de quebradas para lograr el saneamiento del sector, unión de los barrios y facilidades para la movilidad en sentido sur-norte logran solo el objetivo de la movilidad.

El terremoto y la erupción sacan del contexto cotidiano a la sociedad, sale a flote la noción de «perder el lugar» o «no tener un lugar» en el cual se asienta la vida. Ante la pérdida total, la gente expresa su solidaridad, la ayuda, el apoyo en un espacio físico que recibe y acoge, ese espacio es, desde la fundación de la ciudad, la plaza y la calle que se vuelven espacios de acogida, en particular la plaza y el atrio de los templos católicos de donde sale la Virgen iluminando la noche, para activar el ritual barroco cuyo escenario es la ciudad y la noche. En este escenario, la culpa y el perdón son dos caras de la misma moneda. La noche y la luz, el canto y el silencio crean un ambiente de recogimiento, de esperanza frente a la pérdida. De este modo, la calle y la plaza se transforman en lo que se denomina los espacios esenciales sin los cuales la experiencia colectiva de una ciudad es incompleta por la falta de espacios de origen, a los que se acude cuando parece que todo está perdido.

Por lo expuesto, se deduce que los siglos XVIII y XIX son activos por la cantidad e intensidad de desastres naturales, lo que permite comprender la preocupación de la población y la creciente devoción religiosa hacia la Virgen de la Merced, protectora de la ciudad que se impone al discurso científico. Esta actitud intuitiva y espontánea de una sociedad es acompañada por una actitud vigilante del espacio público, de la calle y la plaza, y permite inferir que la emergencia no siempre está relacionada con la actividad en el espacio público, una plaza llena de gente, sino también con el espacio vacío.

El Quito insurgente es la ocasión para entender la ciudad como un escenario, para reconstruir la ciudad y sus significados en momentos de crisis: recorridos

urbanos, puestos de vigilancia, esquinas de escape o de observación. En los acontecimientos de la «guerra de Quito» de 1765 se pone en evidencia la jerarquía de espacios públicos y espacios ciudadanos: permite identificar la importancia de la calle, el atrio, las esquinas y el valor simbólico de las plazas como un sistema activo de jerarquía de espacios públicos, también afloran afinidades y complicidades de grupos sociales con la participación de la Iglesia, en particular, jesuitas, franciscanos y dominicos, que de algún modo apoyan a las parroquias en donde se origina la revuelta, pero al mismo tiempo a la sociedad adinerada.

En la «guerra de Quito» no se mencionan a las siete parroquias que existen en el siglo XVIII dispuestas de manera simétrica alrededor de la parroquia de El Sagrario que está situada en el centro, sino únicamente a las tres más antiguas. Las plazas descritas también son las tres establecidas con la fundación; plazas regulares, una manzana sin construir en cada caso, el conjunto funciona como un sistema, junto con los conventos e iglesias que ocupan uno de los frentes de las plazas: la Mayor, San Francisco y Santo Domingo.

Las plazas parroquiales, denominadas plazuelas, no tienen un trazo regular ni protagonismo espacial en relación con las plazas mencionadas; están ubicadas frente a la iglesia parroquial, rodean a la iglesia o forman un ángulo; no obstante, sus plazas son centros activos de la convocatoria, organización y centro de operaciones de la protesta, actividad que altera el ritmo de la comunicación cotidiana.

Los testimonios describen sitios comunes: la plaza Mayor como espacio simbólico «tomado» por los mestizos, lo que representa una guerra ganada y la toma del poder; finalmente, esto no es así porque el presidente de la Audiencia no dimite. Otros sitios comunes son las iglesias, conventos y el palacio de la Audiencia en donde se guardan los caudales de la caja real que son custodiados como un tesoro sagrado. Los edificios religiosos adquieren una jerarquía diferenciada: el primero, el colegio de la Compañía de Jesús, cumple un rol importante en la custodia de la caja real y sus miembros son los intermediarios con los rebeldes; los jesuitas son reconocidos por su capacidad de disuadir y lograr el acercamiento con la gente enardecida mediante el poder de la palabra, mientras la nobleza aguarda por los resultados de los hechos diarios.

Tanto la Compañía de Jesús como el monasterio de La Concepción, este último ubicado en la esquina noroeste de la plaza Mayor, son el refugio de la nobleza quiteña por estar involucrada en las muertes de mestizos, también son el repositorio de los bienes preciados por las familias importantes de Quito; todo esto ante las amenazas de los mestizos: incendio de la ciudad, la llegada de refuerzos de los indios de las cinco leguas, como los más relevantes.

El segundo es la iglesia de Santo Domingo y la plaza en su vínculo con la parroquia de San Sebastián. En una de estas procesiones, la aparición del arcoíris y

la cruz en el cielo producen un momento en el que emergen la ritualidad católica y pagana que sorprende a religiosos y rebeldes como un indicador de que el momento de la paz ha llegado. Mientras tanto, la iglesia y plaza de San Francisco se vinculan al poder local y al barrio de San Roque. Se podría decir que es el centro de congregación antes de la toma de la plaza Mayor, el atrio es el límite al que llega la comitiva de jesuitas pacificadores.

La «guerra de Quito» permite inferir que el espacio ciudadano es un conjunto de plazas y calles existentes en un momento de la historia cuya significación se configura en el tiempo, está fuertemente relacionado con la cultura, con los hechos sucedidos en esos espacios y con la superposición de elementos simbólicos en donde la geografía, el paisaje, el arcoíris y la arqueología incrementan el valor simbólico que está más allá de los aspectos de productividad y aprovechamiento de recursos naturales o cultivados para la supervivencia de los seres humanos que la habitan.

La transformación de las plazas más antiguas de la ciudad y la reducción de espacio de las plazas o «placetas» de los barrios permiten entender un cambio que es visible en la República, temporalidad en que la plaza se convierte en parque, la ciudad crece hacia el norte y el sur en búsqueda de espacios planos y abiertos. Aparece un elemento natural que se convierte en urbano que es la quebrada, que al tiempo que es un problema para la expansión de la ciudad es necesario rellenarla y desaparecer su memoria; la plaza concebida como centro de encuentro y desencuentro social desaparece también y, en su lugar, aparecen los redondeles para el retorno de los vehículos. Con el Plan Regulador de Quito se abre una nueva etapa de comprensión e interpretación del espacio público y el espacio ciudadano en clave moderna, un reto para emprender en el futuro.



# **BIBLIOGRAFÍA**

- Alcedo, Dionisio. *Plano de Quito*. Sevilla: A.G.I., 1734.
- Andrade, Luciano. «El Panecillo de los guambras». *Últimas Noticias*, 12 de septiembre de 1964.
- Andrade, Luciano. *La lagartija que abrió la calle Mejía*. Quito: FONSAL, 2003.
- Anónimo, *Diario de la segunda sublevación, 2. Declaración de un mestizo*. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 1765.
- Archivo Municipal de Quito. *Libro de Cabildos de la ciudad de Quito. Vol XVII*. Quito: Archivo Municipal, 1573-1574.
- Ayala, Enrique. *Nueva historia del Ecuador*. Quito: Grijalbo-Corporación Editora Nacional, 1990.
- Bautista, Juan. *Poesía y obras oratorias*. Quito: Clásicos Ariel, 1980.
- Biblioteca de Historia Nacional. *Obras de Caldas*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1912.
- Borges, Jorge Luis. «La dilución de los espejos». En *Borges y el espejo*, Kyung-Won Chung. Ponencia comprendida en las Actas XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Monterrey, México, 19 al 24 de junio de 2004.
- Borges, Jorge Luis. «Los espejos». En *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1983.
- Büschges, Christian. *Familia, honor y poder*. Quito: FONSAL, 2007.
- Carrión, Fernando. «Espacio público: punto de partida para la alteridad». En *Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía*, editado por Olga Segovia. Santiago de Chile: Ediciones Sur, 2007.
- Cicala, Mario, S.J. *Descripción histórico-topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús*. Quito: Instituto Geográfico Militar, 1994.
- Cieza de León, Pedro. *Descubrimiento y conquista del Perú*. Buenos Aires: Jamkana, 1984.
- Cieza de León, Pedro. *Crónica del Perú*. Madrid: Historia 16, 2000.
- De Avendaño, José. *Imagen del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1985.
- De La Condamine, Charles Marie. *Diario del viaje al Ecuador*. Quito: Coloquio Quito, 1986.
- De la Vega, Garcilaso. *Comentarios Reales*. Lima: Colección Ayacucho Digital, 2004.
- De Velasco, Juan, S.J. *Historia del Reino de Quito*. Quito: Imprenta del Gobierno, 1841.

- Del Pino, Inés. «Permanencias y transformaciones de la plaza de San Francisco de Quito». En *El patrimonio en disputa. La plaza vs. El metro*, editado por Santiago Cabrera Hanna. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2018.
- Del Pino, Inés y Marín de Terán, Luis. *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispanico y la ciudad Inca de Quito*. Sevilla: Junta de Andalucía-MDMQ, 2004.
- Del Pino, Inés y Yepes, Hugo. «Apuntes para una historia sísmica de Quito». En *Centro Histórico de Quito: problemática y perspectivas*, editado por Fernando Carrión. Quito: Municipio de Quito, 1990.
- De Vargas, Bernardo. *Milicia y descripción de las Indias*. Madrid: Librería de Victorino Suárez, 1892.
- Dollfus, Olivier. *Territorios andinos. Reto y memoria*. Lima: IFEA, 1991.
- Domínguez, Victoria. *Informe de la prospección arqueológica en la cima del Panecillo*. Quito: FONSAL, 1996.
- Estermann, Josef. *Filosofía andina*. Quito: Abya-Yala, 1998.
- Estebaranz, Ángel Justo. *Dionisio Alcedo y Herrera, el puente de La Merced y el plano de Quito de 1734*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2010.
- Estupiñán, Tamara. «Testamento de Don Francisco Atagualpa». *Miscelánea histórica ecuatoriana*, diciembre, 1988.
- Fresco, Antonio. *Ingañan. La red vial del imperio inca en los Andes ecuatoriales*. Quito: Ediciones Banco Central, 2004.
- García, Gabriel. «Mi último viaje de exploración al volcán que domina Quito». En *Quito. Tradiciones, testimonio y nostalgia*, editado por Edgar Freire Rubio. Quito: Abya-Yala, 1858.
- Guayasamín, Gustavo. *El cerco del sol* (investigación histórica, arqueológica y astronómica para la elaboración del proyecto cinematográfico, monografía inédita), 1996.
- Guamán Poma de Ayala, Felipe. *El primer nueva corónica y buen gobierno*. México: Siglo XXI, 1992.
- Gutiérrez, Ramón. *Historia de la arquitectura y el urbanismo en Iberoamérica*. Madrid: Manuales Arte Cátedra, 2005.
- Hall, Minard. «La actividad volcánica del Holoceno en el Ecuador y Colombia austral». En *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, coordinado por Patricia Mothes. Quito: Abya-Yala, 1998.

- Harley, John Brian. *La nueva naturaleza de los mapas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Hassaurek, Friedrich. *Cuatro años entre los ecuatorianos*. Quito: Abya-Yala, 1993.
- Herrera, Pablo. *Apunte cronológico de las obras y trabajos del cabildo o municipalidad de Quito desde 1534 hasta 1714*. Quito: Imprenta Municipal, 1916.
- Hyslop, John. *Qhapaq Ñan. El sistema vial inkaico*. Lima: Petróleos del Perú, 2015.
- Instituto Geográfico Militar (IGM), Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador (IPGH) e Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en Coopération (ORSTOM). *Atlas infográfico de Quito*. Quito: IGM, IPGH, ORSTOM, 1992. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/126507-opac>
- Instituto Geográfico Militar. *Plano de Quito*. Quito: IGM, 1989.
- Jijón y Caamaño, Jacinto. *Antropología prehispánica del Ecuador*. Quito: Prensa Católica, 1952.
- Justo, Ángel. *Miguel de Santiago en San Agustín de Quito*. Quito: Editorial Noción, 2008.
- Kennedy, Alexandra. *Escenarios para una patria. Paisajismo ecuatoriano 1850-1930*. Quito: Editorial Noción, 2008.
- Kolberg, Joseph. *Hacia el Ecuador*. Quito: PUCE, Abya-Yala, 1996.
- Landázuri, Cristóbal. «Los sistemas religiosos norandinos y las fuentes documentales. Siglo XVI». *Memoria*, n.º 3 (1993): 275-336.
- Larrea, Carlos Manuel. «El Barón de Carondelet. XXIX presidente de la Real Audiencia de Quito». En *Carondelet. Una autoridad colonial al servicio de Quito*, coordinado por Carlos Manuel Larrea, José Gabriel Navarro, Jorge Núñez Sánchez, et al. Quito: Imprenta Mariscal, 2007.
- Libro Primero de Cabildos de Quito*, tomo I, descifrado por José Rumazo González, 1934.
- Luzuriaga, Sofía. *Quito y sus recorridos de agua: abastecimiento, discursos y pautas higiénicas modernizantes*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; Corporación Editora Nacional, 2013. Serie Magister, n.º 143. <http://hdl.handle.net/10644/4016>
- Matovelle, José Julio María. *Obras completas*. Cuenca: Don Bosco, 1979.
- Menten, Juan Bautista. *Historia y descripción del observatorio astronómico de Quito*. Quito: Imprenta Nacional, 1877.

- Minchom, Martin. *El pueblo de Quito*. Quito: Trama, 2007.
- Morales, Juan Eloy. *Ecuador. Atlas histórico-geográfico*. Quito: Ministerio de Relaciones Exteriores, impreso en Italia por Instituto Geográfico de Agostini de Novara, 1942.
- Moreno, Segundo. *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito*. Quito: PUCE, 1985.
- Municipio de Quito. *Actas del cabildo colonial de San Francisco de Quito 1664-1669*. Quito: Editessa, 1995.
- Muratorio, Blanca y Kingman, Eduardo. *Los trajines callejeros*. Quito: Flacso, 2014.
- Norberg-Schulz, Christian. *L'Art du lieu*. París: Le Moniteur, 1997.
- Observatorio Astronómico de Quito. *Breve historia de los principales terremotos en la República del Ecuador: 1534-1958*. Quito: Talleres gráficos Fray Jodoco Ricke, 1959.
- Ortiz, Alfonso. «Arquitectura monumental del centro histórico de Quito». En *Centro Histórico de Quito: problemática y perspectivas*, editado por Fernando Carrión. Quito: Municipio de Quito, Consejería de Obras Públicas y Junta de Andalucía, 1990.
- Ortiz, Alfonso. «Desde la primera piedra hasta la expulsión. 160 años de historia constructiva». En *Radiografía de la piedra. Los jesuitas y su templo en Quito*, editado por Jorge Moreno Egas. Quito: FONSA, 2008.
- Ortiz, Alfonso; Abram, Mathias y Segovia, José. *Damero*. Quito: FONSA, 2007.
- Ospina, Pablo. «Quito en la colonia: abastecimiento urbano y relaciones de poder local». En *Enfoques y estudios históricos. Quito a través de la historia*. Quito: I. Municipio de Quito y Junta de Andalucía, 1992.
- Ospina, Pablo. «“Habiendo roto el freno de la obediencia”. Participación indígena en la insurgencia de Quito, 1809-1812». *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, n.º 29 (enero-junio 2009): 65-92. <https://doi.org/10.29078/rp.v1i29.137>
- Paz y Miño, Luis. *Apuntaciones para una geografía urbana de Quito*. México: Instituto Panamericano de Historia y Geografía, Plan Ecuador, 1960.
- Peltre, Pierre. *Riesgos naturales en Quito*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1989.
- Pinto, Joaquín. *Ecuador pintoresco*. Barcelona: Salvat Editores, 1985.
- Ponce, Pilar. *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito. Siglo XVI-XIX*. Quito: Abya-Yala, 1992.
- Puga, Miguel Ángel. *Crónicas de Quito*. Quito: Artigraf, 1991.

- Quijano, Aníbal. *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Lima: Sociedad y Política Ediciones, 1988.
- Ramírez, Jorge. «Estado de la investigación en historia de la arquitectura en América Latina». En *Seminario Proyecto y Memoria*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2015.
- Ramón, Galo. «Quito aborígen: un balance de sus interpretaciones». En *Enfoques y estudios históricos. Quito a través de la historia*. Quito: I. Municipio de Quito y Junta de Andalucía, 1992.
- Recio, Bernardo, S.J. *Compendiosa relación de la cristiandad de Quito*. Madrid: Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, 1947.
- Redacción La Hora. «Lo comunitario está presente en el Inca». *La Hora*, 24 de diciembre de 2005. Acceso en junio de 2025. <https://www.lahora.com.ec/archivo/Lo-comunitario-esta-presente-en-el-Inca-20051224-0162.html>
- Rolando, Carlos. *Obras públicas ecuatorianas*. Guayaquil: Sociedad Filantrópica del Guayas, 1930.
- Salcedo, Jaime. *Urbanismo hispano-americano. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 1996.
- Salcedo, Jaime. «Arquitectura, urbanismo y astrología en Guadalajara de Buga». *Ensayos: Historia y Teoría del Arte*, n.º 5 (enero, 1998): 177-213 1998. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/ensayo/article/view/46709>
- Salomon, Frank. «La Yumbada: un drama ritual quichua en Quito». En *Ciudades de los Andes: visión histórica y contemporánea*, compilado por Eduardo Kingman Garcés. Quito: Ciudad, 1992.
- Salomon, Frank. *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas*. Quito: FONSA, 2011.
- Santos, Milton. *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel Geografía, 2000.
- Servicio Geográfico Militar. *Planchetas de Quito* (varias). Quito: SGM, 1932.
- Soasti, Guadalupe. «Mercaderes y tratantes durante el siglo XVII en Quito». En *Enfoques y estudios. Quito a través de la historia*. Quito: Editorial Fraga, 1992.
- Soasti, Guadalupe. «El comisionado regio». En *Sedicioso, insurgente y rebelde*. Quito: FONSA, 2009.
- Solís, Gustavo. «Ser y estar quechua». En *Escritura y pensamiento*, 1998.

- Terán, Rosemarie. «Factores dinámicos en el desarrollo urbano del Quito colonial». En *Enfoques y estudios históricos. Quito a través de la historia*. Quito: I. Municipio de Quito y Junta de Andalucía, 1992.
- Trabuco, Federico. *Síntesis histórica de la República del Ecuador*. Quito: Editorial Santo Domingo, 1968.
- Universidad Mayor Gabriel René Moreno. *Cronistas cruceños del alto Perú Virreinal*. Santa Cruz de la Sierra: Universidad Gabriel René Moreno, 1961. <https://bibliotecas.ucb.edu.bo/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=187510>
- Vásquez, María Antonieta. «Para la “Felicidad Pública”... El Barón de Carondelet y el establecimiento de un presidio urbano en Quito». En *Carondelet, una autoridad colonial al servicio de Quito*, Carlos Manuel Larrea, José Gabriel Navarro, Jorge Núñez Sánchez, et al. Quito: Imprenta Mariscal, 2007.
- Vásquez, María Antonieta. *El palacio de la exposición*. Quito: FONSA, 2009.
- Villalba, Marcelo y Alvarado, Alexandra. «La arqueología del valle de Quito en clave volcánica». En *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*, editado por Patricia Mothes. Quito: Abya-Yala, 1999.
- Villavicencio, Manuel. *Geografía de la República del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional, 1984.
- Vohnut, Karel. *Tres estaciones*. Quito: El Comercio, 2009.
- Waisman, Marina. *La arquitectura descentrada*. Bogotá: Escala, 1995.
- Webster, Susan. *Quito, ciudad de maestros: arquitectos, edificios y urbanismo. Siglo XVII*. Quito: Imprenta Mariscal, 2012.



# **LISTA DE FIGURAS**

<b>Figura 1.</b> Mapa del Ecuador con su relieve y la ubicación de las principales ciudades desde la República.....	22
<b>Figura 2.</b> Cordillera de los Andes en Ecuador y sus hoyas.....	24
<b>Figura 3.</b> Topografía y topónimos de los hitos naturales de la meseta de Quito. Núcleo fundacional y ejidos. ....	44
<b>Figura 4.</b> Señoríos étnicos en la hoya de Guayllabamba. ....	48
<b>Figura 5.</b> Quito de las cinco leguas, interpretación de las Actas del Cabildo de Quito.....	49
<b>Figura 6.</b> Hoya del río Guayllabamba y meseta de Quito.....	51
<b>Figura 7.</b> Solsticios y equinoccios en la hoya del río Guayllabamba desde el Panecillo....	53
<b>Figura 8.</b> Plano del volcán Ilaló con topónimos. ....	55
<b>Figura 9.</b> Monte Panecillo, detalle del plano de Quito de 1734. ....	57
<b>Figura 10.</b> Texto grabado en el frontis de la iglesia de San Agustín de Quito .....	60
<b>Figura 11.</b> Simulación del cielo ecuatorial de Quito en tiempo real. ....	63
<b>Figura 12.</b> Hipótesis sobre el Quito prehispánico y la presencia inca.....	77
<b>Figura 13.</b> Distribución de parroquias en el siglo XVI en Quito .....	78
<b>Figura 14.</b> Repartición de solares entre 1534 y 1543.....	86
<b>Figura 15.</b> Cuadrilátero defensivo de Quito conformado por los conventos de las cuatro órdenes religiosas de Quito.....	95
<b>Figura 16.</b> Croquis de Quito, anexo a la Relación Anónima de 1573 .....	97
<b>Figura 17</b> (17a y 17b). Quebradas del núcleo fundacional de Quito. Topónimos tomados de varias fuentes. ....	100
<b>Figura 18</b> (18a y 18b). Sistema de plazas y relación con el territorio de Quito.....	102
<b>Figura 19</b> (19a, 19b y 19c). Nomenclatura urbana entre 1810-1858.....	108
<b>Figura 20.</b> Plano de las pulperías en Quito 1797. ....	110
<b>Figura 21.</b> Obras públicas realizadas durante la presidencia de Gabriel García Moreno. ....	113
<b>Figura 22.</b> Plaza Principal de Quito en Lunes Santo, siglo XIX. ....	115
<b>Figura 23.</b> Fachadas de la plaza Mayor.....	116
<b>Figura 24.</b> Quebrada de Jerusalén y sus puentes en 1888. ....	117
<b>Figura 25.</b> Detalle del plano de Quito, 1922.....	120
<b>Figura 26.</b> Obras del centenario de la independencia en el plano de Quito, 1922. ....	122
<b>Figura 27.</b> Detalle del plano de Quito, 1922, con los parques de La Alameda y El Ejido .....	123
<b>Figura 28.</b> Quito y los ejidos del norte y el sur en el plano de 1930. ....	126
<b>Figura 29.</b> Ejido de Añaquito, lomas que delimitan a la meseta.....	133
<b>Figura 30.</b> Ejido de Turubamba (naranja) y cerros que delimitan el valle (verde). ....	138
<b>Figura 31.</b> Haciendas y comunas en el ejido de Añaquito presentes en el plano de 1930.....	148
<b>Figura 32.</b> Plano de Quito de 1932 con la localización de haciendas y comunas en Turubamba.....	152
<b>Figura 33.</b> Localización de las casas de la nobleza de Quito en el siglo XVIII.....	156
<b>Figura 34.</b> Sistema de plazas fundacionales de Quito: San Francisco, Santo Domingo y la plaza Mayor. ....	164
<b>Figura 35.</b> Transformación de la plaza de San Blas en la cartografía quiteña.....	170
<b>Figura 36.</b> Parroquia de San Sebastián. Transformaciones físicas en la cartografía quiteña.....	172

<b>Figura 37.</b> Transformación física de la plaza de la parroquia de San Roque en la cartografía quiteña. ....	173
<b>Figura 38.</b> Plaza de Santa Clara. ....	175
<b>Figura 39.</b> Plaza de San Diego. ....	176
<b>Figura 40.</b> Parque de La Alameda, paseo dominical, 1900. Y avenida principal de la Alameda, Quito, 1910 c.a. ....	180
<b>Figura 41.</b> Parque de La Alameda en 1888 y 1903. ....	182
<b>Figura 42.</b> Parques de La Alameda y El Ejido en la cartografía quiteña. ....	184
<b>Figura 43.</b> Puentes y alcantarillas de Quito en 1734. ....	188
<b>Figura 44.</b> Detalle del puente de La Merced y de la alcantarilla sobre la quebrada El Tejar. ....	190
<b>Figura 45.</b> Quebrada de Jerusalén rellenada en varios tramos para dar lugar a la Avenida de Mayo.....	197
<b>Figura 46.</b> Serie de la Virgen en la iglesia de la Merced. Víctor Mideros, 1933. ....	203
<b>Figura 47.</b> Virgen del Quinche (su entrada por la esquina de San Blas). Joaquín Pinto, 1904 ca.....	205
<b>Figura 48.</b> Edificios afectados por el terremoto de 1868. ....	208
<b>Figura 49.</b> Plazas de La Recoleta, Santo Domingo y San Francisco en Quito luego del terremoto de 1868. ....	209
<b>Figura 50.</b> Fotografía del mirador del Panecillo hacia la recoleta de San Diego. 1841 ca .....	210
<b>Figura 51.</b> Procesión durante la sequía de Miguel de Santiago, elaborada entre 1699 y 1706 aproximadamente. ....	216
<b>Figura 52.</b> Plano elaborado por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, 1748. ....	218
<b>Figura 53.</b> Plano elaborado por Charles Marie de La Condamine, 1751. ....	219
<b>Figura 54.</b> Representación de la versión de los hechos de la guerra de Quito según Bernardo Recio. ....	231
<b>Tabla 1.</b> Número de habitantes por región geográfica en 2023.....	32
<b>Tabla 2.</b> Relación de población y área de Quito. ....	33
<b>Tabla 3.</b> Frecuencia de uso de topónimos en el espacio fundacional de Quito.....	72

Espacio urbano en la historia de Quito: territorio, traza y espacios ciudadanos  
se imprimió en febrero de 2026.  
Se utilizaron las tipografías Alice Regular para títulos y Ancizar Serif y Sans para los textos.

Mediante el estudio de dos momentos de transformación social y física de Quito, capital de Ecuador, este libro indaga desde las huellas prehispánicas en el territorio hasta el espacio urbano de la primera mitad del siglo XX. De este modo, explica cómo algunas tradiciones se atesoran y otras desaparecen para proponer nuevas formas de vida urbana, y de qué manera es posible identificar, a partir de la interpretación del espacio público, las características de los espacios ciudadanos.

Cada transformación, representa un “punto de ruptura”, en términos de Marina Waisman. El primero va desde el final de la época prehispánica al inicio del orden virreinal y el segundo, entre la independencia de España y 1942, momento en que se formula el primer Plan Regulador de Quito como instrumento de planificación urbana moderna. En cada corte, se experimenta una turbulencia social donde emergen intereses en una trama de pugnas complejas que permiten reflexionar y entender la historia a lo largo de muchos años.

El relato de este estudio está entretejido con el “paisaje quebrado” de Quito, la noción de lugar desde la visión de Christian Norberg-Schulz, la toponimia antigua, la condición equinoccial de su suelo y su cielo que da lugar a una serie de dualidades. Las condiciones singulares de esta ciudad permiten identificar tres “Quitos” diferentes (pueden ser más), cuyos centros están en las plazas, de donde emergen los espacios ciudadanos que durante largo tiempo fueron el referente de la población y de hechos colectivos significativos que llegarán al presente.

El estudio se apoya en fuentes cartográficas, arqueológicas, históricas, diarios de viaje, pinturas y fotografías de época que se intercalan para dar al lector una visión más o menos completa de la transformación del espacio urbano en la historia de Quito.

ISBN: 978-628-503-091-8



9 786285 030918